

BREVE HISTORIA de...

LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

David Barreras Martínez y Cristina Durán Gómez



Romanos, bárbaros, germanos, emperadores y reyes: el colapso del Roma y su Imperio, que provocó el nacimiento de los reinos medievales europeos. Desde Trajano y Adriano, las guerras civiles y el terror bárbaro, hasta Teodosio I el Grande, que dividió el territorio en el Imperio de Occidente y el Imperio de Oriente o Bizantino



Lectulandia

Acérquese al Imperio romano y descubra cómo tras su máximo apogeo aparecieron los primeros signos de debilidad que acabarían dando lugar a una grave crisis. Descubra cómo el Imperio romano logró reinventarse y emergió de sus propias cenizas el Bajo Imperio romano, que le permitió perpetuarse durante dos siglos más.

Breve historia de la caída del Imperio romano le ayudará a sumergirse en este apasionante período de la Antigüedad y descubrir cómo, a pesar de todas las medidas tomadas por los más enérgicos emperadores, no fue posible evitar la caída definitiva del Imperio romano y el nacimiento de nuevas entidades territoriales bárbaras: los reinos germánicos.

De la mano de sus autores, Cristina Durán y David Barreras, el lector se contagiará de todo el ardor de ese debate, narrado con la pasión inconfundible del que ama la historia y la objetividad imprescindible del que la respeta. Emperadores indolentes y generales ambiciosos, aguerridos legionarios y bárbaros iracundos, señores y esclavos, perseguidores y perseguidos desfilan trazando en conjunto un fresco inigualable de los últimos siglos de la civilización más brillante de la historia, aquella a la que debemos en gran medida lo que somos y lo que aspiramos a ser.

Lectulandia

David Barreras & Cristina Durán

Breve historia de la caída del Imperio romano

Breve historia: Pasajes - 41

ePub r1.0
FLeCos 12.08.18

Título original: *Breve historia de la caída del Imperio romano*
David Barreras & Cristina Durán, 2017

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Athenea Barreras Durán,
a quien ya le entusiasman los romanos
casi tanto como a nosotros

Tiempos de gloria

TRAJANO EL CONQUISTADOR (98-117)

El anciano emperador romano Nerva (96-98), sintiéndose en una posición de cierta debilidad como consecuencia de su mala relación con el ejército, se vio forzado en octubre del 97 a adoptar, asociar al trono y designar como sucesor a Marco Ulpio Trajano. Trajano sería fácilmente aceptado por los dos núcleos de poder imperiales: la legión, dado que era un general de prestigio, y el Senado, puesto que era miembro del patriciado, aunque, eso sí, de origen provincial. El historiador Genaro Chic García se hace eco de la decisiva influencia que sobre Nerva ejercería un importante grupo de senadores hispanos para que Trajano fuese el elegido, lo que denota el notable prestigio que por entonces habían alcanzado en el Senado las ricas y poderosas familias aristocráticas originarias de la península ibérica. Es de destacar en este aspecto la presión realizada por dos de estos senadores hispanos, Julio Serviano y Licinio Sura.



Estatua del emperador Tito (79-81). Hijo de Vespasiano (69-79), Tito

demostraría su valía militar resolviendo con éxito la revuelta de Judea (70), durante la cual el templo de Jerusalén sería destruido y saqueado por las tropas romanas.

Trajano había nacido en el 53 en Itálica, en la Hispania del sur, y era miembro de una dinastía aristocrática que había logrado enriquecerse en la Bética. Su excelente carrera política y militar le condujo a alcanzar el consulado en el 91 y posteriormente el gobierno de Germania Superior. Con ello daba continuidad a la tradición familiar, dado que su padre había sido también cónsul en el 68, y había desarrollado su carrera política con Nerón (54-68) y Vespasiano (69-79); sería precisamente durante el imperio del segundo cuando Trajano participaría en las exitosas empresas militares de su progenitor en Palestina, Siria y el limes renano.

Debido a todo ello, cuando a los pocos meses de la designación de Trajano falleció Nerva, víctima de una neumonía (concretamente el 27 de enero del 98), el general hispano pudo sucederle sin ninguna dificultad y se convirtió así en el primer emperador de origen no itálico. El nuevo *princeps* a sus cuarenta y cinco años contaba con una excelente capacidad de mando militar y una amplia experiencia de gobierno, motivo por el cual estaba sobradamente preparado para administrar de la manera más correcta el imperio, al tiempo que conduciría con toda probabilidad a sus ejércitos por la senda de la victoria.

El único inconveniente que se produjo tras la muerte de Nerva fue que el nuevo emperador se hallaba en Colonia, en la Germania Superior, ocupado en los quehaceres propios de su cargo como legado. Debido a ello, Trajano no pudo dirigirse a Roma hasta finales del año 98, o incluso puede que bien avanzado el 99, una vez que la seguridad en los limes renano y danubiano quedaba garantizada en su ausencia. Ejemplos de las actuaciones que llevaría a cabo en este sentido los constituyen su avance en el territorio dominado por la tribu germánica de los hermundurios, el desarrollo que promovió de las redes de comunicación en los Agri Decumates —área que se conoce en la actualidad como Selva Negra— o la fundación en Germania de varios asentamientos romanos.

No obstante, mientras tanto, el gobierno favorable del Senado aseguró en la capital el mantenimiento del *status quo*, con lo que la traumática transición en el gobierno imperial que hubiera podido tener lugar —fenómeno este que no era infrecuente en el Imperio romano— no se presentaría en esta ocasión. El nuevo Augusto se mostraría sumamente agradecido al Senado por la fidelidad mostrada e iniciaría con ello un principado marcado por sus excelentes relaciones con este órgano de gobierno. Ello no significa que Trajano no se mostrara como un emperador autoritario; que, si bien exhibía su respeto hacia los senadores, sometiendo a consulta cualquier decisión política de peso, no admitía discusión sobre ellas, y así la función de gobierno del Senado quedaba relegada únicamente a la sanción favorable de este tipo de determinaciones. En este contexto, para tener todavía más de su parte al Senado, nada más entrar en Roma realizó la promesa de no emplear la prerrogativa

imperial de la Lex Iulia Maiestatis —ley Julia de lesa majestad—, en vigor durante la dinastía Julio-Claudia, que permitía juzgar y condenar las ofensas contra el emperador. Esta herramienta había permitido a sus antecesores en el trono anteriores a Nerva deshacerse de aquellos políticos que pudieran resultar un estorbo. Del mismo modo que ya hiciera Nerva, estableció que fuera el Senado el órgano encargado de juzgar a sus propios miembros.

A pesar de todo lo anterior, y en resumidas cuentas, el nuevo emperador gobernaría siempre con mano de hierro, sin ver recortado su poder a costa de ceder una parte del mismo a los senadores. Por esa época, es sabido que siempre que Trajano se encontraba en la capital participaba en las sesiones del Senado, aunque el imperio caminaba ya por entonces por la senda del poder absoluto del *princeps* —príncipe en castellano—. Este principado acabaría dando lugar años más tarde a lo que la historiografía denomina Dominado —del latín *dominus*, en castellano “señor”—, que constituye un período histórico en el que el emperador romano dirigía ya el Estado como un auténtico monarca, y el cargo de senador quedaba relegado a un mero título honorífico.

Un ejemplo más de la política de buena sintonía de Trajano con el Senado lo constituye el hecho de que, si bien la clase senatorial continuaba perdiendo poder político, el emperador trató de contentar a sus miembros individualmente, dando continuidad a que ejercieran el alto mando de las legiones al tiempo que les permitía copar los puestos más destacados de la administración imperial. Esta función la desempeñarían junto a los miembros del siguiente escalón nobiliario, es decir, los *equites* o caballeros, comenzando a desplazar así a los libertos, que eran los funcionarios imperiales tradicionales desde época de Claudio (41-54). Así, el emperador demostraba que continuaba favoreciendo a las clases altas de la sociedad sin que por ello la plebe resultara perjudicada, como comprobaremos en breve.

Con actuaciones como las descritas, en las que el emperador mostraría ser un soberano magnánimo, Trajano se ganó el apoyo no solo de los senadores sino también, como ya hemos mencionado, del otro poder fundamental del imperio: el ejército. Pero como parece sugerir el propio lema republicano, S. P. Q. R. —*Senatus Populusque Romanus*, en castellano “Senado y Pueblo de Roma”—, no hay que olvidar a la plebe. El emperador se ganaría el favor del pueblo con una postura que era habitual entre los emperadores romanos, la llamada política de «pan y circo», es decir, gozó de gran popularidad al impulsar una reforma económica en beneficio de los más necesitados, al tiempo que costeó pomposos espectáculos en circos y anfiteatros. Este programa económico de ayuda a los pobres consistía en fomentar y potenciar la asistencia social de las instituciones alimentarias, ya existentes antes de su reinado, conocidas como *alimenta*, que se encargaban del reparto de víveres entre la plebe, sobre todo entre aquellas familias con niños pequeños. Con Trajano las *alimenta* se financiarían a partir de los intereses recaudados en préstamos que el Estado concedía a los propietarios de tierras en Italia; esta actuación tenía también

como objeto fomentar la agricultura local, muy degradada en la época. Al mismo tiempo, era su deseo que esta política tuviera como resultado una explosión de natalidad que dotara a los campos itálicos de mano de obra libre, así como de soldados que engrosaran las filas de las legiones. Sin embargo, mantener contento al populacho para evitar que generara altercados presentaba en este caso el inconveniente del consecuente abandono progresivo del ámbito rural a cambio de su traslado a las grandes ciudades, donde se podía sobrevivir a cargo de las arcas públicas o incluso de personajes acaudalados interesados igualmente en obtener prestigio social entre el pueblo. Es por ello que en época de Trajano la baja productividad, especialmente la agrícola, constituía un problema de peso para la economía imperial, sobre todo en Italia y en Grecia, donde buena parte de las tierras de cultivo eran clasificadas como *agri deserti* —en castellano, tierras abandonadas—, mientras que sus ricas urbes estaban atestadas de gentes improproductivas a las que había que dar de comer. A este mal que afectaba al imperio contribuían también los personajes adinerados de los que ya hemos hecho mención, especialmente aquellos pertenecientes al orden senatorial, dueños además de latifundios, que en lugar de invertir su fortuna en hacer que sus tierras fueran más productivas, como por ejemplo con aperos adecuados, canalizaciones o mano de obra, preferían dilapidar ingentes cantidades de capital en aquello que pudiera otorgarles algo de popularidad, como bien podría ser sufragar combates de gladiadores, sobre todo de cara a progresar en su carrera política. Por esas fechas, en una economía de base rural como la romana, la principal mano de obra era esclava, aunque esta no era precisamente la que mayores rendimientos productivos generaba, como iremos desvelando en el transcurso de esta obra. No obstante, como también estudiaremos a lo largo de los próximos capítulos, tras la estancia en el trono de Trajano se acentuaría el giro que ya se estaba dando hacia el empleo agrícola de colonos libres, mucho más eficientes, en lugar de esclavos. Esta fue una de las soluciones adoptadas para enfrentarse al problema de la baja productividad en los campos de cultivo.



Busto de Trajano. Antes de ser emperador, Trajano comenzaría su carrera política y militar bajo el imperio de los Flavios, dinastía con la que destacaría en el ejército, principalmente en Germania.

Esta baja productividad afectaría también, como es lógico pensar, a la distribución y comercialización de productos, con lo que los primeros atisbos de crisis económica comenzarían a vislumbrarse. No obstante, la política belicista de Trajano permitiría equilibrar la balanza y sanearía el tesoro imperial. Debido a ello, aunque el emperador desarrolló una política económica que incluía un amplio gasto militar —con un aumento del número de soldados auxiliares reclutados—, numerosas obras civiles —rehabilitación de monumentos antiguos y construcción de otros nuevos, calzadas, puertos, etc.—, grandes espectáculos públicos o un abundante reparto gratuito de alimentos entre los más pobres, los estragos de la recesión no se harían notar todavía y las arcas imperiales no se verían afectadas.

Este programa de política exterior agresiva quedaría plasmado sobre todo por la guerra de la Dacia —territorio correspondiente a las actuales Rumanía y Moldavia—, última de las grandes campañas de conquista del Imperio romano. Desde la perspectiva militar, dominar la Dacia suponía disponer de una base avanzada en una región fronteriza sumamente inestable, como era el caso del limes danubiano, para poner con ello freno a las incursiones de los belicosos bárbaros localizados en esta área. Desde el punto de vista financiero, la conquista de estas abruptas tierras boscosas, pobladas de minas de oro y plata y dominadas por una rica civilización que acuñaba su propia moneda desde época republicana, ponía de nuevo en funcionamiento la maquinaria económica romana. En otras palabras, la incorporación

de este nuevo territorio permitía hacerse de manera inmediata con un buen botín de guerra, disponer de nuevos recursos que explotar, abrir otro mercado para el comercio romano, así como contar con una nueva fuente de esclavos. Recordemos que durante el principado de Trajano todavía era esta la principal mano de obra, sobre todo rural.

Dos campañas militares seguidas, las de los años 101 y 102, operaciones de castigo para frenar las incursiones dacias de saqueo en territorio romano lograron derrotar a estos bárbaros, liderados por Decéballo, desarmarlos e instaurar un protectorado en la región con una fuerte presencia de legionarios romanos. En un principio Trajano debió conformarse con esto, dado que en la misma frontera debía también combatir a los belicosos sármatas yázigos, cuadros y marcomanos. No obstante, bien pronto Roma tendría la excusa perfecta para conquistar de manera definitiva la región: sus ahora aliados dacios se alzaron en rebeldía en el 105, episodio en el que acabarían con la guarnición romana allí acantonada y continuarían con la invasión de la provincia romana colindante de Mesia Inferior —la actual Bulgaria—. En dos campañas militares seguidas, los ejércitos de Trajano acabarían derrotando de una vez por todas al caudillo dacio Decéballo, que incendiaría su capital, Sarmizegetusa —la actual Várhely—, antes de suicidarse. A partir de entonces su país quedaría convertido en provincia romana. El botín de guerra obtenido de manera inmediata, así como los metales preciosos que se fueron extrayendo de las minas dacias, dieron un respiro a la tesorería romana y permitirían a Trajano continuar con una política de elevados gastos.

Los primeros atisbos de crisis económica conseguirían paliarse, al menos por el momento, y la circulación de moneda de nueva acuñación reactivaría el maltrecho comercio, estancado por entonces, como demuestran en la arqueología submarina los pecios de fechas inmediatamente anteriores a la conquista de la Dacia, barcos que, en definitiva, transportaban mercancías, y que son más bien escasos a consecuencia del descenso en la producción de bienes de consumo. No obstante, el problema principal del imperio continuó siendo precisamente esa baja productividad, especialmente agrícola, debida al escaso rendimiento de los esclavos y al sucesivo abandono de los campos por parte de la población libre, que no pudo ser frenada de manera efectiva. Es más, la mano de obra esclava, que había sido tradicionalmente la principal fuerza productiva agrícola en el imperio, era cada vez más cara y escasa, sobre todo a partir del momento en el que las grandes conquistas se detuvieron, durante el reinado del siguiente emperador, Adriano. Con él cesó la guerra ofensiva y entonces la principal fuente de obtención de nuevos esclavos desaparecería. La Dacia sería el último gran territorio conquistado y, en consecuencia, tras su ocupación, la maquinaria que hacía funcionar la economía romana comenzaría a dejar de hacerlo correctamente. Este serio inconveniente tardaría en ser apreciado de manera clara, pero cuando se comenzara a intuir sería ya imposible pararlo y haría tambalear los cimientos del propio Imperio romano.



Columna de Trajano en la ciudad de Roma. La imagen nos muestra un primer plano de la columna de Trajano, monumento que conmemora la conquista de la Dacia por parte de las tropas de este emperador. El monumento en sí constituye una fuente de primer orden a la hora de estudiar el armamento y el equipamiento de los legionarios romanos.



Mercado de Trajano en la ciudad de Roma. Construido en tiempos de Trajano a partir de los fondos conseguidos con la conquista de la Dacia, este centro comercial constituye un claro ejemplo del grado de sofisticación alcanzado por la civilización romana. Para hacernos una idea de la complejidad del edificio basta comentar que, como puede observarse claramente en la fotografía, este mercado constaba de seis plantas, que albergaban más de un centenar de

Sin embargo, tras la conquista de la Dacia y las fastuosas celebraciones que tuvieron lugar en Roma, nadie en el imperio podía pensar que los problemas no tardarían en aparecer. Seguramente lleno aún de euforia, Trajano se encaminó a alcanzar su siguiente objetivo, más ambicioso, sin duda, que someter a los dacios. El emperador vio que era el momento de iniciar la que iba a ser la gran empresa militar de su reinado: la conquista de Persia. Más aún, si cabe, era propicio el momento si tenemos en cuenta que el Imperio persa se hallaba sumido en una guerra civil tras la muerte de su soberano, Vologases. El *casus belli* sería, como muchas otras veces en la historia de Roma, dirimir con Persia quién ocupaba el trono de Armenia, un territorio semiindependiente, vasallo del primero y localizado entre estas dos grandes potencias. Mientras Roma había coronado como rey de Armenia a Axidares, era deseo del nuevo monarca persa, Osroes, sustituirlo por Partamasiris, todos ellos parientes y miembros de la dinastía arsácida. En el 114 las legiones romanas invadieron Armenia, haciéndose con su control. Acto seguido, las tropas de Trajano pasarían a Mesopotamia, conquistada casi en su totalidad al año siguiente, momento a partir del cual se constituyó en provincia romana. En el 116, Trajano ponía contra las cuerdas a Osroes, pues los romanos avanzarían por Asiria y Babilonia, alcanzando el núcleo del Imperio persa y llegando incluso hasta el océano Índico. Sin embargo, aunque todo parecía a favor de Roma, el agotamiento del emperador a consecuencia de su edad, así como diversas rebeliones que se dieron en las tierras recién incorporadas, evitaron que las legiones romanas alcanzaran el subcontinente indio y las forzaron a retroceder. Trajano coronó como rey de Armenia a otro parto, de nombre Parthaspates, a quien cedió el área sur de Mesopotamia, pues era consciente de la dificultad que representaba defenderla. Finalmente, una rebelión en Judea, junto con todos los problemas ya descritos, provocaría que las tropas romanas abandonaran la práctica totalidad de sus recientes conquistas. Y paralelamente el rey persa Osroes reorganizó su ejército y comenzó a recuperar el terreno perdido, momento en el que un enfermo Trajano decidiría regresar a Roma. El emperador no alcanzaría la capital y moriría de un accidente cerebrovascular en agosto del 117.

Y AL FIN LA PAZ (117-138)

A diferencia de cuando Nerva falleció, Trajano no tenía sucesor. Esto podía representar un serio problema para el imperio, ya que existía la posibilidad, como tiempo atrás había quedado demostrado, de que esto acabara abriendo un período de querellas entre las diferentes facciones ansiosas de poder. El emperador no había tenido hijos y lo más lógico era que hubiera designado como heredero a un familiar próximo o que hubiera adoptado a algún hombre capaz a la hora de desempeñar el

principado. No lo hizo, y es muy probable que tampoco lo hiciera en su lecho de muerte, al contrario de lo que se pretendió hacer creer.

Es por ello por lo que no quedan en absoluto claras las circunstancias exactas que le otorgaron el cetro romano a Adriano, patricio de origen hispano, sobrino segundo de Trajano y esposo de Sabina, una hija de la sobrina de este emperador, llamada Matidia. Aunque no por ello Adriano dejaba de ser un familiar muy valorado por el emperador. En este sentido observamos que, nada más acceder Trajano al trono, este se encargaría de completar la educación del joven Adriano, que sería exquisita. Gracias a esto progresaría con rapidez en su carrera política y militar, lo que queda demostrado con su participación en la conquista de la Dacia, su nombramiento como legado de Pannonia Inferior en el 107 o sus cargos de cuestor, pretor y cónsul. A la muerte de Trajano (en el 117) se hallaba en Siria, provincia que gobernaba por entonces, y fue allí donde se le comunicó la noticia del fallecimiento del emperador y su postrera adopción. Nacido en el 76, tenía por entonces cuarenta y un años, por lo que con su amplia cultura y experiencia militar y de gobierno, así como su pertenencia a la familia imperial, era un candidato idóneo para ocupar el trono.

Parece ser que la esposa de Trajano, Pompeya Plotina, le tenía en gran estima, y es bastante improbable que, postrado en la cama como estaba el emperador y con el cuerpo paralizado, este pudiera ni tan siquiera firmar los documentos de adopción de Adriano. Por este motivo las sospechas de que Pompeya Plotina fue quien urdió tal plan sucesorio no son infundadas. Ni tan siquiera está clara la fecha exacta de la muerte de Trajano, ya que si bien se anunció el 9 de agosto, es posible que falleciera dos días antes.

Muy probablemente buena parte de la nobleza senatorial no acogió de buen grado la noticia de la adopción póstuma de Adriano, dado que con ello se esfumaban sus aspiraciones de ocupar ellos mismos el trono. Sin embargo, entre las filas del ejército, como militar de éxito que era, Adriano contaba con firmes apoyos, aunque no es menos cierto que el senador Avidio Nigrino tenía también bastante respaldo y, además, a diferencia del recién adoptado por Trajano, este sí que se hallaba en Roma, por lo que podía tratar de asaltar el poder en la capital.



Busto de Adriano. Mucho se ha especulado acerca de los posibles hijos que engendró el emperador Adriano y sobre su vida amorosa. No obstante, lo que es cierto es que tuvo un favorito, de nombre Antínoo, un efebo de gran belleza que fue además su amante. Al parecer, tanto estimaba Adriano al joven que, cuando este murió en extrañas circunstancias, el apenado soberano lo deificó.

A Adriano le resultaba imposible viajar a la «ciudad eterna» de manera inmediata para lograr el reconocimiento del Senado, ya que las tropas romanas de Oriente se encontraban todavía sumidas en su guerra con Persia, al tiempo que trataban de apagar las rebeliones que habían estallado en Oriente poco antes de la muerte de Trajano, especialmente en Judea. Pero por suerte para él, el firme respaldo que le brindaba el ejército permitió que en Roma la conjura de Avidio Nigrino fuera abortada por el prefecto del pretorio, Atiano, líder del destacamento militar acantonado en Roma, es decir, la guardia pretoriana. Los rebeldes fueron ejecutados con carácter sumario, sin que el Senado interviniera en un juicio, tal y como, si recordamos, se había pactado en el anterior principado. Esta actuación no provocó otra cosa que el eterno recelo de los senadores hacia el nuevo emperador y su mala relación con él.

Adriano entraría finalmente en Roma hacia junio del 118, no sin antes haber tenido que acudir al limes danubiano para frenar las acometidas de los sármatas yázigos. Una vez en la capital, ya sin admitir discusión su posición como emperador, se dedicaría a tratar de reconducir sus relaciones con el Senado. Para ello precisamente juraría ante esta cámara respetar sus privilegios, entre los que se hallaba el derecho de sus miembros a ser juzgados únicamente por el propio Senado —ley

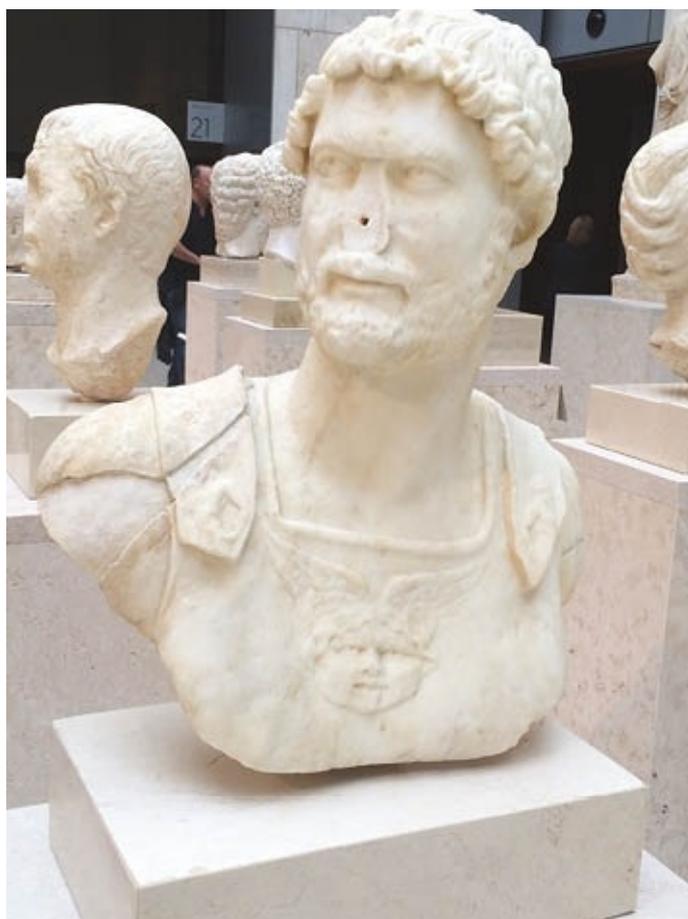
que, como bien sabemos, había sido violada ya de entrada por el nuevo emperador para apagar el primer atisbo de rebelión—. Sin embargo, Adriano era muy consciente del carácter desfasado que presentaba este órgano de gobierno y fue por ello por lo que decidió apoyarse, a la hora de desempeñar labores políticas, en el *Consilium Principis* —en castellano, “consejo del príncipe”—, al cual dotaría de un cuerpo de consejeros especializado en la elaboración de leyes, cuyos miembros eran senadores y caballeros. Con Adriano, el *Consilium Principis* se verá, además, convertido en un órgano profesional y estable de gobierno.

Al mismo tiempo, este emperador disminuiría el peso que los senadores tenían en la administración imperial desde el reinado de Trajano, ya que configuraría su funcionariado a partir de miembros del orden ecuestre, a la par que dotaba a la burocracia estatal de una mayor complejidad y grado de desarrollo.

Pero, a pesar de todo, el emperador siempre que se encontraba en la capital trataba de asistir a las reuniones del Senado, al igual que ya hiciera Trajano, aunque solamente fuera para salvar las apariencias. No obstante, durante su principado, la participación del Senado en la elaboración de leyes quedaría reducida prácticamente a la nada, de modo que Adriano incluso omitió en no pocas ocasiones el mero trámite de la consulta previa a los senadores para que estos dieran su aprobación a las decisiones de gobierno importantes, tal como solía hacer su antecesor. Es más, Adriano utilizó la prerrogativa imperial de la designación —en latín *adlectio*— de nuevos senadores para construir progresivamente un Senado más afín a su persona, con lo que introdujo en esta cámara a sus más fieles colaboradores, también a muchos caballeros que habían progresado en su carrera como altos funcionarios públicos, y a no pocos patricios de origen provincial. En este sentido destaca, a su vez, la elevada proporción de miembros de procedencia no itálica que llegaría a tener el Senado con este emperador, incluso superior a la que se daba en época de Trajano. Por todo ello es lógico pensar que Adriano nunca llegó a estar en sintonía con el Senado, o al menos no con los miembros del orden senatorial pertenecientes a las poderosas familias patricias de origen italiano, que eran las de linaje más antiguo.

No obstante, Adriano sí compartiría con su antecesor en el trono el apoyo incondicional del ejército, del cual ya hemos hecho mención, y una gran popularidad. Para lo segundo dio continuidad a la política de Trajano con un ambicioso plan de construcción urbanística, y potenció el funcionamiento de las instituciones alimentarias. Por suerte para el imperio, la política económica de Adriano de mantener un equilibrio entre ingresos y gastos resultaría eficaz. En su plan de promover la ayuda de los más necesitados estaba incluido también el fomento de la agricultura minifundista, para lo cual trataría de ralentizar el crecimiento de las grandes propiedades agrícolas, en manos de las clases adineradas, apoyando la presencia en el campo de colonos libres como mano de obra, en calidad de arrendatarios y en detrimento del uso de los cada vez más escasos y caros esclavos. También se legisló para que todo aquel ciudadano libre que ocupara tierras sin

explotar pudiera reclamar su propiedad tras varios años seguidos cultivando en ellas. El objetivo global de esta política popular era lograr que disminuyera la superficie de tierras incultas, para mejorar el rendimiento productivo, y con ello conseguir aumentar la recaudación de los impuestos asociados, al tiempo que estas mejoras tenderían a reducir la inflación. Del mismo modo, era deseo de Adriano, al igual que ocurría con Trajano, que este plan agrario, junto con la política de alimenta, fomentara la natalidad con vistas a surtir de soldados a las legiones romanas. El mejor resultado de este programa político tendría lugar en África, donde la presencia de grandes superficies de tierra de cultivo —que eran de propiedad estatal— facilitaba la medida de favorecer su arriendo a colonos libres. Sin embargo, a pesar de todo este entramado, la tendencia era que la propiedad de la tierra se fuera acumulando progresivamente en manos de unos pocos, los más ricos, de modo que durante las crisis venideras estos colonos acabarían viendo cómo sus parcelas eran absorbidas por dichos latifundios y ellos mismos, que no podían subsistir con lo producido y ni tan siquiera eran capaces de hacer frente a sus obligaciones fiscales, acabaron trabajando estas mismas tierras —que ya no eran suyas— a cambio de una parte de lo cosechado, pues las habían cedido a los poderosos terratenientes para lograr desprenderse así de las cargas impositivas.



Fragmento de una estatua del emperador Adriano. Con Adriano el Consilium Principis dejaría de ser un elemento consultivo ocasional de los emperadores romanos para instituirse en un auténtico órgano de gobierno de carácter permanente, que como tal asumiría no pocas de las competencias políticas que el Senado estaba perdiendo. Esto acabaría constituyendo un motivo más para

que los senadores detestaran a este emperador.

Adriano conocía de primera mano todos estos problemas, ya que fue un viajero incansable que a lo largo de su principado se dedicaría a recorrer cada rincón del Imperio romano. Debido a ello, pronto sería también muy consciente de que la realidad económica del imperio tampoco permitiría desarrollar una política exterior agresiva, tal y como había hecho su predecesor, y que lo más prudente era reforzar las defensas del inmenso territorio bajo dominio romano. En esos momentos el imperio ocupaba la máxima extensión de su historia; sus extraordinarios límites eran: al norte Britania, al sur Egipto, al este Mesopotamia y al oeste Hispania. Adriano dedicaría buena parte de los esfuerzos de su gobierno a mejorar la defensa de las fronteras, y si bien hasta la fecha estas solían estar definidas simplemente por límites naturales, el emperador ordenaría ahora construir fortificaciones en aquellos limes que carecían de la protección natural que proporcionaban los accidentes geográficos. De este modo, si realizamos un repaso a los límites del imperio acotados por los cuatro puntos cardinales, tal y como hemos hecho en el párrafo anterior, observaremos que mientras que en la Britania romana no existía un accidente geográfico que pudiera actuar de barrera natural de difícil franqueo, este sí se daba en Egipto —donde nos encontramos el desierto—, en Mesopotamia —con el largo río Éufrates— y en Hispania, bañada por las aguas del océano Atlántico.



Estatua de Adriano en el ágora de Atenas. Viajero incansable, Adriano se dedicaría a recorrer el Imperio romano para conocer *in situ* cuáles eran sus

necesidades. Fruto de estos desplazamientos, el soberano conocería de primera mano la cultura griega antigua, la cual le apasionaba. Muestra de esta devoción por el mundo heleno lo constituye la reconstrucción desarrollada por este emperador del templo de Zeus Olímpico en Atenas.

Fue por esto por lo que Adriano, fiel a su política de refuerzo de las fronteras, construiría en Britania (entre los años 122 y 127) unos ciento diecisiete kilómetros de un muro de piedra, que se complementaba con fosos y un cierto número de campamentos fortificados. Esta construcción alcanzaba una posición tan al norte como marcaba la máxima penetración romana, en una línea que coincide aproximadamente con la frontera entre las actuales Inglaterra y Escocia.

Siguiendo el mismo criterio que en Britania, en la Dacia los simples terraplenes y las empalizadas de madera que fortificaban el limes darían paso a sólidos muros de piedra. En el caso de Germania Superior y Recia, el dominio romano iba más allá de la protección natural proporcionada por los ríos Rin y Danubio, con lo que también se recurrió a reforzar las defensas de esta manera. En tiempos de Adriano la tendencia era, como podemos observar, unir los aislados campamentos romanos fronterizos mediante una línea continua y sólida de piedra.

Pero la política defensiva de Adriano no solamente se basaría en construir muros y fortificaciones, sino que, además, complementaría la mejora de la defensa a través de una reforma del ejército. Los campamentos militares de madera, de carácter temporal, levantados para albergar en zonas fronterizas a tropas que estuvieran de paso con motivo de alguna crisis militar, acabarían modificándose de la manera descrita en los anteriores párrafos, al tiempo que albergarían destacamentos permanentes de soldados. Es más, la mayor parte de las legiones acabarían formando parte de estas guarniciones de los limes, con una tendencia hacia la desaparición de tropas en las provincias interiores. Esto conduciría, al mismo tiempo, hacia un sistema de reclutamiento regional, de forma que en las zonas fronterizas el motor económico fue la existencia de los campamentos militares allí destacados, en torno a los cuales se crearon auténticas ciudades, lo que al mismo tiempo estimulaba la urbanización de dichas provincias, territorios que anteriormente, en no pocas ocasiones, eran los menos desarrollados. Ejemplo de esta política durante el principado de Adriano lo constituye el establecimiento de nuevos asentamientos romanos en África con el objeto de hacer frente de manera más eficaz a las belicosas tribus nómadas. Con estas medidas también se lograba que los soldados estuvieran más implicados en la defensa, dado que lucharían sin dudarle por la tierra en la que habían nacido, aunque, como afirma Arcadio del Castillo, el reclutamiento de soldados destacados en su provincia de origen llevaría a los ejércitos romanos a regionalizarse, lo que se erigiría como un elemento desestabilizador a la hora de mantener la identidad y la integridad del imperio. A estos legionarios locales se uniría también un número cada vez más elevado de tropas auxiliares extranjeras, que presentaban la ventaja de cobrar un sueldo menor y de emplear tácticas de combate

más aptas para enfrentarse a los enemigos bárbaros del imperio, como iremos desvelando a lo largo de esta obra.

Esta prudente política militar de Adriano posibilitaría estabilizar aquellas conquistas imperiales recientes que podían ser mantenidas, para lo cual era necesario abandonar aquellas otras que desde el punto de vista táctico carecían de valor o eran difíciles de conservar sin que para ello se invirtieran ingentes recursos que mermarían la economía imperial.

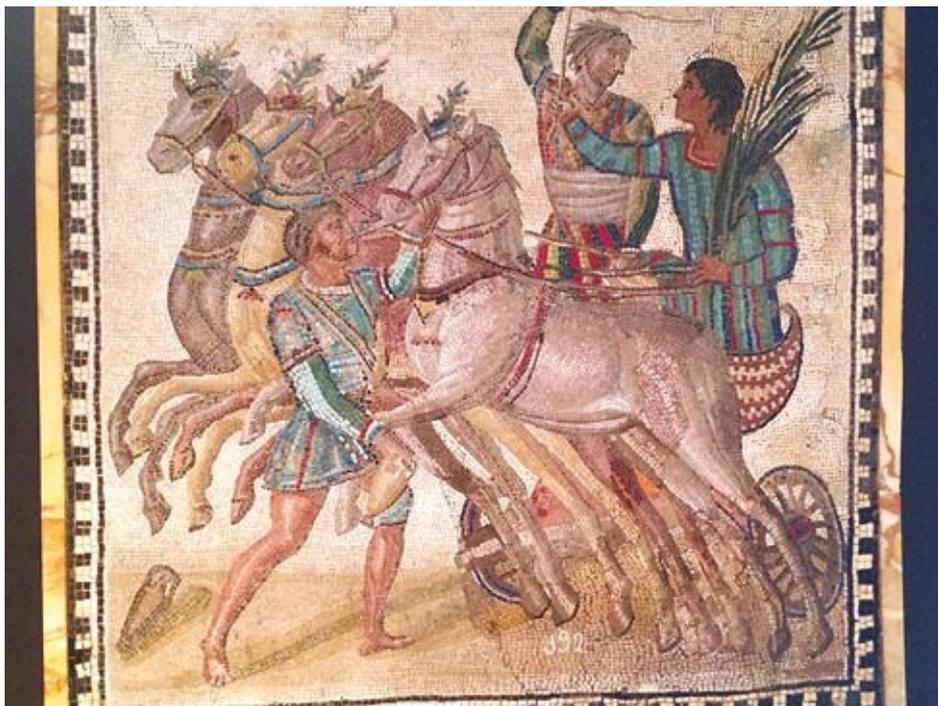
El enemigo con el que el Imperio romano estaba menos capacitado para combatir era Persia. La dinastía arsácida gobernaba un vasto Estado en el que los enfrentamientos entre los diferentes miembros de la familia real eran constantes, aunque esto no impedía que Persia fuera poderosa. Debido a todo lo anterior, Adriano era consciente de que mantener un conflicto de disputa territorial con Persia no era viable, pues acabaría conduciendo a una guerra de desgaste para la que el Imperio romano no estaba preparado. En consecuencia, resolvió el *affaire* persa coronando en Armenia a un rey afín a sus intereses, al tiempo que acababa de evacuar el territorio más allá del río Éufrates, recordemos que Mesopotamia había sido recientemente conquistada por Trajano. Para evitar rebrotes en este conflicto, en el 123, Adriano signaría con el rey persa, Osroes, un tratado de paz que no sería violado durante la estancia en el trono del soberano romano.

La postura adoptada con respecto a Persia constituye un buen ejemplo de lo que sería la política exterior de Adriano, en la que, en resumen y conclusión, el Imperio romano prefería solucionar sus conflictos con los territorios bárbaros a través de pactos, dejando normalmente las espadas envainadas. Con ello, Roma renunciaba a futuras conquistas y daba prioridad a defender el amplísimo territorio que tenía ya bajo su dominio, algo que, en principio, parecía ser una decisión correcta y prudente, pero a la larga puede que acabara por ser el origen de un gran problema: con ello el imperio ponía freno al principal motor de su economía. Aunque la realidad demostraba que, por entonces, Roma no estaba en condiciones de continuar haciendo de la guerra su principal negocio.

Como bien sabemos, la guerra de conquista no entraba en los planes de Adriano, no obstante, el emperador sí que hubo de recurrir al uso del acero para mantener a raya a los bárbaros de las fronteras renana y danubiana —concretamente a sármatas, cuados y dacios—, no sin antes haber agotado la vía diplomática, así como también tuvo que enfrentarse a dos peligrosas revueltas protagonizadas por sus súbditos judíos, que se resolvieron de manera enérgica. El primero de estos alzamientos tuvo lugar al final del principado de Trajano, recordemos que se iniciaría en el año 115 cuando acaba de comenzar la invasión de Persia. La insurrección no sería totalmente apagada hasta que Adriano alcanzó el poder, ya en el 117. Jerusalén había sido prácticamente destruida y el flamante emperador refundaría la ciudad con el nombre de Colonia Aelia Capitolina y favorecería, además, el asentamiento de gentiles. Por si este acto no resultaba ya lo suficientemente ofensivo para los judíos, que veían cómo

iban siendo desplazados de su ciudad santa por extranjeros, Adriano ordenaría, además, construir un templo dedicado a Júpiter justo en el solar que había ocupado el templo de Salomón, destruido en el año 70 tras otra revuelta. Es más, al mismo tiempo se desarrollaría en el imperio una política antijudía, con prohibiciones como la de impedir la celebración del *sabbath* o la de practicar circuncisiones. No es de extrañar que en una situación represiva como la descrita, una nueva revuelta acabara teniendo lugar. Estallaría en el 132, liderada por el carismático Bar Kojba, y acabaría siendo muy sangrienta, de modo que, para recuperar Jerusalén en el 134, los romanos tuvieron que emplear hasta seis legiones. Los últimos focos rebeldes no serían sometidos hasta el año siguiente y nuevamente se utilizarían duras medidas represivas con el objeto de dar un severo escarmiento a los judíos: esclavitud para buena parte de ellos o deportación, prohibición de entrar en Jerusalén bajo pena de muerte y pérdida de autonomía al quedar integrado su territorio en la provincia de Siria.

Tras pacificar Judea, poco tiempo más de vida le quedaría a Adriano, quien, con sesenta años de edad y sintiéndose viejo y enfermo, comenzaría a pensar en su sucesión. Fue por ello por lo que en el 136 adoptaría al cónsul Lucio Ceionio Cómodo Vero, que cambiaría a partir de entonces su nombre a Lucio Aelio César.



La conocida como política de pan y circo sería practicada por buena parte de los emperadores romanos, basándose en la idea de que una plebe bien alimentada y entretenida contemplando espectáculos, financiados por el Estado o por las clases adineradas, no constituiría problema alguno. En la imagen, mosaico del siglo III que nos muestra a la *factio veneta*, cuádriga del equipo conocido como «los azules», que competía en las carreras de carros del circo romano.

¿Por qué se decantó Adriano por Lucio Aelio César? En opinión del historiador francés Jérôme Carcopino, no puede explicarse esta adopción a no ser que se tratase realmente de un hijo bastardo del emperador, dado que no era un hombre que

presentara alguna cualidad deseable a la hora de desempeñar el principado. Es más, su salud no era buena, de hecho, apenas dos años después falleció de tuberculosis. Los planes de Adriano se verían truncados como consecuencia de este hecho, y menos de dos meses después el emperador adoptaría a Tito Aurelio Fulvio Boionio Arrio Antonino, miembro del Consilium Principis. Como se trataba de un hombre maduro, el emperador le obligaría a adoptar a Marco Annio Vero, de quince años, miembro de la familia imperial, y a Lucio Vero, de siete años, hijo de Aelio César. De esta forma, la sucesión de la dinastía del emperador parecía quedar asegurada y, al mismo tiempo, ¿garantizaba con esto Adriano el trono para su posible nieto, Lucio Vero? A buen seguro que para Carcopino esto fue así. Otros autores contemporáneos, como el alemán Hans-Georg Pflaum, opinan que lo que el emperador pretendía era que Marco Annio Vero, el futuro emperador conocido como Marco Aurelio, acabara ocupando el trono por tratarse de un joven con buenas cualidades para ello, aunque si apuntamos que el chico tenía por la época tan solo diecisiete años, esta teoría se desmonta rápidamente. A buen seguro que Pflaum especularía al respecto como consecuencia del excelente principado que ejercería este personaje y que trataremos en el siguiente epígrafe. De todos modos, al igual que ocurriría con los entresijos que se dieron con la cuestión sucesoria de Trajano, tampoco en esta ocasión quedan en absoluto claras las motivaciones que condujeron Adriano para que se produjeran estas adopciones. Además, Adriano se encargaría de deshacerse de cualquier oposición a este tipo de decisiones aplastando el mínimo atisbo de disensión, motivo por el cual llegaría a ejecutar a varios senadores y personajes influyentes, entre los que se encontraba su propio cuñado, Julio Urso Serviano, quien pretendía el trono para sí.



Castillo de Sant'Angelo. Edificado inicialmente como mausoleo para albergar la tumba del emperador Adriano, el edificio en cuestión acabaría convertido en una fortaleza militar en el siglo III, dada su localización estratégica y debido

también a la solidez de su construcción.

Cuando Adriano murió el 10 de julio del 138 tras padecer una larga enfermedad, nadie se opuso al gobierno en solitario de Antonino, que ya había sido asociado al trono en el momento de su adopción.

TODO PARECE IR BIEN (138-161)

Antonino pertenecía a una familia de orden senatorial con origen en Nemausus —la actual Nîmes—, en la Galia. Se trataba de un senador que gozaba entre sus pares de una buena reputación, a diferencia de su padre adoptivo. Precisamente las tirantezas entre los senadores y el fallecido emperador todavía aflorarían con motivo de la celebración de sus funerales, dado que era intención del Senado no divinizar al difunto, tal y como se acostumbraba a hacer desde tiempos de Octavio Augusto (27-14 a. C.). No obstante, Antonino se opuso a esta decisión y fue el artífice de la celebración de la apoteosis de Adriano, actuación que le serviría para que se le otorgara el apelativo «pío» motivo por el cual precisamente conocemos a este emperador como Antonino Pío. A pesar de esta desavenencia inicial con el Senado, el principado de Antonino se caracterizaría por la cordialidad de las relaciones del nuevo emperador con este órgano de gobierno de época republicana. Antonino Pío respetaría siempre, a diferencia de Adriano, el derecho de los senadores a ser juzgados únicamente por el propio Senado, así como seguiría los pasos marcados por Trajano y sometería a sanción, por parte de esta institución, todas las decisiones importantes tomadas durante su principado. Pero lo anterior no debe llevarnos a engaño, pues, al igual que con Trajano, no significaba que el poder del emperador dejara de ser en la práctica absoluto. A la hora de tomar estas determinaciones políticas, el emperador se apoyaría, más que en el Senado, en el *Consilium Principis*, que continuaría su desarrollo a lo largo de su principado tal y como ya ocurrió con Adriano.

Antonino daría también continuidad a la profesionalización de la administración del Estado, dejando que se encargaran de la misma miembros del orden ecuestre, en detrimento de los miembros de clase senatorial. Con actuaciones como las anteriormente descritas se daba de nuevo, en definitiva, un fuerte mazazo para apartar al orden senatorial del poder.

Bien sabemos ya cuál es el origen del apelativo «pío» otorgado a Antonino en alusión a su bondad, virtud suya que era ampliamente conocida también por el pueblo. En este sentido, es conocido que Antonino Pío, siendo un rico propietario de grandes extensiones de tierra en Italia, había patrocinado en no pocas ocasiones espectáculos públicos. Era tal su generosidad que llegó incluso a contribuir con su fortuna personal a la hora de desahogar la maltrecha tesorería, como por ejemplo

cuando hubo de hacer frente al pago del donativo que se solía dar a los legionarios y pretorianos tras la coronación de un nuevo emperador.



Busto de Faustina la Mayor. La esposa de Antonino Pío, Faustina, perteneciente a una familia senatorial de origen hispánico, fue al parecer muy amada por el emperador, dado que a su muerte fue divinizada y en su honor se creó una institución caritativa de ayuda a las muchachas romanas más desfavorecidas que portaba su nombre.

En concordancia con la política popular a la que hemos hecho mención, una vez en el trono, Antonino daría continuidad a más actos fastuosos para entretenimiento de la plebe, así como a la política de alimenta que, como bien sabemos, también fue seguida por sus dos antecesores en el trono. Al mismo tiempo, Antonino Pío promulgaría leyes en favor de los ciudadanos más necesitados y más débiles ante la sociedad, tales como niños y mujeres pobres, o incluso esclavos. En el año 141 llegó a crear una institución de carácter caritativo que llevaba por nombre *Puellae Faustinae* —en castellano “muchachas de Faustina”— en honor a su esposa, recientemente fallecida, y cuyo principal cometido era encargarse de la educación y la manutención de niñas pobres, lo que constituye una muestra más del carácter piadoso de este emperador.

Pero a pesar del coste elevado que sin duda representaba financiar todas estas ayudas, entre las que quedaría también incluido el reparto gratuito de vino y aceite de oliva, esto, sin embargo, no nos debe llevar a pensar que el emperador no moderó el gasto público. En este aspecto debemos destacar las obras públicas, partida presupuestaria en la que Antonino únicamente realizaría inversiones de cierta

envergadura en la construcción de calzadas, con el objeto de mejorar el desplazamiento de tropas a lo largo de todo el territorio imperial y facilitar así la defensa de las fronteras frente a agresiones exteriores. Del mismo modo, únicamente se procedería a restaurar aquellas construcciones que hubieran resultado dañadas por accidentes o desastres naturales.

Cabe tener presente que, por esas fechas, los ecos de la conquista de la Dacia por parte de Trajano parecían ya haberse esfumado, de modo que de nuevo ciertos indicios de recesión económica, ya atisbados durante el reinado del último emperador que podríamos calificar de «conquistador», volverían a ser observados. Tras un principado entero, el de Adriano, sin conquistas territoriales, los únicos motores económicos, al margen del tráfico de mercancías de lujo procedentes de Oriente, eran la economía de frontera, descrita en el anterior subcapítulo, así como el comercio dedicado a la distribución de alimentos para los habitantes más necesitados del imperio. Es preciso destacar que el mercadeo de suntuosos artículos procedentes de Asia fue por la época un negocio que podríamos calificar de pujante, del cual se lucraban las ricas ciudades de la parte este del Imperio romano.



Caños de Carmona. Este acueducto que surtía de agua la ciudad de Hispalis sería restaurado y reconstruido en varias ocasiones a lo largo de la historia, con lo que llegaría a estar en servicio incluso en época contemporánea.

Después de veintiún años en el trono, período de tiempo en el que primó una política exterior defensiva y donde el estancamiento económico sería palpable, Adriano dejaría a Antonino Pío en herencia estos contratiempos que, no solamente no desaparecerían, sino que incluso se agravarían. Ejemplo de ello lo constituye el abandono de los campos de cultivo, que continuó siendo imparable, con lo que el rendimiento productivo seguiría bajando. Estas tierras incultas o bien eran propiedad

de terratenientes, que poco hacían por ponerlas en producción, o se trataban de parcelas pertenecientes a humildes labradores que se veían obligados a cederlas a dueños de grandes latifundios ante la imposibilidad de obtener una cosecha suficiente para poder subsistir y satisfacer al mismo tiempo los impuestos estatales. Como consecuencia de esto, los ricos eran cada vez más ricos y los pobres no solo eran cada vez más pobres, sino que su sustento pasaba a depender del estado o, llegado el tiempo, cuando las arcas imperiales estuvieron ya vacías, serían mantenidos por potentados, a los que habitualmente quedarían sometidos por vínculos de dependencia personal a través de relaciones de patrocinio, como veremos en próximos capítulos.

Pero en la época no solo se daban dificultades en el ámbito rural. La crisis económica provocaría también que las grandes ciudades tuvieran cada vez más dificultades para equilibrar la balanza entre gastos e ingresos. Debido a ello, cada vez era más complicado que en estas urbes los habitantes de rango senatorial estuvieran dispuestos a ocupar cargos políticos que implicaran costear gastos públicos, y si a ello le unimos la cada vez menor fuerza política del Senado, todo esto explica el éxodo que comenzaría a producirse de estos patricios hacia sus villas rurales. Una vez allí, ya sabemos que estos terratenientes se dedicarían a vivir de sus tierras, aunque estas presentaran rendimientos para nada óptimos. Como hemos dicho, una nueva fuerza productiva se encargaría de paliar este déficit: el colonato. Muchos de los campesinos eran antiguos propietarios de pequeñas parcelas que habían abandonado como consecuencia de la recesión, de los que conocemos que no pocos de ellos, al parecer, acabaron entregando estas tierras a un propietario agrario solvente. Con bastante frecuencia, además, estos mismos labriegos acabaron convirtiéndose en colonos dependientes de dichos potentados. En esta misma línea iba seguramente la configuración de un sistema jurídico dual bajo el imperio de Antonino, el cual ya empezaba a vislumbrarse con Adriano. En él, como explica Arcadio del Castillo, parece quedar reflejada la configuración de la sociedad romana en torno a dos clases sociales, básicamente ricos y pobres, lo que en el imperio se conocía como *honestiores* y *humiliores*.

Sin embargo, a pesar de todo lo descrito en los párrafos anteriores, no podemos negar que la administración del Imperio romano bajo el principado de Antonino Pío fue muy eficiente. A diferencia de Adriano, que se dedicó a lo largo de su principado a viajar por todo el Imperio para conocer de primera mano las complejas necesidades de gobierno que este exigía, Antonino nunca abandonaría Roma, dedicándose en cuerpo y alma a administrar de la manera más eficiente este inmenso territorio desde su capital, de modo que a su muerte, aun a pesar de todas las dificultades económicas descritas, dejaría las arcas estatales con superávit. Aunque esta política conservadora conllevaría a abandonar de manera definitiva las conquistas territoriales, e incluso, en el caso concreto de este principado, la guerra defensiva. Por suerte para Antonino Pío, las normalmente belicosas tribus fronterizas permanecerían en relativa calma,

con lo que su política de paz le permitiría reforzar el tesoro público. Por el contrario, dicha política exterior no beligerante dejaba las fronteras seriamente amenazadas por el creciente poder bárbaro. Durante el imperio de Antonino únicamente se producirían algunos enfrentamientos con los britanos, ciertas tribus germánicas y Persia, en cualquier caso, se trataba de conflictos menores para nada comparables con las antiguas campañas bélicas romanas. Por suerte para el emperador Pío, Roma todavía era grandiosa y, es más, mantenía intacto su prestigio frente a los principales enemigos: germanos y persas. Los primeros de estos bárbaros todavía no eran conscientes de su fortaleza y estaban desunidos, agrupados en pequeñas tribus aparentemente no peligrosas, mientras que los segundos se hallaban inmersos en sus constantes disputas dinásticas.



Cuando el senador Tito Aurelio Boionio Arrio Antonino, de cincuenta y dos años, ascendió al trono, todo parecía indicar que sería un soberano de transición debido a su edad y a que el emperador Adriano le había instado a adoptar a sus dos jóvenes sucesores, Marco Aurelio y Lucio Vero. Ciertamente no destacaría por ser un soberano enérgico, pero sin embargo debemos resaltar que fue un excelente administrador que lograría atenuar los primeros atisbos de retroceso económico. En la imagen, busto de Antonino Pío hallado en Puente Genil, Córdoba.

Al mismo tiempo, dentro del imperio únicamente tendrían lugar pequeños conatos de rebelión en Judea, Grecia, Egipto y Dacia, y fueron sofocados sin dificultad. Sin embargo, tras dos principados completos, los de Adriano y Antonino, sin que el imperio llevara a cabo una política defensiva activa, en la que ni siquiera se incluían

ataques preventivos de consideración contra las belicosas tribus ubicadas en las proximidades del Rin y el Danubio, Marco Aurelio heredaría este grave problema, que marcaría definitivamente el inicio de la gran crisis de Roma.

Antonino siguió, por lo tanto, una política defensiva similar a la de su antecesor en el trono, de forma que las legiones estuvieron destacadas principalmente en las áreas fronterizas y sus filas siguieron nutriéndose mayoritariamente del reclutamiento regional. De igual modo, continuaría aumentando en el ejército romano el número de tropas auxiliares, tanto de infantería como de caballería, aunque serían precisamente unidades montadas las que proporcionarían mayor movilidad a los ejércitos que permanecían en reserva a la espera de ser llamados para salvar alguna posible crisis militar allí donde se les necesitara. Con ello podemos comenzar a entrever lo que acabaría siendo la configuración del ejército bajoimperial, compuesto, como analizaremos más adelante, por tropas de frontera o *limitanei* y pequeñas huestes de reserva móviles o *comitatenses*. Esta política exterior sería reforzada, al igual que ya hiciera Adriano, con la construcción de fortificaciones fronterizas, como por ejemplo en Britania, Germania Superior o Recia, así como con el fomento de la colonización de las regiones fronterizas, tal es el caso de la fundación de nuevos asentamientos romanos en los *agri decumates*. No obstante, es preciso destacar que en concordancia con su política de contención del gasto, Antonino Pío no invertiría en estas fortificaciones los mismos recursos que su antecesor en el trono. Sirva de ejemplo la construcción de un nuevo muro en Britania, a unos cien kilómetros al norte del muro de Adriano, en el que todo parece indicar que fue levantado con excesiva prisa y donde únicamente eran de piedra los cimientos. Si bien la intención del emperador era que este muro permitiera a las legiones romanas mantener una posición defensiva más al norte que la demarcada por el muro de Adriano, la realidad pronto vendría a mostrar la escasa utilidad del muro de Antonino, como consecuencia, en buena medida, de las carencias descritas. Debido a ello, no nos extraña que no tardara demasiado en ser abandonado por los romanos e incendiado al poco de haber fallecido el artífice de su construcción.



Busto de Faustina la Menor. Hija del emperador Antonino y casada con el emperador Marco Aurelio, además de ser madre del emperador Cómodo, Faustina la Menor inspiraría a su muerte, igual que su madre, Faustina la Mayor, la creación de una institución benéfica que portaría su nombre.

Pero antes de que esto tuviera lugar, nuevamente un emperador asociaba al trono a su sucesor con el objeto de evitar una transición violenta. Tal y como ya había impuesto Adriano, el elegido no fue otro que el hijo adoptivo del soberano, en este caso Marco Aurelio. Por ello, a partir del 146, Marco Aurelio, que por entonces contaba con veinticinco años de edad, auxiliaría a Antonino Pío en las tareas militares y de gobierno. Lucio Vero, su otro hijo adoptivo, aunque en el 145 ya había recibido la toga viril —ceremonia que marcaba en Roma el paso a la edad adulta de los varones—, era menor que Marco Aurelio y tenía por entonces diecisiete años. Sin embargo, no todas las decisiones en cuanto a la cuestión sucesoria siguieron los designios de Adriano. En este sentido es preciso destacar que, en paralelo a la asociación al trono de Marco Aurelio, Antonino Pío casaría a su hija legítima, Faustina, con él, para lo cual debería previamente romper con el compromiso nupcial existente entre esta joven y Lucio Vero, impuesto por el difunto emperador. Es más, la entronización anticipada de Marco Aurelio en lugar de su hermanastro Lucio Vero, como consecuencia de su mayoría edad, seguramente ocultaba las preferencias de Antonino Pío por el primero. Marco Aurelio había sido nombrado ya cónsul en el 140, con tan solo diecinueve años, y también en el 145. Sin embargo, Lucio Vero no sería designado para ocupar esta magistratura hasta el año 154, cuando ya contaba con veinticuatro años de edad. Esta aparente preferencia por Marco Aurelio quedaría confirmada en el 161, cuando al fallecer Antonino Pío le legaba el imperio en testamento.

¿Era deseo de Adriano que Lucio Vero fuera emperador? De ser así, Antonino daba al traste con esta posibilidad. No obstante, aunque el Senado aclamó a Marco Aurelio como único emperador, en un alarde de generosidad el nuevo augusto asociaría al trono a su hermanastro, Lucio Vero, con lo que finalmente este ocuparía también el trono. Así se creaba una nueva fórmula para dirigir al Imperio romano en la que dos emperadores compartían los mismos poderes, privilegios y títulos excepto el cargo de *pontifex maximus*, máxima autoridad religiosa del Imperio romano, que era indivisible y que quedaría reservado para Marco Aurelio. Hasta ese momento, si bien en otras ocasiones —tal y como había ocurrido con Antonino Pío y Marco Aurelio— un emperador de mayor edad podía designar como coemperador a alguien más joven, con algunas funciones militares y de gobierno, con el objeto de que fuera adquiriendo experiencia y que a la muerte del primero este le pudiera suceder sin complicaciones, lo cierto es que la decisión de Marco Aurelio era bien diferente y sentaba un precedente que hasta la fecha no se había dado. La designación de Lucio Vero como emperador asociado de Marco Aurelio constituye la primera ocasión en la que el poder imperial será colegiado y estará en manos de más de un individuo. Muy probablemente, esta opción sería la más lógica a la hora de gobernar un imperio de esas dimensiones y que, además, estaba constantemente amenazado en todas sus fronteras por parte de los enemigos exteriores, así como, lo que aún era más peligroso, por enemigos internos ávidos de poder. Debido a ello, este sistema de gobierno acabaría imponiéndose, como iremos comprobando a lo largo de esta obra.



Estatua ecuestre del emperador Marco Aurelio. Esta escultura romana de bronce ha llegado hasta nuestros días, dado que es una de las estatuas que se libraron de ser fundidas en época posterior para acuñar moneda o fabricar otros elementos a partir de su metal, práctica que no era infrecuente.

Cambios como el descrito acabarían por transformar el llamado Alto Imperio romano en una nueva versión de sí mismo. Auténticos giros, en no pocas ocasiones drásticos, como sería el que se produjo en el ámbito económico y que estudiaremos con más detalle a continuación.

UN MODELO ECONÓMICO QUE LLEGA A SU FIN

La base económica de Roma era, al igual que en las demás civilizaciones de la Antigüedad, la agricultura. En la agricultura romana predominaría el latifundio como tipo de explotación, cuya propiedad estaba, principalmente, en manos de miembros del orden senatorial o de los emperadores. Desde tiempos de Octavio Augusto, a lo largo de los diferentes principados, la concentración de las tierras de cultivo en manos de unos pocos dueños —los más ricos, en definitiva— seguiría evolucionando

de forma positiva. Adicionalmente, es preciso destacar que este tipo de terrenos agrícolas se explotaban durante el período altoimperial, es decir, entre los siglos I y III a. C., haciendo principalmente uso de mano de obra esclava, aunque, durante el tránsito hacia el Bajo Imperio a partir del siglo II, comenzarían a verse cada vez con mayor frecuencia colonos labrando estos mismos campos.

El historiador español José María Blázquez cita el siguiente ejemplo para que podamos hacernos una idea del marco temporal en el que empezaría a verse este cambio. Este historiador contemporáneo comenta que, si bien a comienzos del imperio el autor romano Petronio cuenta en sus escritos que explotaba sus tierras mediante el trabajo de sus esclavos, en cambio, a finales del siglo I y comienzos del siglo II, otro escritor, Plinio el Joven, indica que hacía lo propio con colonos. Ser colono en época romana significaba ser una persona libre que, sin tener la propiedad de la tierra, la trabajaba a cambio del pago normalmente en especie de una cuota de arriendo al patrón. Ser esclavo, en cambio, era algo totalmente distinto.



Estatua de Octavio Augusto. El primer emperador romano recibiría el apelativo de «augusto» por parte del Senado, denominación de la cual disfrutarían también sus sucesores, a modo de título, hasta que el último de ellos, Rómulo, sería destronado en el 476. Rómulo es precisamente llamado de manera despectiva «Augústulo», como consecuencia de su juventud y del efímero poder del que disfrutaba.

La esclavitud había sido ya utilizada en la Grecia clásica como mano de obra antes de que Roma se convirtiera en un imperio. En las polis griegas el hecho de que la tierra fuera trabajada por esclavos permitía a los ciudadanos libres dedicarse a otros menesteres, tales como actividades relacionadas con el comercio, la política o la función militar. Precisamente las obligaciones bélicas en la Grecia antigua eran, del mismo modo que posteriormente sucedería en Roma, el engranaje imprescindible para hacer funcionar el mecanismo financiero de estas potencias militares, a través de un modelo de retroalimentación positiva. Debido a esto, emprender nuevas campañas bélicas de carácter ofensivo era fundamental a la hora de obtener de los enemigos derrotados botín, tributos periódicos y esclavos. Al aumentar la disponibilidad de este tipo de fuerza productiva, un mayor número de ciudadanos podía liberarse de sus obligaciones agrícolas y alistarse en el ejército, con lo que las tropas de las ciudades-Estado griegas, al igual que ocurriría después en Roma, eran constantemente reforzadas mediante esta fórmula para emprender nuevas conquistas.

Algunas polis, tal es el caso de Atenas y Corinto, desarrollaron en el siglo V a. C. un modelo de esclavitud muy similar al romano, en el que este tipo de mano de obra acabaría resultando ser la principal en el ámbito rural. Debido a esto, dicha fuerza de trabajo era tan importante que en las principales ciudades-Estado griegas el número de habitantes libres era a menudo superado por el de esclavos. Es preciso resaltar, además, que los ciudadanos de las polis eran en su mayoría *thetes* y *hoplitas*, los primeros de ellos se corresponderían con aquellos habitantes menos pudientes, que no poseían los recursos necesarios para equiparse como un soldado de infantería pesada. Existía también en estas urbes helenas un número reducido de ciudadanos adinerados que disfrutaban de ciertos privilegios, aunque es necesario subrayar que no se daban aquí tantas diferencias sociales como las que surgirían posteriormente en Roma. Serían precisamente estas profundas desigualdades las que permitirían, en buena medida, la aparición del colonato en el Imperio romano, es decir, el sistema de explotación de la tierra que prescindía del uso de esclavos y en su lugar empleaba mano de obra libre pero dependiente. En este contexto, a partir del siglo III, la figura del colono que trabaja la tierra, cuya presencia empieza a ser frecuente en los campos imperiales hacia el siglo II, como ya hemos mencionado, se afianzaría en detrimento de la del esclavo. Sin embargo, es preciso destacar que esto no significaba que los esclavos desaparecieran en su totalidad, ya que continuaron estando presentes, sobre todo a la hora de desempeñar tareas domésticas en las villas de los potentados romanos.



El Partenón de Atenas. Este templo constituye el símbolo más representativo de la cultura griega antigua, cuyas ruinas son todavía a día de hoy impresionantes a pesar del paso de los años, de los numerosos daños sufridos e incluso del expolio al que han sido sometidas.

Pero, para que estos cambios tuvieran lugar, antes debieron aparecer en Roma los latifundios nobiliarios y que estos pasaran a ocupar la mayor parte de la superficie cultivable, tierra que, como bien sabemos, en un principio era trabajada por esclavos. Hasta ese momento nunca antes se había producido la combinación entre latifundio y esclavo ya que, si bien en el período helenístico (entre los siglos IV y I a. C.) surgieron en el territorio bajo su dominio terratenientes pertenecientes a la aristocracia, el sistema de explotación agrario no estaba basado en el empleo de este tipo de fuerza de trabajo. La conquista de grandes espacios continentales en el caso de las dinastías helenísticas, al igual que ocurrió después con Roma, posibilitó la creación de dichos latifundios. Por contra, en la Grecia antigua el carácter insular, costero y ampliamente fragmentado de sus territorios provocó que no existieran en ellos extensiones cultivables de dimensiones similares a las descritas y, además, aunque estas tierras sí que eran trabajadas por esclavos, la propia configuración social de las polis, en la que entre sus ciudadanos más pudientes y más humildes no se daban diferencias tan marcadas como en la civilización romana, impedía la concentración de la propiedad rural en manos de unos pocos. En Roma, la aparición de latifundios fue posible gracias a las grandes campañas de conquista emprendidas ya en el siglo III a. C., durante la época republicana, y que hacia el siglo I a. C. la llevaron a dominar el Mediterráneo. Esto tuvo lugar porque las nuevas conquistas aportaron las vastas tierras de cultivo necesarias para ello. Por otra parte, las guerras proporcionarían a su vez prisioneros que luego serían esclavizados y que acabarían constituyendo la mano de obra en dichos latifundios. Todo ello sin duda fue en favor de Roma y de su

estamento senatorial, principal clase social que se benefició con la explotación de las nuevas tierras a través de este modo de producción.



Ánfora romana. Estos recipientes cerámicos simbolizan sin ningún género de dudas el pujante comercio romano que tuvo lugar a lo largo y ancho de la cuenca del Mediterráneo, mar en el que abundan los naufragios donde pueden hallarse ánforas de múltiples tipos que contenían infinidad de alimentos y bebidas, tales como aceite de oliva, vino o la archiconocida salsa *garum*.

No obstante, todo lo anterior perjudicó al mismo tiempo a los campesinos romanos, dueños de pequeñas parcelas, de manera que su número disminuyó de forma palpable, aunque, sin embargo, nunca llegarían a desaparecer totalmente. Dadas las circunstancias descritas, ya en época republicana los antiguos agricultores quedaban disponibles para alistarse en la legión, algo similar a lo que ocurría en la Grecia clásica. Esta especie de maquinaria funcionó a la perfección mientras hubo nuevos territorios que ocupar y que aportaran un sustancioso botín: tierra y esclavos. Pero, por el contrario, cuando el Imperio romano alcanzó su máximo apogeo en el siglo II bajo el principado de Trajano, dicha estructura empezaría a verse seriamente dañada, en buena medida también como consecuencia de sus amplísimas dimensiones. Estas fronteras, tan alejadas unas de otras, contribuyeron a que la política imperial, hasta ese momento conquistadora, cambiara y se hiciera defensiva a partir del principado de Adriano, como hemos analizado en el epígrafe «Y al fin la paz». Debido a ello, ya no hubo más conquistas tras la toma de la Dacia, a principios del siglo II.

La escasez de prisioneros de guerra generada a partir de entonces vino a sumarse

a otros factores que acabarían provocando el estancamiento económico y, a la larga, tal y como iremos desvelando a lo largo de esta obra, también la ruina del sistema de producción esclavista. A partir de entonces, el ya de por sí caro mantenimiento de un esclavo llegó a convertirse en un prohibitivo lujo incluso para los más pudientes terratenientes pertenecientes al orden senatorial. Dado que entre los esclavos había escasas mujeres y por tanto poca descendencia, la principal fuente para obtenerlos era hacer prisioneros de guerra. Las esclavas eran escasas porque no resultaban aptas para las duras labores agrícolas, y los pocos niños que pudieran gestar eran frecuentemente abandonados por sus propietarios romanos al resultar aquellos improductivos. Incluso los esclavos adultos masculinos, a los que podríamos calificar como «productivos», presentaban un mantenimiento caro, pues había que alimentarlos durante todo el año, incluso en los numerosos períodos en los que no había labores agrícolas que realizar.

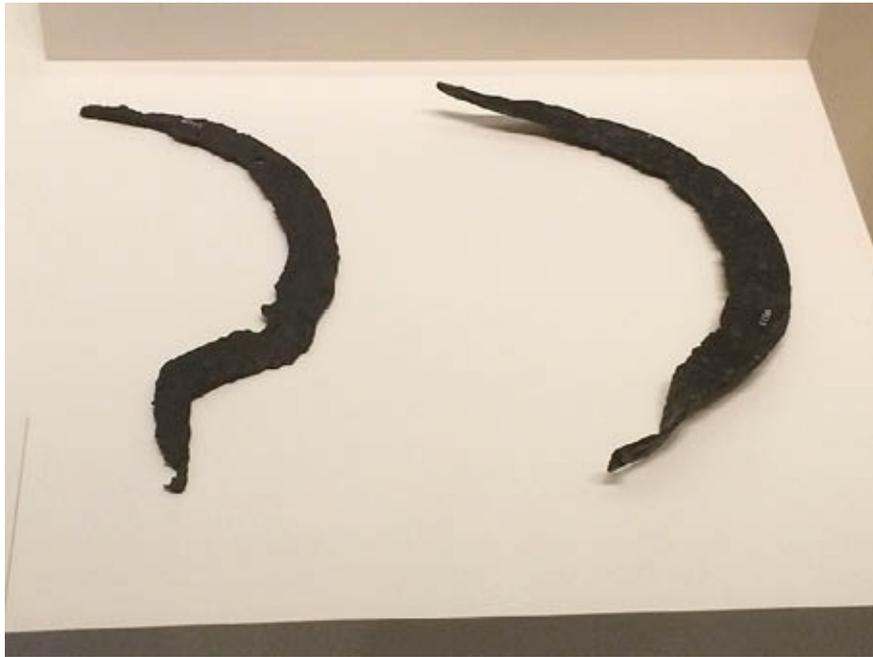


Mosaico romano que escenifica un espectáculo público con fieras. La imagen en cuestión constituye un buen ejemplo del tipo de espectáculos públicos que eran costeados por el Estado o por acaudalados ciudadanos. En este caso concreto se trata de una *venatio*, combate o cacería de animales salvajes, generalmente exóticos, como el tigre de la fotografía.

En época de Trajano, el escritor romano Dion Crisóstomo —buen conocedor de la realidad del imperio— describe la situación de abandono de los campos de Grecia, donde, por el contrario, las urbes estaban superpobladas, atestadas de gente improductiva que se dedicaba, según nos cuenta, a parasitar al Estado o a los ciudadanos adinerados y a pasar el tiempo asistiendo a los espectáculos públicos que se les ofrecían de manera gratuita. Esta coyuntura, como bien sabemos, era análoga a la que se daba en Italia y otras zonas sobre todo de la mitad occidental del imperio.

En esta calamitosa situación, Dion Crisóstomo animaba a la plebe a colonizar y explotar los *agri deserti* o las tierras públicas que no estaban siendo explotadas por la ausencia de esclavos o mano de obra libre dispuesta a trabajar. Serían Trajano y Adriano los primeros emperadores que tratarían de paliar de forma activa esta dramática realidad, favoreciendo que se ocuparan las tierras no explotadas mediante su parcelación, y cediendo estas fincas a campesinos libres. El reparto de tierras con este fin se daría sobre todo en el África proconsular —provincia que ocupaba el actual Túnez y la costa de Libia—, donde aplicar esta política resultaba más sencillo por abundar allí la presencia de parcelas agrícolas de propiedad imperial. Lo cierto es que la experiencia obtenida en África en este sentido resultaría ser muy positiva, ya que la región experimentaría a partir de entonces incrementos satisfactorios en su productividad agrícola —en cultivos de trigo y olivo, fundamentalmente—, industrial, sobre todo producción de aceite de oliva, y comercial, con la exportación, principalmente a Roma, de los anteriores productos, lo que le llevó a alcanzar una explosión en su economía.

En época de Trajano y Adriano estaba en vigor la conocida como Lex Manciana, ley que se aplicaba a la hora de desarrollar esta política agraria. Dicha ley concedía al colono el derecho de explotación de una fracción de tierra que le hubiera sido arrendada por un «conductor» —administrador de la parcela— o propietario, siendo un funcionario imperial, el procurador, quien fijaba la relación entre inquilino y arrendatario así como las prestaciones, en forma de trabajo, que el primero de ellos debía realizar para el segundo. Del mismo modo, los impuestos y las tasas de arrendamiento que el campesino debía pagar, normalmente en especie, los establecía también el procurador, calculándolos en función del producto cosechado. Con esto último se lograba que el colono, labriego libre, a diferencia de los campesinos esclavos, tuviera motivación para incrementar los rendimientos obtenidos como fruto de su trabajo, ya que, aunque es cierto que a mayor cosecha se pagaban más impuestos, también es verdad que una situación así podía procurar, una vez cubiertas las necesidades básicas, un excedente que el agricultor podía quedarse para sí.



Hoces romanas del siglo I-II. La hoz era la herramienta de labor por excelencia a la hora de cosechar el trigo, principal fuente de alimento no solamente en el Imperio romano sino en buena parte de las civilizaciones antiguas, como la mesopotámica o la egipcia.

Durante el principado de Adriano se daría un paso más en esta política agraria que fomentaba el colonato, para lo cual se promulgaría la Lex Hadrianea. Dicha ley permitía la ocupación para su explotación de todas las tierras incultas o abandonadas por más de diez años independientemente de quién fuera su propietario, normalmente el Estado o un terrateniente. Es más, otorgaba la titularidad de estas tierras a los colonos que las trabajaban, así como el derecho de estos a transmitir las en herencia a sus descendientes.

Antes de acabar de hablar de las leyes Manciana y Hadrianea, es preciso destacar que, mientras se cree que la primera únicamente estaba en vigor en el África proconsular y, en opinión del historiador ruso Mijaíl Rostovtzeff, solamente afectaba a las parcelas de propiedad estatal —tierras a las que se conoce como *ager publicus*—, la segunda se aplicaba muy probablemente a todo el imperio y, como ya hemos mencionado en el anterior párrafo, a todos los *agri* sin explotar, independientemente de quién fuera su propietario.

Todo lo descrito al final de este epígrafe parece indicar que, hacia comienzos del siglo II, los emperadores observaron que la realidad económica del imperio demandaba un nuevo modo de producción agrícola que no podía basar el rendimiento obtenido en la cara y escasa mano de obra esclava. Aunque estas decisiones de gobierno consiguieron aumentar la productividad y sustituir un tipo de fuerza de trabajo menos rentable, no lograron, en cambio, crear una nueva clase de campesinos propietarios de pequeñas parcelas de tierra tal y como, al parecer, deseaban los emperadores. En lugar de frenar la acumulación de latifundios en manos de los más ricos, dicha política aceleraría esta tendencia, sobre todo cuando, como iremos desvelando, nuevos períodos de crisis aparezcan. Los colonos libres e independientes,

propietarios de pequeñas parcelas, se acabarían convirtiendo por entonces en colonos sin propiedades, dependientes de sus patrones y, aunque todavía eran jurídicamente libres, perderían gran parte de sus derechos, asemejándose cada vez más a los siervos, es decir, a los antiguos esclavos.

Los tiempos, en consecuencia, estaban cambiando en los albores del siglo II, y con ello el Imperio romano —principalmente su mitad occidental— caminaba ya hacia lo que se conoce como «régimen señorial», es decir, el conjunto de disposiciones que regulaban las relaciones entre el dueño de la tierra y el colono que la explota a cambio del pago de una serie de prestaciones, en forma de trabajo, y de la entrega de una parte de la cosecha.

No obstante, cuando Antonino Pío falleció en el 161, dejando además unas arcas imperiales repletas, a nadie parecía preocuparle un estancamiento económico que por entonces ya debía ser patente. La misma falta de inquietud debían provocar los bárbaros asentados en las proximidades del limes, donde el peligro comenzaría a acechar tras prácticamente dos principados sin que en las fronteras se hubieran desarrollado campañas militares. El Imperio romano tenía por entonces la mayor extensión que jamás había tenido, por lo que, sin embargo, todo parecía ir bien.

No todo va tan bien como parece

BÁRBAROS, PROBLEMA A LA VISTA (161-180)

En el epígrafe «Todo parece ir bien» hemos podido observar cómo Marco Aurelio recibió el trono tras la muerte de su padre adoptivo, Antonino Pío. Recordemos, además, que el nuevo augusto asociaría al trono a su hermanastro, el también adoptado Lucio Vero, motivo por el cual Roma tenía en el 161 dos emperadores. No obstante, Marco Aurelio era el mayor de los dos; contaba con cuarenta años de edad, diez más que Lucio Vero, y había sido el favorito de Antonino Pío, por lo que realmente era él quien llevaba las riendas del Estado, al margen de que en teoría los dos compartieran el poder en igualdad de condiciones. La formación de Marco Aurelio a la hora de dirigir el imperio había sido, así mismo, exquisita. Poseía una amplia cultura, una excelente formación jurídica y experiencia política. Estas capacidades no le vendrían mal, teniendo en cuenta lo que, como pronto analizaremos, se le vendría encima al Imperio romano. Sin embargo, Marco Aurelio nunca había ejercido el mando militar. Pero muy pronto tendría la oportunidad de revelarse como un gran estratega.

Ese mismo año 161 se rompía la *pax romana* en la frontera persa, donde el rey parto Vologases III aprovecharía la incertidumbre que podía generar la coronación de un nuevo emperador, e invadiría Armenia colocando en su trono a un arsácida afín a sus intereses llamado Pacoros. En Armenia, el legado romano de Capadocia sería derrotado junto a todo su ejército, al mismo tiempo que los persas atacaban la provincia imperial de Siria, donde las tropas partas también se imponían a las legiones. Por suerte para Roma, Marco Aurelio pondría al frente de las tropas orientales a Lucio Vero, cuyos ejércitos expulsarían a los partos de Armenia, y acto seguido invadirían territorio persa. El general romano Avidio Casio llegaría incluso a tomar y destruir las ciudades de Ctesifonte y Seleucia, en Mesopotamia, lo que obligaría a huir al propio Vologases. Estas resonantes victorias permitirían al imperio obtener una paz ventajosa frente al poderoso enemigo persa, de forma que en el 166 se firmaría un tratado a través del cual Persia le cedía una parte de la Mesopotamia ocupada, así como nuevamente se permitía al emperador romano ejercer el control militar sobre el reino de Armenia, donde se procedería a coronar a otro arsácida, Soemo, tan fiel a Roma que incluso ocupaba el cargo de senador.

El problema parto parecía, por lo tanto, resuelto, aunque nuevos contratiempos pronto surgirían para el Imperio romano.

Por un lado, una mortífera epidemia de peste brotaría en Seleucia durante su

asedio y desde allí se extendería por el imperio, alcanzando incluso a la propia Roma.



Detalle del Ara Pacis Augustae. El relieve en cuestión nos muestra a la familia imperial de Octavio Augusto en procesión ceremonial. El denominado «altar de la paz» constituye un monumento conmemorativo de las victorias obtenidas por el primer emperador, instituyendo la conocida como *pax romana*.

De otra parte, el limes danubiano sufriría varios ataques bárbaros, que se iniciarían en el 166, antes incluso de firmar la paz con Persia, con incursiones que ponían en riesgo a las provincias romanas de Recia, el Nórico, Panonia y Dacia a lo largo, de oeste a este, del curso del río Danubio en su recorrido por el sur de la actual Alemania, Austria, Eslovaquia, Hungría y Rumanía. Este dato nos conduce a pensar que, de caer estas fronteras, la propia Roma se vería directamente amenazada, sin que fuerza militar alguna pudiera contener a las hordas bárbaras.

Se trataba de tribus principalmente de etnia germánica, tales como los hermunduros, marcomanos, cuados, vándalos o lombardos, entre los que se contaban también los sármatas yázigos, de origen iranio. Tribus todas estas contra las que prácticamente no se había emprendido acción militar alguna durante los imperios de Adriano y Antonino Pío, motivo por el cual ahora parecía que se pagaban las consecuencias de sus políticas de inactividad bélica. Es preciso destacar, con respecto a estos pueblos germánicos, que el detonante último para que atravesaran la frontera fue el efecto dominó que tuvo lugar en la época en áreas próximas al curso del río Danubio, de forma que las migraciones de unos empujaron a otros y estos últimos repetirían el proceso con un tercero, hasta que algunos de ellos se vieron forzados a atravesar el limes.

En el 166 se frenaría la primera de estas incursiones, con los marcomanos como protagonistas, que invadieron el Nórico. No se les derrotaría sino que, en su lugar, se

lograría un pacto, dado que las legiones romanas se hallaban todavía inmersas en los asuntos persas y era necesario ganar tiempo. Debió ser por ello por lo que el rey de los marcomanos, Balomar, sintiéndose en una posición de fuerza, al año siguiente lideraría una gran alianza entre su pueblo, los cuados y los yázigos. Debido a ello, las debilitadas fronteras del Nórico, Panonia superior y la Dacia, poco guarnecidas por el traslado de tropas al frente persa, sufrirían el ataque de estas hordas con resultados funestos. Solamente podrían ser contenidos a costa de tomar decisiones drásticas. Para ello, se deberían reclutar dos nuevas legiones, así como reorganizar las defensas de Dacia y del norte de Italia con la creación en esta última área de un distrito militarizado con sede en la ciudad fortificada de Aquileya.



Cabeza de Lucio Vero. El imperio conjunto de Marco Aurelio y su hermano Lucio Vero constituye un caso insólito en Roma, dado que hasta entonces nunca el poder había sido compartido por dos augustos, en teoría con los mismos poderes, aunque en la práctica quedaría demostrado que el primero de ellos, el mayor y más enérgico de los dos, sería quien portaría realmente las riendas del Estado.

Marco Aurelio enviaba, además, al prefecto del pretorio, Victorino, para detener a la desesperada a los invasores cuados y marcomanos, que habían superado ya los destacamentos militares fronterizos de Vindobona —la actual Viena— y Carnuntum —muy próximo al anterior—, pero las tropas romanas serían duramente derrotadas y el propio líder pretoriano muerto, de forma que su avance progresaría hacia el sur hasta que se vieron frente a la siguiente línea defensiva, de flamante creación, es decir, el distrito militar de Aquileya, ciudad a la que pusieron sitio. Por esas fechas la peste causaba estragos entre las filas romanas allí acantonadas, lo que lleva a pensar que, o bien estas tropas estaban formadas por veteranos de la guerra de Persia que habían regresado o, cuando menos, habían estado en contacto con soldados infectados en Oriente. No sería hasta finales del 169 cuando el legado de Panonia Inferior,

Tiberio Claudio Pompeyano, casado con Lucila, hija de Marco Aurelio y viuda del emperador Lucio Vero, lograría rechazar definitivamente a los germanos. Lucio Vero acababa de fallecer cuando se hallaba en el nuevo distrito militar, una vez que había regresado del frente persa junto a su hermano, Marco Aurelio.

Por suerte para Roma, cuados y marcomanos habían podido ser contenidos gracias a las medidas desarrolladas por Marco Aurelio, aunque, como sabemos, no solamente habían logrado atravesar la frontera imperial, sino que habían llegado incluso a penetrar en la propia Italia.

Es por ello por lo que seguramente sus hazañas animaron a otros germanos a tratar de llevarse también un trozo del pastel; tan solo unos meses después, en el 170, dacios y otras etnias sármatas —costobocos y roxolanos— romperían de nuevo la misma frontera y entrarían esta vez en Macedonia y Grecia. Este nuevo ataque llevaría al emperador a emplearse a fondo y a dirigir personalmente a sus legiones para repeler a los invasores, incluso llevando la guerra más allá del Danubio con el objeto de castigar a los bárbaros y establecer un área de seguridad, algo que deberían haber realizado sus antecesores en el trono, Adriano y Antonino Pío, pero que, ante la situación de aparente calma en las fronteras, obviaron hacer.

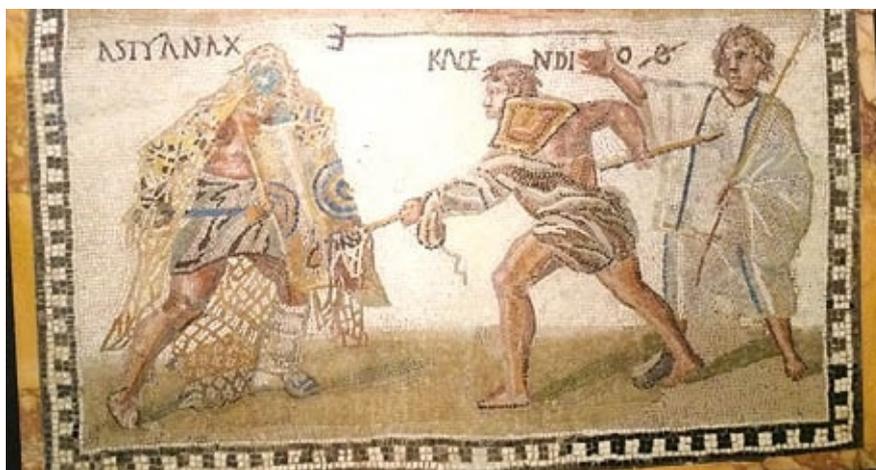
En este contexto vemos al activo Marco Aurelio combatiendo también en el 171 a cuados y marcomanos, y en el 175 a sármatas yázigos. Estas campañas constituirían todo un éxito, de manera que en el 175 ya se había obligado a todos ellos a pedir la paz, dictada a voluntad de Roma. Es por esto por lo que se les impondría el pago de un fuerte tributo, se les prohibiría establecer alianzas entre ellos y se colocarían guarniciones romanas en sus asentamientos. No obstante, casi una década de constante guerra junto con las epidemias que surgieron en el Danubio o que llegaron de Oriente habían dejado esta región europea destruida y prácticamente despoblada, motivo por el cual Marco Aurelio permitiría en sus tratados de paz el asentamiento en territorio romano de los vencidos, en calidad de colonos, con el objeto de repoblar el limes y que la tierra volviera a cultivarse. Así, los vencidos lograban lo que no habían podido conseguir por la fuerza de las armas, es decir, establecerse en suelo romano.

Todo parecía bajo control en el limes danubiano, pero cuando el emperador estaba listo para ir más allá de la frontera con el objeto de crear nuevas provincias en los territorios marcomano y sármatas, le llegarían noticias de una conspiración liderada por Avidio Casio, el triunfante general de la guerra con Persia, quien aprovecharía bien la popularidad que le otorgaban estos triunfos para ser proclamado emperador por sus tropas de Siria y Egipto. La insurrección pudo ser abortada, sin embargo, con rapidez, dado que el Senado le declaró enemigo público y procedió a la confiscación de sus bienes en Roma, lo que hizo que cayera en desgracia y que finalmente fuera asesinado por uno de sus centuriones. Sin duda, los firmes apoyos con los que contaba el emperador en el Senado inclinaron en buena medida la balanza a su favor.

Las buenas relaciones entre los senadores y el emperador marcarían la pauta de gobierno durante el principado de Marco Aurelio, de manera que este acudiría con

frecuencia a sus sesiones, sometería a su consulta las decisiones políticas más determinantes, al tiempo que daría a sus miembros una mayor competencia en materia judicial para formar un tribunal de apelación. Del mismo modo, Marco Aurelio mantuvo los privilegios de los miembros del Senado, de forma que sus representantes no podían ser juzgados por el propio emperador, sino solo por ellos mismos. Sin embargo, como venía ocurriendo desde tiempos de Trajano, esto no significa que el emperador no continuara aumentando su fuerza política en detrimento del poder del Senado, institución de gobierno que, en buena medida, se iría viendo reemplazada progresivamente por el *Consilium Principis* —tal y como sucedía desde el principado de Adriano—. Este órgano estatal recibiría nuevos impulsos con Marco Aurelio y, debido a ello, sus miembros acabarían constituyendo un auténtico cuerpo de expertos en diferentes cuestiones de Estado, serían remunerados por desempeñar su ministerio como funcionarios imperiales, y sus reuniones se convocarían ya de manera periódica.

Volviendo al asunto del alzamiento en Oriente, una vez resuelto el problema que allí se daba, Marco Aurelio pudo centrarse de nuevo en el limes del Danubio, el auténtico quebradero de cabeza de su principado y frontera en la que en el 177 debió combatir de nuevo a los belicosos cuados y marcomanos, en rebelión por no aceptar la presencia de las guarniciones romanas en sus territorios. La represión ejercida por las legiones romanas durante esta campaña fue tal que la consecuente huida de los cuados hacia el norte provocaría el ataque conjunto de marcomanos y hermunduros. Con ello, nuevamente, lo que en origen era una escaramuza acabó derivando en una auténtica guerra en esta belicosa región, y este conflicto se saldaría con una nueva victoria del incombustible emperador —de cincuenta y ocho años de edad— sobre sus enemigos germanos en el 179. Un enfermo Marco Aurelio que fallecería, sin embargo, en Vindobona al año siguiente, en pleno teatro de operaciones del Danubio y acompañado de su asociado en el trono, su hijo Cómodo, de diecinueve años de edad, elegido para desempeñar este cargo unos años antes, lo que hace suponer que muy probablemente se preparaba una ofensiva más allá de las líneas fronterizas.



Mosaico con una escena de combate entre un *secutor* y un *retiarius*. Esta obra de arte del siglo III d. C. representa la lucha entre dos tipos de gladiadores bien

distintos. El secutor iba armado con gladio y protegido con escudo rectangular, casco y armadura, mientras que el *retiarius* atacaba a su enemigo con una red, un tridente y una daga, al tiempo que únicamente se cubría el brazo izquierdo con una protección. Debido a esto, el primero de ellos se cansaba con facilidad y era de movimientos lentos, todo lo contrario que el segundo.

Marco Aurelio había dedicado todo un principado, por la fuerza de las circunstancias, a combatir principalmente a persas en Oriente y a germanos en el Danubio, así como también hubo de intervenir en otros conflictos fronterizos menores. Tal es el caso de los combates protagonizados en el Rin por los catos, también de origen germánico, en los años 162 y 170, o por las tribus norteafricanas que habían invadido la Bética, en el 172 y el 177. Por suerte, el Imperio romano, aunque ya no estaba en condiciones de emprender grandes campañas de conquista como las de antaño, todavía era fuerte militar y políticamente, por lo que con Marco Aurelio aún se pudo contener a los bárbaros y al final de su imperio las fronteras volvieron a ser seguras.

Todas estas guerras sin duda supusieron un alto coste para el Imperio romano, de forma que Marco Aurelio debió tomar ciertas medidas, como contener el gasto público y crear impuestos extraordinarios, que recaerían principalmente sobre las ciudades, al tiempo que se devaluó el denario, la moneda de plata normalmente usada por las clases medias y que se empleaba para el pago de los salarios de los legionarios. La depreciación era necesaria para poder aumentar la cantidad de moneda en circulación, con el objeto de reactivar la maltrecha economía. Esta reducción en el contenido en plata de la moneda se debió también, sin ningún género de duda, al descenso en la actividad minera y a la escasez generalizada de mano de obra, consecuencias ambas de las guerras. La devaluación monetaria acarrearía, además, un daño colateral, ya que condujo de manera irremediable hacia una fuerte inflación.

Eran tiempos difíciles para la economía imperial, motivo por el cual Marco Aurelio hubo de desarrollar una política de ahorro, con actuaciones como reducir al máximo el gasto en construcciones civiles, de forma que únicamente se diera prioridad a la rehabilitación de aquellas edificaciones que estaban en mal estado. En este contexto también se limitaría la celebración de espectáculos públicos, pero por el contrario se daría un nuevo impulso a las instituciones alimentarias con objeto de distribuir víveres entre los más necesitados, en una época en la que el emperador parecía ser muy consciente del desequilibrio abismal que ya se daba entre ricos y pobres.



Herramientas romanas de minería. La explotación minera de las provincias conquistadas por el imperio resultaba esencial a la hora de proveer metales preciosos para la acuñación de moneda —oro, plata, cobre y estaño— tan demandada en un sociedad consumista como la romana, y de otros materiales, como el hierro, para fabricar armas o herramientas, o el plomo, para construir la red de saneamiento.

En cambio, otras partidas del presupuesto estatal deberían ser incrementadas, de forma irremediable, a costa de un gran esfuerzo económico en esos tiempos difíciles. Tal es el caso de los fondos destinados al presupuesto militar, así como ocurrió con los gastos derivados de la burocratización del Estado. Como bien sabemos, dos legiones más hubieron de ser creadas para la defensa de las tierras centroeuropeas, y se estableció un distrito militarizado dentro de las fronteras con sede en la ciudad amurallada de Aquileya. Del mismo modo, el número de funcionarios se vería aumentado al darse la creciente necesidad de recaudar más impuestos y de hacer esto de la manera más eficiente posible.

Sin embargo, a pesar de todas las medidas descritas para fomentar el ahorro, durante el principado de Marco Aurelio el equilibrio entre ingresos y gastos —derivado de la política de inactividad bélica de Antonino Pío— se rompería de manera definitiva. La crisis financiera se hizo patente a lo largo del reinado de Marco Aurelio, ya de una manera que era difícil de ocultar.

Pero el desequilibrio entre ingresos y gastos como consecuencia del incremento de estos últimos a raíz de los conflictos bélicos surgidos no era el único revés sufrido por las maltrechas arcas romanas. El descenso en el volumen de recaudación debido al estancamiento económico constituyó también un problema de peso. Era un hecho que la maquinaria financiera romana había dejado de funcionar desde que las conquistas se detuvieron. La toma de Dacia aportaría a Roma su último empujón económico, de forma que en tiempos de Marco Aurelio los ecos de su incorporación al imperio se habían esfumado ya; y a partir de entonces, el balance entre ingresos y gastos únicamente dependería de una buena gestión del mismo y de los pocos beneficios que el Estado pudiera generar a partir de sus recursos internos.

Pero, como bien sabemos, Roma por entonces tenía un problema: había basado su

economía en arrancar sus riquezas a los pueblos vecinos vencidos, dejando que la producción propia fuera cayendo. Fue por ello por lo que, tal y como describimos en el epígrafe «Un modelo económico que llega a su fin», los últimos emperadores de época altoimperial —Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio— tratarían de dar un vuelco a esta complicada situación aumentando la capacidad productiva del imperio, para lo cual comenzaría a reemplazarse la mano de obra que hasta la fecha había sido empleada, mediante la aplicación de una política favorable al colonato.



Isola tiberina. Esta isla del río Tíber estuvo asociada en tiempos antiguos a los malos augurios, lo que constituye una muestra de la superstición de la cultura romana, algo que en absoluto estaba reñido con su religión pagana. De hecho, no pocos emperadores acudirían a sacerdotes e incluso a magos de creencias exóticas a la hora de ganarse el favor del destino cuando se enfrentaban a situaciones complicadas, como bien podían ser los prolegómenos de una batalla, o para volver la suerte de su parte tras un gran varapalo.

Las medidas de ahorro adoptadas por el austero Marco Aurelio, descritas en los párrafos anteriores, chocan de pleno con el dispendio económico realizado por este emperador a raíz de su profunda superstición y sus arraigadas creencias religiosas, que se verían potenciadas como consecuencia de la dramática situación que le tocó vivir durante su principado. Debido a ello, el augusto acudiría a los servicios prestados por todo tipo de sacerdotes y magos de cualquier creencia, incluso de tradición extranjera, a excepción de todo aquello que tuviera un origen cristiano. Del mismo modo, con Marco Aurelio, el gasto en sacrificios realizados a los principales dioses del panteón tradicional romano se dispararon, sin duda en la desesperada búsqueda del emperador por obtener su favor, hasta el punto de que se llegó a temer por la extinción de la raza de bueyes blancos empleada para realizar tales ofrendas.



El Coliseo de Roma. Anfiteatro romano por excelencia, el Coliseo, cuya construcción finalizaría en el año 80 bajo el imperio de Tito, podía albergar en sus gradas a unos cincuenta mil espectadores que se deleitaban con diferentes espectáculos entre los que se podían contar luchas de gladiadores, cacerías de fieras, recreaciones de batallas, incluso navales, o ejecuciones.

Pero Marco Aurelio no solamente se mostraría cruel con los animales en este sentido. Los, para este emperador, odiosos cristianos —ciudadanos apáticos que resultaban improductivos para el Estado por su renuncia a formar parte del ejército y como consecuencia de su conformismo apocalíptico— se convertirían en el foco de sus iras, así como las de la plebe, y serían perseguidos prácticamente a lo largo de todo su imperio. Muchos de estos cristianos acabaron formando parte de los espectáculos públicos que con tan poca frecuencia ofrecía este emperador, para evitar incurrir en gastos excesivos, y eran arrojados a las fieras o ejecutados en crueles cacerías. En cambio, su hijo Cómodo se haría muy popular por ofrecer auténticos combates de gladiadores, a un alto coste, a diferencia de estos otros actos públicos en los que morían miembros de las minorías religiosas perseguidas por el Estado.

Analicemos en el siguiente apartado qué más llevó a este joven emperador a ganarse el favor de la plebe, teniendo en cuenta que además debía hacer frente a la oposición de los otros dos pilares sobre los que se sostenía el trono, es decir, el Senado y el ejército.

UN JOVEN LLAMADO CÓMODO (180-193)

Con Trajano, el trono imperial pasaría, por herencia a través de la adopción, a un sucesor apto para ocuparlo. Así ocurriría también con los dos siguientes soberanos,

Adriano y Antonino Pío. En cambio, la tradición se rompería en el mismo momento en el que apareció un emperador con un hijo legítimo que pudiera sucederle directamente. Con ello, el principio de legar el Imperio romano al sucesor más digno de portar su cetro se iría al traste, ya que no siempre un vástago estaba preparado para asumir las múltiples responsabilidades del cargo. Precisamente Cómodo constituye un buen ejemplo de ello.

El joven Cómodo, inexperto en cuestiones de gobierno y militares, decidió firmar la paz con cuadros y marcomanos nada más morir Marco Aurelio, a pesar de que se hallaba preparando junto a este una nueva campaña contra dichos germanos en el momento del fallecimiento de su padre. Con este gesto el nuevo emperador iniciaba nuevamente una política defensiva pasiva frente a los peligrosos bárbaros, aunque cierto es que la dura guerra que se venía desarrollando desde hacía catorce largos años resultaba demasiado costosa para las arcas imperiales. En palabras del catedrático de Historia Antigua Urbano Espinosa, esta es la pesada herencia que recibiría Cómodo, quien centraría su política en atender la difícil situación interna del imperio. Por suerte para él, el duro trabajo realizado por su padre con respecto a las acometidas fronterizas de los pueblos germánicos o de Persia, cuya dinastía gobernante se hallaba por entonces en declive, provocaría que estos tardaran en recuperarse y que el principado de Cómodo resultara relativamente tranquilo en cuanto a asuntos exteriores se refiere. A pesar de ello, el estancamiento económico, que era ya patente desde tiempos de Adriano, y el elevado gasto efectuado por Cómodo para ofrecer a la plebe costosos espectáculos públicos llevarían a las arcas estatales a la ruina.



Cúpula del Panteón de Agripa. Este impresionante edificio fue construido en época de Octavio Augusto y restaurado por mandato de Adriano. Se trataba de un templo pagano dedicado a todos los dioses romanos —de ahí su nombre—, cuya edificación fue promovida por Agripa, cuñado y general de confianza de

Lo más sencillo para Cómodo era fijar la frontera del norte y el este de Europa en el límite natural que demarcaba el Danubio en lugar de ir más allá de este río, tal y como parece ser que tenía en mente su padre. No por ello Cómodo dejaría de dictar unas durísimas condiciones a los germanos, más drásticas incluso que las establecidas por su padre. En este contexto, además de las imposiciones realizadas anteriormente por Marco Aurelio, se les obligaba a realizar entregas anuales de trigo, se les prohibía combatir con sus vecinos, excepto en alianza con los romanos, lo que en la práctica les dejaba desarmados, y se les exigía aportar al ejército imperial tropas auxiliares en un número de unos trece mil efectivos a los cuados y algo menos a los marcomanos. Esto último no era algo nuevo para Roma, ya que desde tiempos de Octavio Augusto (24-14 a. C.) el ejército romano reclutaba soldados bárbaros que complementaban a las tropas legionarias. Sin embargo, la acción de Cómodo reforzaría una pauta predominante en el ejército romano durante los siguientes siglos: el reclutamiento de tropas bárbaras, especialmente germanas.

Queda bien claro que las tribus germánicas, apostadas en las fronteras del Rin y el Danubio, limes que protegían directamente el corazón del imperio, eran harto peligrosas. No obstante, existía dentro del territorio romano una amenaza aún mayor. La codicia de los generales y senadores romanos, que siempre ambicionaban hacerse con mayores cotas de poder y, en ocasiones, incluso anhelaban alcanzar el trono, constituía un riesgo extremo para el emperador y para el Estado en sí mismo. Este era un enemigo que, a diferencia del adversario bárbaro, se encontraba acechando en el mismo corazón del imperio. Debido a ello, cuando las conquistas romanas activas concluyeron en tiempos de Trajano (98-117), también se vería mermado el poder de los altos mandos militares, ya que, de esta forma, las posibilidades de que el ejército destituyera al emperador se verían reducidas. Pero ya en época de Marco Aurelio (161-180), a pesar de los deseos de los emperadores para que la paz reinara, el despertar de los bárbaros situados en las fronteras obligaba a Roma a preparar nuevas guerras, que únicamente presentarían carácter defensivo, sin objetivo de conquista alguno. Estos conflictos desatados ponían de nuevo al alcance de los generales un poder significativo, como queda demostrado cuando Avidio Casio se rebeló contra Marco Aurelio, aunque por entonces el emperador se hallaba firmemente aferrado a su cetro y contaba con sólidos apoyos en el ejército y el Senado. No obstante, en cuanto se sentó en el trono un emperador joven, inexperto y que, aunque sumamente popular, no gozaba del respaldo de los senadores ni de las legiones, pronto prendería con éxito la chispa de la insurrección. Si, como era el caso, no pocos senadores y militares anhelaban por entonces el poder, las posibilidades de guerra civil eran mayúsculas, ya no solamente por deponer al emperador legítimo, sino que la lucha entre distintas facciones que apoyaban a diferentes pretendientes al trono quedaba abierta. El siguiente paso era la anarquía militar, que analizaremos al detalle en lo que queda de este capítulo 2 y, sobre todo, en buena parte del siguiente.



Relieve de Marco Aurelio. La escena en cuestión muestra a un triunfante emperador Marco Aurelio rodeado de sus pretorianos que conducen ante él a dos prisioneros germanos. Si bien este Augusto lograría alzarse vencedor frente a las belicosas tribus bárbaras que acosaban el limes danubiano, en cambio las largas guerras emprendidas llegarían a agotar la economía romana, que estaba parada además desde que en tiempos de Adriano las conquistas territoriales dejaron de producirse.

El principado de Cómodo, como el de cualquier soberano que no contara con el respaldo de la mayor parte de sus contemporáneos, es oscuro en cuanto a fuentes se refiere, dado que en su tiempo, marcado por la fuerte oposición política a su mandato, estas no suelen ser imparciales y por tanto llegan a distorsionar la realidad. Tal es el caso de los historiadores contemporáneos de Cómodo, Dion Casio, firme opositor de este emperador, o Herodiano, acostumbrado a describir hechos que, si bien son reales, suelen estar adornados con exageraciones. Debido a ello, tanto los autores de su época como la historiografía tradicional nos muestran a Cómodo como un personaje inmaduro y malcriado, que desde su nacimiento estaba destinado a recibir el imperio,

independientemente de que hiciera méritos o no para llevar sus riendas. Un joven poco interesado por los asuntos de gobierno, que no asistía a las reuniones del Senado y que en su lugar prefería dedicar su tiempo a complacer sus propios deseos; un soberano que, según se nos cuenta, hizo gala de comportamientos amorales; un emperador, en definitiva, nada capaz para desempeñar su cargo. Se llega a afirmar que creía ser un dios, hasta el punto de que su megalomanía le condujo a renombrar el Senado, el palacio imperial, las legiones, o incluso la propia capital, todos ellos con el apelativo de «comodiano» —Roma pasaría a llamarse Colonia Lucia Aurelia Nova Commodiana—. Sin embargo, es preciso señalar que hacerse reconocer como un dios en vida no era algo nuevo entre los emperadores romanos, sobre todo si tenemos presente que el joven Cómodo debía ser muy consciente de que su posición en el trono no estaba garantizada. Con ello es probable que solamente pretendiera reforzar su principado, impregnándolo de un carácter divino. Fue por ello y por su gusto destacado por los combates cuerpo a cuerpo por lo que se identificó a lo largo de su imperio con el personaje mitológico de Hércules, un semidiós o dios viviente. Del mismo modo, cabe destacar que el hecho de emplear su propio nombre para referirse incluso a la misma Roma, o al sacrosanto Senado, puede que únicamente respondiera a sus intentos desesperados por fortalecer su figura en aquellos tiempos difíciles.

Esto es lo que nos indican las fuentes con respecto al emperador Cómodo, aunque, en la actualidad no deberíamos tomarnos al pie de la letra lo que de él escribieron sus contemporáneos. No obstante, sí que es cierto que recibió el trono siendo muy joven y sin tener todavía la experiencia de la que habían podido disfrutar sus predecesores, en una época que, con toda seguridad, fue todavía más complicada que la que a Trajano, Adriano o Antonino Pío les correspondió. Si a ello le añadimos, como analizaremos en los próximos párrafos, que, al carecer de madurez, los que le rodeaban trataron de manipularlo a su antojo, llegaremos fácilmente a la conclusión de que el cóctel estaba servido y parecía garantizar el desastre. Y así fue.

No conocemos a ciencia cierta si el nuevo emperador presentaba algún interés por los asuntos políticos, pero lo cierto es que al recibir el cetro imperial permitió que los hombres de confianza de su padre se encargaran de gobernar en su nombre. Saotero, un liberto que formaba parte de la corte imperial, se convertiría en el primero de sus favoritos. Sin embargo, pronto sería asesinado al despertar los celos de los dos prefectos del pretorio, Tigidio Perenio y Tarrutenio Paterno, que por entonces se encargaban de velar por la seguridad del emperador. Estos datos nos llevan a pensar en la facilidad con la que Cómodo podía ser manipulado, lo que sin duda animó a conspirar contra él.

El primero de estos complots de los que se tiene noticia fue liderado en el 182 por su propia hermana Lucila, y en él participarían miembros de la familia imperial y buena parte de la corte de Marco Aurelio, en la que hasta la fecha Cómodo parecía tener una fe ciega. Esta rebelión programaría el asesinato del emperador, y aunque el magnicidio sería abortado, a partir de entonces el comportamiento de Cómodo se

radicalizaría por temor a sufrir nuevos golpes de ese calibre. Es por ello por lo que el soberano, o sus nuevos hombres de confianza, una vez retirado al Senado el privilegio de la inviolabilidad de sus miembros, ordenaría una purga masiva, y muchos senadores y otros personajes destacados —entre los que se incluían la mayor parte de los colaboradores de gobierno de su padre— fueron eliminados junto a sus familias tras aplicar la antigua ley contra los crímenes de lesa majestad. Sin embargo, todavía se salvaron ilustres personajes de la corte de Marco Aurelio como Pertinax y Septimio Severo, quienes, como veremos en el próximo epígrafe, llegaron incluso a asumir el trono. Se procedería así para acabar con esta conjura y la pauta se prolongaría a lo largo de su imperio para prevenir posibles nuevos complots, estuvieran los sospechosos realmente implicados en ellos o no. Adicionalmente, estas ejecuciones tenían también la función de incrementar los fondos del tesoro público, ya que las propiedades de los ajusticiados eran confiscadas —algo que sin duda aliviaba la maltrecha economía imperial—. Esta política de terror provocaría que surgieran constantemente delatores que, o bien fruto del pánico desatado, o bien para vengarse de sus enemigos, incriminarían a nuevos supuestos traidores a la Corona, induciendo un mecanismo que se retroalimentaba y que nadie parecía poder detener, ni siquiera el mismo emperador. En consecuencia, a partir de entonces las relaciones con el Senado fueron tensas, así como con cualquier personaje prominente. Sin embargo, este gobierno de tintes absolutistas desarrollado por Cómodo y sus favoritos no conseguiría acabar con la oposición a su principado, que derivaría en un sinfín de intrigas palaciegas para deponer, ahora ya sí, a un auténtico tirano.

La conspiración de Lucila sería aprovechada por el prefecto del pretorio, Tigidio Perenio, para lograr la caída en desgracia de su colega Paterno, quien sería asesinado, y así el primero de ellos quedaría como hombre fuerte del nuevo gobierno de Cómodo. Sin embargo, poco duraría el prefecto del pretorio como favorito del emperador. Según Herodiano, Perenio ambicionaba el trono, lo que fue probado ante el emperador por unos militares que le mostraron unas monedas en las que su imagen había sido reemplazada por las de Perenio y su hijo.



Busto de Lucila. Hija de Marco Aurelio y hermana de Cómodo, Lucila formaría parte de la primera conspiración orquestada contra su hermano. No sería la última, dado que a lo largo de su corto reinado Cómodo debería sobreponerse a varias conjuras, la última de las cuales le llevaría a la muerte y sumiría al imperio en una guerra civil, la de los cinco emperadores —Pertinax, Didio Juliano, Septimio Severo, Pescenio Níger y Clodio Albino—, preludio de la gran crisis del siglo III.

Es más, otro liberto de la corte —llamado Marco Aurelio Cleandro— instaría al emperador a que depusiera al prefecto del pretorio, quien sería finalmente asesinado, como toda su familia, en el 185. Esta posible intriga instigada por Perenio no queda en absoluto clara, ya que, al parecer, el alto mando del ejército —tradicionalmente en manos de senadores— no se encontraba en buena sintonía con el favorito por haber aprovechado su influencia sobre el emperador para ceder el mando militar a miembros del orden ecuestre, estamento social al que tradicionalmente pertenecían los prefectos del pretorio. Es más, incluso a Dion Casio, senador que no estaba en absoluto a favor de Perenio y Cómodo, no parece que le cueste reconocer que el primero de ellos, si bien no despreciaba conseguir aumentar su poder y hacer con ello fortuna, fue siempre fiel al emperador y le ayudó a conservar el trono. El prefecto del pretorio era, a su vez, un militar y un gobernante muy capaz, de forma que durante su mandato llegaría a ordenar algunas acciones bélicas de éxito para defender las fronteras, de las pocas emprendidas durante el principado de Cómodo.

A partir de entonces, llevaría las riendas del Estado Cleandro, quien daría continuidad a la política de terror que se venía desarrollando desde el año 182. Las ejecuciones y los asesinatos de personajes ilustres se sucedieron, pero no por esto dejaron de tener lugar constantemente nuevas conspiraciones. ¿Era esta cruel política la que daba lugar a nuevos complots para acabar con Cómodo o sus favoritos o, en

cambio, ocurría al revés, y eran dichas conjuras las que propiciaban esta cruda represión? Probablemente las dos opciones sean correctas. Las fuentes citan, como ejemplo de la poca cordura que imperaba por aquel entonces en la corte liderada por Cleandro, la venta de todo tipo de cargos públicos, de forma que cualquier magistratura, puesto administrativo, gobierno provincial o incluso la dignidad senatorial podían adquirirse con dinero. Para ilustrar esta especie de puja que tuvo lugar, no hay mejor ejemplo que el número de cónsules —veinticinco— que llegaría a haber en el año 189, cuando el cargo era anual y lo habitual es que lo ocupasen solamente dos personas al mismo tiempo. También destaca en este sentido la subasta en la que se convertiría el acceso a los puestos de mando del ejército. Del mismo modo, durante el mandato de Cleandro los prefectos del pretorio ocupaban su cargo por espacio sumamente escaso, y se ordenaría incluso la ejecución de la emperatriz, Crispina. Pero si no somos tan sensacionalistas como los autores de la época, puede tener una cierta explicación aquello de recaudar dinero mediante la venta de cargos civiles o militares, dado que, sin dejar de ser algo peculiar, podía constituir una forma más de combatir la crisis económica. De hecho, los contemporáneos de Cleandro afirmaban que este había amasado una gran fortuna gracias a sus excéntricas medidas.

Cleandro se ganaría por todo ello no pocos enemigos. Es más, incluso la plebe se puso en su contra hacia el 188, cuando una epidemia de peste volvió a aparecer en la capital y el hambre se hizo sentir. Fue, al parecer, el prefecto de la anona — responsable del almacenamiento y reparto de alimentos en Roma— llamado Papiro Dionisio, quien, resentido con Cleandro por haber sido apartado por este de su cargo de prefecto de Egipto, instaría a la famélica multitud a marchar contra el favorito del emperador. ¿Trataba de evitar así el prefecto su responsabilidad en el abastecimiento de alimentos de la capital desviando las iras de la plebe hacia Cleandro? O, como afirman algunos autores, ¿fueron los senadores quienes orquestaron todo esto para provocar la caída del favorito? Sea como sea, una masa de exaltados ciudadanos comenzó a pedir su cabeza, y un asustado Cómodo, temiendo perder la suya, ordenó su muerte así como la de sus familiares y personas más allegadas, llegando incluso a entregar su cuerpo para que fuera arrastrado por las calles de Roma.

A pesar de todo, Cómodo era inmensamente popular, ya que se culpaba de la mala situación económica a sus favoritos, mientras que el emperador gozaba de buena fama, dado que sufragaba —con cargo al erario público— fastuosos espectáculos y combates de gladiadores para entretener a la plebe, todo lo contrario que su padre, quien recordemos que recortó este tipo de gastos. El emperador era también muy querido por la plebe por crear una nueva ruta naval para el transporte de trigo desde África hasta la capital, llamada Africana Commodiana Herculea, aunque desde el año 184 las instituciones alimentarias dejarían de operar como consecuencia de la escasez de fondos. Estas dificultades financieras llevarían también a una nueva devaluación del denario y a la consecuente inflación.

La caída de Cleandro demostraba nuevamente que Cómodo no era capaz de proteger a sus favoritos de los ataques de sus enemigos, muchos de los cuales solamente anhelaban ocupar su privilegiado sitio, cerca del emperador. En lugar de no dejarse influenciar por terceras personas, al mínimo atisbo de contrariedad, Cómodo prefirió deshacerse de ellos.

Herodiano justifica la caída de Cleandro alegando que, al igual que Perenio, su intención última era ocupar el trono. Sin embargo, la historiografía contemporánea lo niega, dado que estos dos favoritos, pertenecientes a la clase social de los caballeros, debieron despertar las envidias de los senatoriales, sobre los que se había asentado el gobierno de Marco Aurelio. Este sería el motivo por el cual acabaron siendo víctimas de los poderosos opositores, quienes habrían orquestado las tramas para provocar sus respectivas caídas.

Una vez muerto el poderoso Cleandro, Cómodo cedería su posición a Eclecto, seguramente instado a ello por su amante, Marcia, esposa de este último. Sin embargo, en esta ocasión, Eclecto —un *cubicularius* o ayudante de cámara del emperador— no sería el único favorito. Compartía este honor con el nuevo prefecto del pretorio, Quinto Emilio Laeto, dado que seguramente la influencia sobre el emperador de los hombres de confianza de Marco Aurelio que habían sobrevivido a las purgas todavía estaba presente. Tal es el caso de Pertinax y Septimio Severo.

El nuevo gobierno de Cómodo, sin embargo, no cambiaría la política de terror que venía desarrollándose desde el 182, de forma que las condenas a muerte y los asesinatos continuaron produciéndose. Pero el fin de Cómodo estaba cerca, aunque hasta la fecha había logrado sobrevivir a un complot tras otro, a pesar de no gozar del respaldo de la poderosa clase senatorial ni del ejército, receloso con el emperador por no recibir los donativos extra que acostumbraban a realizar los soberanos.

Cómodo iba a participar el día 1 de enero del 193 en un espectáculo de gladiadores de los que acostumbraba a sufragar y que tan popular le habían hecho. Pero Marcia y sus principales consejeros trataron de convencerle de que era peligroso desfilarse entre los luchadores y le instaron a que no lo hiciera. Cómodo entró entonces en cólera y los amenazó con ordenar su ejecución, ya que nadie podía osar contradecir al emperador. Viendo peligrar sus vidas, Marcia, Eclecto y Laeto planearon apresuradamente envenenar a Cómodo el 31 de diciembre. Sea como fuere, bien por las prisas y porque la dosis de veneno fue mal calculada o bien porque simplemente el tóxico fue vomitado por el emperador, Cómodo, aunque se encontraba mal tras ingerirlo, no parecía morir. Tuvo que ser un atleta de su confianza, llamado Narciso, quien lo estrangulase mientras se bañaba para aliviar su malestar. Al parecer, detrás de esta romántica historia hubo realmente un complot bien orquestado, en el que autores como Arcadio del Castillo afirman que puede que incluso participaran los futuros emperadores Pertinax y Septimio Severo.

CINCO EMPERADORES MÁS

La desaparición de Cómodo permitió al Senado aplicarle la *damnatio memoriae* —en castellano “condena de la memoria”—, es decir, se procedió a destruir todo aquello que recordara al difunto emperador: estatuas, monumentos, inscripciones o cualquier cosa que pudiera portar su nombre. Del mismo modo, las leyes emitidas por Cómodo serían o bien derogadas o bien se consideraría que habían sido promulgadas por su sucesor.

Cómodo había sido ya eliminado, pero la aguda crisis en la que por entonces se hallaba sumido el Imperio romano provocaría que este período sea de los más turbulentos de su historia, motivo por el cual la escasez de fuentes queda de nuevo patente hasta que alcanzamos el reinado de Diocleciano (284-305).

Buen ejemplo de la inestabilidad de esta época lo constituye el hecho de que a lo largo del año 193, además de Cómodo, otros cinco emperadores serían proclamados.

El primero de estos cinco emperadores sería Publio Helvio Pertinax. Era el hijo de un liberto que iría escalando puestos en el ejército hasta llegar a ser senador, no sin pasar antes por los principales frentes fronterizos del imperio como Asia, Britania y el Danubio. Llegaría a ser legado en Mesia, la Dacia y Siria. Al parecer se mostraría fiel a Cómodo cuando combatió en Britania varios alzamientos militares en su contra, lo que seguramente lleva a pensar a historiadores contemporáneos, como Urbano Espinosa o el británico Anthony Birley, que Pertinax no debió participar en la conjura que acabaría con su antecesor. Serían los favoritos de Cómodo —Emilio Leto y Eclecto— quienes lo propusieron como soberano a la guardia pretoriana, a cuyos miembros habían previamente agasajado con el pertinente donativo que se les solía ofrecer con cada cambio en el trono. Los dos conjurados temían la reacción de los pretorianos, por lo que además de sobornarlos trataron de hacerles creer que Cómodo había fallecido de muerte natural. Sin embargo, este nombramiento no parece que fuera del agrado del propio Pertinax, dado que tenía sesenta y seis años y es poco probable que un anciano inmensamente rico ambicionara aumentar su poder y fortuna.

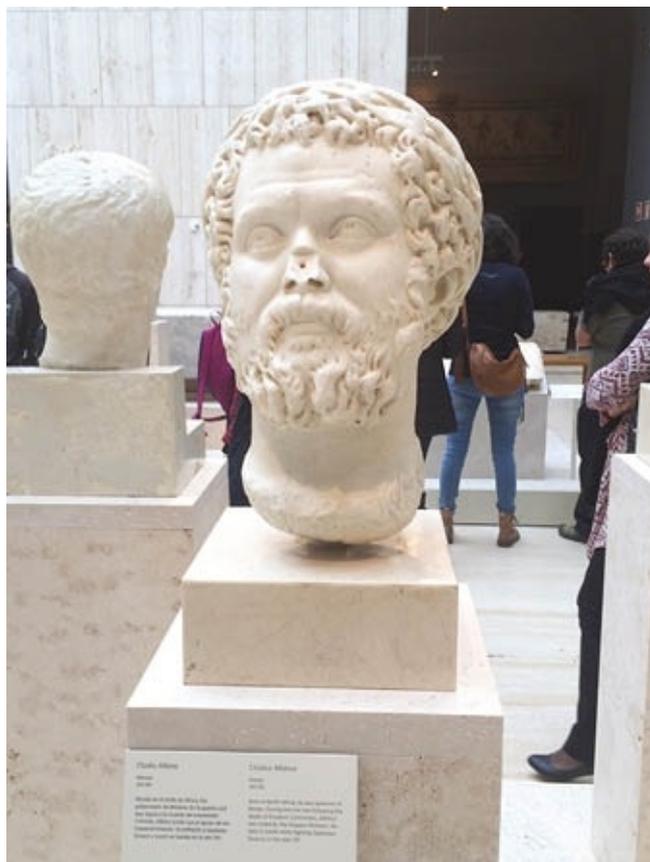
La plebe de Roma acogería de buen grado esta elección, es más, Pertinax sería además muy popular por garantizar el suministro de trigo en la capital. El nuevo augusto trataría de ganarse también el favor de los senadores restaurando sus privilegios de los tiempos de Marco Aurelio, derogando la ley de lesa majestad, perdonando a los que habían sido desterrados, devolviendo los bienes confiscados, llegando incluso a aprobar la *damnatio memoriae* decretada por ellos contra Cómodo o con gestos tan simples como asistir con asiduidad a las sesiones celebradas por sus miembros.

Sería, en definitiva, un emperador de consenso, puesto que su avanzada edad provocaba que fuera un soberano transitorio. Contó también con el apoyo del ejército, al que ofreció cuantiosos donativos obtenidos a partir de los bienes de Cómodo. No

obstante, debemos considerar la especial austeridad que caracterizaría el corto principado de Pertinax, motivado en buena medida por la fuerza de las circunstancias, pues las arcas imperiales se encontraban vacías. Fue precisamente su política de ahorro la que le haría caer en desgracia, pues pronto perdería el favor del ejército, siempre ávido por recibir más dinero, especialmente la guardia pretoriana. El Senado tampoco tardaría en retirarle su apoyo. En marzo del 193, los pretorianos se alzarían contra el emperador, pero la conjura pudo ser detenida y Pertinax ordenaría la ejecución de los cabecillas. Antes de que acabara el mes, un nuevo complot con los mismos autores, resentidos todavía más con el emperador a consecuencia de la represión ejercida, lograría asesinarle. Ese mismo día (28 de marzo) los pretorianos aclamaban como emperador a uno de los implicados en la conjura, el senador Didio Juliano, quien les había prometido previamente una cuantiosa suma, mayor que la ofrecida por otro de sus camaradas, Flavio Sulpiciano, convirtiendo con ello el trono imperial en una especie de subasta.

Didio Juliano, antes de ser emperador, había realizado también una brillante carrera militar, igual que su antecesor, Pertinax. Gobernó Bélgica, Dalmacia y Germania Inferior, y también fue cónsul. Contaba con el respaldo de sus iguales, es decir, los senadores, pero en cambio no era aceptado por el populacho, que sospechaba —de manera no infundada— de su participación en el asesinato de Pertinax. En cuanto a la aceptación de este hecho por las legiones es preciso destacar que conforme fue llegando a las diferentes provincias la noticia del complot contra Pertinax, se sucedieron las proclamaciones por ellas realizadas de candidatos alternativos.

Los soldados destacados en Panonia Inferior aclamaron como emperador a su gobernador, Lucio Septimio Severo, nacido en Lepcis Magna (África). Septimio Severo acabaría contando con el apoyo de quince legiones, acantonadas en el Danubio. Su padre había ocupado diferentes magistraturas y el puesto de cónsul, igual que él. En agradecimiento al apoyo recibido por sus legiones, donaría mil sestercios a cada soldado para garantizar aún más su fidelidad (es preciso reseñar que el sueldo anual era de mil doscientos sestercios).



Cabeza de Clodio Albino. Albino pertenece a la larga lista de usurpadores del trono imperial que surgirían sobre todo a partir de finales del siglo II d. C., y cuya aparición no dejaría de ser frecuente ya nunca. La fortaleza de Albino como pretendiente al cetro romano residía en el ejército que tenía bajo sus órdenes en la provincia de Britania, formado por un fuerte contingente de auxiliares bárbaros a caballo, lo que le daba una gran movilidad.

Mientras, en Siria, las tropas harían lo propio con el legado Pescenio Níger, amigo de confianza de Severo. A Pescenio lo apoyaron las provincias asiáticas y Egipto, con un total de diez legiones. En Britania, las fuerzas militares de la isla reconocían como emperador al gobernador Clodio Albino, general que durante el alzamiento de Avidio Casio había destacado por lograr que la isla no se rebelara contra Marco Aurelio, y que contaba con un ejército nada despreciable. Albino también gozaba de ciertos respaldos en el Senado.

Precisamente sería el Senado, a instancias de Didio Juliano, el órgano que declarararía a Septimio Severo enemigo público, seguramente porque todos eran muy conscientes de las fuerzas que le apoyaban y, por lo tanto, le temían. De entre todos los pretendientes al trono sería Severo el primero en mover ficha, para lo cual decidió, en primer lugar, asegurarse de que las tropas britanas de Clodio Albino no pasaran al continente. Su baza fue ofrecer a este rival el título de César y declararle su heredero, lo que, sorprendentemente, Albino aceptó.

Acto seguido, considerando la lejanía de las fuerzas de combate de Níger, localizadas en Oriente, se dirigió con el grueso de su ejército a Roma. Ya en Italia, el nuevo prefecto del pretorio, Tulio Crispino, le presentaría batalla, pero no lograría detener su avance. Los senadores comenzaron a pasarse entonces al lado de Severo,

al igual que la guardia pretoriana, atemorizados por las enormes fuerzas movilizadas por el gobernador de Panonia. Fue entonces cuando, a la desesperada, Didio Juliano nombró coemperador a Septimio Severo. Pero su rival no aceptaría medias tintas y Didio Juliano sería asesinado por sus propias tropas a principios de junio del 193.

El poderoso Septimio Severo se había deshecho ya de uno de sus rivales, y a continuación trató de asegurar su poder en la capital con una serie de actuaciones, tales como renovar el Senado, en la medida de lo posible, nombrando a algunos senadores fieles a su persona. Para ello también procedería a licenciar y desarmar a los pretorianos, para después renovar esta guardia con soldados fieles a su persona de origen sirio o ilirio, y aumentar la fuerza militar a través del reclutamiento de tres legiones nuevas. A todos estos soldados, Severo les haría entrega de un nuevo donativo, diez mil sestercios a cada uno, de manera que no osasen alzarse en armas contra su mentor. Y por supuesto antes de salir de la capital ordenaría la ejecución o el asesinato de los simpatizantes de Didio Juliano. Necesitaría para todo ello menos de un mes, tiempo tras el cual abandonaría Roma.

Dividiría entonces a sus tropas, de forma que una parte de ellas marcharía a África para garantizar con ello el suministro de trigo para Roma. Mientras tanto, otra legión controlaría Grecia y el resto de su ejército marcharía, con él al frente, dispuesto a enfrentarse a las tropas de Oriente controladas por Níger.

Paralelamente, Pescenio Níger había pasado a Europa para tomar Bizancio. En esta ciudad se acantonaría aprovechando su excelente ubicación geográfica, que le daba el control del estrecho del Bósforo a la hora de cruzar a Asia; sin embargo, debía de ser muy consciente de la superioridad de Severo porque trataría, infructuosamente, de pactar con este compartir el trono. Las tropas de Septimio Severo continuarían su avance a pesar de que su enemigo le bloqueaba el paso más sencillo a Anatolia, de forma que, al tratar de cruzar hacia allí por el estrecho de los Dardanelos, deberían enfrentarse a uno de los generales de Níger llamado Emiliano. Pero Emiliano no conseguiría detenerlos, y la siguiente batalla la presentarían las legiones de Severo ya en suelo asiático. Pescenio Níger fue finalmente derrotado a finales de abril del 194, y aunque lograría escapar con vida, poco después sería asesinado.



Panorámica de la costa asiática del Bósforo. Fotografía tomada desde la orilla europea de Estambul (Turquía), la antigua Bizancio, con la que podemos observar la escasa distancia que separa a los dos continentes y con ello entender la importancia estratégica que siempre poseyó esta ciudad griega. El ejército que controlara Bizancio dominaría el paso a Asia a través del estrecho del Bósforo.

A partir de aquí, Severo hubo de continuar la guerra para apagar los últimos focos de resistencia en Oriente, y se empleó a fondo a la hora de castigar a todo aquel que había brindado apoyo a su rival o que simpatizara con él. De esta forma, Septimio Severo ordenó la ejecución de toda la familia de Níger —acto sumamente cruel por su parte, pues recordemos que habían sido íntimos amigos— y decretó también la confiscación de todos sus bienes. Su política represiva le llevaría, a su vez, a deshacerse de los altos mandos del ejército de Pescenio Níger y a eliminar los privilegios de los que disfrutaban las principales ciudades que habían ayudado a su enemigo, tales como Antioquía, Neápolis o Jerusalén. Las represalias tendrían su continuidad con una ofensiva que tuvo lugar en el 195 contra los restos de las tropas de Níger, también con el objeto de garantizar la pacificación completa de Asia. En este contexto, acto seguido, se dirigiría a Bizancio, que todavía estaba dominada por los rebeldes, para provocar su caída.



Panorámica de la ciudad vieja de Jerusalén. La obra escrita en el siglo I d. C. y titulada *La guerra de los judíos*, del historiador romano de origen judío Flavio Josefo, constituye la principal fuente historiográfica de la primera revuelta de Judea —que estallaría en el año 66 bajo el imperio de Nerón—, mientras que la segunda y tercera revueltas darían comienzo durante los principados de Trajano y Adriano respectivamente. Todo ello pone de manifiesto el extremo rechazo judío hacia la dominación romana, al tiempo que exhibe su fuerte identidad como pueblo.

Sería durante el sitio de esta ciudad díscola cuando Septimio Severo recibiría la información de que Clodio Albino había tomado el título de augusto y estaba concentrando tropas en la Galia. Por esta razón, Severo nombró heredero del imperio, con el título de César, a su primogénito, Basiano —conocido como Caracalla—, y emprendió el camino hacia Roma. Por entonces Caracalla contaba solamente con diez años de edad. Corría ya el año 196 y, con la retaguardia oriental asegurada, era el momento adecuado para enfrentarse a Clodio Albino, quien contaba con cierto soporte en Hispania y la Galia, así como algunos respaldos en el Senado. Septimio Severo, sin embargo, a pesar de haber introducido en esta institución estatal miembros devotos a su persona, no era bien visto por buena parte de los senadores y sus apoyos en la capital, sin duda, habían disminuido tras tres años de ausencia. Del mismo modo, si bien Severo podía contar con la fidelidad de sus poderosas legiones e incluso de la nueva guardia pretoriana que había reclutado —fidelidad lograda por su prestigio militar y también a base de donativos—, en cambio era odiado por la plebe.



Busto de Septimio Severo. El historiador romano Dion Casio atribuye a este emperador la famosa frase que supuestamente transmitió a sus hijos en el lecho de muerte: «Permaneced unidos, enriqueced a los soldados y despreocupaos de todo lo demás». Cabe destacar que este autor, de origen senatorial, en absoluto se muestra imparcial en su obra, en la que llega a distorsionar la realidad de los hechos relacionados con Cómodo y los emperadores que le sucedieron, sobre todo con aquellos soberanos pertenecientes al orden ecuestre.

A pesar de todo, una vez en Roma, Septimio Severo conseguiría que el Senado declarara enemigo público a Albino y se lanzó a la Galia para enfrentarse a él. La batalla definitiva tendría lugar en Lugdunum —la actual Lyon—, donde a principios del 197 saldría vencedor Severo, quien destruyó además la ciudad. Albino saldría vivo del enfrentamiento, pero acabaría suicidándose. Sus familiares correrían la misma suerte que los de Pescenio Níger. Pero la dura represión que Septimio Severo acostumbraba a aplicar a sus enemigos no finalizaría aquí. El emperador eliminaría y confiscaría los bienes de buena parte de los apoyos de su enemigo, para lo cual ejecutaría u ordenaría el asesinato de muchos de los simpatizantes de Albino que había en las provincias occidentales, entre ellos cuarenta y un senadores. En cambio, a sus leales tropas las obsequiaría con nuevos y cuantiosos donativos.

¡EL IMPERIO EMPIEZA A HACER AGUAS! (193-235)

Una de las medidas que Septimio Severo llevaría a cabo, una vez instalado en el poder, consistiría en decretar la celebración de la apoteosis de sus antecesores en el

trono —Cómodo y Pertinax—, puede que tratando de congraciarse con la plebe, que tenía en muy buena estima a estos dos emperadores. Esta actuación parecía ir en contra del Senado, dado que precisamente este órgano había condenado a la *damnatio memoriae* a Cómodo. No obstante, el nuevo emperador trataría de reconciliarse con sus miembros comprometiéndose a mantener sus privilegios tradicionales. Falta le hacía tener gestos como este hacia el Senado porque, como bien sabemos, tras el fin de la guerra civil, Septimio Severo había condenado a la máxima pena a un buen número de sus miembros, con la aplicación de la confiscación de bienes que estas muertes llevaban asociado.

A partir de ahí, los senatoriales que no fueron víctimas de esta represión se convertirían en partidarios de Severo, o cuando menos no se atrevieron a ser opositores de su gobierno. Los fondos obtenidos con las confiscaciones realizadas, así como también la requisa efectuada sobre el patrimonio de la dinastía de Cómodo, servirían al emperador para convertirse en el mayor propietario latifundista del Imperio romano. Esto sin duda le valió a este militar de prestigio para comprar a precio de oro la fidelidad del ejército. Gracias a todo ello, Septimio Severo pudo desempeñar su imperio sin grandes antagonismos y preparar con tiempo su sucesión, e hizo que sus hijos, Caracalla y Geta, heredaran el trono. De esta manera, tras el breve período de guerra civil, el cetro romano pasaba otra vez de padre a hijo. La idea de Septimio Severo era que sus hijos, a su muerte, gobernarán juntos como coemperadores.



Ruinas de la Domus Aurea. La “Casa Dorada” fue un palacio construido por orden del emperador Nerón tras el gran incendio que sufrió la ciudad de Roma en el 64. Poco después este soberano sería sucedido por Galba, en un turbulento período en el que en el año 69 llegarían a ocupar el trono hasta cuatro emperadores —Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano—, tal y como ocurriría en el 193 con Septimio Severo y sus homólogos.

Al poco de finalizar la guerra civil (concretamente en el 197) el emperador partiría hacia Oriente junto con sus dos vástagos, de once y ocho años respectivamente, con el objeto de desarrollar una campaña militar contra el archienemigo romano en esta región: el Imperio parto. Las legiones de Severo se adentrarían en Mesopotamia, territorio tradicionalmente en litigio entre las dos potencias, y llegaron a pasar el río Éufrates. Esto obligaría a su rival persa, Vologases IV, a refugiarse en Ctesifonte. Los romanos pronto tomarían Seleucia y sitiaron Ctesifonte, que caería a finales de enero del 198. Sería entonces cuando los príncipes severos fueron aclamados por las tropas, Caracalla ya como augusto y Geta como César. Los cuantiosos botines obtenidos durante la invasión sirvieron al emperador para que una soldadesca exultante no tuviera reparos a la hora de realizar estos pronunciamientos. El avance de Septimio Severo progresaría hasta arribar a Hatra, pero esta ciudad no podría ser tomada. La indisciplina de sus soldados, el largo asedio que allí tuvo lugar y las numerosas bajas provocadas por las epidemias causaron el abandono de las operaciones entrado ya el año 199. Acto seguido se firmaría un acuerdo de paz con los partos. La abortada campaña, sin embargo, había constituido un auténtico éxito, dado que los saqueos de las ricas ciudades persas pusieron en manos romanas cuantiosos ingresos, y se lograba de nuevo que una buena parte de Mesopotamia quedara integrada en el imperio.

Los siguientes años los dedicaría el emperador a ordenar la administración de la nueva provincia conquistada, reorganizar el limes danubiano e introducir algunas reformas tanto en el gobierno central y provincial como en el ejército.

Por esa época, la crisis que acusaba el imperio, así como la guerra civil que llevó en buena parte de su inmenso territorio a un cruento enfrentamiento de hasta cuatro aspirantes al trono, provocarían que incluso después de finalizar este conflicto continuaran existiendo numerosas facciones armadas que no combatían por nadie sino que mataban y saqueaban para beneficio propio. Debido a ello, ni siquiera las provincias interiores —donde normalmente se disfrutaba de la *pax romana*— eran ya seguras, de modo que la fórmula normalmente empleada de desmilitarizar estas regiones ya no podía aplicarse. Estas provincias interiores habían sido gobernadas tradicionalmente por miembros del orden senatorial, precisamente para ceder parcelas de poder a estos poderosos personajes que no llevaran asociado el mando de tropas para evitar que pudieran constituirse en fuerza opositora al emperador. A partir de Severo, en cambio, la presencia de las legiones se daría en todas las partes del imperio, y este soberano centralizaría aún más la administración de las provincias no fronterizas, lo que conllevaría la consecuente pérdida de poder de los senatoriales.

Esta mayor presencia militar conduciría irremediablemente a aumentar el número de efectivos en el ejército, tanto legionarios como auxiliares, soldados nuevos todos ellos que, no solamente serían reclutados por cuestiones internas de seguridad, sino que vendrían, además, a reforzar los acosados limes renano, danubiano y persa. Al igual que en tiempos de Adriano, el reclutamiento tendía a ser regional, del mismo

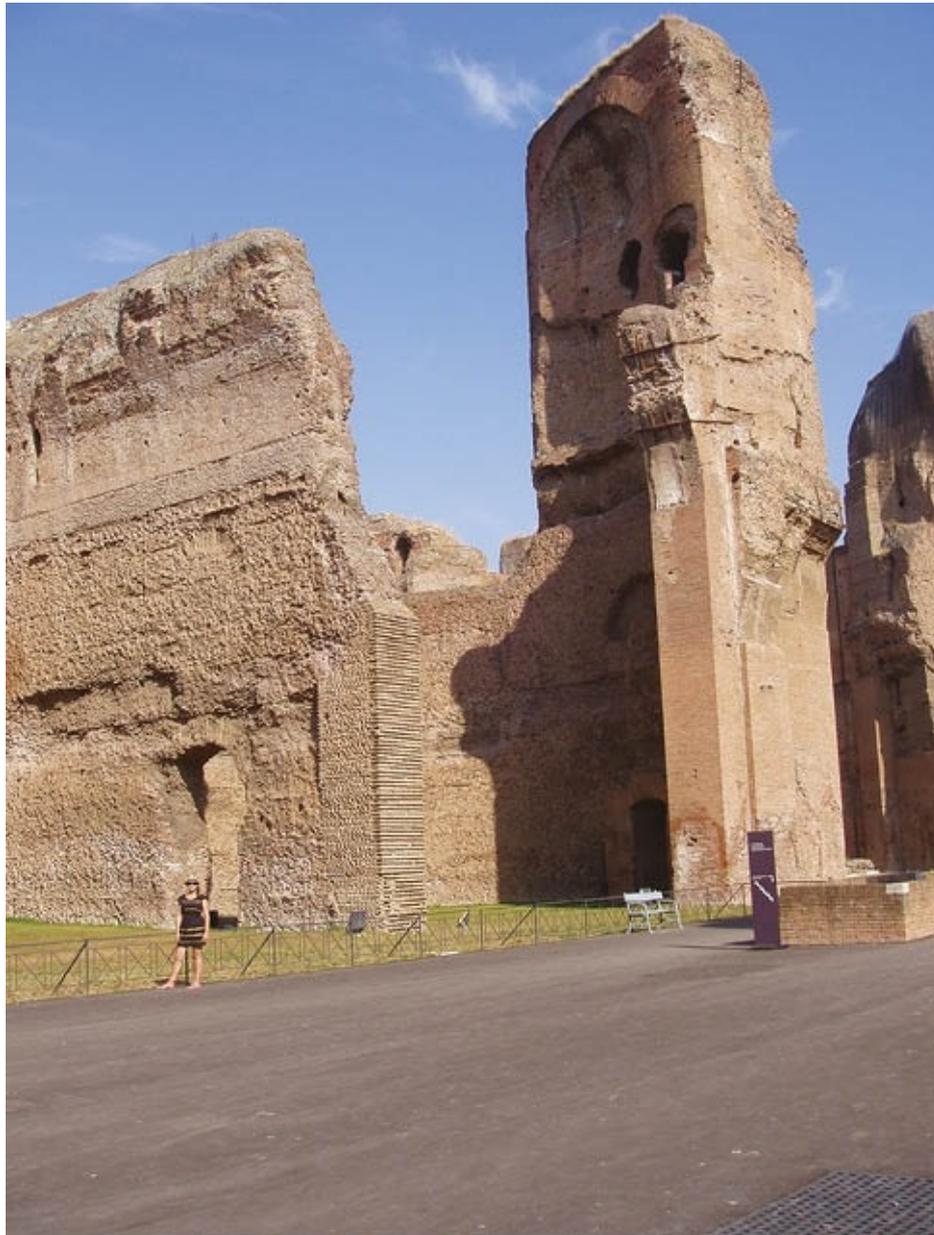
modo que se ligaría cada vez más a estos soldados a su provincia de origen porque se haría frecuente pagarles con la entrega de tierras de cultivo. Es preciso destacar también que Septimio Severo, aparte de los numerosos y cuantiosos donativos que realizaría al ejército —el único sostén para mantenerse en el poder—, aumentaría la paga anual de los legionarios para lograr con ello compensar la nueva devaluación monetaria que se debió realizar como consecuencia de la grave crisis económica. La política a favor del estamento militar incluiría, además, la legalización del matrimonio.

Tras el fin de la campaña persa, la paz serviría para que el prefecto del pretorio, Plautiano, consiguiera aumentar su poder y su influencia sobre el emperador. Al finalizar la guerra pártica, Septimio Severo le investió de mayores poderes en agradecimiento por su buena gestión de gobierno en la capital mientras él se hallaba en Oriente; así, el capitán de la guardia pretoriana llegaría a ser, además, el general en jefe del ejército romano. El prefecto lideraba también el *Consilium Principis* y presidía los tribunales de apelación. La guardia pretoriana había sido creada por Octavio Augusto y, a lo largo de los diferentes principados, su prefecto había pasado de ser un simple líder de este cuerpo militar a adquirir también numerosas competencias jurídicas y administrativas. Con la transformación del cargo durante el imperio de Severo asistimos a la consolidación del orden ecuestre en la cúspide del poder, proceso que, como bien sabemos, se había iniciado con Adriano y había continuado progresando con sus sucesores, dado que recordemos que la prefectura del pretorio era un cargo tradicionalmente desempeñado por caballeros, y llegó incluso a ser el cargo de mayor prestigio al que los miembros de este estamento social podían aspirar.

Todo ello iría en detrimento del orden senatorial, cuyos representantes perderían progresivamente fuerza militar —habían sido los únicos que detentaban el mando sobre las legiones— y política —dado que eran, a su vez, los únicos que tradicionalmente habían constituido la cámara del Senado—. El Senado no solamente perdería poder político, sino que tras la dinastía Severa, como iremos viendo, dejaría incluso de actuar como órgano que elegía a un nuevo emperador o, cuando menos, como órgano sancionador de la designación de este por su antecesor en el trono. Estas fórmulas para coronar a un nuevo soberano podían ser sustituidas por otra tan simple como la proclamación de un candidato por las legiones o la guardia pretoriana, sin que el Senado tuviera nada que decir al respecto. Es más, el poder que los senatoriales irían perdiendo pasaría también, como ya hemos analizado en los anteriores capítulos, a manos del propio emperador, de modo que con Septimio Severo en el trono podemos considerar que se va configurando ya con fuerza la figura del emperador romano como *dominus* —en castellano “señor”, una especie de monarca absoluto— en lugar del clásico *princeps* —en castellano “príncipe” en alusión a quienes se conocerían como «primer ciudadano», es decir, a los emperadores del período altoimperial—.

En el 202 Severo permitiría además al prefecto del pretorio, Plautiano, casar a su hija, Fulvia Plautila, con Caracalla. Con todo ello, Septimio Severo llegaría prácticamente a abandonar los asuntos de gobierno en manos del que acabaría convirtiéndose en su favorito, y actuaría como una especie de primer ministro. Ello motivaría los celos y las iras de algunos senadores e incluso de miembros de la propia familia imperial, entre ellos Caracalla, Geta y la madre de ambos, la emperatriz Julia Domna, de forma que ninguno cesaría en su empeño por conseguir la caída de Plautiano. Definitivamente parece que lo lograron, dado que en el 205 el emperador retomaría las riendas de gobierno cuando ordenó la ejecución de Plautiano y sus allegados, con la pertinente confiscación de sus cuantiosos bienes. Sus opositores habían denunciado ante Severo que Plautiano estaba conspirando para hacerse con el trono.

Septimio Severo tenía por entonces casi sesenta años y, aunque estaba enfermo de gota e incluso debía por ello desplazarse en litera, no dejaría de acudir en persona a una nueva campaña bélica. Tendría lugar en Britania, donde las incursiones de los caledonios, es decir, los habitantes al norte del muro de Adriano, forzarían esta intervención. Varias operaciones militares —desarrolladas entre el 208 y el 209— dirigidas por el emperador en persona, someterían a castigo a estos bárbaros, aunque los romanos sufrirían también numerosas bajas en sus pantanosas tierras de difícil acceso. Pronto el estado de salud de Septimio Severo le impediría liderar los ataques, y en el 210 se haría cargo del asunto britano Caracalla. El emperador fallecería en esta isla en febrero del año siguiente. Antes de expirar, según Dion Casio, dijo a sus hijos: «Permaneced unidos, enriqueced a los soldados y despreocupaos de todo lo demás».



Las termas Caracalla, en la ciudad de Roma. Caracalla inauguraría estos baños públicos hacia el 217, y serán las termas de mayor tamaño hasta la construcción de las de Diocleciano. Sin embargo, en actualidad, las ruinas que se conservan de las termas de Caracalla superan en dimensiones a las de Diocleciano. Para hacernos una idea de su escala, basta con comparar la altura de la figura humana de la fotografía con la de sus muros.

Pronto Caracalla, según los cronistas de la época, el más cruel de los nuevos emperadores, se impondría a su hermano Geta, del que se cuenta que era afable y benévolo. Caracalla haría caso omiso de la famosa supuesta frase pronunciada por su padre y ordenaría en el 212 el asesinato de su colega y hermano. A esta muerte le seguirían otras de los allegados a Geta y Septimio Severo. Fruto de esta política de terror será también la muerte de los médicos que atendían a Severo, por haberle prolongado la vida.

Caracalla, un auténtico emperador soldado, sí que seguiría, sin embargo, el ejemplo de su progenitor en cuanto se refiere a buscar en todo momento el sostén que podía proporcionarle el ejército. Por esta razón, aumentó a sus soldados el salario,

que llegó incluso a duplicar la remuneración de los pretorianos, y les obsequió con dinero extra, aunque, como pronto podremos comprobar, todo esto no le serviría finalmente de nada.

Las siguientes acciones que emprendería Caracalla —ya emperador en solitario y una vez que se había desentendido de los asuntos britanos firmando un tratado nada favorable— tendrían lugar nuevamente en los dos focos fronterizos más conflictivos y peligrosos para el imperio. En el 213, encontramos al emperador liderando sus legiones en el área del Danubio, y al año siguiente en Asia.

Para la campaña danubiana, Caracalla emplearía incluso a las legiones que habían sido sacadas de Britania, lo que nos demuestra la importancia que se daba a combatir a los belicosos bárbaros allí asentados, mientras que en Oriente, una operación militar de similar envergadura trataba de aprovechar las disensiones habidas entre los partos para hacerse con el control total de Armenia.

Dado que las arcas del Estado se encontraban muy mal de fondos, Caracalla no tendría más remedio que financiar estas campañas bélicas a través de un aumento generalizado de impuestos. El emperador elevó la tributación no solo de los ciudadanos, sino incluso de los *dediticii* —los habitantes no romanos de ciudades del imperio que habían opuesto resistencia a su conquista—. En este contexto encaja también el incremento en la tasa que se imponía sobre las herencias, que pasaría del cinco al diez por ciento, así como también el aumento en los gravámenes cobrados por la manumisión de esclavos. Otra decisión política, que en principio pudiera parecer no tener relación con la economía imperial, fue el edicto a través del cual Caracalla otorgaba la ciudadanía romana a todos los habitantes del imperio salvo a los *dediticii*, medida que muy probablemente tenía como propósito fundamental incrementar el volumen de ingresos recaudados, simplemente por aumentar el número de contribuyentes.



Busto de Macrino. El prefecto del pretorio de Caracalla, Macrino, que debía rondar los cincuenta años de edad, sería aclamado por sus tropas en el 217 sin consultar para ello al Senado. Llegó así a convertirse en el primer *equite* en ser coronado emperador. Debido a esto y a su origen ecuestre, si bien en un principio fue aceptado por el Senado, probablemente como consecuencia de las malas relaciones habidas entre esta institución y Caracalla, nunca, en cambio, recibiría suficientes apoyos entre los senatoriales como para consolidar su también precaria posición al frente del ejército.

La campaña persa iniciada en el 214 no conduciría a nada, motivo por el cual en la primavera del 217 Caracalla se hallaba preparando un nuevo ataque contra los partos. Pero el desánimo que imperaba entre las filas del ejército a consecuencia del fracaso anterior facilitaría el éxito de una conspiración liderada por el prefecto del pretorio Marco Opelio Macrino, que acabaría con la vida del emperador. Puede que el prefecto tuviera motivos para urdir la muerte de su señor, dado que, al parecer, descubrió que el propio Caracalla iba a ordenar su ejecución en una más de las actuaciones habituales dentro de su programa de terror.

Acto seguido, Macrino sería proclamado emperador por los pretorianos. No obstante, la precariedad de su posición al frente del imperio queda demostrada

cuando decretó que se celebraría la apoteosis de Caracalla, motivado únicamente por el temor que podían inspirarle los soldados fieles a la figura del anterior emperador.

Adicionalmente, Julia Domna —la madre de Caracalla— se hallaba en el teatro de operaciones asiático. En Siria gozaba de sólidos apoyos contra el nuevo emperador, con una posición familiar privilegiada en la ciudad de Emesa, donde el joven nieto de su hermana, Julia Mesa, de nombre Vario Avito Basiano, era sacerdote del dios Heliogábalo, motivo por el cual la historiografía suele referirse a él con este apelativo.

Es más, la inestabilidad derivada de la muerte de Caracalla posibilitaría la recuperación de los persas, lo que permitió a su rey, Artabano V, iniciar una contraofensiva. Por todo ello, la permanencia en el trono de Macrino se veía seriamente amenazada desde el mismo instante en el que fue proclamado.

Macrino no tuvo más remedio que enfrentarse a los persas sin obtener ningún avance, y la desmoralización comenzó a extenderse entre sus tropas. Si a ello le añadimos que el aumento en los salarios prometido por Caracalla era imposible de pagar, a no ser que se lograran sonadas victorias militares que llevaran asociada la apropiación de cuantiosos botines, entenderemos fácilmente que un nuevo complot se urdiera entre las filas del ejército. Algunos alzamientos tendrían lugar, pero serían reprimidos por el emperador aplicando la *decimatio* —castigo en el que uno de cada diez hombres era ejecutado—, lo que aumentaría el odio de los soldados hacia él. La gota que colmaría el vaso sería la paz humillante que Macrino, incapaz de continuar la guerra, firmaría con Persia, y que implicaba que Roma cedería algunos territorios y pagaría una cuantiosa indemnización.



Cabeza de Heliogábalo. Este joven emperador, que había sido educado en su Siria natal según las costumbres locales, era sacerdote del exótico culto religioso del dios Heliogábalo, credo asiático que incluía prácticas místicas y orgías. Dicen de él las fuentes de la época que era además un depravado homosexual, e incluso transexual, que había convertido la corte en un prostíbulo. Cuando menos, sí que hay constancia de que solía rodearse de gente vulgar. De hecho, se afirma que tenía en mente nombrar César a Hierodes, un auriga, mientras que uno de sus bailarines sería su prefecto del pretorio, su peluquero prefecto de la anona y algunos libertos serían designados legados. Muchas de estas afirmaciones muy probablemente fueran inventadas, o cuando menos exageradas, como fruto del odio hacia quien se consideraba un usurpador, dado que había mentado con respecto a quién era su padre.

Todo ello explica por qué cuando en mayo del 218 Julia Mesa presentó frente a los soldados romanos de la guarnición próxima a Emesa a su nieto Heliogábalo —por entonces de catorce años de edad— como hijo de Caracalla, estos le proclamaron emperador. La noticia correría como la pólvora, y un levantamiento generalizado tuvo lugar entre las filas de las legiones aunque Heliogábalo no fuera realmente hijo de Caracalla. Macrino, carente de apoyos, acabaría siendo asesinado al mes siguiente.

En el otoño del 219 Heliogábalo arribaba a Roma siendo reconocido como emperador por el Senado y el ejército, gracias en buena medida al trabajo diplomático desempeñado por su abuela y su madre, Julia Soemias. No obstante, pronto el joven emperador demostraría no estar preparado para dirigir el imperio ya que continuaría dedicando su vida a ejercer el sacerdocio de su dios, una religión exótica que únicamente vendría a levantar ampollas entre los sectores romanos más

tradicionalistas. Las labores de gobierno serían ejercidas por su madre y su abuela. La oposición hacia Heliogábalo no haría en consecuencia más que aumentar, y sus detractores esgrimían, entre otros motivos, que el emperador incluía en su extraño culto religioso prácticas mistericas y orgías. Un extranjero que vestía raros ropajes, que había traído a Roma, acompañado de todo un séquito de sirios, una religión extraña, cuyo dios fue elevado a la categoría de supremo. Imaginemos lo que deberían pensar los patricios romanos cuando en las sesiones del Senado su madre y su abuela se presentaban con el título de augustas.



Panorámica del Tíber. El río que atraviesa Roma estuvo siempre muy presente en la antigua ciudad desde incluso el mismo momento de su legendaria fundación, dado que los gemelos Rómulo y Remo fueron encontrados en sus orillas por la loba que los amamantó. Sus aguas serían al mismo tiempo testigo de trágicos acontecimientos, puesto que en no pocas ocasiones los cuerpos sin vida, frecuentemente mutilados, de emperadores u otros odiados personajes, acabarían flotando en el Tíber.

Este ambiente no provocaría otra cosa más que una reacción hostil hacia el emperador, de forma que cualquier mínimo atisbo de oposición fue frenado con ejecuciones y confiscaciones de bienes. Llegaría un momento en el que Julia Mesa, ante el temor de que una conjura apartara ya no a Heliogábalo del poder sino a ella misma, trató de buscar otro títere para sustituir al emperador, sin importar que con ello condenara a su propio nieto. Esto no parecía preocuparle a tan ambiciosa mujer, ya que tenía otro nieto, conocido como Severo Alejandro, vástago de otra hija, Julia Mamaea. Alejandro, a diferencia de Heliogábalo, había recibido una educación tradicional romana y sería aceptado por el pueblo y por los senadores. En el 211, Julia Mesa hizo que Heliogábalo adoptara a su primo, de trece años, y le nombrara sucesor, con el título de César. Una conjura orquestada por Julia y ejecutada por los

pretorianos llevaría finalmente al asesinato de Heliogábalo en marzo del año siguiente, destino similar al sufrido por su madre y sus partidarios. El cuerpo del odiado emperador sería mutilado y arrojado al río Tíber, y se le condenaría a la *damnatio memoriae*.

Acto seguido, Severo Alejandro fue proclamado emperador. Su entronización serviría a Julia Mesa para congraciarse con el Senado, y recurrir de nuevo a aquellos de sus antiguos miembros que habían sido apartados del gobierno para que ahora pudieran aportar su destreza en este campo. No obstante, el asesinato perpetrado por los propios soldados de Severo Alejandro de uno de sus principales consejeros en el 224 —el nuevo prefecto del pretorio, Ulpiano— ilustra el descontento generalizado que se daba en el ejército y la endeble posición en el trono para el emperador. A su vez, la muerte de Julia Mesa en el 226 posibilitaría que Alejandro, por entonces de dieciocho años de edad, asumiera la dirección del imperio.

Severo Alejandro gozaba de una buena formación jurídica y demostraría ser un excelente legislador. Su política se caracterizó por tratar de fomentar la producción agrícola, para lo cual el Estado daría préstamos con un interés bajo o nulo a los campesinos, al tiempo que se les cedía parcelas de cultivo de propiedad imperial. No obstante, el crecimiento de la superficie de los latifundios en manos de unos pocos y adinerados propietarios continuaba dándose. Todo ello demuestra que por la época la crisis agraria era un hecho consumado, difícil de paliar, a pesar de estas medidas. Las constantes devaluaciones monetarias venían dándose ya desde los emperadores precedentes, pero en esos momentos tenderían al alza, con la consecuente inflación, tan devastadora para la economía, sobre todo para la de las clases menos adineradas.

En relación con el cultivo de la tierra, Alejandro llevaría a cabo otra medida que afectaba también al ejército, dado que se pagaría a legionarios veteranos con la cesión de parcelas agrícolas localizadas en los limes, vinculándolos de esta forma al lugar en el que eran destinados, como campesinos-soldado. En el aspecto militar, para paliar la falta de tropas y la escasa fidelidad de las mismas, el emperador se encargaría de realizar levas en todo el territorio, incluyendo también a bárbaros.



Cabeza de Severo Alejandro. Los cronistas de la época valoran positivamente el gobierno de este joven emperador —que en el momento de su asesinato tenía solamente veintisiete años—, definiéndole como un soberano moderado en sus decisiones, que trató siempre de calmar las tensiones existentes entre las dos clases sociales privilegiadas, es decir, entre senatoriales y caballeros.

Su política se ocuparía, así mismo, de los más necesitados. El emperador llegó a emplear su fortuna personal para encargarse de que estos recibieran no solo trigo, sino también aceite y carne, de modo que sería muy querido por la plebe. En cambio, las circunstancias del momento no permitieron a las arcas estatales mejorar el salario de los legionarios ni hacerles entrega de donativos extra. Esto, junto con la falta de actividad militar —fruto, en buena medida, de la crisis económica que se estaba atravesando—, no proporcionaba botines a las descontentas tropas. Por todo ello, Severo Alejandro era considerado un tacaño y fue odiado por el ejército. Esto conduciría a nuevas querellas que darían paso a varios alzamientos militares en el 228, año en el que los pretorianos y las legiones de Panonia, Mesopotamia, Siria y Egipto apoyarían algunos intentos de usurpación del trono. Es más, la insubordinación generalizada de las descontentas tropas generaría una situación anárquica que sería aprovechada por bandas de salteadores de caminos, lo que provocaba que cualquier territorio imperial fuera sumamente peligroso.

Para colmo de males, problemas adicionales surgirían también en la frontera oriental. La dinastía arsácida que reinaba en Persia, en franca decadencia desde hacía tiempo, acabaría siendo sustituida por un nuevo linaje que sentaría en el trono a Ardashir, nieto de Sasan, quien da nombre a esta nueva familia real. Sus monarcas se caracterizarían por fomentar la unidad nacional haciendo gala de un patriotismo extremo y empleando como elemento cohesionador la religión de Zoroastro. Esta nueva fuerza ocuparía muy pronto la Mesopotamia romana (en el 230). Ante esta seria amenaza, Severo Alejandro debía actuar. Su primera opción fue la negociación

pacífica, que fracasaría, motivo por el que las legiones romanas hubieron de entrar en Mesopotamia en el 232. La escasez de tropas leales forzó al emperador romano a reclutar como auxiliares a numerosos desertores persas. Sin embargo, a pesar de la heterogeneidad de estas tropas, se lograría que los sasánidas se replegasen. Pero en lugar de dar continuidad a la campaña, Severo Alejandro firmaría la paz y regresaría a Europa, donde también había problemas con las fronteras del Danubio y el Rin. Llevaría consigo a sus contingentes persas. Estos datos llevan a que tradicionalmente se haya acusado a Severo Alejandro de iniciar el proceso de barbarización del ejército romano. Allí, falto de suficientes tropas leales, trataría de negociar un tratado a través del pago de un tributo a las tribus germánicas alzadas en armas, lo que no sería aceptado por los legionarios, muy dolidos por los recortes en sus ingresos. Corría marzo del 235 cuando el emperador fue asesinado en Maguncia, territorio de la actual Alemania. Las tropas amotinadas proclamarían emperador a Maximino, un gigantesco oficial tracio que poseía una estatura superior a los dos metros.

La gran crisis

AQUELLOS SOLDADOS QUE SE CONVIRTIERON EN EMPERADORES (235-249)

Maximino el Tracio sería el primer emperador de origen bárbaro, aunque su condición militar, así como el reciente edicto publicado por Caracalla en el 212, le convertían por derecho en ciudadano romano. Este soldado había ido labrándose su carrera castrense a base de méritos, de forma que llegaría a ser instructor de los legionarios panonios. A su vez se convertiría en el primero de los considerados «emperadores soldado», es decir, no era, como los anteriores augustos, de procedencia noble, sino que se haría con el trono por su valía demostrada en el ejército. También con él daba inicio lo que se conoce como «anarquía militar», período que va del 235 al 285 y en el que, como pronto podremos comprobar, se sentarían en el trono múltiples emperadores, de permanencia efímera, la mayoría de los cuales serían asesinados. No obstante, recordemos que esto no constituía una novedad: desde tiempos de Cómodo, solamente Septimio Severo se libraría de una muerte violenta en una amplia lista de hasta nueve emperadores o usurpadores.

Tras cuarenta y dos años de estancia en el trono de la dinastía de Severo, y con el asesinato del último de sus representantes, durante medio siglo el ejército coronaría a sus propios candidatos, casi a la vez que esos mismos militares conspiraban contra ellos, los asesinaban y, sin ningún tipo de reparo, designaban nuevos sucesores. Ante tal panorama resulta sencillo comprender que muchos de los emperadores de este turbulento período se mantuvieran en el trono tan solo unos meses. Incluso en algunos casos no es de extrañar que los «elegidos» fueran portadores del cetro imperial por escasos días. Muy pocos serían los que ocuparan tal honor durante años.

Durante estas calamitosas décadas, como iremos desvelando, en no pocas ocasiones varias provincias romanas escapaban al control del emperador que se sentaba en la corte de Roma; es más, incluso en algún momento se produjo en lugares distantes la proclamación simultánea de varios emperadores por distintas facciones del ejército, lo que provocaría irremediablemente guerras civiles que solo servirían para que las debilitadas fronteras permitieran la invasión de diferentes pueblos bárbaros, especialmente germánicos.

Se trataría por lo tanto de una época turbulenta y, como tal, escasa en fuentes históricas, lo que, como es lógico, hace sumamente complicado su estudio. Por suerte para los historiadores, esta carencia de textos historiográficos puede ser complementada con obras cristianas y datos arqueológicos. Precisamente la literatura

cristiana empezaría a adquirir por esta época una mayor presencia, en detrimento de las obras de carácter pagano. Esta nueva religión de origen oriental emergería con fuerza debido a su cada vez mayor número de adeptos, aunque sería duramente perseguida precisamente a partir de Maximino. Maximino era seguidor del culto al Sol Invicto, misma deidad que el Heliogábalo sirio. Pero a diferencia de su antecesor en el trono —que había desarrollado una política religiosa tolerante—, el nuevo emperador reprimiría a los cristianos duramente, dado que amenazaban al paganismo. Probablemente Maximino también actuó así por ser consciente del poder que los seguidores del nazareno iban acumulando. No debemos olvidar, al mismo tiempo, que la ejecución de altos cargos de la Iglesia cristiana podía aportar cuantiosos ingresos mediante la confiscación de sus bienes. Del mismo modo, al igual que había hecho Alejandro Severo, Maximino trataría de reforzar la unidad en el imperio con la unificación del culto religioso imperial, potenciando las creencias paganas.

Durante los escasos tres años en los que portó la púrpura imperial, Maximino optó, a diferencia de su predecesor en el trono, por dar prioridad al desarrollo de una política militar eficaz para poder combatir a los germanos. El mismo año de su entronización (el 235) vadearía el Rin con un ejército en el que también marchaba un importante contingente bárbaro, como ya había hecho Severo Alejandro. Los pueblos germánicos, que tantos problemas habían causado al anterior emperador, serían derrotados y empujados más allá de la frontera.

Al parecer, era deseo de Maximino dar continuidad a la campaña y acabar así, de una vez por todas, con la amenaza germánica —serio peligro observado ya desde tiempos de Marco Aurelio—. No obstante, esta ambiciosa política militar precisaba sanear la tesorería imperial para poder ser financiada, motivo por el cual Maximino hubo de aumentar los impuestos. A esta decisión se opuso firmemente la clase senatorial, aristocracia terrateniente seriamente afectada por la creciente presión fiscal. El aumento de impuestos, unido al miedo generalizado como consecuencia de la inseguridad que se vivía en todo el Imperio romano, provocaría la ocultación masiva de todo tipo de bienes, sobre todo de moneda de oro, lo que también era debido en buena medida a la escasez de este tipo de piezas —que se multiplican en los hallazgos arqueológicos de esta clase datados en el período que estamos analizando—. Debido al aumento de la tributación, pronto el Senado, que en un principio confirmó la elección de Maximino como emperador, se opondría a él. Del mismo modo, dentro del propio ejército tampoco contaba el tracio con pleno respaldo, aun a pesar de que, para tratar de garantizar la fidelidad de las tropas, el emperador no había alterado la composición de las monedas de plata —piezas con las que se acostumbraba a pagar las soldadas—. Este fomento de las acuñaciones argénticas en detrimento de las áureas constituía un claro apoyo a las clases medias, lo que, en cambio, iba en perjuicio de las clases adineradas.



Relieve de Isis. La deidad egipcia Isis sería adorada también en la antigua Roma, donde se erigieron templos dedicados a ella. Es representada en muchas ocasiones acunando a su hijo Horus, una escena que nos recuerda sumamente a las imágenes de la virgen cristiana. De hecho, la religión surgida a partir de las enseñanzas de Jesús de Nazaret tomó varios elementos de este así como de otros credos orientales, de ahí su marcado carácter sincrético. Incluso algo tan importante en la doctrina cristiana como es la resurrección está también presente en la antigua religión egipcia, donde Osiris, esposo de Isis, después de ser asesinado volvería a la vida con la ayuda de esta.

Ejemplos del antagonismo senatorial hacia Maximino lo constituyen los tempranos alzamientos protagonizados por Petronio Magro o Tito Cuartino, cuyas conjuras serían sangrientamente reprimidas y seguidas de la requisa de sus bienes. Esto constituye uno de los sellos personales de la política de Maximino, caracterizada por la obtención de fondos para costear sus caras campañas militares en la frontera germana a través no solo de aumentar los impuestos de las clases altas, sino de confiscaciones como las descritas.



Sólidos con las efigies de Arcadio y Honorio. Las monedas de la imagen pertenecen a un «tesorillo» hallado en Arcos de la Frontera (Cádiz). En tiempos de inestabilidad política y económica las clases romanas pudientes —las únicas que llegaban a poseer oro— solían atesorarlas con dos objetivos fundamentales. Por un lado guardaban este metal precioso escaso en tiempos de devaluación de las nuevas monedas acuñadas. Por otro, ponían a salvo sus riquezas en un período de inseguridad en el que hordas invasoras extranjeras, bandas de ladrones o incluso ejércitos romanos de cualquiera de las facciones en liza solían arrasarse todo lugar por donde pasaban.

Muchos de estos patricios perjudicados por la nueva fiscalidad de Maximino pertenecían a la nobleza provincial, cuyos descontentos miembros —en concreto la aristocracia del norte de África— serían precisamente quienes se alzarían en el 238. Los ricos propietarios de tierras levantados en armas se impondrían a los legionarios allí instalados y asesinarían al procurador del fisco, a su entender, el responsable de todos sus males. Acto seguido aclamarían como emperador a su gobernador, de nombre Marco Antonio Gordiano Semproniano. Y, dado que se trataba de un anciano senador de ochenta años de edad, harían lo propio con su hijo, del mismo nombre, que tenía cuarenta y seis años y al que conocemos como Gordiano II.



Terra sigillata africana del siglo III. La provincia romana del África proconsular experimentó un despunte económico notable hacia el advenimiento del período bajoimperial, cuando las medidas emprendidas por las autoridades romanas permitieron la mejora de su productividad agrícola. Ello supondría un empuje también para su comercio, que alcanzaría una escala global en el ámbito romano para todo tipo de productos agrícolas y de manufacturas, como por ejemplo cerámica de excelente calidad, similar a la mostrada en la fotografía.

La revuelta estallaría precisamente en África debido a que era una región en la que, como ya hemos mencionado en el anterior capítulo, el fomento del colonato como mano de obra agrícola en tierras africanas por parte de los emperadores precedentes había favorecido el despunte económico de esta área, motivo por el cual contribuía al erario público con cuantiosas aportaciones.

El Senado no tardaría en reconocer a los dos Gordianos y declarar enemigo público a Maximino, pero los rebeldes pronto serían derrotados y eliminados por las legiones de África, fieles al emperador tracio. No obstante, ante la ausencia de Maximino —presente todavía en el frente del Danubio—, el Senado poseía en parte el control de Italia, motivo por el cual llegaría a sustituir al prefecto del pretorio, Vitaliano, leal a Maximino, al tiempo que osaría entronizar a otros dos emperadores: Marco Clodio Pupieno y Décimo Celio Calvino Balbino, septuagenarios ambos. Por su parte, la plebe reclamaría los derechos al trono del joven de trece años Gordiano III (238-244), nieto de Gordiano I, por lo que el Senado le nombraría César.

Mientras tanto, Maximino arribaría a los Alpes procedente de Germania, donde

detuvo su campaña contra los bárbaros. Pero su ejército, en el que formaban numerosos mercenarios germanos, se toparía con la imponente defensa de Aquileya, que recordemos formaba parte del distrito militarizado creado por Marco Aurelio.

En el ejército de Maximino ya se daba por entonces una fuerte presencia de caballería pesada de origen persa, cuyos miembros —conocidos como catafractos— aportaban una gran movilidad. Cabe destacar que, al margen de las unidades bárbaras, entre las tropas de este emperador formaban mayoritariamente legionarios de origen ilirio, poco romanizados. Pero el caso es que, a pesar de su heterogeneidad, estas fuerzas militares eran muy superiores a las tropas presentes en Italia leales al Senado; sin embargo, este último empleó la política de «tierra quemada» en la defensa del área transalpina, que, junto a la dura resistencia que supusieron los sólidos muros de Aquileya, provocaría el descontento entre las legiones venidas de Germania. Muy pronto, además, algunos de los hambrientos sitiadores comprendieron que este sanguinario emperador no tendría piedad con los defensores —entre los que tenían familiares y amigos— aunque estos se rindieran. Debido a todo ello, algunos soldados asesinaron a Maximino. Ante la muerte del emperador y la llegada al frente de Pupieno, las tropas invasoras se rendirían.



Busto de Gordiano III. Este joven se convertiría en emperador de consenso entre las dos facciones de la nobleza romana tradicionalmente enfrentada a lo largo de la historia del imperio, es decir, senatoriales y caballeros. Debido a ello y a su corta edad, Gordiano sería un títere, sobre todo a merced de su prefecto del pretorio y suegro, Timesiteo. No obstante, en ausencia de apoyos reales, Gordiano conservaría la vida gracias a la protección de Timesiteo, aunque a la muerte de este último acabaría siendo asesinado.

Los acontecimientos desencadenados durante el imperio de Maximino ponían de

relieve la pujanza del colonato como forma de explotación de la tierra, que desde finales del siglo II había convertido a los latifundios provinciales, como los de África, en entidades autónomas, centros agrícolas que gozaban de su propia organización administrativa e incluso de contingentes armados privados, de manera que acabarían constituyendo para sus propietarios terratenientes un negocio muy fructífero al tiempo que esquivaban el pago de impuestos a la administración central, como consecuencia de la aguda crisis, cada vez más acuciante. A través del empleo de colonos libres, que acabarían siendo dependientes de su patrón, los latifundistas dejaban de depender de los improductivos esclavos, mano de obra que, además, debía ser comprada. Por el contrario, a un colono ni siquiera se le debía remunerar, ya que era este el que pagaba en especie por el arriendo de la tierra que trabajaba.

Así, a lo largo del siglo III, las ciudades se irán despoblando y la sociedad ruralizando. Por un lado, las clases adineradas explotarán mediante colonos sus tierras o adquirirán propiedades agrarias nuevas para trabajarlas de esta manera —por ser estas una fuente pujante de riqueza— al tiempo que escaparán de las ciudades para tratar de evadir impuestos. Dado que muchos de ellos, de origen senatorial, habían perdido peso político, dedicaron a partir de entonces su actividad a la explotación de sus fincas rústicas. Por otra parte, la plebe huía también de la inseguridad de las ciudades, donde el alimento escaseaba, y acudía como mano de obra al campo.

La reducción del tamaño de las ciudades, producto del descenso de población, facilitó su defensa mediante la construcción de murallas, tan necesarias en un período de inseguridad permanente.

Los elementos premedievales se van configurando: inseguridad permanente, crisis de la vida urbana, ruralización, fortificación de ciudades, aparición de ejércitos privados y trabajo de la tierra a través de colonos, en lo que se erige como la prefiguración del régimen señorial bajoimperial y altomedieval. Este proceso sería más acusado en aquellas tierras del Imperio romano más azotadas por la crisis, es decir, su mitad occidental. Al mismo tiempo, Oriente continuaba disfrutando de la inmensa riqueza que le proporcionaba el comercio de artículos de lujo exóticos, cuya demanda, además, se dispararía por entonces al agudizarse las diferencias entre ricos y pobres.



Muralla romana de Zaragoza. A partir del siglo III d. C. la mayoría de las ciudades romanas importantes, fueran estas interiores o fronterizas, comenzarían a fortificarse mediante la construcción de murallas que rodeaban todo su perímetro. Esta ardua tarea se vería en buena medida facilitada por la reducción de la superficie de dichas ciudades, dado que la población urbana disminuiría a consecuencia de la ruralización y de la crisis generalizada.

Volviendo a los acontecimientos que se estaban desarrollando en el año 238, debemos decir que paralelamente a la batalla de Aquileya, la ausencia de Pupieno sería aprovechada en Roma para que la guardia pretoriana, descontenta al estar dirigida por un prefecto senatorial, se alzara en armas. Esta revuelta sería en parte frenada por la plebe, que se armaría contra la única fuerza militar que había en la capital. Los pretorianos, identificados tradicionalmente con el orden ecuestre, eran, a su vez, partidarios de Maximino, representante de este estamento social.

Para complicarlo todo todavía más, se recibían en Roma malas noticias con respecto a lo que acontecía en las fronteras orientales. Mientras Mesopotamia debía soportar el ataque de los persas, en el Danubio los carpos entraban en Mesia y los godos en Tracia y los Balcanes. En este ambiente caótico que se vivía en la capital, el alzamiento de los pretorianos, todavía más encolerizados tras el asesinato de su emperador, concluiría exitosamente con el asesinato de Balbino y el recientemente regresado Pupieno. Tanto Gordiano I como Gordiano II, Maximino, Pupieno y Balbino habían muerto de manera violenta en el fatídico año 238.

Es probable que los pretorianos y el Senado llegaran por entonces a algún tipo de acuerdo, ya que Gordiano III sería finalmente proclamado emperador. Así, los primeros sentaban en el trono a un títere que acabaría estando a merced de sus dos nuevos prefectos ecuestres, Timesiteo y Filipo, al tiempo que los segundos ya tenían a su ansiado soberano de origen senatorial. Debido a ello, comprenderemos que el reinado de Gordiano III no estaría exento de dificultades.

En ese mismo complicado año 238 pronto estallaría una nueva revuelta en África, demostrando otra vez el descontento del patriciado terrateniente instalado allí. El líder del alzamiento sería Sabiniano, su propio gobernador. Las tropas imperiales se dedicarían a combatir la insurrección africana, que no sería apaciguada hasta el 240. Intervendrían para ello un buen número de contingentes bárbaros auxiliares, principalmente caballería pesada de origen germánico o asiático, armada al estilo persa.

Una vez alejado el problema interno, el emperador debería dirigirse hacia el este en persona, junto a sus pretorianos, para combatir la amenaza bárbara. En primer lugar acudirían al limes danubiano, donde se negociaría la paz con los godos. Los acuerdos alcanzados incluían la formación de estos germanos como auxiliares en las legiones romanas, tan faltas de efectivos en esos difíciles momentos. Desde otro punto de vista, puede parecer que se pagaba un tributo a los bárbaros para cortar sus ataques y se les alistaba en el ejército para mantenerlos ocupados y controlados. Sea como sea, con esta heterogénea tropa el emperador lograría algunas victorias sobre los sasánidas. No obstante, en el 243 moriría el que había sido su principal apoyo, el prefecto Timesiteo, cuya influencia sobre el soberano era tal que lo había casado con su propia hija. Este hecho, junto con una derrota romana en tierras persas y el descontento de los legionarios a causa de la creciente barbarización del ejército, provocaría la proclamación como emperador de Filipo, el otro prefecto del pretorio. Filipo aceptaría el nombramiento y Gordiano III sería asesinado ya iniciado el año 244.

Marco Julio Filipo (244-249) —llamado el Árabe por los orígenes de su familia— daría un nuevo giro a la política imperial y optaría por negociar la paz con Persia a cambio del pago de una fuerte indemnización, de medio millón de denarios, para, de esta forma, poder centrar su atención en los problemas que más amenazaban con resquebrajar los cimientos de Roma. Sería por ello por lo que Filipo se interesaría especialmente en la defensa de las fronteras europeas, sobre todo en el limes danubiano, área acosada por los belicosos godos.

Para ganarse la fidelidad de los legionarios, Filipo se libraría de los contingentes federados bárbaros, de forma que las filas romanas se verían muy mermadas a consecuencia de esta temeraria decisión y los germanos, desprovistos de sus estipendios, quedarían descontentos. Del mismo modo, licenciaría también a las tropas ilirias por miedo a que no se mostraran adeptas a su persona.

Los ataques de Filipo sobre los bárbaros apostados en torno al Danubio tendrían cierto éxito, sin embargo, hacia el 248, cuando la región no estaba en absoluto pacificada, se sucedieron diversos intentos de rebelión, al tiempo que en el interior del imperio las bandas de delincuentes campaban a sus anchas. En este contexto, las legiones danubianas proclamaban emperador a Claudio Marino Pacaciano. Esto acabaría por romper el limes danubiano, que sería cruzado en masa por una horda heterogénea de trescientos mil bárbaros, entre ellos godos, carpos y vándalos, que

pasaban de nuevo a los Balcanes al tiempo que reclamaban al usurpador los tributos prometidos por Gordiano III por servir en el ejército romano. En medio de este caos surgían otros dos usurpadores más en Asia, llamados Jotapiano y Julio Aurelio Sulpicio Uranio Antonino. Mientras Filipo eliminaba con facilidad al primero de ellos, cometía el error de enviar a un senador, Decio, para combatir a los godos, aunque era el único recurso que le quedaba para poder hacer frente a estos germanos mientras él combatía las usurpaciones. El renombre de Decio, que al ser legado de Mesia y Panonia se hallaba muy cerca del teatro de operaciones godo, y sus victorias, acabarían propiciando su proclamación por parte de las tropas bajo su mando. Los ejércitos de Filipo y de Decio se enfrentarían en el 249 en Verona, y el primero perdería la vida y la batalla.

TIEMPOS DE ANARQUÍA (249-260)

El triunfo de Cayo Mesio Quinto Trajano Decio (249-251) permitía a su estamento volver a sentar en el trono a uno de sus representantes, con el añadido de ser, a diferencia de Gordiano III, un emperador en edad madura. Con Decio el Senado volvería a adquirir el poder que había perdido. Este senatorial de origen ilirio representaba la vuelta a las tradiciones romanas más conservadoras, en detrimento del auge que los ecuestres venían experimentando, al copar las esferas de poder relacionadas con la política, el alto mando de las legiones o la burocracia estatal.

Es más, la llegada de Decio al trono incluso suponía retornar a la clásica religión pagana, en contraposición a los nuevos cultos, en su mayoría de origen oriental y de tendencias monoteístas, que habían cosechado bastante éxito entre las filas de la legión y sus mandos pertenecientes a la clase de los caballeros.

Precisamente uno de estos nuevos credos, el cristianismo, había gozado de las simpatías de Filipo, el anterior emperador. Dicho soberano, sin llegar a ser devoto de esta religión, vio en su monoteísmo —al igual que otros augustos de origen ecuestre— una oportunidad para homogeneizar el culto imperial y lograr así una mayor cohesión entre su heterogénea población, en un período en el que, a consecuencia de las serias dificultades por las que se atravesaba, se necesitaba de un mayor grado de unidad. Aunque Decio era de una ideología totalmente opuesta a Filipo el Árabe, el primero también detectó la necesidad de uniformizar el culto religioso. Resulta paradójico que dos emperadores tan distintos, enfrentados en el campo de batalla y también en cuanto a la cuestión doctrinal se refiere, se plantearan adoptar como solución a los males que acechaban al Imperio romano la práctica de un credo que sirviera para unir a sus ciudadanos, instándolos a llevar una vida en la que la principal virtud de los hombres fuera su fervor religioso. Para Decio, el paganismo tradicional, la piedad y la veneración a la figura del emperador eran fundamentales a la hora de lograr tan ansiada cohesión, motivo por el cual se legisló para que todos los

ciudadanos romanos estuvieran obligados a practicar en público la religión ancestral romana. Al mismo tiempo, Decio se dedicaría a restar poderío al credo que emergía con fuerza en el seno del propio imperio y que amenazaba a las tradiciones romanas más arraigadas —aquellas que defendía este emperador— mediante una persecución contra los cristianos en el 250.



Busto de Decio. En el 250, este emperador senatorial daría comienzo a una persecución contra los cristianos de carácter generalizado en tierras imperiales. Esta represión acabaría con la vida de un importante mártir para la Iglesia cristiana, el papa de Roma, Fabián, que sería posteriormente santificado.



Símbolos cristianos grabados sobre mármol blanco. El denominado crismón, o cristograma, está formado por las letras griegas X (chi) y P (rho), es decir, las

dos primeras letras del nombre de Cristo. Es probable que el símbolo en cuestión comenzara a ser utilizado oficialmente en el Imperio romano por Constantino el Grande, quien al parecer llegaría a hacerlo pintar en los escudos de sus soldados en los prolegómenos de la batalla del Puente Milvio (312).

Al margen de la cuestión religiosa, otras de las preocupaciones de Decio a lo largo de su estancia en el trono fue detener las invasiones bárbaras que hacían tambalear la estabilidad del Imperio romano, así como paliar los estragos causados por las epidemias que asolaban sus tierras. La solución para ambos problemas pasaba por pacificar el territorio romano, de modo que los invasores fueran expulsados y la ausencia de guerra permitiera reparar los daños causados por las enfermedades, entre los que el principal era la despoblación de las ciudades y de los campos de cultivo.

No obstante, aunque estos dos males pudieran ser remediados, todo se vendría abajo si las guerras civiles por ocupar el trono no cesaban. Estos conflictos internos abrían las puertas a nuevas invasiones y resultaban ser caldo de cultivo para más epidemias. Las luchas por el poder entre romanos serían, por lo tanto, el mayor de los peligros que acechaban al Imperio romano, además de la causa principal para que nuevas amenazas, tales como las penetraciones bárbaras, acabaran surgiendo.

Entre estas agresiones procedentes del exterior destacan especialmente las protagonizadas por los godos, etnia germánica militarmente muy poderosa y que contaba con una población numerosa en comparación con otros pueblos bárbaros similares. Recordemos que los godos habían iniciado su ofensiva contra el imperio durante el principado de Maximino el Tracio, aprovechando la guerra civil contra Pupieno y Balbino, y que con Gordiano III habían combatido al servicio de Roma como tropas federadas. No obstante, su sustento a costa del imperio había sido suspendido tras ser licenciados por Filipo el Árabe, de modo que se vieron forzados a cruzar el Danubio para poder sobrevivir. No era deseo de esta tribu germánica —ni tampoco de otras etnias bárbaras— derrotar totalmente a Roma o conquistarla sino, más bien, llevar a cabo pequeñas incursiones de saqueo con el objeto de obtener botín y presionar a las autoridades imperiales para lograr diferentes tipos de acuerdos, tales como formar parte del ejército romano sirviendo como tropas auxiliares o contingentes federados, instalarse en territorio romano de manera legal, lograr el pago de estipendios o su manutención con cargo a la anona.

En definitiva, era deseo de estos bárbaros poder disfrutar del bienestar propio de la cultura romana. El problema para Roma era que, conforme fue debilitándose, cada vez un número mayor de estas etnias acabarían siendo conscientes de que podían parasitar a su imperio y vivir a su costa; se perdía así todavía más fuerza, en una especie de retroalimentación positiva, hasta que, como iremos desvelando, Roma no pudo más y acabó pereciendo infectada por este mal. Es más, por sí solas cada una de estas tribus bárbaras no constituía en principio una seria amenaza, pero si sumamos el acoso simultáneo al que sometieron muchas de ellas al imperio en todas sus fronteras, la cosa cambia. De hecho, sus veloces ejércitos, caracterizados por no poseer un

elevado número de efectivos y por desplazarse en la mayoría de los casos a caballo, si bien podían llevar a cabo fugaces incursiones, eran en cambio incapaces de conquistar ciudades fortificadas, dado que carecían de la disciplina y de la tecnología militar adecuada para hacerlas caer mediante asedio.

Precisamente por esta época —el siglo III— las decadentes ciudades comenzarían a amurallarse para poder defenderse de los invasores, a pesar de que la mayoría no se encontraban en ubicaciones fronterizas. Al mismo tiempo que las urbes populosas se marchitaban, las grandes propiedades agrícolas continuaban proliferando. Los latifundios de Occidente en esa época eran trabajados ya principalmente por colonos en lugar de esclavos, mano de obra esta última típica del Alto Imperio y cuya utilización se había convertido en todo un lujo, entre otros motivos como consecuencia de haber cesado las campañas de conquista. Ahora el ejército no emprendía gloriosas empresas para colocar nuevos territorios bajo el yugo imperial; en su lugar, los romanos empleaban su fuerza bélica, cada vez más mermada, para defenderse de las agresiones exteriores o incluso contra otros romanos.



Doble sestercio con la efigie del emperador Decio. Este emperador trataría de atenuar los dañinos efectos de la inflación con la acuñación de una nueva moneda realizada en una aleación de plata y cobre, conocida como vellón. La pieza en cuestión era de gran tamaño pero contaba con una cantidad reducida del principal metal precioso que se suponía que debía contener, es decir, plata. Debido a ello, esta moneda no lograría cumplir los objetivos marcados.

Concretamente, los godos saqueaban desde tiempos de Maximino las tierras próximas al río Danubio ante la incapacidad defensiva de los soldados romanos allí acantonados. Estas tropas de frontera debían contener en primera instancia cualquier conato de invasión, pero si esta amenaza se agravaba, acababan dependiendo del apoyo de un ejército de reserva móvil. Todas las huestes imperiales estaban muy debilitadas a consecuencia de la guerra civil entre Filipo y Decio, y también más centradas en combatir en uno u otro bando que en detener a los bárbaros.

Estos dos tipos diferentes de efectivos militares descritos constituían el germen de lo que acabaría convirtiéndose hacia el final del siglo III, tal y como analizaremos en

el capítulo 4, en el ejército bajoimperial de *limitanei*, o tropas fronterizas, y comitatenses, o efectivos de reserva.

Los mermados ejércitos del limes, bajo el mando del legado Treboniano Galo, no serían capaces, por lo tanto, de rechazar a los godos en la frontera de Mesia, motivo por el cual las hordas germanas, dirigidas por su líder, Cniva, penetrarían hasta Nicópolis. Allí serían derrotadas en el 250 por las legiones al mando del propio Decio, aunque no por ello dejarían de avanzar por Tracia rumbo a Filipópolis, ciudad que acabarían sitiando al año siguiente. El emperador en persona —ante la aparente incapacidad o inoperancia de sus generales por detener el avance godo— debería enfrentarse nuevamente a los godos, dado que era muy consciente del serio peligro que representaban. Es por ello precisamente por lo que una de las primeras medidas adoptadas por Decio para facilitar el desplazamiento de las tropas romanas había sido mejorar las comunicaciones, reparando las descuidadas calzadas imperiales. No obstante, el ejército de reserva al mando de Decio sería derrotado en Mesia, en la batalla de Abrito (251), en un área pantanosa que dificultó enormemente el combate de los legionarios. El propio Decio sería el primer emperador que caería en batalla contra un ejército bárbaro, dado que hallaría allí la muerte.

A pesar de que Decio contaba con un hijo vivo, Hostiliano, que además había sido ya nombrado sucesor suyo con el título de César, la confusión generada por la violenta muerte del soberano provocaría que el hombre más poderoso que por entonces se hallaba en el teatro de operaciones bélico fuese aclamado emperador. No se trataba de otro que el legado de Mesia, Treboniano Galo. Mientras tanto, en Roma, otro usurpador —Valente Liciniano— aprovechaba la anarquía que reinaba para hacer valer sus aspiraciones al trono. No obstante, carente de apoyos, pronto desaparecería.

El período entre los años 251 a 285, es decir, entre el imperio de Treboniano Galo y el de Carino, es el más anárquico que se dio a lo largo de la denominada crisis del siglo III. Por este motivo, la escasez de fuentes escritas es nuevamente notoria. Los principales cronistas que escribieron sobre estos hechos fueron Zósimo y Orosio, y la principal obra, la conocida como *Historia Augusta*, de varios autores.

Cayo Vibio Treboniano Galo, para evitar cualquier tipo de conflicto con los partidarios de Decio, adoptaría y designaría como su sucesor a Hostiliano, a pesar de que también asoció al trono a su propio hijo, Volusiano, al tiempo que divinizaría al fallecido emperador. Probablemente Treboniano Galo era muy consciente de que lo que menos necesitaba el imperio en esos momentos era una guerra civil.

En este contexto, Galo había firmado previamente la paz con los godos, lo que le permitiría retirarse a la capital para resolver los asuntos internos pendientes. El acuerdo firmado con los germanos incluía su retirada de tierras imperiales a cambio de recibir de los propios romanos, incapaces de derrotarlos definitivamente, un tributo anual.

Otra de las medidas emprendidas por el anciano emperador sería dar continuidad

al plan de restauración de las calzadas romanas, desarrollado por Decio, y tratar de contener el avance de la peste desatada bajo el anterior reinado, epidemia que se llevaría por delante incluso a Hostiliano. Precisamente el despoblamiento provocado por esta enfermedad, así como la ausencia del emperador de las áreas fronterizas, no tardaría en facilitar nuevas penetraciones bárbaras.



Casco persa. El Imperio persa constituía un enemigo formidable para Roma, cuyo bien equipado ejército basaba su fuerza de combate en las unidades de caballería pesada. Los denominados catafractos acabarían siendo también adoptados por el Imperio romano a partir del siglo IV para, de esta forma, poder combatir a sus enemigos de manera más efectiva, en un período en el que tras la desaparición de la legión clásica la forma de hacer la guerra cambiaría radicalmente.

La confusión generada posibilitaría el enésimo derrocamiento de un rey armenio afín a los intereses romanos, intervención propiciada, una vez más, por los persas. El desafortunado monarca, llamado Tirídates, no lograría contener a los sasánidas de Sapor I, que saquearon impunemente tierras sirias, mientras en Europa hordas de alamanes, carpos, sármatas, burgundios y, nuevamente, godos rompían otra vez las desguarnecidas fronteras.

En el 253 el único general que parecía ser capaz de contener a estos bárbaros era el legado de Panonia y Mesia, Marco Emilio Emiliano, por lo que fue aclamado como emperador por sus tropas. Sin embargo, pronto se desentendería del frente de batalla

germánico y se dirigiría a Roma para hacer valer su proclamación.

Para acabar de complicar todavía más la situación del imperio frente a los invasores bárbaros, Treboniano Galo movilizaría a las tropas del limes del Rin que podían serle todavía fieles, bajo el mando del general Valeriano, para poder hacer frente de manera más eficaz al usurpador. A pesar de todo, las tropas del emperador serían derrotadas en la batalla de Forum Flamun (253), en Italia, y caerían en este combate el propio Treboniano Galo y su hijo. No obstante —y a pesar de su triunfo—, Emiliano sería eliminado al poco por sus propios soldados tras haberse producido la aclamación de Valeriano como emperador por sus tropas.

Publio Licinio Valeriano era un senador de cerca de sesenta años de edad, que sería aceptado al frente del Imperio romano por sus pares en esta institución gubernamental. Debido a ello, es fácil entender que su imperio se caracterizara por ser, al igual que el desempeñado por Decio, de carácter conservador, acorde con su origen patricio. Esto llevaría a Valeriano a desarrollar una política agraria afín a sus intereses de clase, que mantuvo la formación de grandes latifundios en perjuicio de las clases sociales más desfavorecidas.

Sin embargo, a pesar de que por ello Valeriano contaba con el apoyo del Senado, así como con el de sus tropas, su imperio pronto se vería en serias dificultades heredadas, eso sí, de sus antecesores en el trono. De hecho, el abandono de la defensa del río Rin por las tropas comandadas cuando era legado, como consecuencia de la usurpación de Emiliano, dejaría el paso libre para que francos y alamanes pudieran entrar en territorio romano. De este modo hacia el 258 se recrudecían las incursiones germánicas. Al mismo tiempo que por esa época el Imperio romano se veía acosado por otros bárbaros en el resto de sus fronteras, no cesaban de surgir nuevos usurpadores y, con ello, tenían lugar otros alzamientos militares.

En este contexto, los godos campaban de nuevo a sus anchas, devastaban la región del mar Negro, y en África y Egipto se sucedían las incursiones de tribus nómadas. Sobra decir que Valeriano también trataría de hacer frente a la invasión persa.

Con un frente tan amplio al que atender de manera simultánea, en el que incluso las costas no escapaban de la depredación de bandas de piratas, el emperador decidiría nombrar coemperador a su hijo, Galieno, para que le ayudara a gobernar la mitad del imperio y para que su sucesión quedara garantizada. De esta manera, Galieno imperaría en Occidente, mientras que su padre lo haría en Oriente.

La financiación necesaria para emprender estas campañas militares se lograría, en parte, mediante la confiscación de bienes procedentes de los cristianos, con lo que se daría continuidad a la represión religiosa emprendida por Decio. Recordemos que las herramientas empleadas por otros emperadores de origen ecuestre para recaudar impuestos a costa de los senatoriales no fueron utilizadas por Valeriano, y las arcas estatales se vieron muy mermadas.

En el este, los godos no pudieron ser detenidos por Valeriano y en el 254

cruzarían de nuevo el Danubio, depredando los Balcanes, mientras en las costas del mar Negro saquearían también Trebisonda al año siguiente, así como en el 256 ya ocuparían el estrecho del Bósforo. Ello se debió en buena medida a que un Estado bárbaro consolidado, aún más poderoso que el godo, como era el Imperio sasánida, continuaba progresando en Siria. En este contexto, Sapor I conquistaba las ciudades de Dura Europos y Antioquía. Pero tal y como confirma la numismática, una contraofensiva emprendida por las legiones de Valeriano lograría recuperar en el 256 esta última ciudad, lo que seguramente forzaría a Sapor a intentar pactar un acuerdo de armisticio.



Busto de Galieno. Gracias a los impuestos y a los fondos recaudados junto a su padre, Valeriano, Galieno pudo ordenar hacia el 254 la fortificación de las principales ciudades de Occidente, dato que sugiere que eran tiempos convulsos, en los que la inseguridad afectaba no solamente a las áreas fronterizas.

Paralelamente, en el 259 Galieno derrotaba a los alamanes que habían pasado el Rin y que, tras cruzar la Galia, amenazaban ya a la propia Italia.

Ese mismo año 259, Valeriano, al parecer no conforme con su victoria parcial sobre los sasánidas, no había alcanzado todavía la paz con sus enemigos. Sin embargo, el emperador no estaba por entonces en la mejor de las condiciones para combatir, dado que la peste causaba estragos entre las filas romanas. En esta complicada situación, no se conoce a ciencia cierta cómo se desarrollaron los acontecimientos, pero el propio Valeriano acabaría cayendo prisionero de los persas en las proximidades de la ciudad siria de Edesa. Lejos de negociar un rescate, Sapor I

prefirió trasladar a su preciado cautivo a la corte persa, y Valeriano fue sometido a constantes vejaciones y torturas hasta que finalmente falleció en el 260. Sería el primer emperador que caería prisionero de los bárbaros y moriría estando preso.

Galieno, sin embargo, no haría nada por rescatar a su padre, probablemente porque el Imperio romano no estaba por entonces en condiciones para ello. Los graves acontecimientos que tuvieron lugar en Asia provocaron el recrudecimiento de los ataques bárbaros y una sucesión de aclamaciones por parte de distintas facciones del ejército romano, de forma que el único emperador legítimo que continuaba con vida, es decir, Galieno, se vería desbordado para lograr imponerse en todos los frentes abiertos. Esos fatídicos años inmediatamente posteriores al 260 marcan el momento álgido de la crisis del siglo, período en el que la anarquía reinante provocaría que varios territorios escaparan del control del gobierno establecido en Roma.

En este contexto, en el 259 la invasión sármata de Panonia provocaría que Ingenuo, su gobernador, fuera proclamado emperador por las legiones allí destacadas, aunque, finalmente, sería asesinado al año siguiente por los mismos que le habían encumbrado al poder.

Mientras tanto, en la vecina Mesia, su legado, Regaliano, era también aclamado como emperador por sus tropas, y este también caería víctima de sus supuestos adeptos en el 260.

Estas dos usurpaciones dadas en el limes danubiano generaron en esta frontera el desconcierto suficiente como para facilitar la penetración de nuevos invasores germánicos, lo que, a su vez, haría posible otra proclamación, que tuvo lugar en la Galia y que alzó al poder a Póstumo, hombre fuerte por esos momentos en Occidente y al que las legiones vieron como el más capaz para detener las acometidas bárbaras que asolaban esta parte del imperio. El poderío de Póstumo quedaría demostrado con la instigación del asesinato de Salonio, hijo de Galieno y colocado por este al mando de las tropas del oeste de Europa. De esta forma, Póstumo acabaría controlando la Galia, Germania, Britania e Hispania, para fundar lo que se conoce como Imperio galo, entidad política independiente de Roma, que tendría una efímera existencia de unos quince años.

En Oriente, por su parte, la ausencia del emperador cautivo Valeriano, junto con el inacabado conflicto persa, precipitaría la proclamación como emperadores de Macriano y Quieto por parte del ejército allí acantonado, aunque pronto, como veremos en el siguiente epígrafe, serían eliminados.

Estas proclamaciones sin duda alimentaron la anarquía, pero posiblemente la presencia de estos usurpadores —en no pocos casos capaces dirigentes, tanto políticos como militares— facilitó la supervivencia del imperio, aunque fraccionado, de forma que cuando Galieno y algunos de estos traidores entronizados se repartieron el poder, pudieron acometer una serie de reformas que, una vez reunificado el Estado romano, permitirían su correcta gestión de gobierno.



Busto de Severo Alejandro. La imagen nos muestra a Severo Alejandro de niño. Nació, al igual que su antecesor en el trono, Heliogábalo, en Siria, aunque a diferencia de este sí que recibiría una educación romana, lo que sin duda le convertía en un príncipe más apto a la hora de portar la corona imperial.

A lo largo de este capítulo hemos podido analizar cómo, tras el asesinato de Severo Alejandro en el 235, se sucedieron en el trono efímeros emperadores, tras el paso de cada uno de los cuales la crisis no hacía más que recrudecerse. Sería esta una sucesión de soberanos de origen ecuestre y senatorial, lo que claramente viene a confirmar el enfrentamiento que se estaba produciendo entre las dos clases sociales dominantes. Es más, con los reinados de Maximino, Gordiano I, Gordiano II, Pupieno, Balbino, Gordiano III, Filippo, Decio y Valeriano asistimos a los últimos coletazos del poder del Senado, que tratará por todos los medios de imponerse al auge del orden ecuestre e incluso al poder imperial. Algunos de estos emperadores, como Decio y Valeriano, pertenecieron al orden senatorial y tratarían de asentar las bases de su poder en el Senado. Otros, en cambio, serían de orden ecuestre —por ejemplo Maximino y Filippo— y como representantes de este estamento se alzaron como enemigos de los senatoriales. Sin embargo, Galieno, hijo de Valeriano, fue el último emperador senatorial y a su vez el que definitivamente cortó las alas a los senadores, apartándolos del mando del ejército. Veamos pues cómo se desarrollaría el imperio de Galieno, ahora ya en solitario.

GALIENO Y LA ESTABILIZACIÓN DE LA «NAVE» (260-268)

Con Publio Licinio Egnacio Galieno gobernando sin el apoyo de su padre, Valeriano, lo que quedaba del Imperio romano parecía abocado a su fin. El acoso de las tribus o de Estados poderosos —como Persia— asentados al otro lado del limes era constante, de forma que entraban en territorio imperial con libre impunidad para saquear sus tierras. De igual forma, diferentes partes integrantes del imperio escapaban ahora del control del emperador legítimo, que quedaba en manos de diversos usurpadores. Pero es más, incluso dentro del propio dominio de Galieno surgían nuevas conjuras que pretendían eliminarle y ocupar su lugar. En definitiva, las guerras y las enfermedades asolaban lo que antaño había sido el próspero Imperio romano, provocando una caída en picado de su economía y un alarmante descenso de la población.



Cabeza de Galieno. Además de las usurpaciones bien documentadas de Frugi, Valente y Aureolo, es muy probable que otros alzamientos tuvieran lugar por la época, aunque la escasez de fuentes escritas no nos aporta toda la luz necesaria a la hora de conocer qué ocurrió exactamente con ellos.

Galieno vería cómo dos amplias zonas del imperio quedaban fuera de su poder. Una de ellas, la más occidental, sería el territorio conocido como Imperio gálico o galo —del cual hablamos ya en el anterior punto—, dirigido como Estado independiente por Póstumo, con Senado e incluso guardia pretoriana propios. Al mismo tiempo, la mayor parte del Oriente asiático estaba dirigido por un caudillo local, Odenato, autoproclamado rey de Palmira. Por su parte, la región situada entre

estos dos territorios autónomos que incluía el resto del área europea, Anatolia y las provincias africanas, excepto Egipto, sería gobernada por Galieno.

La gestación del Imperio de Palmira tendría lugar de la siguiente forma. En el 260, tras la caída de Valeriano, la ausencia de un emperador en Asia provocaría que allí surgieran diferentes poderes a la hora de llevar a cabo la defensa efectiva del territorio frente al avance persa. De esta manera, líderes romanos o locales dirigirían la resistencia armada contra los invasores sasánidas desde tres frentes distintos. El general Macriano defendería Emesa —este de Siria—, al tiempo que el prefecto del pretorio de Valeriano, Balista, combatía en Cilicia —al norte de la anterior—, y el interior de Siria era protegido por Odenato de Palmira. Los éxitos iniciales del primero de ellos le permitieron que sus hijos, llamados Macriano y Quieto, fueran aclamados emperadores.

Al mismo tiempo, Odenato lograba imponerse sobre los persas en Carras (Mesopotamia). El caudillo de Palmira emplearía bien el poder que le concedían sus triunfos militares, por lo que, tras la muerte de los dos Macrianos y después de lograr deshacerse de Quieto y de Balista hacia el 261, lograría el control del Asia romana y Egipto bajo el título de rey. Su fortaleza en la región llegaría a ser tal que el propio Galieno le otorgaría el cargo de *dux romanorum*, lo que legalizaba su gobierno de las tierras de Oriente en nombre del emperador y constituía una farsa de similar envergadura a la que tuvo lugar en el siglo V, cuando durante los años finales de existencia del Imperio romano de Occidente varios emperadores invistieron de títulos rimbombantes a diferentes caudillos bárbaros que realmente eran los que detentaban el poder militar y político, como si fueran funcionarios al servicio de Roma.

Algo parecido sucedería con Póstumo en el Imperio gálico, donde Galieno, muy consciente de no poder acabar con su poderío, trataría de poner orden a esta incómoda situación estableciendo un pacto en el 267, mediante el cual ambos dirigentes se repartían el territorio sin hacer uso de las armas.

Precisamente ese mismo año en el que se signó el acuerdo entre Galieno y Póstumo serían asesinados Odenato y su hijo en oscuras circunstancias, aunque no por ello el Oriente romano dejaría de ser independiente, ya que desde Palmira la reina viuda —la mítica Zenobia— continuaría gobernando, lo que de nuevo pone de manifiesto la profunda crisis por la que atravesaba el imperio, incapaz de recuperar el control de sus antiguas provincias.

Incluso en el área de Europa, Galieno tenía dificultades para mantener el orden, de modo que debería combatir nuevas usurpaciones e invasiones bárbaras. Sirva como ejemplo la proclamación en Macedonia del senador Frugi, rápidamente eliminado por las tropas dirigidas por Valente, el procónsul de Acaya (Grecia) que se declaró emperador. Sin embargo, pronto este último también caería víctima de sus propios soldados y Aureolo, el capitán de la caballería —puesto militar de especial relevancia que por entonces se estaba gestando en el Imperio romano— se rebelaría también contra el emperador legítimo.

Del mismo modo que los usurpadores parecían surgir por doquier, los bárbaros campaban también a sus anchas por el territorio bajo teórico control de Galieno. Debido a ello, a lo largo de la década de los años sesenta del siglo III, hordas de godos y otros pueblos escitas —nómadas de las estepas euroasiáticas— depredarían los Balcanes, Tracia, Macedonia y Anatolia. En este frente, Galieno los combatiría hasta que en el 267 hubo de parar el combate para enfrentarse en Italia a Aureolo, que se había desplazado al centro de poder del emperador legítimo para disputarle el trono. Y es que ni siquiera allí Galieno estaba libre de conjuras, dado que entre sus numerosos opositores se encontraban no pocos senadores.

Precisamente estos senatoriales estarían en contra de Galieno, miembro de su mismo orden social, por imprimir este a su imperio un carácter de monarquía absoluta con una reforma que mermaba considerablemente los poderes del Senado, reforzando la figura del emperador en detrimento de esta institución republicana. Sin embargo, estas medidas eran necesarias si se deseaba estabilizar el Imperio romano, tal y como describiremos en el siguiente párrafo.

La política antisenatorial quedará reflejada, fundamentalmente, en la prohibición a estos nobles de más alto rango de formar parte del ejército y al alejarlos definitivamente del mando del mismo y del gobierno de las provincias. El poder civil y militar del que habían disfrutado los senadores de época altoimperial ponía en sus manos una fuerza considerable a la hora de oponerse al emperador e incluso para permitirles usurpar el poder. Fue por ello que Galieno debió entender que eran los senatoriales los principales culpables de la crisis que sufría el Imperio romano, sumido en constantes guerras civiles. A partir de entonces, el mando militar pasaría de estar en manos de un legado senatorial a ser detentado por un caballero con el cargo de *praefectus legionis*, y el gobierno de las provincias se irá concentrando también en manos de miembros del orden ecuestre. Del mismo modo, únicamente se accedería a los rangos militares superiores por méritos y no por abolengo. Sin embargo, aquellos senadores que gobernaban todavía provincias con legiones estacionadas continuarían teniendo el mando militar sobre las mismas. La reforma de Galieno muestra a las claras un intento por separar las funciones militares y civiles, adelantándose a las medidas adoptadas por Diocleciano a finales de ese mismo siglo. Tal y como analizaremos en el capítulo 4, con el gobierno de este último emperador desaparecerían ya totalmente los legados provinciales de rango senatorial.

Sea como sea, gracias a las reformas emprendidas por Galieno, la gran crisis del siglo III —cuyo momento álgido se alcanzó hacia el 260 con la muerte de Valeriano— pudo ser estabilizada. No obstante, es preciso volver a hacer hincapié en que, en buena medida, esta caída en picado del poder romano cesaría como consecuencia del reparto de poder que se dio entre Póstumo, Odenato y Galerio, división que, como ya hemos mencionado antes, permitió una defensa más efectiva del territorio.

Durante época altoimperial, las legiones se concentraban únicamente en los puntos fronterizos, pues la *pax romana* de la cual se disfrutaba permitía que las

provincias interiores estuvieran desmilitarizadas, lo que a su vez reducía la probabilidad de rebelión por parte de sus gobernadores. Esta estrategia defensiva resultaba efectiva por entonces, dado que de producirse un ataque perpetrado por los enemigos exteriores, este solía concentrarse en un único punto del limes, de forma que, aunque la línea pudiera ser rota y los bárbaros penetraran en territorio romano, el repliegue de tropas procedentes de otras zonas que no estuvieran siendo atacadas podría finalmente detener sin complicaciones ese conato de invasión.

No obstante, en época de Marco Aurelio (a finales del siglo II), los ataques exteriores puntuales pasarían a ser agresiones generalizadas a lo largo de toda la línea de los limes, y la inexistencia de un ejército de reserva provocaba que la penetración de los bárbaros pudiera resultar catastrófica, con la devastación de áreas de cultivo y ciudades. Fue por ello por lo que, en los albores del siglo III, empezaría a cobrar importancia la militarización de todas las provincias romanas, fronterizas e interiores, la creación de un ejército de reserva de elevada movilidad, el aumento del número de efectivos militares y la fortificación de las ciudades.

Ya hemos hablado acerca de cómo Galieno trataría de separar las atribuciones civiles y militares para evitar que las provincias militarizadas pudieran rebelarse, así como de las urbes de Occidente en las que el emperador construyó murallas defensivas.

En cuanto al ejército de reserva que se iría formando a lo largo de este siglo, cabe destacar que estaba constituido principalmente por tropas de caballería —conocidas como unidades *vexillationes*—, lo que facilitaría su desplazamiento a la hora de acudir a las áreas en conflicto. Tanto estos jinetes como sus monturas estarían protegidos por cotas de malla, de forma que constituían unidades de caballería pesada.

A la hora de aumentar el número de efectivos militares, se procedería —como ya venía haciéndose en tiempos de Adriano— al reclutamiento de soldados en las propias provincias a defender, pagándoles, además, mediante la entrega de tierras, por lo que acabarían convertidos en una milicia de colonos-soldado. El alistamiento de efectivos realizado de esta manera se vería, además, reforzado con Galieno. De igual manera, aumentaría la presencia de contingentes bárbaros al servicio del imperio; no solo formarían parte de las legiones como tropas auxiliares combatiendo a las órdenes de oficiales romanos, sino que incluso huestes enteras bajo el liderazgo de sus propios caudillos, en calidad de ejércitos *foederati* —en castellano, federados— lucharían a sueldo en nombre de Roma. Todo ello condujo a que el ejército que ahora defendía Roma estuviese sufriendo una fuerte barbarización, pues incluso los ciudadanos libres de la milicia, al ser reclutados en sus regiones de origen, solían estar poco romanizados. Además, se combatía empleando armas y tácticas bárbaras, como por ejemplo, monturas y jinetes armados «a lo persa» —acorazados—, espadas largas —en lugar del clásico gladio romano— para poder ser usadas de manera más efectiva a caballo, o escudos redondos, u ovals «a lo germánico», para sustituir el

pesado *scutum* romano, que imprimían más movilidad a la infantería, tal y como analizaremos con mayor detalle en el capítulo 6.

Roma, en consecuencia, estaba perdiendo los valores tradicionales que precisamente la habían encumbrado como imperio, aunque cierto es que los tiempos estaban cambiando y si el Imperio romano quería sobrevivir necesitaba adaptarse a las nuevas circunstancias. Y el resultado fue efectivo; los colonos regionales defenderían con solvencia su propia tierra frente a las agresiones exteriores, al igual que los mercenarios bárbaros eran con toda probabilidad más leales a quien les pagaba que los propios legionarios romanos, quienes podían pasar con suma facilidad —como ya ha quedado demostrado— a prestar su apoyo a un usurpador.

Todas estas medidas desarrolladas por Galieno hacen que su estancia en el trono marque el inicio de la recuperación frente a la crisis. Esta mejora alcanzaría su punto álgido con Diocleciano y Constantino, considerados ambos tradicionalmente como los artífices de las reformas emprendidas para salir de este período de regresión. Sin embargo, el injusto trato que ha dado la historiografía clásica a la figura de Galieno es la responsable de que hasta época reciente no hayamos valorado positivamente su gobierno, dado que tuvo en su contra tanto a senadores, como ya bien sabemos, como a caballeros, recelosos de su origen senatorial e incluso a cristianos, que debido a su paganismo le despreciaban aunque se hubiera mostrado tolerante hacia todas las religiones.



Ruinas del templo de Artemisa en la ciudad de Éfeso, actual Turquía. Este edificio religioso sería edificado por orden del emperador Adriano en Éfeso, ciudad de Asia Menor. La ciudad destacaba por su pujante economía basada en el comercio entre el Extremo Oriente y el Imperio romano, dado que gracias a su ubicación excelente, en la costa anatólica del Egeo, en ella convergían importantes rutas terrestres y marítimas. En la actualidad, el templo en cuestión únicamente conserva la fachada del pórtico, que podemos observar en la

fotografía, y la antigua urbe se encuentra alejada del mar unas decenas de kilómetros.

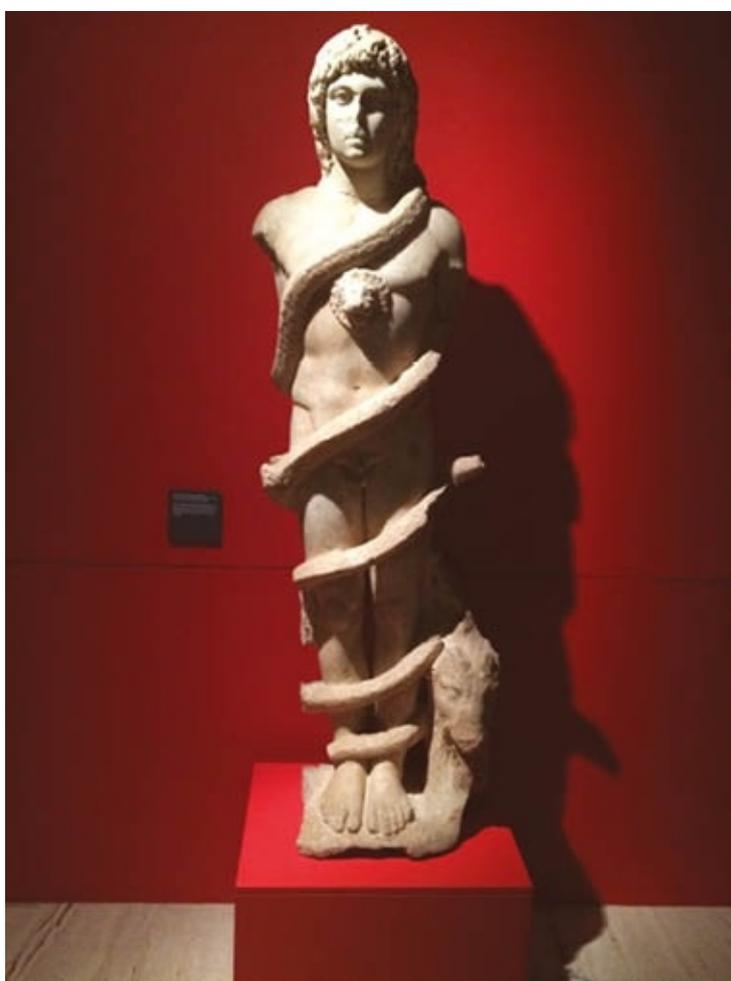
Debido al odio que al parecer despertaba Galieno, no nos extraña que una conjura orquestada contra él acabara triunfando cuando, como ya hemos mencionado, debió cesar su campaña contra los godos y acudió a Italia al encuentro de Aureolo, quien, con el beneplácito de Póstumo —soberano reconocido en el llamado Imperio gálico—, se había proclamado, a su vez, emperador en Milán. Corría el año 268 cuando, a pesar de que en un principio Galieno venciera a Aureolo, el emperador legítimo fue asesinado. Le sucedió Claudio, el nuevo capitán de la caballería, no sin que antes se deshiciera de Aureolo con el apoyo de Aureliano, aunque es probable que el primero estuviera también implicado en la conjura.

AUGUSTOS ILÍRICOS: MÁS MILITARES EN EL TRONO (268-285)

Tras el asesinato de Galieno, las guerras civiles iniciadas veinticinco años atrás causaban estragos sobre un defenestrado Imperio romano. A partir de entonces, la corona imperial sería portada por militares, altos mandos del ejército, de bajo origen social, que habían alcanzado su elevada posición por méritos propios y que se acabarían erigiendo —siguiendo el camino marcado por Galieno— en los artífices de la recuperación de Roma, así como en los máximos responsables de que su supervivencia se prolongara hasta el último cuarto del siglo v.

El nuevo prototipo de emperador-soldado se mostraría ante sus súbditos, tal y como indica André Aymard, como un caudillo que conduciría al imperio a la victoria. Es más, no solo se intitulaba como *invictus* —en castellano “invicto”—, sino que incluso sería considerado, ahora más que nunca, como un verdadero dios viviente. Por esa época se recuperó el tradicional culto a la figura del emperador, y los últimos soberanos paganos de Roma se identificaron con Júpiter, la divinidad suprema, o incluso con deidades de origen foráneo. Cobrará por ello una importancia considerable la adoración al Sol Invicto, especialmente en tiempos de Aureliano (270-275). El emperador, devoto de esta religión, elevó a su dios a la categoría de supremo, en lo que constituye un intento por uniformizar el culto imperial y que, a su vez, se erige en una especie de ensayo monoteísta que preparó a sus ciudadanos para la llegada del cristianismo. Maximino el Tracio había sido un adepto de este credo solar, que contaba entre sus creyentes a numerosos soldados y a los habitantes de regiones como Panonia, Siria o Palmira. La propagación de dicho credo facilitaría, a lo largo y ancho del Imperio romano, su asimilación y fusión con otros cultos paganos como por ejemplo el del dios Heliogábalo sirio, el del Mitra persa o el del Helios griego; se constituía así una forma más de cohesionar a tan diferentes culturas gobernadas por un mismo soberano. Su monoteísmo serviría para preparar a los

ciudadanos romanos a la hora de aceptar, en tiempos de Constantino (306-337), un culto muy similar y también de origen oriental, el cristianismo. Es más, incluso la fecha de celebración de esta deidad solar (el 25 de diciembre) acabaría considerándose como el día de la Natividad de Jesucristo, sin ningún tipo de fundamento que no fuera otro que favorecer la aceptación del cristianismo. Pero las similitudes con la religión de Jesús de Nazaret irían más allá, dado que el dios Sol — el Bien— también moría a manos del Mal, cayendo cada noche ante el avance de las tinieblas para resucitar al amanecer, erigiéndose de esta manera en inmortal, con una vida eterna que sus adeptos podían alcanzar también al final de sus días. Ciertamente, no se trataría de burdas similitudes entre ambas religiones sino, más bien, de una adaptación en toda regla, que tomaría numerosos elementos del paganismo así como de muchos otros cultos a la hora de propagarse de manera más efectiva.



Escultura que escenifica el nacimiento de Mitra. La religión mitraica tiene sus orígenes en Persia. Mitra es una deidad solar, cuyo culto se extendería ya en época republicana en el ámbito romano. Su influencia tanto en Oriente como en Occidente sería tal que las celebraciones del Sol Invicto, del 25 de diciembre, pasarían a formar parte de las festividades cristianas. La escultura de la fotografía está datada en el año 155 y se conserva en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida.

Como bien sabemos, el dios solar era invicto, igual que el emperador romano de ese período. Sin embargo, este «invencible» solamente sería augusto mientras fuera

merecedor de dicho calificativo. Precisamente el soberano de Roma ocupaba legalmente el trono como consecuencia de los éxitos militares conseguidos en la escena bélica o por su triunfo frente a los que trataban de usurpar su poder. Del mismo modo, un general que ganaba grandes batallas podía acabar resultando muy peligroso para el emperador, ya que sus victorias le legitimaban a la hora de optar al cetro imperial.

Es precisamente por este motivo por lo que los emperadores soldados del período comprendido entre el 268 y 285, aunque es cierto que estabilizarán al imperio preparándolo para salir de la crisis, resultarán también ser en su mayoría —al igual que los anteriores emperadores de esa misma centuria— soberanos efímeros que cesarán su mandato de manera violenta. Estos, conocidos también como «emperadores ilíricos» por proceder muchos de ellos de esta región o de áreas próximas, continuarán tomando las medidas pertinentes para acabar con la recesión, y seguirán para ello una política de fortalecimiento de la figura del soberano, con actuaciones como la descrita en el párrafo anterior en materia religiosa.

Este nuevo tipo de emperador conducirá al Imperio romano, o Alto Imperio romano, hacia lo que se conoce como «dominado». Ya como *dominus* —o “señor”— se mostrará como una especie de monarca con poderes absolutos más que como el príncipe, *princeps* o primer ciudadano, que antaño portaba en su persona buena parte de los poderes del Estado pero que se apoyaba para gobernar en el Senado y en el ejército, donde los patricios detentaban el alto mando. Estos nuevos emperadores colocarán a Roma en la senda del Bajo Imperio.

La uniformidad religiosa ya mencionada, la homogeneidad de la población lograda en tiempos de Caracalla con la ampliación del derecho de ciudadanía romana, así como el fortalecimiento alcanzado de la figura imperial, provocaban que fuera inconcebible que el imperio se hallara por entonces dividido, con el llamado Imperio gálico y con el reino de Palmira independientes todavía hacia el 268. Es por ello que el nuevo emperador, Claudio, se esforzaría al máximo en solucionar esta cuestión.

Aurelio Valerio Claudio, conocido como Claudio II (268-270), era de origen ilirio y llegó al poder a los cuarenta y nueve años con una excelente experiencia militar a sus espaldas.

Paralelamente, al morir Póstumo en el 268, ocuparía su lugar al frente del Imperio gálico su prefecto del pretorio, Victorino, a quien Claudio arrebataría Hispania y la Narbonense, provincia del suroeste de la Galia. No obstante, Victorino continuaría en el poder tras la muerte de Claudio II, al igual que Zenobia portaba todavía la corona de Palmira y tenía el control de la práctica totalidad del Oriente asiático romano.

Bastante tenía ya el emperador de Roma con contener a suevos, sármatas, marcomanos, escitas y godos, que volvían a protagonizar incursiones, de entre las que la más peligrosa fue la realizada por este último pueblo germánico en los Balcanes, que llegó incluso a entrar en Atenas en el 269. Por suerte para el imperio, Claudio pronto se ganaría el apelativo de «Gótico» tras lograr una sonada victoria sobre estas

hordas en Naisso, en la Dacia, que ponía de manifiesto la recuperación del Imperio romano. Buena parte de los godos vencidos serían admitidos en tierras romanas, con el objeto de repoblar las áreas desérticas, y del mismo modo se les mantendría como mercenarios al servicio de Roma, con cargo a las arcas imperiales.



Columna de Claudio II o de los godos. Se trata de una columna levantada en la ciudad de Bizancio, la actual Estambul, con una inscripción en su base que conmemora una victoria sobre los godos, probablemente la del emperador Claudio II. En la actualidad no se conserva la estatua que se erigiría sobre su capitel, presumiblemente con la efigie del emperador victorioso.

Si bien con este logro militar se pacificaba, por el momento, a los godos, esto no frenaría las incursiones de otros germanos. Las invasiones de Panonia por parte de los vándalos, así como de Recia por marcomanos y alamanes, pronto vendrían a provocar de nuevo el caos y la destrucción. Una nueva epidemia de peste, muy dañina tanto para romanos como para bárbaros, acabaría incluso con la vida de Claudio II en el 270. Fue entonces cuando las legiones aclamarían como emperador a Aureliano, comandante de la caballería que, recordemos, había apoyado a Claudio para que fuera coronado.

Nacido en Iliria, Lucio Domicio Aureliano (270-275) era, al igual que Claudio, un ecuestre de orígenes humildes, que había ascendido en el ejército gracias a su brillante carrera militar. Nada más hacerse con el trono, Aureliano se enfrentaría a los invasores bárbaros, alamanes, vándalos y sármatas, que huían de tierras italianas con

un importante botín. Las tropas imperiales los derrotarían cuando cruzaban con dificultad el Danubio como consecuencia de la gran carga que transportaban.

Poco después se producía otra incursión en la península itálica, en esta ocasión de marcomanos y alamanes. Estas tribus saquearon las tierras de la actual Lombardía y avanzaron hacia el sur hasta Umbría, en el centro de Italia, no sin antes destruir la guarnición romana de Piacenza y depredar todo lugar por donde pasaban. Aureliano los perseguiría en su huida hacia el norte y les ocasionaría dos derrotas, una en Fanum Fortunae —la actual ciudad de Fano— y la otra en Ticinum —la actual Pavía—. Sin embargo, el daño provocado por esta invasión no quedaba con ello reparado. En la capital, algunos detractores de Aureliano —principalmente senadores— se alzarían en contra del emperador, de forma que este hubo de acudir a Roma para poner orden, ejecutar a los cabecillas y confiscarles sus bienes. Estas riquezas se sumarían al botín capturado a un grupo de godos y alanos que habían saqueado Iliria y Tracia, horda a la que Aureliano daría alcance en el Danubio.

Sin duda, todos estos tesoros incautados en el 271 permitieron por entonces a Roma aliviar en parte sus maltrechas arcas estatales, al igual que ocurría cuando Aureliano se hizo con las riquezas de Palmira, una vez conquistada, como analizaremos en los próximos párrafos. Todo ello posibilitaría mejorar el numerario de plata lo que equilibraría la economía romana hasta llegar a tiempos de Diocleciano, dado que desde Galieno la inflación iba en aumento a consecuencia de la devaluación monetaria. La constante pérdida de valor de la moneda provocaba que se acabara especulando con las mercancías, y se prefería acumularlas en lugar de venderlas. La escasez de numerario, junto con su devaluación y la inflación, provocaría que se acudiera al trueque para poder realizar intercambios comerciales, tal y como ocurriría con el propio Estado, que a partir de la segunda mitad del siglo III generalizaría los pagos y cobros en especie, y generaría con ello una economía natural, con tendencia hacia la autarquía. Por esta misma razón, uno de los pocos bienes que no se vería devaluado sería la tierra, con lo que aquellos de mayor nivel adquisitivo dedicarían buena parte de sus fortunas a reunir bajo su propiedad más y más fincas agrícolas.



Áureo con la efigie de Claudio II. Por época de este emperador las devaluaciones monetarias estaban a la orden del día a consecuencia de la grave crisis. El motivo de que piezas de oro de buena calidad como la de la fotografía hayan llegado hasta nuestros días no es otro que la tesaurización que de ellas realizaban sus propietarios, dado que el oro que contenían era un valor seguro.

A pesar de todos los problemas monetarios descritos, Aureliano no modificaría las piezas de oro, con lo que, en este sentido, no perjudicaba los intereses de los ciudadanos más pudientes, que solían manejar este metal. Por el contrario, el emperador desarrollaría una política impositiva en la que el peso de las cargas fiscales recaería sobre las clases adineradas.

En cuanto a la plebe se refiere, el soberano pondría en marcha un nuevo programa de reparto de alimentos, a la vez que condonaría la deuda estatal de los más pobres, ordenando, en un acto populista, la quema en pleno foro de los archivos del fisco. Esta política desarrollada por Aureliano en pro de los más desfavorecidos también llevaría al emperador a entregar en propiedad toda tierra inculta que empezara a ser trabajada; su nuevo dueño quedaba, a su vez, exento de pagar impuestos durante los tres primeros años. Esta medida pone de nuevo de manifiesto la preocupación de los emperadores por mejorar el volumen de tierras productivas, problema que debía continuar dándose por la época. Favorecían su labranza a través del colonato, y con ello aumentaban también los impuestos recaudados, algo que siempre era deseable a pesar de que, como bien sabemos, las arcas imperiales ya no estaban vacías gracias a los botines de guerra incautados.

Precisamente uno de los más importantes de estos tesoros con los que se hizo Aureliano sería el de Palmira, cuyo territorio caería pronto nuevamente en poder de Roma. Corría el año 271 cuando la política expansiva de Palmira llevaría a su reina, Zenobia, a poner sus miras en Anatolia, bajo control de Aureliano. Esto sería utilizado por el emperador como *casus belli*. La batalla decisiva tendría lugar en Emesa, donde a pesar de la ventaja que adquirió la caballería de Palmira, la infantería

de Aureliano se impondría definitivamente. El emperador se mostraría, sin embargo, clemente con Zenobia, a la que perdonaría la vida. Las tropas imperiales estaban en aquel entonces integradas por un heterogéneo conglomerado de soldados de infantería romana y germánica, así como por unidades de caballería romana y bárbara —germánica y asiática—. Aureliano crearía, además, nuevas alas de jinetes, imprimiendo con ello una elevada movilidad a su ejército, como demuestra el *modus operandi* de sus triunfos contra los bárbaros que invadían territorio imperial, a los que perseguía velozmente hasta darles alcance y derrotarlos.

Queda claro que la toma definitiva de Palmira en el 273 puso de manera inmediata en poder de Roma un botín de guerra considerable, a la vez que abría de nuevo para la metrópoli la ruta del comercio con Oriente que esta ciudad centralizaba. Del mismo modo, la conquista del territorio de Egipto, dependiente de Palmira, permitía a Roma disponer otra vez de su preciado suministro de trigo. Ahora bien, a pesar de los aspectos positivos que acabamos de mencionar, de manera generalizada se opina que la extinción del reino de Palmira eliminaría el estado-tapón que esta constituía frente a las acometidas del emergente Imperio sasánida al situarse entre los territorios controlados por Aureliano y por Persia, evitando así que se diera un enfrentamiento directo de estas dos potencias.



Tramo de la muralla aureliana en la ciudad de Roma. Una de las obras del emperador Aureliano —que a día de hoy continúa siendo visible— la constituyen las murallas de la ciudad de Roma, de las cuales se conserva buena parte de su trazado original. Por esa época, finales del convulso siglo III, resultaba esencial que una ciudad estuviera defendida por una sólida muralla, dado que incluso la propia capital —que se hallaba a unos mil kilómetros de distancia del limes— quedaba expuesta a las rápidas incursiones bárbaras como las que tuvieron lugar entre los años 270 y 271, que penetraron en profundidad en la península itálica.

La toma de Palmira provocaría que Aureliano se sintiera con el suficiente poder como para tratar de recuperar el último de los grandes territorios que habían dejado de pertenecer al Imperio romano. Hacia el 273 emprendería una campaña militar

contra el Imperio galo, por entonces dirigido por el senatorial Tétrico —desde que en el 270 fuera asesinado Victorino—. El momento era, además, propicio para la actuación de Aureliano, dado que Tétrico estaba sufriendo una rebelión. En este contexto, las tropas de Aureliano, que habían invadido la Galia, derrotarían a las de Tétrico y le harían prisionero. Todo el territorio que había constituido el Imperio gálico volvía, con ello, a estar bajo el control de Roma. Nuevamente Aureliano daría muestras de clemencia al perdonar la vida a su enemigo, tratando de hallar de nuevo la concordia entre romanos, de forma que incluso daría cargos administrativos a Tétrico.

Tanto el reino de Palmira como el Imperio gálico estaban ya, por lo tanto, nuevamente bajo la égida de Roma. El triunfante e invicto Aureliano parecía tener al dios Sol de su parte, motivo por el cual estos logros militares parece ser que le impulsaron a proyectar un ataque sobre Persia, dado que, además, la muerte del poderoso rey sasánida, Sapor I, hacía que las circunstancias fueran propicias para iniciar la guerra. Pero por desgracia para él, sería asesinado en Tracia antes de empezar su campaña oriental, en el 275. Los militares propondrían al Senado a Tácito como nuevo emperador.

Marco Claudio Tácito (275-276) tenía ya setenta y cinco años al subir al trono. Se trataba de un senador inmensamente rico, pero de orígenes humildes, que como sus antecesores en el imperio había realizado carrera militar. Durante su breve reinado tendría lugar una invasión de Asia Menor protagonizada por godos y escitas, que, no obstante, serían derrotados. Pero ello no impediría que el emperador fuera asesinado. Mientras que el hermano del difunto emperador, Floriano, era reconocido como soberano por el Senado y el ejército del Rin —donde se hallaba por entonces al mando de las tropas allí acantonadas, combatiendo una incursión de francos y alamanes—, las tropas de Oriente aclamaban a Probo.

Floriano abandonaría la defensa del limes renano y partiría hacia Asia al encuentro de su rival. Allí, una epidemia de peste entre las filas occidentales y el asesinato de su líder, Floriano, a manos de sus propios soldados —pero probablemente instigado por el usurpador— pondría en manos de Probo la corona imperial. La aventura de una nueva proclamación en Siria de otro candidato a agosto, llamado Julio Saturnino, cesaría también rápidamente cuando este fuera igualmente eliminado por sus propias tropas.

Marco Aurelio Probo (276-282), al igual que sus antecesores en el trono, era un militar nacido en Iliria y de origen humilde, que no podría dar continuidad, al menos inicialmente, a los planes desarrollados por Aureliano para atacar Persia, dado que tenía bastante con contener a los germanos que invadían la Galia desde que Tácito logró la corona. Fue por ello por lo que entre el 277 y el 278 Probo derrotaría a francos y alamanes, y los obligaría a pedir la paz; estos harían entrega de rehenes y un número elevado de sus guerreros combatirían a partir de entonces al servicio de Roma, con lo que el proceso de barbarización del ejército romano parecía ya

imparable, aunque, eso sí, necesario, dada la creciente necesidad de aumentar las tropas ante las constantes invasiones y guerras civiles. Del mismo modo, asentarían a muchos de estos germanos en *agri desertii* con el objeto de aumentar la productividad agrícola y atenuar la despoblación que sufrían amplias áreas como consecuencia de las guerras y las enfermedades.

El triunfo de Probo en la Galia apenas podría celebrarse, dado que mientras allí se combatía, otros pueblos bárbaros aprovecharían la ocasión para atravesar el Danubio. Hallamos a los sármatas saqueando Panonia, así como a los godos haciendo lo propio en Tracia y a burgundios y vándalos en Recia. Probo debería avanzar por ello hacia el este, de manera que primero vencería a vándalos y burgundios, luego expulsaría a los sármatas y, finalmente, lograría imponer un nuevo acuerdo de alianza militar a los godos. Buena parte de los vándalos y burgundios derrotados pasarían a Britania a servir en las legiones allí destinadas.



Rejas de arados halladas en Antequera, Málaga. Este tipo de arado era empleado por la antigua civilización romana y utilizaba para su manejo la fuerza de animales, como caballos, asnos, mulas o bueyes. El arado romano continuaría en uso en Occidente hasta el pasado siglo, cuando sería sustituido por vehículos a motor. En la época en la que se han datado las rejas de la imagen (siglos II-III d. C.) tenemos múltiples ejemplos de los intentos, por parte de los diferentes emperadores que pasaron por el trono, por aumentar la productividad agrícola, fuente de riqueza de toda sociedad de la Antigüedad.

Pero los bárbaros y sus incursiones no constituían la única preocupación del emperador ya que, como venía siendo habitual desde que falleció Severo Alejandro en el 235, nuevos intentos de usurpación tuvieron lugar. Fue por esto por lo que se producirían varias conjuras, con protagonistas como Próculo, Bonoso y Caro, siendo la rebelión de este último la que acabaría triunfando.

Probo, en su intento por aumentar la superficie de tierras cultivadas que tan útil resultaba al imperio a la hora de aumentar la productividad agrícola, obligaría a los

legionarios en tiempos de paz a trabajar en *agri desertii*, e incluso los emplearía en la realización de obras de canalización. El descontento generalizado en el ejército a consecuencia de la imposición de estas tareas, ajenas a su habitual función militar, provocaría el último de los alzamientos contra Probo, que sería asesinado en el 282, cuando preparaba una campaña contra Persia, al tiempo que los pretorianos aclamaban como nuevo emperador a su prefecto, Caro.

Marco Aurelio Caro (282-283) era uno más de los excelentes líderes militares que habían logrado su promoción en el ejército durante los fructíferos años de gobierno de Aureliano y Probo, entre los que también se contaban Diocleciano y Constancio, quienes posteriormente llegarían a ser emperadores. El nuevo augusto se convertiría en el primer emperador que no solicitaría la aprobación del Senado para serlo. Es más, incluso nombró césares —y por lo tanto sucesores— a sus dos hijos, Marco Aurelio Carino y Marco Aurelio Numerio Numeriano, sin la aprobación de esta cámara. No obstante, Caro tenía sus razones a la hora de tomar esta decisión, ya que, al margen de tratar con ello de asentar en el trono a una nueva dinastía imperial, el soberano necesitaba apoyos a la hora de gobernar un territorio tan amplio que se veía acosado en todas sus fronteras. Fue por ello por lo que, además, su hijo mayor, Carino, se quedaría en Occidente para combatir a los germanos que asaltaban el limes del Rin, mientras que Numeriano y él mismo partían a Asia a enfrentarse a los sasánidas, tal y como pretendía Probo.

Esta última campaña militar comenzaría siendo un éxito para Roma, dado que recuperaría el control de Mesopotamia en el 283. Sin embargo, Caro murió a finales de ese año en oscuras circunstancias. La escasez de fuentes provoca que este acontecimiento resulte confuso; se da la posibilidad de que el soberano pereciera asesinado, por enfermedad o, por inverosímil que pueda parecer, incluso por caerle encima un rayo.



Capitel persa aqueménida. El Imperio persa renovaría una y otra vez su hostilidad hacia las civilizaciones de Occidente —griegos, macedonios, romanos y bizantinos— bajo sus dinastías aqueménida (siglos VI a. C. a IV a. C.), arsácida (siglos III a. C. a III d. C.) y sasánida (siglos III a VI d. C.). Con ello, Persia se erigiría como un antagonista formidable para estas culturas europeas y, de hecho, fue el enemigo con mayor grado de civilización contra el que estas se enfrentarían.

Numeriano sería reconocido como augusto de manera inmediata por las tropas movilizadas para combatir a Persia, aunque, no obstante, el nuevo emperador firmaría la paz con el enemigo en el 284. Puede que por ello acabara siendo asesinado, aunque parece ser que también era víctima de una salud precaria. Los generales del ejército de Caro y Numeriano proclamarían entonces emperador a Diocles, prefecto del pretorio de origen ilirio.

Mientras tanto, Carino, al mando de las legiones destacadas en Occidente, combatía tanto a los bárbaros como a los bagaudas, seguidores de un movimiento popular iniciado en la Galia que se alzaba contra el poder. Carino se enfrentaría también a un usurpador, proclamado por el ejército en Panonia, llamado Juliano Sabino, que fue derrotado en el 285 en Verona. Acto seguido, se dirigió a Mesia para presentar batalla a Diocles. Carino alcanzaría nuevamente la victoria, pero sería asesinado por sus propios soldados, mientras que el derrotado Diocles era reconocido como único emperador.

De esta sorprendente forma concluye en el 285 el oscuro período conocido como «crisis del siglo III», los años de anarquía militar, al tiempo que se considera que acaba el período altoimperial y comienza el Bajo Imperio romano. ¿Qué había en este

nuevo emperador para que no acabara como todos sus antecesores en el trono desde hacía medio siglo, es decir, sufriendo una muerte violenta tras un gobierno efímero? Descubrámoslo en el siguiente capítulo.

Un imperio resurgido de sus cenizas

DIOCLECIANO, SOLDADO Y REFORMADOR (284-305)

Cayo Valerio Diocleciano (284-305), nombre con el que reinaría Diocles, era un impetuoso militar, general carismático que disfrutaba de la total confianza por parte del ejército. Nada más serle ofrecido el trono a este soldado nato, pronto se revelaría como el soberano más idóneo a la hora de permitir al Imperio romano escapar de la difícil situación en la que se hallaba inmerso. Sería precisamente el sólido apoyo que le brindaban sus tropas el principal pilar en el que se sustentaría su éxito. Esta devoción hacia su figura por parte del estamento castrense le permitiría hacerse con los primeros triunfos en el campo de batalla, donde el emperador o sus generales únicamente cosecharían victorias militares.



Termas de Diocleciano en la ciudad de Roma. Estos baños públicos, que datan de principios del siglo IV, se conservan en muy buen estado gracias, en buena medida, a que en tiempos posteriores se realizaron en su solar varias construcciones cristianas que aprovecharon sus materiales y que mantuvieron ciertas áreas de la edificación original. Las termas albergan en la actualidad una de las sedes del Museo Nacional Romano.

Siguiendo esta senda, Diocleciano lograría acabar no solo con la anarquía interior cuando la fatídica tercera centuria finalizaba, sino también con el peligro externo, dado que las fronteras de época altoimperial quedaron prácticamente restituidas.

Cierto es que las gestas militares de Diocleciano no eran campañas de conquista — como mucho se trataba de ataques preventivos o de operaciones bélicas para recuperar territorios—, pero aunque la *pax romana* no volvería ya a ser un hecho, durante su reinado de más de dos décadas el imperio gozó de una relativa calma. Con ello, Diocleciano dejaría de ser uno más de aquellos militares de origen humilde que se habían coronado emperadores y que habían muerto en circunstancias violentas tras una corta estancia en el trono, revelándose entonces como el soberano más apto para emprender las reformas necesarias que sacaran al imperio del abismo en el que se encontraba sumido.

Por suerte para Diocleciano, por entonces la tranquilidad tanto dentro como fuera de sus fronteras permitiría que se hicieran notar los efectos de los fructíferos gobiernos de emperadores como Galieno, Claudio II, Aureliano y Probo, que lograron estabilizar la crisis y permitieron al imperio enfrentarse al difícil reto de recuperar el prestigio perdido. No obstante, Diocleciano debería dar continuidad a las reformas por estos emperadores emprendidas e incluso introducir muchas otras, de forma que su gobierno se caracterizará por constituir una auténtica revolución en este aspecto, que acabaría modificando el consumido Alto Imperio en todos sus ámbitos. Analicemos en los próximos párrafos las reformas que Diocleciano acometería, sobre todo en los terrenos militar, administrativo, económico y fiscal.

La primera urgencia con la que se encontraría el nuevo emperador nada más acceder al trono sería la cuestión defensiva. Durante la crisis del siglo III —a partir ya incluso de finales de la segunda centuria, bajo el mandato de Septimio Severo— el número de efectivos militares había ido incrementándose hasta alcanzar, por la época de Diocleciano, una cifra de en torno a trescientos mil soldados, aproximadamente el doble de hombres que en época del Alto Imperio. Sin embargo, el número de soldados por legión bajaría de los cinco mil a entre mil y tres mil efectivos. Esta reducción en el número de soldados por cuerpo militar se debió a cuestiones estratégicas, dado que para poder afrontar de manera más efectiva las guerras del momento, primaba la movilidad frente a la disponibilidad de grandes formaciones cerradas de infantería pesada, típicas de la época altoimperial y bastante estáticas. En esos momentos era preferible disponer de pequeñas unidades de intervención, que permitían acudir con rapidez a los puntos conflictivos. Del mismo modo, esta nueva tropa resultaba más efectiva para enfrentarse a los enemigos germanos, que también presentaban ejércitos reducidos con contingentes apreciables de caballería para poder cometer sus actos de pillaje. A su vez, el ejército móvil romano permitía llevar a cabo la persecución de los invasores de manera eficaz una vez que estos se retiraban tras sus campañas de saqueo.

La legión tradicional, en consecuencia, desapareció, y los cuerpos de soldados fronterizos y de reserva, que habían comenzado a gestarse en plena crisis, hacia mediados del siglo III, darían lugar al ejército bajoimperial de *limitanei* y *comitatenses*. De este modo, los primeros —tropas auxiliares, en muchas ocasiones

poco romanizadas o incluso bárbaras— se quedaban apostados en torno al limes, al resguardo en campamentos fortificados que en el caso del Rin y el Danubio formarían una línea casi ininterrumpida ya desde antes de alcanzarse el siglo III, mientras que los segundos —un ejército regular móvil con un fuerte contingente a caballo— permanecían en el interior del imperio, a la espera de ser necesitados. Un cuerpo de comitatenses de élite, denominados *palatini*, acabaría constituyendo la guardia personal de los emperadores y sustituyendo a los pretorianos en tiempos de Constantino. Debido a todo lo descrito, la estrategia defensiva del Imperio romano se construirá a partir de entonces alrededor de la línea fronteriza; se prefirió el acantonamiento de tropas en aquellos lugares del limes de más fácil protección y que permitían ser fortificados, motivo por el cual se abandonarían aquellas áreas de complicado dominio, como por ejemplo la Dacia, el sur de Mesopotamia o la zona meridional de Egipto.

Para lograr llevar a cabo esta táctica de defensa se haría necesario pasar, a lo largo de los siglos II y III, del sencillo *vallum* —empalizada de madera de tiempos de Trajano y sus antecesores— a muros sólidos de piedra, construidos ya durante el imperio de Adriano, unidos por fortificaciones que conformaban construcciones militares en profundidad, instaladas a ambos lados de la frontera. Este entramado amurallado, junto con la repoblación y la puesta en cultivo de las áreas próximas al limes, llegaría a erigirse en un conjunto urbano típico del período bajoimperial, que incluso gozaba de una próspera economía —la economía de frontera o limitánea— de carácter autárquico. Con ello la guerra se convirtió en una especie de industria que consiguió reactivar la economía de las regiones fronterizas.

El número de legiones aumentaría también con Diocleciano, pasando de unas treinta o cuarenta a sesenta o setenta.

Del mismo modo que se duplicaría el número de legiones, también lo harían las provincias, que pasaron con Diocleciano de cincuenta a noventa y seis, con lo que se incrementaba, a su vez, el número de gobernadores provinciales, y el poder quedaba de esta manera menos concentrado en las manos de personajes potentados. Como ya hemos analizado en capítulos anteriores, el principio altoimperial de estacionar legiones únicamente en provincias fronterizas, mientras que las provincias interiores quedaban desmilitarizadas y bajo el gobierno de senatoriales para evitar que estos pudieran usurpar el poder, cambiaría en el siglo III debido a las nuevas necesidades defensivas, de forma que la distribución de tropas se haría más homogénea. Esto nuevamente ponía en manos de los gobernadores provinciales una fuerza militar considerable, concretamente en aquellas regiones fronterizas más fuertemente defendidas por cuestiones estratégicas —tales como Siria o Panonia—, lo que los convertía en importantes focos de rebelión. Debido a todo ello, era preciso repartir bien esta fuerza militar para no colocar en unas pocas manos un exceso de efectivos armados.



Relieve de Diocleciano. La figura de Diocleciano, a pesar de ser uno de los soberanos más capaces que se sentarían en el trono de Roma, es, sin embargo, denostada por la Iglesia católica, dado que se erigiría en el último emperador que organizó una persecución a gran escala de los adeptos al cristianismo. Durante esta represión religiosa sería torturado y ejecutado el clérigo de origen oscense san Vicente Mártir.

Con Diocleciano, la administración de las provincias variaría, de forma que estas quedarían agrupadas en una ordenación territorial superior denominada «diócesis», al frente de la cual se colocaba un funcionario imperial de carácter civil llamado «vicario». El cargo fue ocupado por un ecuestre, que estaba al frente de varias provincias, con rango superior al de gobernador provincial, conocido este último cargo por entonces como *praesides*. Entre sus responsabilidades se contaban el gobierno del territorio, la recaudación de impuestos, el desempeño del poder judicial, así como atribuciones de índole religiosa. El número total de diócesis sería de doce.

Por encima de los vicarios se colocaba el prefecto del pretorio, auténtico primer ministro, únicamente por debajo del emperador, aunque realmente los primeros respondían solo ante el soberano. Los prefectos del pretorio no administrarían directamente ningún territorio, por lo que dejarían de suponer un serio peligro para los emperadores como instigadores de rebeliones. Sería, además, el único cargo que sobreviviría con atribuciones tanto civiles como militares, dado que Diocleciano se encargó de separar estas dos funciones de manera definitiva para evitar que una misma persona disfrutara de tan amplios poderes.

Tampoco era deseable que el mando de las legiones estuviera únicamente en manos de una élite social que había disfrutado históricamente del poder político, es decir, los senatoriales. Los miembros de este orden social no tenían por qué estar preparados para ejercer dicho liderazgo, dado que no pasaban por las distintas graduaciones militares para adquirir progresivamente más experiencia sino que directamente eran colocados al frente de los ejércitos. Pero, como bien sabemos, con Galieno, e incluso ya con Septimio Severo, comenzaría a apreciarse la presencia de

miembros del orden de los caballeros tanto en el gobierno de las provincias como al frente de las legiones, al tiempo que los senatoriales se veían desplazados de estas labores. Con Diocleciano estas medidas se reforzaron, erigiéndose como artífice de la separación definitiva entre las funciones civiles y militares y apartando con carácter permanente a los senatoriales de la política y el ejército. En consecuencia, buena parte de estas familias de patricios abandonarían las ciudades y se refugiarían en sus villas campestres, donde poseían enormes latifundios que se dedicarían a explotar como fuente de riqueza, empleando para ello colonos. No obstante, esta especie de huida de los senatoriales hacia el campo pone de manifiesto que, si bien perdieron su poder político y militar, en cambio mantuvieron su fortaleza económica así como su prestigio social.

Sus antiguos cargos políticos, como el de gobernador provincial —administrativo—, prefecto de la anona, o mando militar —como el de legado de la legión— serían ocupados por el siguiente escalón nobiliario, es decir, los caballeros. La presencia de senatoriales en el gobierno central o provincial no desaparecería por completo, pero sí que se iría dando una paulatina sustitución de esta clase social, de forma que los emperadores tardorromanos harían, por ejemplo, uso del privilegio de la *adlectio* —o designación de nuevos miembros del Senado— para colocar en su lugar a ecuestres. Del mismo modo, serían también caballeros los que coparían el alto mando de las legiones. Estos puestos militares quedarían ya separados de manera definitiva de los cargos civiles, de forma que, si bien al frente de una provincia se situaba un gobernador civil —o *praesides*—, los ejércitos acantonados en esta división territorial estaban capitaneados, en cambio, por un *dux*.

Además de las reformas de índole militar y administrativo, Diocleciano desarrollaría un programa económico y fiscal con el objetivo de paliar definitivamente la crisis del siglo III. Para ello, el emperador debió sanear el sistema monetario romano, basado en el equilibrio existente entre las monedas de tres metales: oro, plata y bronce. Las primeras de estas piezas eran atesoradas por las clases más pudientes, con las segundas el Estado pagaba a las clases medias —entre las que se encontraban los legionarios—, mientras que las terceras eran las que estaban en circulación y las únicas que llegaban a los más humildes. Diocleciano impulsaría una reforma monetaria, iniciada a finales del siglo III, para poner en circulación el bronce que era necesario a la hora de permitir los intercambios comerciales y favorecer la economía de los pobres. No obstante, esta medida no lograría parar la inflación, e incluso, al poner más moneda en circulación, la disparó, e hizo necesario legislar para congelar los precios.

Fue por ello por lo que en el 301 se promulgaría un edicto sobre precios y salarios, apenas unos meses después de que se produjera la última reforma monetaria de Diocleciano. Con él trataría de frenarse la escalada de precios en el mercado libre, estableciendo un techo máximo para cada producto o servicio que no podía ser superado. El edicto trataba de contrarrestar la especulación de los mercados y

proteger la economía de los más desfavorecidos. Sin embargo, no consiguió parar la inflación, dado que la gran cantidad de circulante de bajo valor nominal pronto haría que los precios fijados quedaran desfasados a la baja, lo que provocó que, o bien fuera una ruina comerciar y la actividad económica se detuviera —creándose de esta forma un mercado negro especulativo— o, por el contrario, se pagara en especie.

Ya antes de Diocleciano, la mayoría de emperadores del siglo III trataron de favorecer a la plebe manteniendo para ello la cantidad y la calidad del bronce que las monedas contenían, en la medida que la crisis económica lo permitía. Sin embargo, a pesar de estos intentos por preservar los intereses de las clases menos pudientes, las devaluaciones monetarias a lo largo de esta centuria fueron una constante y acabarían provocando que comenzara a surgir una economía natural. Debido a ello, ya hemos mencionado cómo algunos emperadores —tales como Adriano o Septimio Severo— pagaban en ocasiones parte del sueldo de los soldados entregándoles tierras de cultivo. En el caso de Diocleciano, los legionarios incluso llegaron a recibir en alguna ocasión para compensar su salario una parte de los impuestos recaudados por el Estado en especie, contribución a las arcas públicas cuyo peso principal recaía por entonces en el pueblo llano, al ser este el único que no podía escapar del sistema recaudatorio, algo a lo que el emperador trataría de poner solución.



Antoninianos con las efigies de Caracalla y Claudio II. Esta moneda, realizada en aleación de plata y bronce, comenzaría a ser acuñada en tiempos de Caracalla. Sin embargo, sus constantes devaluaciones, producto de la presencia cada vez más escasa de plata en estas piezas, provocarían que fueran poco apreciadas y que dejaran finalmente de acuñarse tras las reformas económicas de Diocleciano.

El nuevo sistema fiscal de Diocleciano comenzaría a funcionar a finales del siglo III, aunque no lo haría a pleno rendimiento hasta el imperio de Constantino. A partir de entonces, el erario público basaría su recaudación en la tributación que generaba la principal fuente de riqueza de la época, es decir, la tierra. Debido a ello, se pagaba un impuesto en función de las unidades de tierra de cultivo que se poseía —denominadas *iugera*— así como también se contribuía según el número de unidades de mano de obra —personas y animales—, denominados *capita*, con lo que a este nuevo sistema fiscal se le conoce, además de como *anona*, como *iugatio-capitatio*. El monto del impuesto a pagar por un individuo se conocía a través de un complejo cálculo que

tenía en cuenta incluso la calidad del terreno productivo, aunque no queda del todo claro cómo se aplicaba realmente, dado que las fuentes se muestran confusas al respecto. Lo que está claro es que a la hora de que la recaudación fuera efectiva debían existir previamente exhaustivos registros de las propiedades rústicas presentes, así como inventarios de animales de labranza y censos de colonos o esclavos que trabajaban. Con la *iugatio-capitatio* se pretendía que la recaudación de impuestos fuera más eficaz y que los responsables del pago de los mismos, es decir, los propietarios de la tierra, no eludieran sus obligaciones fiscales.

En el caso de pequeñas parcelas de tierra en manos de campesinos humildes, estos no serían capaces de evadir el impuesto y en ocasiones, agobiados por la pesada carga que podía suponer —con el paso del tiempo más acentuada—, acabarían entregando su propiedad a un terrateniente, que la integraba en su latifundio y hacía frente a la obligación fiscal. Debido a ello, a la larga, la reforma fiscal de Diocleciano perjudicaría a los más humildes y fomentaría la formación de grandes propiedades agrarias en manos de unos pocos potentados.

Hemos analizado en los párrafos anteriores las reformas más destacadas de Diocleciano a lo largo de su reinado para lograr salir de manera definitiva de la crisis, dentro de las cuales nos queda todavía por hablar de la más destacable de todas, a través de la cual el poder imperial acabaría dividido entre cuatro soberanos, sin que por ello el Estado romano quedara dividido. No parece que fuera intención de Diocleciano, en primera instancia, compartir el poder, pero es posible que las delicadas circunstancias de esta turbulenta época finalmente le llevaran a hacerlo, dado que la multiplicidad de frentes abiertos a lo largo y ancho del Imperio romano provocaba que una única persona fuera incapaz de atenderlos todos de forma simultánea.

Por este motivo, en el 285 colocó a Maximiano —uno de sus generales de confianza— al frente de las legiones de Occidente para que combatiera una revuelta de los rebeldes bagaudas en la Galia. Para garantizar la fidelidad de Maximiano y para conseguir que tuviera un apoyo pleno por parte de sus tropas, Diocleciano le acabó asociando al trono como César. Maximiano lograría pacificar la Galia pero uno de sus generales, Carausio, se alzó contra el emperador en Britania. Ante un contratiempo como este, Diocleciano investiría a Maximiano como Augusto para reforzar aún más su posición.

La idea de compartir el trono no era nueva. Recordemos, por ejemplo, cómo Marco Aurelio (161-180) había hecho lo propio con su hermano Lucio Vero cuando fue entronizado. Esta división del poder, además de facilitar el gobierno de un inmenso imperio como este, favorecía también la sucesión al trono, sobre todo si tenemos presente que el principio hereditario no estaba bien definido en la antigua Roma.

Cuando Diocleciano compartía ya el poder con Maximiano, le encargó que designara a un subordinado para que le apoyara en sus quehaceres militares y

políticos, al tiempo que él mismo hacía lo propio. De esta forma, cada augusto nombró a un asistente o César. Diocleciano, que gobernaba Asia y Egipto desde Nicomedia, designó como César a Galerio, con sede en Tesalónica (Grecia), ciudad desde la que gobernaba las provincias orientales europeas y donde asistiría a su superior, especialmente en materia bélica. Así, mientras Diocleciano ponía fin en el 298 a un alzamiento en Egipto, Galerio invadía Armenia para enfrentarse a los sasánidas. De forma análoga, en Occidente Maximiano gobernaba Italia, Hispania y el norte de África desde su corte instalada en Milán, y para ello era asistido por Constancio Cloro, general de origen ilirio que había acabado con la revuelta del usurpador Carausio y que fue nombrado a su vez César, para controlar la Galia y Britania desde Tréveris, en la actual Alemania.



Detalle del arco de Galerio, en la ciudad griega de Tesalónica. En el centro de la imagen se puede apreciar al emperador Galerio a caballo, atacando a las tropas persas de Narsés, rey sasánida de Armenia. Los soldados sasánidas se diferencian fácilmente de los romanos en este relieve por vestir el característico gorro frigio relacionado con las culturas orientales, una especie de capuchón cónico, cuya punta se va estrechando y curvando a medida que asciende.

A pesar de esta colegiación del poder imperial, existía una cierta supremacía por parte del augusto, soberano al que se consideraba como principal y que normalmente era el más veterano. Debido a ello, mientras que el emperador con el título de augusto proponía una acción, el César se encargaba de que fuera ejecutada. Para reforzar los vínculos de estos Césares con sus respectivos augustos se les ordenó que se divorciaran y así poder contraer nuevo matrimonio con las hijas de sus superiores. También se acordó que transcurridos veinte años de gobierno, los augustos cedieran el trono a sus Césares, momento en el que estos últimos designarían nuevos coemperadores.

Aunque a través de esta fórmula los cuatro emperadores asociados se repartían el control de los diferentes territorios del Imperio romano, es preciso destacar que actuaban confederadamente, por lo que la unidad del Estado no se rompía, de la misma manera que las legiones romanas dirigidas por cada soberano actuaban defendiendo intereses comunes como un único ejército.

Bien sabemos que el método de compartir el poder por parte de un augusto con su futuro sucesor o César no había sido ideada por Diocleciano. No obstante, este emperador sí que innovó al seleccionar como heredero al candidato más idóneo, y no a un miembro de su familia. Del mismo modo, si bien conocemos otros ejemplos de diarquía, ya mencionados, este será el primer caso de gobierno tetrárquico. Es preciso destacar, sin embargo, que la tetrarquía sería más una división de funciones a cuatro, que un reparto del poder político, dado que en todo momento el gobierno del imperio sería mancomunado, especialmente en cuanto a competencias militares, legislativas y económicas se refiere.



Ruinas del palacio de Galerio, en la ciudad griega de Tesalónica. Este palacio era la residencia del emperador romano de Oriente, Galerio, y muy probablemente sus muros fueron testigos de la presencia del joven Constantino cuando, antes de ser proclamado emperador, estuvo bajo la tutela de este augusto como si se tratase de un rehén.

En el 305 Diocleciano y Maximiano, tal y como había establecido el primero, cederían el trono a sus respectivos herederos, Galerio y Constancio. Los nuevos augustos designarían a su vez dos nuevos césares. Maximino Daya y Severo serían respectivamente los elegidos por Galerio y Constancio y, supuestamente, al cabo de otros veinte años les sucederían como augustos. Pero muy pronto la muerte de Constancio Cloro —acontecida apenas un año después en Britania— causaría los

primeros desencuentros entre aquellos que deseaban el poder solamente para sí. Para alimentar todavía más posibles querellas, las legiones de Britania proclamaban emperador al hijo de Constancio, Constantino, joven que estaba bajo la tutela de Galerio y que había escapado de este para acudir junto a su padre. Las dudas debieron asaltar por entonces al resto de coemperadores, dado que aunque Severo sería oficialmente declarado augusto de Occidente, Constantino fue reconocido como César por este y Galerio, aún a pesar de su usurpación del poder. El reparto territorial se efectuaría de la siguiente manera: Severo gobernaba Hispania, Italia, África, el Nórico —en la actual Austria— y Panonia; Constantino tenía el poder de Britania y la Galia; en Oriente, Galerio dominaba Iliria, Grecia y Anatolia; por último, el control de Egipto a Siria pasaba a Maximino Daya.

Apenas cuatro meses después, el asunto de la sucesión de Constancio Cloro se complicaría aún más cuando el hijo de Maximiano, Majencio, era coronado en Roma por los pretorianos, al tiempo que su padre volvía de su retiro para intitularse de nuevo como augusto. Los enfrentamientos bélicos que estallarían a raíz de estos acontecimientos se llevarían por delante al derrotado Severo, dado que su ejército estaba compuesto por las antiguas tropas de Maximiano y le traicionaría. Severo no fue lo suficientemente prudente como para haber licenciado y desarmado a estas legiones, al tiempo que reclutaba otras nuevas, para evitar así la posible falta de lealtad de estas a la hora de enfrentarse a sus antiguos líderes. Debido a este error de Severo, los triunfantes Majencio y Maximiano ya solo tenían como rival en Occidente a Constantino.

CONSTANTINO, EL MÁS GRANDE (306-337)

Los acontecimientos descritos al final del anterior epígrafe ponían de manifiesto lo complicado que resultaba que reinara la concordia entre los emperadores del sistema tetrárquico. A pesar de ello, en el 308 los distintos aspirantes que se disputaban el imperio trataron de acercar posturas en la conferencia de Carnuntum (en Panonia), a la que a instancias de Galerio asistiría incluso Diocleciano. Allí se decidiría que Galerio permanecería como augusto de Oriente, mientras que Licinio, su general de confianza, sería investido con este mismo título en Occidente. Al mismo tiempo, Maximino Daya y Constantino, con el cargo de Césares, serían sus respectivos subordinados.

Resulta evidente que esta resolución no satisfizo ni a Majencio ni a su padre, Maximiano, quienes continuaron siendo considerados usurpadores, pero tampoco parece que cumpliera con las expectativas de Constantino y Maximino Daya, dado que estos se apresuraron a tomar el título de augusto. La sensación de que un nuevo conflicto civil estaba a punto estallar se palpaba ya en el ambiente.

La fortaleza de la que disfrutaban Majencio, Maximino y Constantino en

Occidente provocaría que su teórico augusto, Licinio, únicamente pudiera controlar de manera efectiva poco más que Iliria. Italia quedaba en cambio en manos de los usurpadores, así como parte de África, en tanto que el resto de esta junto con Hispania, la Galia y Britania acabaron bajo dominio de Constantino, supuestamente el César subordinado a Licinio.

Mientras tanto, en Oriente fallecían en el 311 Galerio y Diocleciano, este último, como sabemos, retirado ya del poder. Fue entonces cuando Maximino Daya se hizo con el control de todos los dominios de Galerio. Sin embargo, la posición de Constantino se vería reforzada incluso antes de morir Galerio, cuando este le reconocía como augusto, al igual que harían Maximino Daya y el propio Licinio, sin duda ávido por lograr su apoyo en Occidente. En este contexto, Constantino y Licinio establecerían una alianza contra Maximiano y Majencio.

Constantino acabaría con Maximiano, derrotándolo en Marsella en el 310, una vez que este había ya roto relaciones con su hijo. Más tarde, en el 312, Constantino se dirigiría a Italia y vencería en varios enfrentamientos a Majencio hasta arrinconarlo en Roma. La capital imperial tenía desde el 309 problemas de abastecimiento de trigo, pues África se había alzado contra Majencio para colocarse bajo el control de Constantino. Debido a ello, Majencio era por entonces sumamente impopular en sus dominios, lo que motivaría que ese mismo año 309 hubiera una revuelta en Roma, que fue finalmente sofocada por los pretorianos, no sin antes cobrarse la vida de seis mil personas. Constantino vencería definitivamente a su rival el 28 de octubre del 312 en la batalla del puente Milvio, donde Majencio moriría ahogado en aguas del río Tíber. El nuevo señor de Roma no cometería entonces el mismo error que Severo con respecto a las tropas que habían servido a las órdenes de su rival, Maximiano, y disolvería a la guardia pretoriana, con lo que este cuerpo de élite del ejército romano desaparecería ya para siempre de la historia.



Arco del triunfo de Constantino (Roma). El monumento en cuestión conmemora la victoria de este emperador en la batalla del puente Milvio. En dicho enfrentamiento, el usurpador Majencio, en lugar de tratar de resistir un asedio tras los muros de Roma, salió al encuentro de su rival con sus fuerzas situadas en torno a un puente medio destruido que cruzaba el Tíber en las afueras de la ciudad. Majencio construiría entonces un pontón de madera para poder sortear el río. Ya durante la batalla, Constantino obligaría a su rival a replegarse hacia Roma, por lo que forzó a sus tropas a usar el endeble pontón, que finalmente se vino abajo.



La rotonda de Galerio, en la ciudad griega de Tesalónica. Este mausoleo, cuya estructura recuerda al Panteón de Agripa (Roma), fue construido para acoger la tumba del emperador Galerio. Galerio, según cuentan las fuentes de la época, murió tras sufrir una dura enfermedad, posiblemente cáncer.

Curiosamente, la historiografía clásica señala la conversión al cristianismo de Constantino en el escenario del puente Milvio. Al parecer, en los prolegómenos de esta batalla el emperador observó en el cielo una cruz junto con el lema «Con este signo vencerás». Es más, al año siguiente, Constantino promulgaba el Edicto de Milán, a través del cual el cristianismo quedaba legalizado. ¿A qué se debía la repentina simpatía de Constantino hacia esta religión? El mito de la visión celestial del emperador esconde un hecho probado: la utilización por su parte del pujante cristianismo como una eficaz herramienta de propaganda política. Sin embargo, los emperadores romanos venían buscando este mismo uso en otros credos orientales desde hacía unos cuantos años, cuando soberanos como Maximino el Tracio o Aureliano vieron en ellos —concretamente en los cultos solares— un elemento religioso aglutinador para el imperio en forma de doctrina monoteísta que fuera la religión oficial romana. Con ello, Constantino, al igual que sus homólogos, pretendía fortalecer el Estado a través de la unidad moral del pueblo gracias a una nueva religión que sustituía al desfasado paganismo politeísta, al mismo tiempo que se procuraba el apoyo de la emergente Iglesia. Este hecho le otorgaba, a su vez, la lealtad de sus numerosos feligreses. Al entender de Fe Bajo Álvarez, con Constantino culminó un largo proceso de sincretismo religioso pagano, cada vez más próximo al cristianismo, y un igualmente largo proceso de «paganización» del cristianismo, que fue adaptado a la cultura romana.



Cabeza colosal de Constantino. La pieza en cuestión posiblemente perteneció a una estatua completa de bronce. Al estar construida en este metal precioso, muy

probablemente buena parte de su material fue fundido para ser reutilizado tras algunos de los múltiples expolios a los que fue sometida Roma.

No obstante, durante esos primeros años en los que la religión de Jesucristo era reconocida, el emperador mostrará ciertas reservas a la hora de legislar a favor de su Iglesia, dado que este credo no contaba con una buena imagen entre el pueblo romano, que veía cómo sus apáticos conciudadanos cristianos eran improductivos para el Estado por su renuncia a formar parte del ejército. Sin embargo, la cúpula cristiana comenzaría a dar muestras de su institucionalización como un instrumento más del aparato estatal y no tardaría en excomulgar a aquellos de sus feligreses que, formando parte del ejército, presentaran el menor atisbo de insubordinación —cuando estos mismos insumisos habían sido beatificados y considerados mártires mientras el cristianismo había sido clandestino—. Sin duda, esta religión aportaba al Estado cohesión, pero al mismo tiempo costaba un precio al imperio, que Constantino pagó en forma de cuantiosos donativos procedentes de las arcas imperiales o de aportaciones individuales. Es más, la Iglesia estaba exenta de pagar impuestos derivados de sus abundantes bienes, logrados en tiempo récord, de forma que sus numerosos latifundios quedarían libres de tributar la *iugatio*.

Constantino daría un paso en firme más hacia la uniformidad de culto religioso en el imperio cuando se celebró en el 325 el concilio de Nicea, sínodo en el que se trataría de acabar con el enfrentamiento dogmático entre las dos principales sectas cristianas, es decir, arrianos y los que posteriormente se conocería como católicos, de forma que los primeros serían considerados a partir de entonces herejes. Esto pone de manifiesto los importantes conflictos religiosos que tenían lugar por esa época, y la preocupación del emperador para que la concordia y la uniformidad de culto imperaran.

Volviendo a los acontecimientos desarrollados en relación a la batalla del puente Milvio, es preciso destacar que tras la eliminación de los usurpadores Maximiano y Majencio, todavía había en Occidente otro emperador, Licinio, aparte de Constantino. Sin embargo, los dos dueños de esta mitad del imperio, en lugar de enfrentarse entre sí, darían continuidad a su pacto, y Licinio incluso contraería matrimonio con la hermana de Constantino en el 313.

El siguiente paso que decidieron dar los emperadores de Occidente sería enfrentarse a Maximino Daya, augusto legítimo asentado en el trono de Oriente. La oposición mostrada por Maximino Daya resultó ser muy débil, dado que, antes de acabar el año 313, Licinio le derrotaría y se haría con sus dominios. Por esta razón, Constantino imperaría en Occidente mientras que Licinio haría lo propio en Oriente.

En esos momentos quedaban únicamente dos emperadores, aunque era una mera cuestión de tiempo que acabara existiendo solo uno. La entente entre los dos augustos duraría ya poco una vez que nadie más les opuso resistencia. Debido a esto, se producirían varios enfrentamientos abiertos entre ambos a partir del 314 al tiempo que se alcanzaban precarios acuerdos de paz, aunque la ruptura definitiva no se

produjo hasta el año 324.

Hacia el 314, para atenuar las tensiones fronterizas entre los territorios de Constantino y Licinio, se pactó elegir a un César, Basiano, que gobernara las provincias limítrofes. No obstante, Licinio atraería al supuestamente neutral César a su causa y le instigaría para que urdiera un plan magnicida contra Constantino. Esta conjura sería descubierta y desencadenaría la primera guerra entre los dos Augustos, sin un vencedor claro. Pero Licinio no se rendiría y, ya que al parecer estaba decidido a acabar con su rival, se apoyaría en uno de sus generales, Valente, nombrándole Augusto de Occidente e instándole a reemplazar a Constantino. Finalmente se llegaría a un acuerdo a través del cual Licinio accedía a ejecutar a Valente y cedía algunos territorios a su oponente, mientras que Constantino renunciaba a su prerrogativa, en calidad de Augusto principal, de legislar de manera individual. Pero a pesar de estos acuerdos, las hostilidades se desatarían de nuevo, según las fuentes cristianas de la época, como consecuencia de la animadversión de Licinio hacia los seguidores de Jesús de Nazaret. Esta especie de antipatía surgió al parecer de manera repentina, dado que Licinio había mostrado siempre una actitud favorable hacia esta nueva religión, como por ejemplo a la hora de promover el Edicto de Milán. Es probable que al erigirse Constantino en defensor de la causa de Cristo, Licinio tratara de oponerse a su rival demostrando incluso ser enemigo de esta fe tan sólidamente implantada en Oriente.

Sea como sea, la paz entre Constantino y Licinio quedaría definitivamente rota en el 324, cuando el primero venció en Adrianópolis al segundo y provocó su huida a Bizancio. Sus sólidas murallas hubieran resultado impenetrables para Constantino si este finalmente no hubiera conseguido el control de sus aguas con la flota dirigida por su hijo, el César Crispo, gracias a lo cual cortarían los suministros de la ciudad. Nuevamente Licinio logró huir, cruzando esta vez el mar de Mármara hacia Asia Menor, pero no llegaría demasiado lejos, ya que fue detenido en Crisópolis —actual barrio de Üsküdar— en la ciudad turca de Estambul. Constantino I el Grande (306-337) era ya el único emperador romano, pero muy pronto el imperio pagaría un alto precio por el enorme esfuerzo realizado durante la guerra civil acaecida tras el derrumbe de la segunda tetrarquía, y un nuevo conflicto estallaría tras su fallecimiento, enfrentando a sus sucesores, tal y como analizaremos en el siguiente epígrafe.



Catedral de Hagia Sofia de Constantinopla, actual Estambul (Turquía). La iglesia de la Divina Sabiduría sería construida en el siglo VI por orden del emperador romano de Oriente, Justiniano. El edificio en cuestión fue levantado sobre las ruinas de un templo cristiano anterior, que fue destruido durante una revuelta popular. Tras la conquista otomana del siglo XV, esta catedral sería convertida en mezquita y sus frescos y mosaicos tapados con yeso, dado que el islam rechaza la adoración a las imágenes.

Tras su victoria definitiva, Constantino instaló en principio su corte en Nicomedia —la capital establecida por Diocleciano—, situada en Oriente, la parte más rica del imperio, aunque finalmente se decantaría por otorgar este estatus a Bizancio, cuya caprichosa geografía, que la situaba entre los estrechos de los Dardanelos y el Bósforo —el paso entre Europa y Asia—, confería a la ciudad una excelente ubicación estratégica. Constantino había tenido prueba de ello en el sitio al que había sometido a la ciudad, cuando sus murallas, bien defendidas por una guarnición, no habían podido caer. Es más, si a esto se le añadía una flota anclada en el Cuerno de Oro —estuario de Bizancio que formaba un puerto natural—, la ciudad se convertía en un bastión prácticamente inexpugnable, algo sumamente interesante en esos tiempos difíciles en los que, para poder gobernar el imperio de manera efectiva, el soberano debía poder refugiarse en una corte de este estilo, desde la que poder hacer frente a cualquier intento de usurpación. Al mismo tiempo, parece ser que era deseo de Constantino construir una nueva capital cristiana para su nuevo imperio, así mismo cristiano. Es por ello por lo que descartó que su corte estuviera en la pagana Roma, y por lo que literalmente se dedicó a construir una nueva Bizancio que sirvió, a su vez, para aumentar el trazado de la antigua muralla y engalanar la ciudad con múltiples obras y monumentos procedentes de todos los confines del imperio. La nueva capital comenzaría a ser llamada «ciudad de Constantino», en griego *Konstantinou polis*, es decir, Constantinopla. Con el traslado de la capital a Constantinopla, Constantino se desvelaba como impulsor de esta mitad del imperio,

cuyas opulentas provincias eran cada vez más prósperas, mientras Occidente se deprimía más y más, aún a pesar de que el emperador dedicaría buena parte de su gobierno a dar continuidad a las reformas de Diocleciano.



Panorámica del estrecho del Bósforo. La fotografía nos muestra la entrada a este estrecho desde el mar de Mármara. En su punto más ancho, el Bósforo tiene una distancia de poco más de tres kilómetros y medio, lo que nos da una idea de la proximidad entre sus orillas asiática y europea. Este es el motivo por el cual resulta de vital importancia el control de este estrecho a la hora de permitir dar salida a embarcaciones procedentes del mar Negro hacia el mar de Mármara y, posteriormente, hacia el Mediterráneo.

La política desarrollada por Constantino en este sentido gozaría de una intensa actividad, y el emperador daría un nuevo impulso a la reorganización militar. Así, se erigió como el principal responsable de la configuración del ejército tardorromano, basado en la presencia de dos tipos de tropas, *limitanei* en las fronteras y comitatenses como ejército de reserva. El emperador aumentaría, además, las unidades de comitatenses, especialmente las de caballería. Con ello se daba prioridad a la defensa en profundidad a partir de esta fuerza móvil, en detrimento de la defensa estática en línea efectuada por las tropas de *limitanei*, soldados menos experimentados que compensaban sus carencias en este sentido refugiándose en sus campamentos fronterizos fortificados.

Estos últimos militares tenían una paga inferior a la de los comitatenses, y una parte de la misma, como ya hemos comentado en otras ocasiones, se les pagaba en especie, principalmente en forma de tierras de cultivo. El usufructo de dichas propiedades agrarias podía ser heredado por los descendientes de los *limitanei* siempre y cuando continuaran ejerciendo la profesión militar.

Las tropas de comitatenses, en cambio, quedarían asentadas en ciudades interiores, pero igualmente fortificadas, ubicadas también en lugares de fácil comunicación, de forma que desde allí pudieran acudir con rapidez al lugar en el que

se las necesitara, ya fuera esta la frontera, para detener un intento de invasión, o bien algún punto dentro del imperio, con el objeto de sofocar un alzamiento. Estas localidades amuralladas, tales como Milán, Aquileya y Verona, en el norte de Italia, o Sirmio en Serbia, acabarían constituyendo auténticos centros neurálgicos de la política y la economía bajoimperial, e incluso restaron importancia en este sentido a las urbes imperiales tradicionales, como era el caso de la propia ciudad de Roma.

En ese período, las legiones de comitatenses estarían lideradas por los *magistri militum*, nuevo cargo militar que colocaría al frente de las tropas de infantería y caballería a dos comandantes supremos. Sobre todo los *magistri* de caballería —o *equitum*— alcanzarían un gran poder, al mismo nivel que el disfrutado en su momento por los prefectos del pretorio y con una fuerza tanto militar como política que los convertía en el ciudadano más importante por detrás del propio emperador.

Para completar la defensa del limes, se harían cada vez más frecuentes ciertos tratados con los bárbaros; esta práctica cobraba así cada vez mayor importancia en la estrategia militar del imperio. Ya incluso en época altoimperial se aceptaba el alistamiento de bárbaros para asistir a las legiones como tropas auxiliares, pero a partir del siglo III comenzaría a aceptarse la instalación de grandes grupos de estos extranjeros, o incluso de tribus completas, en regiones fronterizas despobladas a consecuencia de las guerras. Normalmente el imperio sancionaba estas colonizaciones de su propio territorio a través de tratados que otorgaban la categoría de *foederati*, o federados, a estos bárbaros, principalmente de etnia germana.

Estos hechos no hacen más que poner de manifiesto la creciente barbarización a la que se estaba viendo sometido el ejército imperial, ya incluso desde época de Adriano. A partir de entonces —y en especial durante el siglo III— los emperadores comprendieron que la mejor forma de enfrentarse a los bárbaros era utilizar también a soldados similares a ellos, así como su propio equipamiento, armas y tácticas, adaptados, eso sí, al sistema organizativo del ejército romano. Por lo tanto, el imperio hallaría en estos bárbaros, que solían combatir en grupos reducidos móviles fácilmente adaptables a cualquier circunstancia, a los mejores guerreros para combatir estas amenazas exteriores e incluso para enfrentarse a las revueltas internas, dado que dichos extranjeros, siempre y cuando fueran bien pagados, solían mostrarse incluso más fieles que los propios soldados romanos.

Como ya hemos comentado, la presencia de germanos en las filas romanas provocó profundos cambios en el armamento, el equipamiento y la forma de combatir del imperio. Tal y como analizaremos al detalle en el capítulo 6, las armas tradicionales de la legión, como el *pilum*, el *gladium*, el escudo rectangular o la armadura de placas, acabarían siendo sustituidos por la lanza, la espada, el pequeño escudo ovalado o redondo y la cota de malla, todos ellos de uso común entre los germanos. Esta panoplia, además, resulta más parecida a la que acabaría usándose en el Medievo. De esta forma, el imperio logró sobrevivir a las invasiones de los siglos III al V. No obstante, la estrategia adoptada por Roma fue útil en su momento, pero

definitivamente fue la causa última que acabó por precipitar la caída de Occidente.

Los trece años de *pax romana* de los que Constantino consintió disfrutar al imperio le permitirían reorganizar su economía en concordancia, en términos generales, con las reformas emprendidas por Diocleciano. Para ello, dio un fuerte estímulo al comercio tras estabilizar la moneda. Sin embargo, Constantino seguiría una política contraria a la desarrollada por Diocleciano y la mayoría de emperadores del siglo III en lo que a la cuestión monetaria se refiere, dado que, si bien estos trataron de mantener, en la medida de sus posibilidades, la cantidad y la calidad del bronce de las piezas en circulación en un intento por favorecer a los ciudadanos menos pudientes, en cambio el fundador de Constantinopla centraría sus esfuerzos en las acuñaciones áureas, es decir, la moneda que las clases adineradas atesoraban, lo que derivó en un claro perjuicio para la plebe.

Hasta aquí hemos descrito la obra del emperador Constantino el Grande, la cual quedó inconclusa en la parte correspondiente a la sucesión, como comprobaremos en este último párrafo. Al morir Constantino en mayo del 337, tres de sus hijos tenían el título de César: Constantino II, Constancio II y Constante, al igual que dos sobrinos: Dalmacio y Hanibaliano, aunque el emperador no especificó quién o quiénes de ellos recibirían a su fallecimiento la dignidad de Augusto. Previamente, en el 326, Constantino había ejecutado a otros dos Césares —a su hijo Crispo y a su sobrino Licinio II, hijo además de su rival, Licinio— en un oscuro proceso del que no conocemos exactamente las causas. Parece ser que estos dramáticos hechos atormentarían a Constantino sobremanera, de modo que, según algunas fuentes, pidió ser bautizado en su lecho de muerte para poder librarse de estos pecados.



Ánfora de aceite del siglo III hallada en la isla de Mallorca. El comercio romano a lo largo del siglo III se vería mermado como consecuencia de la crisis. Los datos arqueológicos así lo confirman, dado que los pecios hallados de este período, sin que lleguen a ser escasos, son menos frecuentes. Sin embargo, es preciso destacar que el tránsito de mercancías nunca se detendría mientras los romanos dominaron las aguas del Mediterráneo, es decir, hasta bien entrado el siglo V, momento en el que los vándalos se hicieron con el control de la mitad occidental de este mar.

¿Y TRAS CONSTANTINO, QUÉ? (337-363)

Al morir Constantino, ninguno de sus césares osó proclamarse augusto, así que en principio cada uno de ellos continuaría haciéndose cargo de sus respectivas divisiones administrativas. Constantino II tendría su corte en Tréveris (Alemania), Constancio II en Antioquía (Siria), Constante probablemente en Milán, Dalmacio en Constantinopla y Hanibaliano en Cesarea de Capadocia (Anatolia). Esto fue así hasta que, solamente cuatro meses después de desaparecer Constantino el Grande, Constancio II orquestó el asesinato de Dalmacio, Hanibaliano y su familia, librando de la muerte solamente a dos niños, Galo y Juliano. A partir de entonces Galo y Juliano estarían constantemente vigilados por su primo Constancio II, y serían trasladados de un lugar a otro a su antojo, hasta que en el 351 el primero fue nombrado César. Esta purga serviría a Constancio II (337-361) para ser proclamado augusto de Oriente, mientras que Constantino II imperaría en Occidente y Constante se situaría entre ambos, en

Iliria.

A partir de entonces, los tres hermanos desarrollarían una política común, combatiendo las acometidas germánicas en el Rin y luchando contra los persas en Asia. Pero la concordia entre ellos quedaría rota en el 339, cuando Constante invadió Italia. En este enfrentamiento fratricida hallaría la muerte en Aquileya Constantino II. Constante centraría sus energías a partir de entonces en frenar las incursiones bárbaras en la Galia, al tiempo que debía hacer frente en África al movimiento rebelde de los denominados circumceliones. Paralelamente, en Oriente Constancio II continuaría la guerra con Persia.

Los dos hijos de Constantino que continuaban vivos estaban enemistados entre sí como consecuencia de sus diferencias religiosas. Mientras que Constante era seguidor de la secta de Atanasio, la variante del cristianismo considerada oficial desde el concilio de Nicea, Constancio era partidario de las creencias de Arrio.

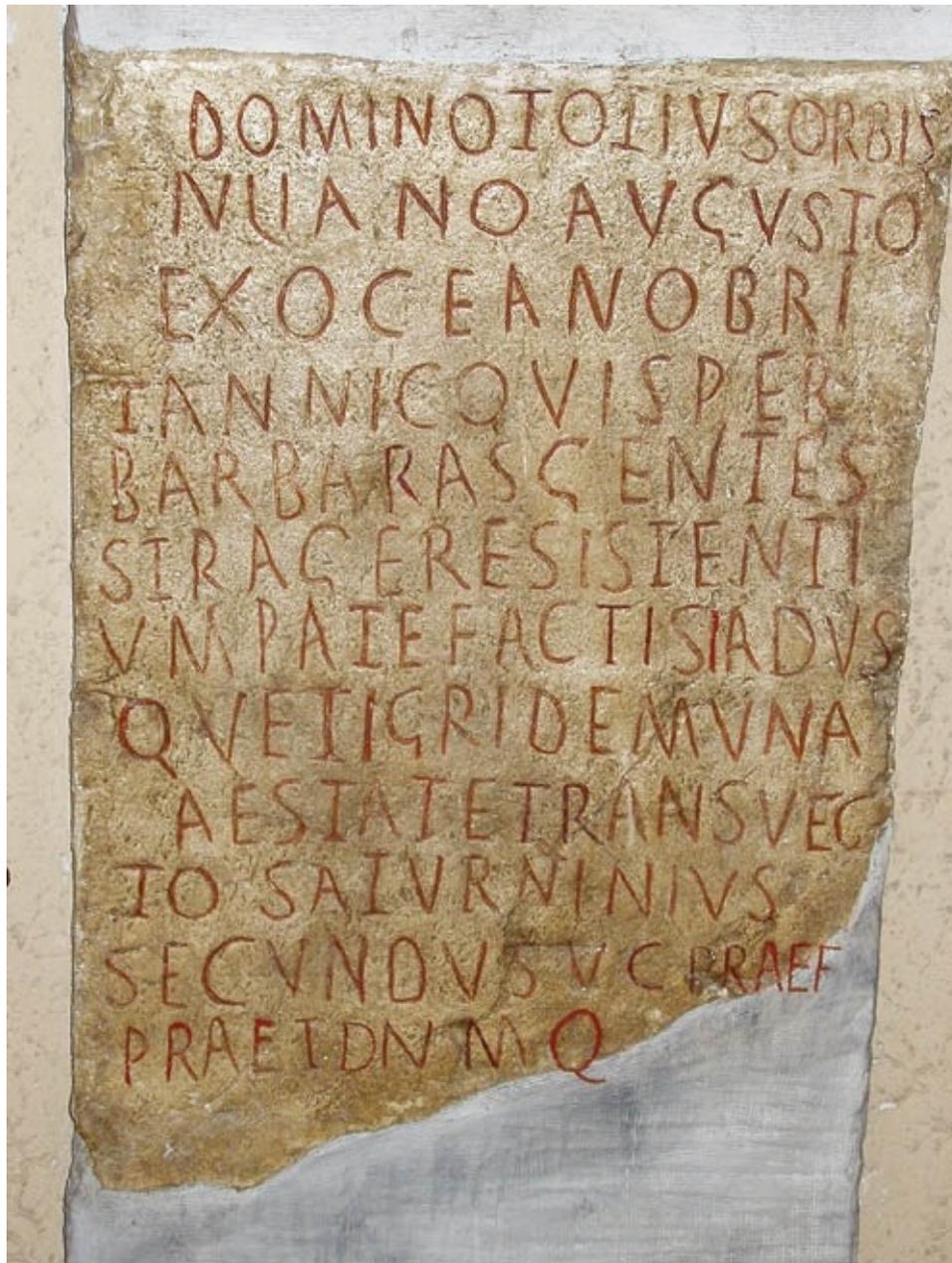
Por si todo lo descrito ya de por sí no bastara, los problemas para Constante se recrudecieron cuando un nuevo actor entró en escena. En el 350 surgía un usurpador en la Galia, Magnencio, general que contaba con el respaldo del ejército que allí lideraba y de la nobleza pagana romana. Carente de suficientes apoyos, Constante sería eliminado por Magnencio, por lo que Constancio II se convirtió en el único emperador legítimo que podía reclamar el trono de Occidente. No obstante, Constancio se hallaba por entonces inmerso en su campaña persa, aunque no dejaría de establecer pactos con los francos y los alamanes para que atacaran la retaguardia de Magnencio, y estos últimos arrasarían la región del Rin. Este estado de anarquía potenciaría en Occidente la aparición de un nuevo aspirante al trono, Nepociano, también sobrino de Constantino, aunque finalmente Magnencio lograría imponerse a él.

Hacia el 351, Constancio acudía a Occidente dispuesto ya a enfrentarse a Magnencio. Al cargo del gobierno de Oriente dejó a su primo Galo, superviviente de la purga del 337, al que investió como César. Constancio II vencería en dos batallas seguidas a Magnencio, que acabaría suicidándose, y se convertiría en el único dueño del imperio, ahora sí, al precio de un sangriento conflicto civil y de haber instado a hordas de germanos a invadir la Galia. Una vez concluida la guerra con Magnencio, francos y alamanes continuaron campando a sus anchas más allá de la frontera del Rin, hasta instalarse de forma definitiva entre este río y el Mosela. Pero en el imperio había alguien que todavía podía disputar el poder a Constancio, motivo por el cual el emperador ordenó a Galo acudir a la corte de Milán, donde sería ejecutado a finales del 354, acusado de haber desarrollado un gobierno despótico en Oriente. Sin embargo, pronto las acometidas de francos y alamanes en Occidente, junto a la aparición de un nuevo usurpador, llamado Silvano, así como la reanudación de los ataques sasánidas en Oriente, obligarían a Constancio II a designar un nuevo César en el que apoyarse, lo que demostraba que por entonces la multiplicidad de frentes abiertos hacía imposible que un único emperador pudiera hacerse cargo de todo el

imperio.

El elegido no sería otro que su primo Juliano, el otro superviviente de las ejecuciones del 337, a quien, además, casaría con su hermana Helena tras ser coronado en el 355. Por suerte para el imperio, Juliano se mostraría como un general capaz aun a pesar de carecer de experiencia militar, de forma que liberaría la ciudad de Colonia de las hordas germanas, acto seguido las derrotaría en Estrasburgo y restablecería de esta manera el orden en la Galia hacia el 357. Estos logros le permitieron adquirir una gran popularidad. Es más, Juliano seguiría cosechando victorias, al tiempo que reconstruía las áreas devastadas por los invasores y cargaba sus almacenes con trigo procedente de Bretaña.

Por entonces Constancio, temeroso del poder que comenzaba a acumular Juliano, demandaría su ayuda contra los sasánidas. Este acto hubiera abierto de nuevo las puertas del Rin a los germanos, motivo por el cual el ejército de la Galia se rebelaría, y proclamaría a Augusto a Juliano en el 360, algo que Constancio no consentiría. Por eso abandonó Oriente de forma temeraria, en medio de una guerra con Persia, dispuesto a combatir a Juliano, no sin antes establecer un nuevo y peligroso pacto con francos y alamanes para lanzarlos contra su primo. La anarquía estaba otra vez servida y esto posibilitaba la fácil ruptura de las fronteras por parte de los bárbaros que, como hemos podido comprobar, incluso eran invitados a hacerlo por los propios romanos. No obstante, Constancio II fallecería víctima de una enfermedad en el 361 antes de poder pisar Europa. Con ello, el imperio se libraba de un nuevo enfrentamiento estéril entre romanos. Sin embargo, estos conflictos civiles desde mediados del siglo IV, como bien sabemos, habían provocado que el enemigo bárbaro acechara en todas las fronteras del imperio. Sus correrías ya no cesarían, como iremos descubriendo en lo que queda de esta obra, y generarían el caos y la anarquía suficientes como para provocar nuevas guerras internas, hasta producirse el hundimiento definitivo de Occidente a finales de siglo V.



Inscripción dedicada al emperador Juliano, hallada en Ankara (Turquía).
Juliano sería apodado «el Apóstata», dado que en un principio fue cristiano, puesto que el emperador Constancio II se encargó de que recibiera este tipo de educación religiosa, y, finalmente, renunciaría a estas creencias y adoptaría la tradicional doctrina pagana grecorromana. Para que esto ocurriera, antes debería ser profundamente influenciado por las enseñanzas neoplatónicas.

Juliano (355-363) no tendría más remedio que iniciar una nueva campaña militar en Asia en el 363. Se adentraría en Mesopotamia, arrebataría al enemigo persa la ciudad de Seleucia y sitiaria Ctesifonte. El asedio de esta última plaza se prolongaría en exceso, los suministros comenzaron a escasear y Juliano ordenó la retirada. No obstante, el emperador no saldría vivo de Persia, ya que en escaramuzas posteriores caería víctima de una lanza, probablemente procedente de las manos de un romano. Las legiones destacadas en Mesopotamia proclamarían entonces emperador a Joviano, un discreto oficial que firmaría una apresurada paz con Persia al no hallar conveniente continuar dilapidando los fondos estatales en una estéril guerra. Joviano

pactaría la entrega al enemigo no solamente de todo el terreno ganado por Juliano, sino incluso de aquellas áreas ocupadas en tiempos de Diocleciano. Una vez sellado este acuerdo, el nuevo emperador abandonaría suelo asiático para dirigirse rápidamente a Europa y ser aceptado en el trono por las élites itálicas.

El corto reinado de Juliano se había caracterizado por el intento de restauración de la antigua religión pagana y de las tradiciones romanas. Apodado por la historiografía como «el Apóstata», Juliano no mostraría sus creencias religiosas hasta que Constancio II murió. Juliano había recibido de niño una educación arriana, a instancias de su vigilante primo, pero cuando su hermano Galo fue nombrado César en Oriente, esto le brindó una mayor libertad. Comenzó a mostrar su curiosidad por la filosofía pagana, sobre todo por las corrientes neoplatónicas, que, finalmente, le hicieron renunciar al cristianismo. Cuando era ya emperador en solitario, Juliano abogaría por la libertad de culto religioso, aunque ello no supondría otra cosa que reiniciar los enfrentamientos entre los católicos y las diferentes sectas cristianas consideradas heréticas, que ahora volvían a cobrar fuerza, tanto entre los seguidores de Jesús de Nazaret como entre los defensores del paganismo. Todo ello únicamente vendría a demostrar que por la época se daba un cruento enfrentamiento entre las diferentes variantes religiosas, de las cuales solamente podría sobrevivir una. La muerte de Juliano enterraría muy probablemente de manera definitiva al paganismo, dado que con la coronación del católico Joviano ningún otro emperador pagano volvería a vestir la púrpura.

¿Por qué el ejército se decantaría por Joviano a la hora de elegir al nuevo emperador? La situación en el frente persa era desesperada ante el acoso del enemigo que impedía que la retirada romana pudiera efectuarse sin grandes dificultades. Debido a esto, los líderes militares de las dos facciones principales del ejército que por entonces había desplegadas en el frente, es decir, las legiones de la Galia adictas a Juliano y formadas principalmente por soldados paganos, y las tropas de Oriente, que habían estado bajo las órdenes de Constancio II y cuyos soldados eran en su mayoría cristianos, decidieron limar asperezas y elegir a un candidato de consenso que a su vez no despertara tensiones entre las diferentes variantes religiosas. Es por ello por lo que el aspirante ideal fue Joviano, un moderado cristiano, hijo de Varroniano —el conde al mando de la nueva guardia imperial—, que al ser de origen panonio no pertenecía a ninguna de las camarillas militares en liza.

Gracias a ello y a la firma ya mencionada del tratado con Persia, los ejércitos romanos pudieron emprender definitivamente la retirada de Mesopotamia. Sin embargo, durante esta marcha el emperador moriría en oscuras circunstancias. La versión oficial indicaría que se asfixió por la mala combustión de un brasero, el 17 de febrero del 364, cuando todavía se encontraba en Asia Menor.

Joviano dejaba un imperio sumido nuevamente en el caos desde que a mediados de siglo, tal y como hemos analizado en este epígrafe, las guerras civiles entre los hijos y sobrinos de Constantino posibilitaron la invasión de los territorios romanos de

Asia por parte de los persas, y la ocupación de la Galia por francos y alamanes.

El imperio que los sasánidas habían construido en Persia se mostraría siempre muy belicoso, pero aunque se trataba de un Estado sólidamente desarrollado, con un ejército bien armado y altamente organizado, no sería este, sin embargo, el rival más peligroso, en buena medida porque la capital imperial oriental, la inexpugnable Constantinopla, se hallaba en Europa, totalmente aislada del frente sasánida. Ya en tiempos de Constantino el Grande, Persia sería el primer enemigo en acabar con la *pax romana*, aunque dado que los sucesores de los soberanos sasánidas posteriores a Sapor II se mostrarían menos agresivos, esto daría cierta tranquilidad a Roma a partir del 379.

Por su parte los germanos venían acosando los limes del Rin y el Danubio ya incluso desde época altoimperial. Estas fronteras no eran impenetrables y, de ser sobrepasadas, colocaban a la capital imperial occidental —ya fuera Roma, Milán o Rávena— a su alcance. Por ello, aun siendo los pueblos germánicos un enemigo mucho menos avanzado que Persia o la propia Roma, sin una organización estatal sólida y sin que pudieran llegar a poner en liza a ejércitos numerosos y disciplinados —incapaces, a su vez, de asediar ciudades amuralladas—, constituían un rival mucho más peligroso que los sasánidas. Es más, este enemigo estaba formado por múltiples etnias, muchas veces enfrentadas entre sí, pero que cuando comprendieron que Roma era débil y comenzaron a ser conscientes de su propia fortaleza, acecharon en conjunto la práctica totalidad de las fronteras europeas, lo que convirtió a estos vecinos en adversarios muy a tener en cuenta. De hecho, cuando los germanos volvieron a acosar al imperio a partir de la segunda mitad del siglo IV, este ya no se libraría jamás de su amenaza, la cual incluso condujo a la caída de las provincias occidentales en su poder a finales del siglo V.

Entre la muerte de Constantino en el 337 y la de Joviano en el 364, el Imperio romano se vio amenazado además por incursiones libias, ataques piráticos en el Egeo y agitaciones de los bárbaros en la frontera del Danubio. Pero todas estas guerras, unidas a la invasión a través del Rin y al conflicto con Persia, nunca revistieron el peligro ni la gravedad de las incursiones que tendrían lugar después del 364, como pronto estudiaremos. El punto de partida de nuevas invasiones germanas se producirá en tiempos de Valentiniano, con la irrupción de los hunos en la historia, tal y como analizaremos en el capítulo 5. Este pueblo nómada de Asia central comenzó a penetrar principalmente en las regiones en las que estaban instaladas tribus godas, y empezó a empujar a estas etnias hacia territorio imperial, algo que derivará en un auténtico desastre.

¿Cómo, sin embargo, logrará sobrevivir el imperio tras la muerte de Joviano por otros ciento doce años más? Conocemos que lo lograría, en buena medida, gracias a la ya descrita transformación de su ejército. Pero también conseguiría superarlo debido a la mutación que experimentaría su economía, que llevaría incluso a que se produjeran profundos cambios en la sociedad romana. Analicemos todo ello en el

siguiente epígrafe.

COLONOS: ¿LOS NUEVOS ESCLAVOS?

La enorme presión que el sistema fiscal romano de la *iugatio-capitatio* o *anona*, creado por Diocleciano (284-305), ejercía sobre los propietarios de pequeñas parcelas agrícolas acabó favoreciendo el fenómeno de acumulación de la propiedad de la tierra en manos de los ciudadanos con mayor poder adquisitivo, denominados *potentiores*. Los ingresos obtenidos mediante la recaudación de esta tributación resultaban a su vez imprescindibles para poder mantener el complejo entramado burocrático desarrollado por las reformas de este emperador. Esta red de funcionarios, asimismo, hacía más eficaz el cobro de impuestos y era fundamental también a la hora de costear los cuantiosos gastos militares. Debido a la concentración de la propiedad de la tierra, la forma predominante de explotación agraria en el Imperio romano pasó a ser, de manera ya definitiva, el latifundio.

Los emperadores romanos trataron de poner freno a esta tendencia hacia la formación de latifundios, lo que llevaba aparejado la protección de los cada vez más escasos campesinos propietarios, dado que eran estos los únicos contribuyentes que garantizaban el funcionamiento del sistema fiscal romano, al no contar con los mecanismos necesarios para poder evitar el pago de impuestos.

Los terratenientes, en cambio, en muchas ocasiones lograban evadir al fisco porque los funcionarios imperiales que se encargaban de su recaudación eran también *potentiores*, de forma que los propios representantes de la aristocracia latifundista formaban parte del aparato burocrático romano.

Ahora bien, el problema en cuestión se vería agravado cuando Constantino (306-337), sucesor de Diocleciano, comenzó a adoptar una postura a favor del cristianismo. Su Iglesia empezaría a recibir múltiples donativos, entre los que se contaban fincas agrícolas, y los miembros de su cúpula acabarían constituyéndose, así mismo, en propietarios terratenientes. Cabe destacar que los obispos cristianos en muchos casos pertenecían a la élite latifundista romana, antes incluso de que la Iglesia recibiera estos bienes inmuebles, con lo que las donaciones descritas únicamente vendrían a acrecentar el tamaño y el número de sus propiedades agrarias. Todo ello, en definitiva, solamente perjudicaba a las clases sociales más pobres, los denominados *tenuiores*.



Iglesia de Santi Quattro Coronati en la ciudad de Roma. La planta original de esta iglesia fue erigida en el siglo IV, momento a partir del cual —sobre todo tras la estancia en el trono de Constantino el Grande— el cristianismo comenzaría a recibir el apoyo de las autoridades imperiales. Esta iglesia está dedicada a cuatro mártires que fueron asesinados durante la persecución religiosa de Diocleciano por haberse negado a realizar ofrendas de carácter pagano.

Estos *tenuiores* se verían igualmente afectados por las drásticas transformaciones que padeció Roma a partir del siglo III y que ilustran lo que vendría a ser el Bajo Imperio. Fue por ello por lo que el Imperio romano estaría caracterizado entre los siglos III y V por el decaimiento de los núcleos urbanos, acompañado de la ruralización de su sociedad y el ya comentado crecimiento de las propiedades agrícolas; por sufrir el retroceso de los intercambios comerciales y una reducción del numerario circulante; por la reducción de la mano de obra esclava en detrimento del uso de trabajadores libres pero dependientes; por padecer una aguda crisis social, principalmente como consecuencia del aumento de la presión fiscal descrita, que afectará sobre todo a las clases más pobres y polarizará con ello a la sociedad romana en dos clases: *potentiores* y *tenuiores*; por la inestabilidad del poder imperial que irá marcando el progresivo hundimiento del Estado y la gradual desaparición de cualquier otra noción del mismo, lo que facilitará la aparición de pequeños núcleos de poder locales dirigidos por el patriciado romano —nobleza que a la larga, tras las invasiones germánicas, irá siendo sustituida de manera paulatina por la aristocracia guerrera bárbara—.

Todas estas características enumeradas para definir al Bajo Imperio romano podrían, a su vez, constituir una descripción sobre lo que sería la aportación romana para que tuviera lugar la mutación feudal, o lo que es lo mismo, el conjunto de cambios que tuvieron lugar en Europa occidental y que acabaron propiciando el

desarrollo del feudalismo a lo largo de un extenso período de transición situado entre la Antigüedad y el Medioevo, entre los siglos III y IX (para más información véase la obra titulada *Breve Historia del Feudalismo*).

Dentro de este espacio temporal, entre las centurias tercera y quinta, el Imperio romano debió soportar una crisis urbana sin precedentes en la que únicamente tuvieron peso sobre la economía las actividades agrícolas, de forma que ocupaciones anteriormente muy rentables, como el comercio y la producción artesanal de las ciudades, menguarían. Por entonces se habían hecho frecuentes los conflictos civiles y las invasiones bárbaras, y se había generado con ello una enorme inseguridad, que, unida a la progresiva caída del poder imperial, acabó propiciando la migración desde las ciudades hacia el campo. Esta difícil situación generaría, a su vez, la demanda de refugio por parte de los más desfavorecidos —tuvieran propiedades agrícolas o no— ante los poderosos terratenientes, sin dudar en hacerse dependientes de estos. A la nueva relación entre *tenuiores* y *potentiores* se la conoce como «encomendación», mecanismo mediante el cual un «patrón» se comprometía a dar protección o «patrocinio» a un cliente, a la vez que este último entraba al servicio del primero bajo el juramento de respetarlo y obedecer sus órdenes, sin por ello perder su libertad. El cliente, o «encomendado», en muchas ocasiones cedía al poderoso la propiedad de sus tierras, en el caso de que las tuviera, y las volvía a recibir en usufructo, con lo que los pequeños propietarios agrícolas se libraban de las pesadas cargas fiscales que acarrea la posesión de bienes inmuebles. El vínculo entre patrón y cliente se completaba con el compromiso por parte del primero de la manutención e incluso, en ocasiones, el alojamiento del segundo en su propia casa. Dicha relación se establecía con carácter contractual, era de tipo personal y, en un principio, temporal.

Imaginemos el sufrimiento que debían experimentar por la época los propietarios minifundistas romanos al observar cómo sus tierras eran constantemente depredadas por las continuas incursiones bárbaras, el bandolerismo, las revueltas bagáudicas, las guerras civiles entre los diferentes candidatos al trono o incluso el pillaje de las propias legiones que supuestamente eran movilizadas para proteger a los ciudadanos del imperio. Seguro que con esto comprenderemos que ante dicha situación de indefensión los campesinos no tuvieron más remedio que encomendarse a un potentado, que podía contar incluso con un ejército privado. Ciertamente, en no pocas ocasiones los *potentiores* gozaban de un poder tal que poseían contingentes armados propios, formados por mercenarios llamados *buccellarii* —“bucelarios” en su forma castellanizada—, a los que mantenían a sueldo. Las enormes carencias defensivas que se daban provocaron que un elevado número de campesinos —otros *tenuiores*, ciudadanos acomodados o incluso patricios— se ampararan en la encomendación, pues a esta fórmula podía acogerse todo ciudadano libre. Por ello, los terratenientes más poderosos podían llegar a recibir incluso a otros *potentiores* bajo patrocinio, de forma que estos nobles se encomendaban a un terrateniente poderoso junto con sus clientelas de bucelarios, que pasaban a sumarse a la hueste privada que defendía el

interés particular de dicho señor. Así, los ejércitos que había en el Imperio romano ya no combatían en beneficio del Estado, sino que la guerra pasaba a tener carácter privado y se luchaba en defensa del interés personal de cada noble. Dichos patrones, ante la ausencia de un ejército estatal de garantías, ponían todo su empeño en defender a sus encomendados, ya que estos les proporcionaban mano de obra, tierras e incluso tropas. Al mismo tiempo, aumentaría la construcción de fortalezas en los dominios de los *potentiores*, que hacían que la defensa de un determinado territorio resultara más sencilla en aquellos tiempos de inseguridad permanente.



Modio de bronce del siglo IV, hallado en Puente Puñide, La Coruña. El modio era una unidad de medida de volúmenes empleada en la antigua Roma para granos, sobre todo de cereales. La unidad de medida en cuestión equivalía a unos ocho litros y tres cuartos.

De la forma que hemos descrito en el anterior párrafo comenzarían a gestarse los primigenios señoríos rurales, que unidos a la aparición de los primeros contingentes privados armados, hace que podamos empezar a atisbar ya claros elementos medievales e incluso prefeudales.

Es preciso destacar que aquellos agricultores que cedían la propiedad de sus fincas a un terrateniente a menudo recibían por parte de este último en usufructo o «precario» las mismas, por cuya explotación debían una renta, normalmente en especie. Puede parecer extraño que un propietario libre entregara su única fuente de riqueza, es decir, su tierra, a un latifundista, para luego pagar un arriendo por el cultivo de la misma, aunque esto no nos sorprenderá en absoluto al descubrir que a un colono podía resultarle mucho más beneficioso ceder su propiedad agraria y pagar con una parte de la cosecha el derecho de explotación que quedarse con su finca y tener que abonar el impuesto correspondiente a la anona.

Debido a lo comentado en el anterior párrafo, el rotundo éxito de la encomendación se produjo, como imaginaremos, no solo por cuestiones de seguridad,

sino también por la creciente presión fiscal de la *iugatio-capitatio*, que no hacía otra cosa que perjudicar a los más pobres e impedirles satisfacer los impuestos mientras se hacían cargo de los elevados gastos derivados de la explotación de sus campos.

A partir del 371, durante el imperio de Valentiniano, sucesor de Joviano, los agricultores que trabajaban la tierra en calidad de colonos dejaron de responder de forma directa ante el fisco, y esta responsabilidad recayó en manos de los propietarios. Frente a los terratenientes se situaban los propietarios minifundistas, que debían hacer frente al pago de los impuestos, así como a otros cuantiosos costes, que se incrementaban exponencialmente como consecuencia de la inflación. Entre ellos se encontraban la compra de simiente, los aperos de labranza e incluso la cada vez más escasa mano de obra disponible. Todo esto no hizo otra cosa que llevar a la ruina a estos campesinos libres, motivo por el cual —y no solamente como consecuencia de las guerras— se colocaron al amparo de los *potentiores*, en su mayoría grandes propietarios agrícolas. Con ello quedaban establecidas las bases para que entre dichos labradores encomendados, antiguos poseedores de minifundios, surgiera la figura de la principal fuerza de trabajo de este período, es decir, el colono, campesino libre pero dependiente de un patrón, que acabaría desplazando al antiguo esclavo.

La utilización de colonos como fuerza de trabajo permitiría al imperio mejorar los rendimientos de explotación de la tierra, así como facilitar la recaudación de los impuestos asociados a esta actividad, los más importantes para que el Estado pudiera financiar sus guerras. Es preciso destacar que de esta forma el patrón tenía garantizados los ingresos por arriendo, con lo que podía satisfacer la contribución correspondiente al fisco. Debido al rotundo éxito cosechado por el colonato y la encomendación, el empleo de esta mano de obra en el campo pasaría a ser la principal, desplazando la fórmula de explotación esclavista.

Debemos mencionar que aunque para algunos historiadores es dudoso que la sustitución de los esclavos por colonos incrementara los rendimientos agrarios, lo que sí que podemos asegurar es que ante la escasez de los primeros en época bajoimperial, los segundos lograron, cuando menos, suplirlos con garantías. Estos nuevos campesinos se encargarían también de laborar los *agri deserti*, con lo que las antiguas tierras incultas ahora pasaban a procurar nuevos ingresos a la hacienda pública. Debido a esto, podemos concluir que el impulso dado por los emperadores del siglo IV a la institución del colonato constituía en el fondo una medida fiscal más.

Por esa época los costes de mantenimiento que presentaba la posesión de esclavos resultaban prohibitivos; había que alimentar esta mano de obra incluso en los períodos en los que no había tareas agrícolas que realizar, así que a partir del siglo III sería frecuente que muchos terratenientes que los poseían llegaran a manumitirlos, con lo que pasaban a ser colonos y continuaban laborando en la misma finca.

Debido a ello, y también como consecuencia de la reducción en el comercio de esclavos que tuvo lugar desde época de Adriano, su número era cada vez más reducido, a la par que una creciente cifra de plebeyos romanos emigraba de las

ciudades al campo, en busca de refugio frente a los ataques bárbaros o los conflictos civiles. Del mismo modo, como bien sabemos, cada vez había más agricultores que, o bien buscaban protección física contra estas agresiones, o bien deseaban amparo frente a la opresión fiscal. Por todo lo descrito el número de colonos crecería, y aportaría una sustancial mano de obra para trabajar la tierra en la que cada vez había menos esclavos.

Esto no significa que los esclavos desaparecieran totalmente. Algunos de ellos continuaron sirviendo a sus dueños con su trabajo en las parcelas que el terrateniente se reservaba para sí y que no había cedido en usufructo a ningún colono, o bien realizaban trabajos domésticos en las mansiones de dichos aristócratas. También continuaría dándose la presencia de siervos en las fincas rústicas de las ciudades, de forma que todavía perdurarían, incluso en la Edad Media, en algunas explotaciones agrícolas.

Durante el Medievo, así como en el período bajoimperial, la presencia en el campo de la figura del colono sería predominante. El estatus jurídico de estos colonos en el Imperio romano podía variar en función de si estaban adscritos a la tierra que cultivaban o no. En el primer caso, el colono tenía prohibido abandonar su lugar de trabajo, al que podía permanecer ligado de por vida y que, además, tenía carácter hereditario. Los colonos llegaron a convertirse en un bien tan preciado que en el 371 las autoridades imperiales prohibieron la venta de una parcela agrícola sin ir acompañada de los campesinos adscritos que la trabajaban, con lo que los terratenientes se aseguraban tener mano de obra disponible en esos tiempos de serias dificultades. Es más, la ley dictada ese año restringió la capacidad del terrateniente para vender sus esclavos y para trasladar colonos de una parcela a otra dentro de sus propiedades. Ya en el 332, Constantino dictó una ley que permitía a los patrones retener a sus colonos con una autoridad sobre ellos similar a la que tenían sobre los esclavos. El principal motivo que llevaría a legislar al respecto no es otro que facilitar el censo de estas unidades de fuerza de trabajo que computaban como tal a la hora de establecer el pago de la anona, al tiempo que se evitaba la pérdida de mano de obra.

Sin embargo, aun a pesar de que en ocasiones se ha comparado a lo largo de la historia a estos colonos adscritos con los esclavos, cabe destacar que los primeros, pese a la fuerte relación de dependencia que tenían con su patrón, continuaban siendo jurídicamente libres. Había una diferencia fundamental entre ser colono o esclavo, sin entrar en la cuestión de la apropiación del excedente agrícola producido una vez que se descontaba el pago del arriendo, dado que, como bien apunta el historiador Juan José Sayas, los primeros, como ciudadanos romanos, podían acudir a la justicia. Debido a esto, en el caso de que un patrón pretendiera cobrar a un colono una renta superior a la previamente establecida, este último podía denunciarlo. No obstante, se hace necesario que mencionemos que con el tiempo este derecho desaparecería en la práctica, puesto que la realidad venía a demostrar que en la mayoría de ocasiones estas reivindicaciones no prosperaban debido a que, como bien sabemos, los

funcionarios imperiales ante los que se demandaba a los terratenientes empatizaban con ellos por ser miembros del mismo estamento —dueños también con toda probabilidad de latifundios—, motivo por el cual compartían intereses.

Por esta época, en el Imperio romano la tierra podía ser trabajada por tres categorías de mano de obra, que ordenada de menor a mayor nivel de dependencia de un patrón estaría formada por lo que las fuentes denominan *rustici*, *coloni* y *servi*. Los primeros serían propietarios de pequeñas parcelas, mientras que los segundos, en calidad de colonos, eran también jurídicamente libres pero dependientes, en buena medida, del dueño de la tierra que cultivaban; en cambio los terceros, al ser esclavos, carecían de cualquier tipo de libertad. Pero a pesar de estas diferencias, sus duras condiciones de trabajo fueron similares, dado que, o bien el fisco imperial —en el caso de los pequeños propietarios—, o el pago del arriendo al patrón —en el caso de los colonos—, hacían que sus condiciones de vida se asimilaran cada vez más a las de los esclavos.

Los colonos adscritos eran precisamente los agricultores libres que más se podían parecer desde el punto de vista estatutario a los *servi* o esclavos, aunque es preciso destacar que su caso constituía el más extremo de las relaciones de patrocinio en cuanto a restricciones de autonomía se refiere. No obstante, la situación jurídica de la mano de obra agrícola se iría uniformizando en el Imperio romano entre los siglos III y V, de forma que se pasó de una modalidad de explotación esclavista a otra en régimen de colonato; esto en la Edad Media se conocería como «régimen señorial» y acabaría coincidiendo en Occidente con el feudalismo en esta misma época, lo que dio lugar en su conjunto al «sistema feudoseñorial».

A lo largo de este epígrafe hemos podido observar cómo la masa campesina pasaba a depender de la aristocracia terrateniente, cómo esta nobleza comenzaba también a establecer relaciones de dependencia entre sus miembros, cómo aparecían contingentes privados de tropas que prestaban servicio de armas a cada noble para defender sus intereses particulares, cómo se construían a escala local espacios amurallados, por iniciativa de la aristocracia, para poder defender mejor sus dominios. Todo lo anterior denota una clara tendencia prefeudal antes incluso de que se produjera en Occidente el estrecho contacto entre los mundos romano y germánico que tuvo lugar tras las graves invasiones sufridas a partir de la segunda mitad del siglo IV y hasta el fin del Imperio de Occidente, momento a partir del cual esta tendencia se vería acelerada. Todo ello, por lo tanto, constituye la aportación romana al sistema feudal que ya por entonces se estaba gestando.

¿Pero qué ocurría precisamente a partir de mediados de la cuarta centuria, una vez que Joviano había muerto y que Valentiniano se había ceñido la corona? Analicémoslo en el capítulo 5.

Las últimas dinastías

VALENTINIANO Y VALENTE: LA GUERRA CONSTANTE (364-375)

Volvamos al año 364 para analizar la situación del Imperio romano a la muerte de Joviano. Nuevamente, al igual que ya ocurriera al fallecer Juliano, se reunirían los mandos del ejército para acordar la coronación de otro emperador y una vez más se decantarían estos por un oficial panonio, igualmente cristiano, perteneciente a la guardia palatina.

De nombre Valentiniano (364-375), el nuevo augusto se mostraría tolerante hacia todas las religiones, lo que no le vendría mal al imperio para apaciguar las tensiones religiosas que existían por la época como consecuencia de las traumáticas persecuciones efectuadas por Constancio II contra los paganos o del perjuicio de Juliano hacia los cristianos. De este modo, Valentiniano podría centrarse mejor en resolver otros conflictos que pronto analizaremos. Con Valentiniano portando el cetro imperial, el Estado romano únicamente se opondría al credo maniqueo, una religión dualista de origen persa, y a los donatistas, secta cristiana que daba soporte al alzamiento en África de un usurpador, de nombre Firmo.

Con los ánimos calmados en cuanto a asuntos religiosos se refiere, Valentiniano pronto asociaría al trono a su hermano, Valente (364-378), al que cedió el gobierno de la mitad oriental del imperio, reservándose para sí mismo la parte occidental. Este gesto constituye una clara muestra de que por entonces los emperadores romanos debían ser muy conscientes de la imposibilidad práctica de que una sola persona gobernase un territorio tan amplio —acosado, además, como ya bien sabemos, en todas sus fronteras—. Al mismo tiempo, la división del Imperio romano en dos partes confirma también lo que por entonces era una evidencia, es decir, las profundas diferencias que se daban entre Oriente y Occidente, que incluso habían propiciado la existencia de dos facciones en el ejército, enfrentadas entre sí, tal y como comentamos en el anterior epígrafe. Es por ello por lo que las tropas del oeste eran de carácter predominantemente pagano, mientras que los soldados del este eran en su mayoría de creencia cristiana.

¿Qué peligros eran los que acechaban al Imperio romano de Valentiniano y Valente? La multiplicidad de frentes abiertos era un hecho ya a comienzos del reinado de Valentiniano, por lo que el emperador se vería obligado a combatir intensamente las incursiones bárbaras de la frontera del Rin, el Danubio, la Galia y Britania, o las de los persas en Asia. Para ello Valentiniano no solamente se apoyaría en su hermano, Valente, sino también en uno de sus generales de confianza, de origen hispano,

conocido por la historiografía como Teodosio el Mayor. Gracias a Teodosio se vencería a los alamanes en Recia, se expulsaría a los pictos, que ocupaban buena parte de la Britania romana, más allá del muro de Adriano, y se rechazarían las incursiones piráticas protagonizadas por los sajones en la costa atlántica de la Galia, para lo cual crearía una flota que operaría en el canal de la Mancha. Teodosio adquiriría por todas sus hazañas bélicas una gran fama, y llegaría a ser nombrado *magister equitum*, es decir, comandante en jefe del prestigioso cuerpo de caballería.



Acueducto Valente en la ciudad de Constantinopla (actual Estambul, en Turquía). Esta monumental obra de ingeniería romana llevaba agua a la capital del Imperio romano de Oriente desde el bosque de Belgrado, localizado en las afueras de la ciudad. En época contemporánea se conserva en buen estado gran parte del mismo, aunque, eso sí, es preciso destacar que sus restos se integran con el paisaje urbano del presente, pues ciertos tramos del mismo forman parte de edificaciones actuales.

Por todo lo descrito en el párrafo anterior, Valentiniano viviría inmerso en una constante guerra fronteriza a lo largo de su corto reinado, lo que motivó que adoptara ciertas medidas encaminadas a mejorar la defensa. En este contexto construiría nuevos campamentos fortificados y rehabilitaría otros ya existentes, así como amurallaría también ciudades estratégicas. Del mismo modo, trataría de paliar la falta de efectivos militares haciendo que el reclutamiento no fuera tan exigente —llegaría a rebajar incluso la altura mínima exigida para formar parte del ejército—.

No obstante, el peligro exterior no constituía la principal amenaza para Roma. Nuevamente, las guerras civiles pondrían a prueba la integridad de su imperio. Cabe citar en este contexto que Valente y Valentiniano sufrirían varios intentos de usurpación por parte de Severiano, Carieto y Firmo, que se alzarían en Occidente, y Procopio, en Oriente. La simultaneidad de frentes abiertos en Oriente y Occidente provocaría que los dos hermanos no pudieran prestarse apoyo mutuo, aunque, por suerte para ellos, lograrían finalmente vencer a sus enemigos internos.

Las actuaciones de Valentiniano en cuanto a política interior se refiere quedarían complementadas como se describe a continuación. En un principio su reinado estaría caracterizado por no mostrar una oposición activa frente al denostado Senado, aunque, al igual que venían haciendo sus antecesores en el trono, Valentiniano también se decantaría por favorecer a miembros del orden ecuestre y les otorgaría cargos políticos y administrativos en detrimento de los senatoriales. No obstante, la concordia inicial habida con la nobleza tradicional romana quedaría enturbiada cuando hacia el final de su imperio (369) diera comienzo a una cruenta purga de patricios, probablemente ante el temor de que los senadores pudieran conspirar contra él. Al parecer Valentiniano se dejaría influenciar por aquellos que reclamaban para sí los puestos de gobierno y de la administración que los senatoriales todavía ocupaban, y se erigió en auténtico azote de la antigua aristocracia romana.

Valente se uniría por esa época a esta especie de orgía de sangre, iniciando también en Oriente procesos judiciales que en muchos casos llevarían a la ejecución de no pocos personajes prominentes. Del mismo modo, Valente se dedicó a perseguir a todos aquellos cristianos que no practicaran la variante arriana de esta creencia, de forma que, a diferencia de su hermano, no tendría un comportamiento religioso tolerante. Estas medidas abrirían en Oriente una brecha todavía mayor de la ya existente entre las diferentes sectas cristianas, lo que únicamente llevaría a violentos enfrentamientos. No obstante, el emperador se vería forzado a rectificar su posición al respecto cuando hacia el final de su reinado una invasión goda amenazaba al Imperio oriental y no tuvo otra opción que aunar esfuerzos con sus rivales cristianos para enfrentarse al enemigo común con plenas garantías.

En contraste con las decisiones políticas tomadas por Valentiniano y Valente contra los poderosos, destaca la protección que ambos realizarían sobre los derechos de los *tenuiores*, llegando a reducir sus impuestos, en un intento por preservar la presencia, cada vez más reducida, de campesinos minifundistas. En este contexto, durante el imperio de Valentiniano surgiría, además, la figura del «defensor del pueblo», nuevo funcionario encargado de velar por los intereses de los más humildes frente a los *potentiores*. Sin embargo, tras la muerte de Valentiniano, sus sucesores designarían para ocupar este puesto a terratenientes, que no defenderían de forma enérgica —como del «defensor del pueblo» se esperaba— a los campesinos oprimidos por sus patrones. Del mismo modo, Valente intentaría también reducir el crecimiento exponencial que estaban experimentando los latifundios a raíz del auge de la encomendación, aunque, como su hermano, con escaso éxito, ya que su curso era imparable. Resultaba imposible detener este proceso porque de las relaciones de patrocinio entre patrones y colonos dependían tanto la productividad de los campos romanos como la salud financiera del imperio, y esta última resultó fundamental a la hora de sufragar la defensa de las fronteras que, muy pronto (hacia el 375), volverían a romperse por culpa de un nuevo peligro bárbaro: los godos.

ADRIANÓPOLIS Y LA ÚLTIMA LEGIÓN (375-392)

En el 375, los hunos —confederación de pueblos nómadas de las estepas euroasiáticas— cruzaban los ríos Volga y Dniéster y expulsaban de la región a los godos que, tras ser derrotados, fueron empujados hacia el limes danubiano. Los godos habían llegado a las costas del mar Negro y al área del curso bajo del Danubio a mediados del siglo III d. C. desde la región de Gotland, en la Suecia meridional — tierra de la que habían emigrado hacia el año 50 a. C.—. Las fuentes antiguas atestiguan el establecimiento de estos pueblos nómadas dentro de las fronteras imperiales en el siglo IV y ya distinguen entre ellos a dos grupos diferenciados.

Los godos orientales —denominados ostrogodos—, que eran los más numerosos, formaban por entonces un reino bastante consolidado en las actuales Ucrania y Bielorrusia, y contaban entre sus súbditos a etnias asiáticas como sármatas y alanos, motivo por el cual su sedentarismo y su ubicación, alejada del limes, parecía que ponía punto final a sus incursiones de rapiña en suelo imperial.



Vasija visigoda. La cerámica visigoda, basada en buena medida en los modelos romanos precedentes, está considerada, en cambio, como tosca y de cocción deficiente en comparación con la de época imperial. Estos datos refuerzan las tesis del arqueólogo británico Ward-Perkins para quien, tras haber estudiado en profundidad la cerámica romana, la extinción del imperio condujo a la pérdida del elevado grado de sofisticación que alcanzó su civilización.

El grupo occidental de los godos, cuyos miembros eran denominados visigodos, se había establecido ya en el siglo III en la Dacia, donde formó un proto-Estado tan poco desarrollado que carecía incluso de una monarquía consolidada. Los visigodos eran, sin embargo, más belicosos que sus parientes ostrogodos, precisamente por no haberse constituido todavía en un reino estable. Su proximidad al imperio provocaba que estuvieran más romanizados, y en el siglo IV llegaron incluso a convertirse al cristianismo arriano. Todo ello condujo a que desde el 332 los visigodos fueran aliados de los romanos en calidad de *foederati*, ya que, tras haber sido derrotados por Constantino, habían alcanzado el acuerdo de defender el limes y aportar mercenarios al servicio de Roma a cambio de su manutención con cargo a la anona.

Por todo lo analizado en este párrafo, hasta la irrupción de los hunos en tierras godas estos últimos no presentaban un peligro palpable para el imperio, lo que no significa que en ocasiones no tuvieran ciertos conflictos con los romanos.

Un ejemplo de estos enfrentamientos lo constituye el apoyo prestado hacia el 367 por los visigodos al usurpador Marcelino, continuador de la revuelta de Procopio, cuando unos tres mil de estos germanos participaron en la guerra civil respaldando a los rebeldes. Cabe destacar que los líderes de este alzamiento, Procopio y Marcelino, pertenecían a la familia de Constantino el Grande, de modo que combatirían por ellos en virtud del tratado establecido con este último. Esta revuelta pudo ser apaciguada finalmente por Valente, que acabaría adentrándose en tierras visigodas para someter a sus habitantes a un duro castigo. En el 369 los derrotados visigodos se verían, por lo tanto, forzados a firmar un nuevo tratado con el imperio, en el que se establecían unas duras condiciones; serían expulsados al otro lado de la frontera danubiana, dejarían de combatir para el emperador y se les negarían los correspondientes estipendios. Esta decisión de Valente privaría al imperio de la disponibilidad de estos excelentes mercenarios y generaría rencores hacia los romanos entre el pueblo visigodo. No obstante, como ya hemos destacado en el párrafo anterior, los godos no parecían ser rival para Roma en esos momentos hasta que entraron en escena los hunos y provocaron el empuje de ostrogodos y visigodos a tierras romanas.

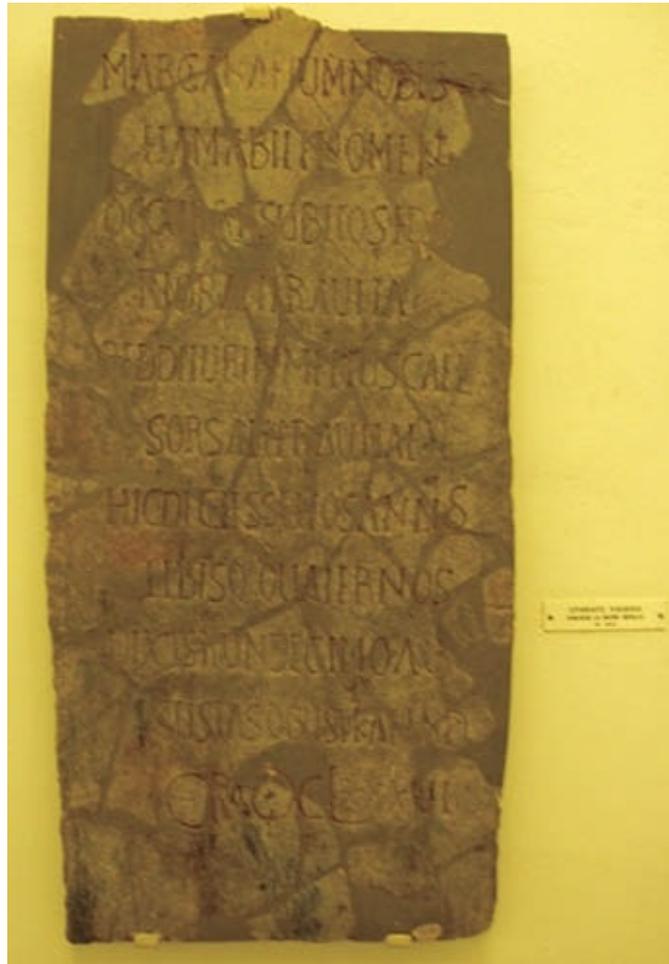
Tras derrotar los hunos a los ostrogodos y sus aliados en el 375, muchos de ellos aceptarían el dominio de los vencedores y formarían parte de su confederación de etnias sometidas, pasando a combatir para ellos. Otros grupos de ostrogodos, sin embargo, no aceptarían vivir bajo el yugo huno y acudirían a refugiarse junto a sus parientes visigodos, que, a su vez, habían sido arrojados por la acometida de estos nómadas asiáticos hacia el interior del territorio romano. Debido a ello, en el 376 los visigodos y los ostrogodos huidos solicitarían a Valente permanecer dentro del imperio.

Ante la presencia de todo su ejército y su pueblo —que ahora no se trataba de un pequeño contingente armado sino de unas doscientas mil personas—, los godos forzaron al emperador a aceptarlos, no sin antes haber mantenido unas tensas negociaciones en las que los germanos lograron volver a prestar servicio de armas a

Roma en calidad de aliados federados, con manutención a cargo de la anona. Sin embargo, nada más autorizarse su entrada en el imperio, serían traicionados por los romanos, que conscientes de lo que se les venía encima atacaron a los godos e interrumpieron el pago de los estipendios pactados. Esto provocaría la contraofensiva goda, que depredaría Tracia y los Balcanes, sin que los desbordados ejércitos romanos lograran contenerlos. Sin embargo, es preciso reconocer que, al encontrarse en tierra extraña, los godos únicamente podían subsistir con ayuda de los romanos, y al cortar Valente su manutención, se vieron obligados a saquear los campos y pequeñas ciudades orientales pues carecían de la tecnología, las fuerzas y la logística necesarias para llevar a cabo el sitio de fortalezas o de grandes urbes amuralladas.

En el 377 Valente reuniría un gran ejército para hacer frente a la invasión y dirigiría él mismo la campaña bélica. Finalmente, el encuentro decisivo entre romanos y godos tendría lugar el 9 de agosto del 378 en Adrianópolis. En esta batalla, a pesar de que los romanos contaban con un número de efectivos mayor, su infantería sería totalmente aniquilada por la caballería visigoda. Tras el desastre de Adrianópolis cambiaría la forma de hacer la guerra. Esta batalla se convertiría en la última en la que un ejército romano propiamente dicho sería reunido para combatir.

A partir de entonces, los contingentes armados de caballería se impondrían definitivamente sobre la infantería y constituirían pequeños comandos operativos en lugar de legiones de infantería pesada, con un elevado número de efectivos que poseían escasa movilidad. Esta batalla también había demostrado la utilidad de las cargas de jinetes armados con lanza. Pero no solamente se prescindiría de la legión para combatir por cuestiones tácticas, ya que tras este varapalo Roma tendría serias dificultades para reconstruir su ejército y nunca llegaría a recuperarlo totalmente. A partir de esos momentos, si el imperio debía enfrentarse en batalla campal, necesitaba reunir un ejército en el que predominaban las unidades bárbaras de aliados federados sobre los soldados romanos. Sirva de ejemplo lo acontecido en la batalla de los Campos Cataláunicos (451), donde, como analizaremos en el capítulo 7, el general romano Aecio lograría vencer al caudillo huno Atila, capitaneando un heterogéneo ejército donde predominaban los contingentes visigodos y alanos. Es más, la entrada de los hunos en Europa y la posterior derrota romana en Adrianópolis marcan el principio del fin del Imperio romano, dado que en los siguientes años se sucederían una serie de dramáticos acontecimientos que conducirían a este fatal desenlace. Estos hechos, relacionados directa o indirectamente con la entrada de los hunos en Europa, serán la ocupación de los Balcanes por los godos (378), el asentamiento godo en territorio imperial como federados (382), la invasión de la Galia por suevos, vándalos y alanos (406), la usurpación de Constantino III (407), el saqueo de Roma por los visigodos (410), la entrada de los visigodos en Hispania (415), el asentamiento visigodo permanente en la Galia (418) y la conquista vándala de África (429). Todo ello propiciaría la pérdida definitiva de la autoridad romana en la práctica totalidad de Occidente.



Epígrafe visigodo hallado en Sanlúcar la Mayor, Sevilla. El texto en cuestión, fechado en el siglo VII, constituye un buen ejemplo de la continuidad del uso del latín en Occidente una vez desaparecida la autoridad romana.

Tan desastrosa resultaría ser esta derrota que incluso el propio Valente caería combatiendo, es más, su cuerpo nunca fue hallado. Ya sin ejército alguno que les pudiera hacer frente, los godos asediarían en primer lugar Adrianópolis y, más tarde, Constantinopla, aunque al no poder lograr la rendición de estas inexpugnables ciudades fortificadas, continuarían depredando las áreas agrícolas y saqueando pequeñas ciudades que no gozaban de protección.

Por las fechas en las que los godos se hallaban a las puertas del Danubio oriental, Valentiniano se veía también en serios apuros en Occidente. En el 374, cuados y sármatas, en plena rebelión del norte de África liderada por Firmo, cruzaban el limes y entraban en Panonia. En medio de este enrarecido clima moriría Valentiniano al año siguiente. Le sucedería su hijo Graciano (375-383), que ya había sido asociado al trono previamente.

Graciano era joven e inexperto, y las fuentes lo describen como de carácter débil. Por todo ello, sería muy maleable, e incluso los líderes militares le llegarían a imponer reinar junto a su hermano Valentiniano II (375-392) de apenas cuatro años, seguramente en un intento por lograr todavía más influencia en la corte. De esta forma, el desgraciado Valentiniano II se convertiría en una especie de títere que nunca llegaría a gobernar por sí solo, recluido además en la corte de Milán.

El reinado de Graciano se caracterizaría en un primer momento por su tolerancia religiosa y por su concordia con los senatoriales. Con todo esto, sin duda influenciado por su tutor, Ausonio, se trataba de dar continuidad a la política religiosa de su padre al tiempo que se intentaba apaciguar las tensiones surgidas entre la corona y el patriciado a raíz de la represión ejercida por Valentiniano I durante sus últimos años de vida. Aunque pronto la paz doctrinal que había caracterizado al imperio de Valentiniano y los primeros años en el trono de Graciano se acabaría, sobre todo cuando el joven emperador, al igual que su padre de confesión cristiana, se dejara influenciar por religiosos católicos como el papa de Roma, Dámaso, o Ambrosio, obispo de Milán. Al mismo tiempo el sorprendente nombramiento de Teodosio el Joven —hijo de Teodosio el Mayor— como emperador de Oriente acabaría por reabrir de nuevo las antiguas querellas de los católicos tanto con los paganos como con los arrianos. En el 379 Graciano firmaba la promulgación de un edicto que clasificaba como heréticas todas las variantes del cristianismo distintas del credo de los partidarios de Atanasio de Alejandría, que se impuso en el concilio de Nicea (325), y condenaba a sus adeptos a la excomunión, con lo que estos perdían sus derechos como ciudadanos. Una serie de medidas adoptadas por Graciano entre los años 381 y 382 acabaron erradicando el arrianismo en el Imperio romano, y trataron de deshacerse de los últimos restos de paganismo. Sirvan de ejemplo la eliminación de la ancestral estatua de la Victoria que presidía las sesiones del Senado, o la anulación de los privilegios que hasta la fecha poseían las vírgenes vestales y los sacerdotes de la tradicional religión romana.

Volviendo al asunto de la designación de Teodosio (379-395) como augusto, es preciso destacar que la historiografía no llega a explicar con claridad los motivos que llevaron al emperador de Occidente a tomar esta decisión a comienzos del 379, una vez que su tío Valente había muerto, sobre todo si tenemos presente que el propio Graciano había ordenado asesinar en el 376 a Teodosio el Mayor. Es muy probable que los personajes católicos a los que nos hemos referido en el anterior párrafo presionaran a Graciano para coronar a Teodosio I, ferviente defensor de la ortodoxia católica. En cualquier caso, es preciso destacar que la dramática posición en la que se hallaba el imperio, hostigado en todas sus fronteras, provocó que tras la muerte de Valente se optara por designar un nuevo augusto para la corte de Constantinopla, preferentemente con aptitudes de gobierno y militares —como ocurría en el caso de Teodosio—, en lugar de que un único emperador se ocupara tanto de Occidente como de Oriente, que en el caso concreto de Graciano carecía de experiencia en estas materias. A partir de entonces ambos emperadores desarrollarían una política común, de manera que, ante la delicada situación por la que pasaban las tierras orientales tras el desastre de Adrianópolis, donde los godos campaban a sus anchas, Graciano pondría incluso a sus mejores generales, los francos Arbogasto y Bauto, al servicio de Teodosio.

Los movimientos de Teodosio para tratar de frenar las depredaciones godas irían

en dos direcciones.

Por un lado, el emperador procuraría reconstruir el ejército perdido por todos los medios, una ardua tarea imposible de completar en su totalidad. A pesar de todo, intentaría reclutar nuevos soldados, en un período en el que la mayoría de ciudadanos romanos evitaba enrolarse en las filas militares tanto porque ya no resultaba rentable este oficio como porque la identidad romana se estaba perdiendo como consecuencia de la quiebra experimentada en el seno del imperio. Además, el emperador movilizaría las escasas tropas disponibles de cualquier rincón del imperio con el ánimo de paliar el daño causado por los godos en Adrianópolis.

Por otro lado, Teodosio apostaría por generar disensiones entre las filas godas, y atraería a su causa a aquellos germanos que no practicaban el arrianismo. De este modo, se aliaría con un caudillo visigodo, Atanarico, para reclutar para el ejército imperial —tan falto de efectivos como estaba— a huestes de estos germanos en calidad de federados. En virtud de estos pactos y a cambio de sus servicios de armas, en el 382 se permitió nuevamente a los godos instalarse en el territorio imperial de Mesia, en la actual Bulgaria, con manutención a cargo de la anona. Roma no se encontraba por aquel entonces en condiciones de derrotar militarmente a los visigodos, pero el ingenio de Teodosio le hizo recurrir a esta estrategia que se convertiría, además, en la pauta dominante para los romanos en los siguientes años. Con ello, el emperador también permitiría la instalación de los ostrogodos en Panonia bajo otro régimen de *foedus* que los convertía, de igual modo, en mercenarios al servicio de Roma y les permitía, además, que continuaran manteniendo su propia organización y gobierno.

De esta forma, constituyendo un Estado dentro de otro, estos grupos de germanos continuaron su imparable proceso de romanización y fueron suponiendo un problema mayor para el imperio a medida que iban ganando poder. A partir de entonces los contingentes bárbaros pasaron a constituir el grueso de los ejércitos romanos y, como nos indica el medievalista Emilio Mitre, la instalación masiva de germanos en el imperio se convirtió en un proceso irreversible. Si bien es cierto que esta decisión de Teodosio lograba atenuar las consecuencias del desastre sufrido en Adrianópolis, finalmente no podemos ocultar que al imperio le pesaría mucho permitir que el enemigo se instalara en su propia casa.

Las hordas visigodas no dejaban de llevar a cabo saqueos en las proximidades de sus asentamientos, algunas veces, eso sí, como consecuencia del incumplimiento, por parte de los romanos, del aprovisionamiento regular de trigo; otras, con el único objetivo de conseguir nuevos reconocimientos por parte del emperador. Esto no quita para que, al mismo tiempo, gracias a los godos se consiga combatir de manera efectiva a otros enemigos bárbaros, como por ejemplo a los hunos.

En esos años en los que la precaria situación del Imperio de Oriente se estabilizaba, se vendría a complicar la posición de Occidente, donde Graciano cedía el protagonismo político-administrativo a Ausonio o a los miembros de su familia, el

religioso a Ambrosio de Milán y el papa Dámaso, y el militar a los generales de origen franco Bauto, Arbogasto y Merobandes.

En este contexto, hacia el 383, los alamanes atravesaban el Rin al tiempo que las tribus indígenas del norte del muro de Adriano invadían la provincia de Britania. El desconcierto generado sería aprovechado por Máximo —general que alcanzaría gran popularidad al pacificar Britania— para que sus tropas le proclamasen emperador. Cuando las noticias de esta usurpación llegaron a Graciano, este acudiría a la Galia al encuentro de Máximo. Pero a diferencia de su rival, Graciano, que carecía de experiencia militar, era despreciado por sus soldados, por lo que fue abandonado por los suyos y asesinado. Las tropas del emperador legítimo se unirían entonces también a la causa de Máximo.

El caos imperante posibilitaría que Justina, la madre de Valentiniano II —todavía recluido en Milán—, consiguiera que una parte de los restos de Occidente quedara bajo el dominio de su hijo. Así, tres augustos se repartieron el Imperio romano: Máximo el área más occidental, Valentiniano la zona central y Teodosio I todo el Oriente. De esta forma, la situación quedaría bastante estabilizada, dado que, además, la frontera del Rin lograría ser restablecida gracias a la brillante actuación de las tropas comandadas por Máximo, y el orden volvía a los Balcanes con la asimilación de buena parte de los godos como federados, aunque la presencia simultánea de tres cortes diferentes, situadas en Tréveris, Milán y Constantinopla, hacía entrever que la paz interior no duraría demasiado. Y como sabemos, los conflictos entre romanos animaban a los pueblos bárbaros localizados en las proximidades del limes a pasar a la acción.

Queda muy claro que, de los tres emperadores, el que se encontraba en una posición de debilidad era Valentiniano II. Debido a ello, Máximo ocupó Italia con sus tropas en el 387, y Justina y Valentiniano II se vieron en la necesidad de pedir asilo a Teodosio en Oriente. Teodosio, tras desposar a Gala —hermana de Valentiniano II e hija de Justina— decidiría hacer la guerra a Máximo. Sorprendentemente, aunque todo parece indicar que Máximo estaba más preparado que su rival, las tropas de Teodosio llevarían la iniciativa y el usurpador sería derrotado en agosto del 388 en el distrito militarizado de Aquileya. Estos dramáticos hechos hacían posible que, *de facto*, un único hombre volviera a dirigir el Imperio romano, pues si bien Valentiniano II fue restituido, este permanecería a la sombra de su cuñado y recluido en la Galia, bajo la atenta vigilancia de Arbogasto sobre él y su madre, Justina, impuesta por Teodosio. Así continuaría el desgraciado Valentiniano II hasta que en el 392 una dura disputa con Arbogasto, que les llevaría incluso a empuñar las espadas, provocó que, finalmente, el emperador legítimo fuera asesinado. Valentiniano II aparecería ahorcado y la noticia que se transmitió sobre la causa de su muerte fue que se suicidó.

TEODOSIO, UN GRAN... CRISTIANO (379-395)

Una vez muerto Valentiniano II, Arbogasto era el único hombre con la fuerza suficiente como para hacerse con el poder que hasta la fecha había ocupado, al menos en teoría, el mejor de los hijos de Valentiniano I. Pero había un problema para que pudiera lograrlo: su origen franco. Sin embargo, Arbogasto podía coronar a un nuevo títere, un romano que, al igual que Valentiniano II, fuera dominado con facilidad. Y precisamente esto último fue lo que hizo, ya que ordenaría a las tropas bajo su mando que aclamaran como augusto a Eugenio, un profesor de retórica. Eugenio era cristiano, motivo por el cual este usurpador y su mentor pensaron que podrían lograr con mayor facilidad que Teodosio y otro de los poderes del imperio, el obispo de Milán, Ambrosio, reconocieran al nuevo emperador. Como es lógico pensar, no lo lograrían y fue entonces cuando Arbogasto y Eugenio trataron de ganarse el respaldo de los seguidores del paganismo que todavía habitaban en Occidente, donde entre las filas del ejército del Rin y de la nobleza senatorial existían todavía practicantes de esta religión.



Detalle del disco de Teodosio el Grande. Esta pieza de plata, que data del año 388, fue hallada en Almendralejo (Badajoz) y se conserva en la Real Academia de la Historia, en Madrid. Se trata de una bandeja ceremonial de setenta y cuatro centímetros de diámetro y un peso de más de quince kilogramos, que conmemora el decimoquinto aniversario de la ascensión al trono de este emperador.

Esta última decisión daría la excusa perfecta a Teodosio para intervenir contra

esta usurpación, dado que enfocaría entonces su enfrentamiento con Eugenio como una guerra santa y lograría con ello los apoyos suficientes para animarse a emprender esta aventura. Teodosio reclutó para ello un heterogéneo ejército, en el que formaban los restos de las esquilmadas tropas romano-orientales, cuyos soldados solían ser cristianos, tropas de otros lugares del imperio, así como un importante contingente godo. La batalla del río Frígido, que tuvo lugar en el distrito de Aquileya, pondría final a esta usurpación, dado que el ejército de Arbogasto y Eugenio sería derrotado.

A partir de entonces había nuevamente un único augusto en el Imperio romano. Y este sería el último, ya que, como veremos en el siguiente epígrafe, a su muerte el territorio quedaría definitivamente dividido en sus dos mitades, oriental y occidental. Al mismo tiempo, la batalla del río Frígido parecía enterrar el último intento del paganismo por recomponer sus filas.

Teodosio se alzaría por entonces más que nunca como adalid del catolicismo y representante del poder temporal que defendería el credo niceno, mientras que en Milán se asentaba el poder espiritual, que detentaba Ambrosio. Y aunque estos dos hombres actuarían mancomunadamente en beneficio de la cristiandad, sin embargo, entrarían en disputa por ver quién de ellos se imponía sobre el otro. Buena muestra de ello la encontramos cuando Teodosio, probablemente ya dominado por Ambrosio de Milán, en virtud de una ley imperial dictada en el 390 que condenaba a muerte a los homosexuales, apresó en Tesalónica a un afamado auriga y provocó con ello un levantamiento popular. El asunto se le iría de las manos al emperador, quien reprimiría la revuelta con extrema violencia. Ambrosio aprovechó esta situación para excomulgar a Teodosio. El emperador sufriría entonces la humillación de hacer penitencia pública, y hubo de reconocer sus pecados para poder ser admitido nuevamente en la comunidad cristiana. Con ello quedaba demostrado a ojos de todos quién era el hombre fuerte del imperio en esos momentos, y si bien el emperador trataría de ganar apoyos —por sorprendente que parezca— entre influyentes personajes paganos como Nicómano Flaviano, a quien invistió como prefecto del pretorio, o Símaco y Taciano, a los que nombró cónsules, nunca llegaría a hacer sombra al obispo de Milán y acabaría quedando a su merced.

En cuanto a la cuestión religiosa se refiere, Teodosio I destacaría también —al margen de verse sometido a la voluntad de Ambrosio— por promulgar el edicto de Tesalónica en el año 380, a través del cual el cristianismo católico se convertía en el único credo del Imperio romano, quedaban declaradas como heréticas el resto de sus sectas, y se prohibía cualquier forma de paganismo. Estas duras disposiciones parecían acabar con los históricos enfrentamientos teológicos existentes entre las diferentes variantes del cristianismo, aunque la promulgación de nuevas leyes relacionadas con estas cuestiones, así como la celebración de un nuevo concilio apenas un año después, en Constantinopla, evidencian a las claras que aplacar estas disputas de una vez por todas sería una ardua tarea que llevaría más tiempo. Sirvan como ejemplo de estos enfrentamientos entre cristianos los habidos en Oriente, área

de origen de esta religión y donde, por lo tanto, las disputas en este sentido eran más frecuentes y virulentas. Concretamente destaca en este aspecto el cese por Teodosio en el 380 del patriarca de Constantinopla, Demófilo, de credo arriano, aun a pesar de que contaba con numerosos seguidores, y su sustitución por el católico Gregorio de Nacianzo, en medio de un enrarecido ambiente de disturbios originados por estas sectas.



Sarcófago cristiano hallado en Berja, Almería. A partir del siglo IV, centuria en la que el cristianismo se convertiría en la religión oficial del Imperio romano, se hicieron cada vez más frecuentes este tipo de sepulturas entre los ciudadanos pudientes.

En el 381 Teodosio convocó el concilio de Constantinopla, como ya hemos comentado, en un nuevo intento por finalizar las querellas religiosas. Sin embargo, el simple hecho de que se celebrara en la capital oriental, cuyo patriarcado rivalizaba con el papa de Roma por la supremacía en la Iglesia católica, abriría una brecha aún mayor que la ya existente entre Oriente y Occidente. La nueva herida se agravaría todavía más cuando el papa Dámaso y el emperador Graciano convocaban otro concilio en Roma en el 382, sínodo que tendría su réplica ese mismo año con la celebración de otro por parte de Teodosio en Constantinopla.

Por todas las actuaciones descritas en este epígrafe, se ha venido a llamar a este emperador Teodosio I el Grande, aunque es preciso destacar que el apelativo le sería dado por la Iglesia católica a la que tanto defendió. Como bien sabemos, Teodosio no haría gala de su sobrenombre en todo el sentido de este adjetivo calificativo si tenemos presente que incluso se dejó dominar por la curia católica, con lo que, por primera vez en la historia, el poder temporal hincaba la rodilla en el suelo ante el poder espiritual y marcaba con ello el camino a seguir por los reyes medievales, siempre sometidos a la autoridad de los representantes de Dios en la tierra.

Continuando con el uso de este calificativo, debemos decir que precisamente a la muerte de Teodosio, en el 395, el Imperio romano resultaba ser demasiado grande,

motivo por el que el emperador decidiría, con buen criterio, dividirlo entre sus dos hijos: Honorio en Occidente y Arcadio en Oriente. Este acto, unido a la minoría de edad de los dos príncipes, provocaría drásticos cambios en lo que hasta la fecha había sido la colegiación imperial. Es más, todo estaba cambiando de tal forma que para el catedrático de Historia Antigua, Ramón Teja, podemos considerar que el reinado de Teodosio marcará el final del mundo antiguo y el comienzo de la época medieval y del Imperio bizantino, tal y como explicaremos seguidamente.

¡ORIENTE Y OCCIDENTE SE SEPARAN! (395-423)

¿Qué quiere decir Ramón Teja con la frase mencionada en el último párrafo del anterior epígrafe? Con Honorio en Occidente y Arcadio en Oriente, la partición del Imperio romano será definitiva, como ya hemos comentado, dado que hasta entonces, si bien en determinadas circunstancias habían podido coexistir varios emperadores, siempre había uno de ellos, normalmente el más veterano, que en la práctica ejercía un poder superior al de sus colegas, de forma que, normalmente, el resto de soberanos actuaba de común acuerdo con los designios de este augusto. Tal es el caso de Marco Aurelio o Diocleciano, ambos con coemperadores que podían portar los mismos títulos que ellos, pero que realmente estaban subordinados, e incluso en el caso del primero, su asociado, Lucio Vero, era un augusto meramente nominal.



Busto de Lucio Vero. Lucio Vero, si bien fue elevado a la dignidad de augusto por su hermano, el emperador Marco Aurelio, lo cierto es que siempre

permaneció a su sombra, de forma que incluso el padre adoptivo de ambos, el emperador Antonio Pío, no dudaría en mostrar en todo momento su predilección hacia el segundo. Es más, la única de las atribuciones imperiales que era indivisible, el pontificado máximo, quedaría reservada para Marco Aurelio.

Tras la muerte de Teodosio, la minoría de edad de los dos herederos —en el 395 Arcadio tenía diecisiete años y su hermano Honorio solo diez— provocaría que fueran dominados por sus respectivas cortes, lo que agudizaría las profundas diferencias que ya se daban por entonces entre Oriente y Occidente. Todo ello indudablemente facilitaría la escisión definitiva de los dos imperios en todos los aspectos: religioso, cultural, económico, militar, etc. Esta separación perenne, unida al abandono de una actuación política común de sus dos cortes, propiciaría que Oriente y Occidente evolucionaran a lo largo del siglo V hacia concepciones estatales bien distintas. Oriente, gracias a sus riquezas y a su capital, Constantinopla, cuya situación estratégica la hacía por la época prácticamente inexpugnable, lograría sobrevivir al azote bárbaro y se convertiría en lo que se conoce como «Imperio bizantino». Occidente, mientras tanto, se acabaría desmoronando ante estas múltiples acometidas exteriores, lo que daría finalmente lugar a numerosos territorios independientes entre sí, donde, si bien todavía perviviría un sólido sustrato romano —como es el caso del idioma, la religión católica o el régimen señorial surgido a partir del colonato—, en cambio sus élites gobernantes serían sustituidas por otras de etnia germánica o, cuando menos, ambas se fusionarían.

Una vez fallecido Teodosio I, Estilicón se encargaría de la tutela del emperador Honorio, mientras que Rufino haría lo propio con su hermano Arcadio. Ambos habían sido designados para este menester estando en vida Teodosio el Grande. Mientras que Estilicón era un oficial romano de origen vándalo y religión arriana que había sido nombrado *magister militum*, Rufino era un galo católico que ejercía la prefectura del pretorio en Constantinopla.

Rufino era al parecer muy consciente de la escasez de tropas romanas tras la derrota de Adrianópolis, por lo que se alzaría en sólido defensor de la barbarización del ejército, y se convirtió en el principal artífice de que Teodosio desarrollara su política de acogimiento de los godos como aliados federados.

Por el contrario, Estilicón, a pesar de sus orígenes germánicos, se mostraría contrario a esta postura.

Por todo lo descrito en este párrafo, los dos regentes estaban enfrentados entre sí, lo que fomentó que se abriera una sima todavía más amplia entre Oriente y Occidente. Eran tales, el fuerte carácter de Rufino y su capacidad para influir en las decisiones de Teodosio el Grande que el no menos poderoso Estilicón sería eclipsado por su rival. Pero pronto este emperador desaparecería y la separación de los dos imperios permitiría a Estilicón actuar con mayor libertad.

Como podemos observar en el 395, el enfrentamiento entre las cortes de Constantinopla y Milán estaba a la orden del día en un período en el que hubiera

convenido una alianza, aunque es probable que precisamente este enfrentamiento entre las dos mitades permitiera la supervivencia del Imperio romano de Oriente a costa del sacrificio del Imperio romano de Occidente.

Por entonces —concretamente en el año 396—, un nuevo movimiento migratorio de los hunos hacia el oeste provocó otra vez una reacción en cadena de empujes entre las diferentes etnias germánicas instaladas en las proximidades del limes oriental romano, lo que ponía en serios apuros tanto a Oriente como a Occidente.

En Oriente, el caudillo Alarico decidió dirigir ese año a sus *foederati* visigodos hacia Constantinopla. Sin embargo, carente de los medios necesarios para efectuar un asedio de gran envergadura, sus tropas se darían de bruces contra las murallas de la imponente capital de Arcadio. Por ello, los visigodos, incapaces de sitiar opulentas ciudades, se dedicarían a depredar los Balcanes. Pero aunque las grandes urbes fortificadas del este se librasen de los visigodos, la situación no podía continuar así, dado que estas hordas germanas campaban a sus anchas por territorio imperial y destruían los cultivos, con lo que los suministros quedaban interrumpidos. Sin embargo, pronto la corte oriental hallaría la solución al problema godo. Cruel remedio este, ya que suponía entregar un tributo al enemigo, instándole, al mismo tiempo, a abandonar su territorio, lo que en la práctica se traducía en enviarle directo a Occidente. Con esta táctica, que para la rica Constantinopla podía representar solamente una módica suma, su imperio se libraba de la amenaza goda al tiempo que perjudicaba a su rival en Occidente.

Con el camino despejado hacia el oeste, Alarico se hallaba en Italia en el 402, y en el 405 un contingente ostrogodo —junto con vándalos y alanos, que habían sido empujados también por los hunos— entraba a su vez en la península itálica bajo el mando de otro líder tribal, Radagueso, hasta que, por suerte para Occidente, fueron detenidos con éxito por las tropas de Estilicón en agosto del 406. Sin embargo, el último día de ese mismo año, hordas de suevos, vándalos y alanos, aprovechando el desconcierto generado por los godos, cruzaban el helado río Rin y derrotaban a su vez al contingente de *foederati* francos encargados de la defensa de este limes para entrar impunemente en la Galia. Estos dramáticos acontecimientos, combinados con la usurpación de Constantino III —quien vació para siempre Britania de tropas romanas con las que pasó a la Galia—, dejaban al Imperio romano de Occidente a merced de los bárbaros. Si a todo lo anterior le unimos la orden de ejecución contra Estilicón, instada por sus adversarios de la corte en el 408, comprenderemos que ningún líder parecía poder hacer frente ya a los bárbaros en Occidente. Su rival en Oriente, Rufino, había sido asesinado antes que él, cuando el siglo IV tocaba a su fin.

El caos reinante en Occidente facilitaría que Alarico pudiera poner sitio a Roma en el 408, aunque el asedio sería levantado cuando el Senado de la ciudad le ofreció un cuantioso tributo. Sin embargo, sus visigodos volverían de nuevo a Roma al año siguiente con el objeto de conseguir nuevas concesiones, y se retirarían otra vez cuando Alarico logró que los senadores nombraran emperador a Prisco Átalo,

candidato elegido por el líder visigodo para oponerse al efímero poder de Honorio. Finalmente, tendría lugar un tercer asedio; el 24 de agosto del año 410 los visigodos llevarían a cabo un acto que supondría un duro impacto para la moral de la época: el saqueo de Roma. La antigua capital imperial, la legendaria urbe fundada por Rómulo y Remo, la ciudad que todos creían eterna, caía en manos de una horda de bárbaros sin que nadie hiciera nada para impedirlo. Sin embargo, no era Roma el objetivo final de los visigodos. Históricamente esta tribu germánica de carácter nómada, como tal, había luchado contra la adversidad que suponía llevar ese duro modo de vida, y por tanto no buscaba otra cosa que un territorio en el que establecer a su pueblo con carácter permanente, sin que tuviera que padecer las miserias de tiempos pretéritos.

Es por ello por lo que, al parecer, era deseo de Alarico llegar al sur de la península itálica y dirigirse a las fértiles tierras de África, el granero de Roma. Pero al no disponer los visigodos de una flota, dependían todavía de las autoridades romanas para lograr su sustento, de forma que si continuaban ofreciendo sus servicios como mercenarios federados podrían seguir siendo mantenidos a costa de la anona. Fue por ello por lo que el Imperio romano de Occidente no vería con malos ojos frenar los envites godos realizando a su pueblo nuevas concesiones, al tiempo que el sucesor del fallecido Alarico, Ataúlfo, que para nada deseaba acabar de forma definitiva con la mano que le daba de comer, se retiraba. Con ello Honorio, refugiado en Rávena, salvaba momentáneamente el pellejo, pero el saqueo de Roma del 410 venía a demostrar la abrumadora fragilidad del Imperio occidental.



La loba del capitolio. A esta estatua de época etrusca le fueron añadidos en el siglo XV las figuras de los gemelos Rómulo y Remo para de esta forma poder relacionarla con la loba Luperca de la leyenda fundacional de la ciudad de Roma.

A partir de entonces, los visigodos —con Ataúlfo al frente— se instalarían en el

sudeste de la Galia, estableciendo su capital en Toulouse, con el reconocimiento por parte de Honorio de este asentamiento a partir del 418. No obstante, el reiterado incumplimiento por parte de las autoridades romanas del pago de los estipendios pactados con los visigodos provocaría que pronto estos germanos ampliaran sus dominios en la Galia hacia el oeste, extendiéndose por Aquitania, y que en el 415 pasaran a ocupar también territorios al otro lado de los Pirineos, aprovechándose para todo ello de la ausencia de un poder romano consolidado tras las invasiones bárbaras y la usurpación de Constantino III.

A partir de entonces, los visigodos entrarían en conflicto con las hordas suevas, vándalas y alanas que, tras cruzar el Rin en el 406 y haber arrasado la mayor parte de la Galia, invadían Hispania desde el 409. Sin embargo, la corte de Honorio vería una oportunidad en este nuevo movimiento visigodo, ya que su imponente ejército, por entonces a las órdenes de Walia, hermano de Ataúlfo, podía enfrentarse a las otras tribus bárbaras que asolaban Hispania. Suevos, vándalos y alanos, a pesar de contar con grupos reducidos de no más no de sesenta mil guerreros, no encontraban, sin embargo, oposición alguna por parte de un Imperio occidental en claro proceso de desmembramiento. Con la intervención visigoda en Hispania se pretendía evitar que las pocas tierras todavía bajo control imperial que quedaban en la Tarraconense cayeran en sus manos y, es más, incluso se esperaba que estos mercenarios al servicio de Roma pudieran llegar a arrebatar a tan belicosas hordas el resto del territorio de la península ibérica que habían sometido.

Y así lo hicieron, ya que los visigodos expulsaron de Hispania a los invasores y arrinconaron en el noroeste a los supervivientes. En el 418 romanos y visigodos firmaban un nuevo *foedus*, al que ya hemos hecho mención, que sancionaba su establecimiento en el sur de la Galia en agradecimiento a los servicios prestados, lo que suponía el nacimiento legal del primer reino bárbaro dentro del imperio. Sin embargo, pronto se descubrió que la apuesta de Roma en este sentido era demasiado arriesgada, pues el empuje godo no hizo otra cosa que conducir a la mayor parte de los grupos vándalos al norte de África, donde hacia el 429 tomaron Cartago. Así, Occidente perdía su granero y un nuevo territorio imperial. Con ello su emperador controlaba de manera efectiva ya solamente Italia, aunque incluso allí el Augusto se hallaba desde tiempos de Honorio sometido al poder de sus ambiciosos cortesanos y generales, muchos de los cuales eran de origen bárbaro.

Durante el desastroso reinado de Honorio (395-423), la manifiesta escasez de tropas provocaría la retirada de buena parte de los soldados que estaban destinados en las provincias imperiales, alejados del centro de poder en Italia. Como consecuencia de ello, en las provincias de África, Hispania y la Galia, la presencia de tropas romanas sería escasísima y su lugar era frecuentemente ocupado por unos pocos germanos federados. Debido a ello y a los dramáticos acontecimientos descritos, conforme avanzaba el siglo V, la práctica totalidad de los ejércitos romanos acabó siendo reemplazada en Occidente por grupos de mercenarios germánicos al servicio

del imperio o al menos grupos que trataban de legalizar sus correrías afirmando esto. Es más, incluso los altos mandos del ejército romano eran copados por bárbaros, como es el caso de Estilicón, motivo por el cual la barbarización, o más bien germanización, del ejército romano y de su imperio era un hecho.

El terror bárbaro

BÁRBAROS. LA CÓMICA ONOMATOPEYA QUE ACABÓ INFUNDIENDO TERROR

Los romanos y los griegos denominaban «bárbaros» a todos aquellos pueblos que no compartían su cultura grecolatina o no estaban integrados dentro de sus fronteras. El término bárbaro es de origen griego, derivado de una onomatopeya, bar-bar, que los antiguos helenos empleaban para referirse en tono burlesco a la forma de expresarse que tenían los extranjeros en sus extraños e incomprensibles idiomas, dado que les daba la sensación de que balbuceaban.

La palabra «bárbaro» acabaría no solamente indicando el origen foráneo de una persona, sino que llegaría también a hacer referencia a su bajo nivel de civilización y su pertenencia a una cultura diferente y, por lo tanto, extraña a los ojos de un griego o romano, motivo por el cual ser bárbaro era equivalente a pertenecer a una comunidad atrasada. Es más, con el devenir del tiempo, tal y como ocurre en época actual, «bárbaro» ha pasado a ser sinónimo de salvaje, fiero, brutal, atroz, inhumano, feroz, cruel o sanguinario. Las asociaciones de todas estas palabras con «bárbaro» no nos extrañan en absoluto si tenemos presente el terror que entre los romanos debieron infundir los extranjeros que invadieron el imperio durante su ocaso.

Realizadas ya las pertinentes aclaraciones acerca del significado del término «bárbaro», nos surge una cuestión: ¿quiénes eran exactamente estos bárbaros? Las principales fuentes sobre las múltiples etnias que configuraban el conglomerado bárbaro son las que aportan los autores clásicos griegos y romanos, así como las investigaciones arqueológicas contemporáneas, ya que, por desgracia, la mayor parte de estos pueblos —como es el caso de los germanos— no dejaron prácticamente testimonio escrito alguno.

Con anterioridad a Julio César, los romanos distinguían principalmente dos grandes grupos de bárbaros. Por un lado se hallaban los celtas, que poblaban la Galia, Britania, Europa central y parcialmente Hispania y Anatolia. Por otro lado encontramos a los escitas, diferentes etnias que habitaban las estepas euroasiáticas. Julio César añadiría un grupo más a los dos anteriores, cuando al entrar en contacto con los galos celtas, estos se referían a sus vecinos al este del Rin como «germanos». Como podemos observar, ya hagan alusión los romanos a celtas, escitas o germanos, la descripción que los primeros hicieron de estos pueblos bárbaros se manifiesta forzosamente escueta y confusa.

En cualquier caso, el conocimiento de estos pueblos bárbaros resulta de sumo

interés, dado que, en palabras del historiador Salvador Claramunt, los bárbaros en general y los germanos en particular serían protagonistas de primer orden en el proceso de desintegración del imperio en Occidente.



Estatua de Julio César. Tras finalizar su consulado y serle entregado el gobierno de la Galia Transalpina, Julio César utilizaría las legiones bajo su mando para conquistar el resto de la Galia libre, en un claro intento por satisfacer sus propios intereses. Esto conduciría a su enfrentamiento con el Senado y, finalmente, a la guerra civil que hizo que los cimientos de la República romana se tambalearan.

¿Cuál fue la relación de los romanos con sus vecinos bárbaros a lo largo del período altoimperial? Durante esa época las tribus más inquietas que se localizaban en las proximidades de la frontera realizaban a lo sumo pequeñas incursiones en territorio romano con la esperanza de obtener algún botín. Estas aventuras, si bien se realizaban a la menor oportunidad, también es cierto que causaban un daño insignificante.

Sin embargo, el asunto cambiaría drásticamente desde el siglo III. A partir de este momento, la aguda crisis sufrida por el imperio junto con el inicio de complejos

procesos migratorios emprendidos por algunas de estas tribus condujo a aumentar peligrosamente la belicosidad de los bárbaros. Dichos movimientos poblacionales iniciarían una especie de reacción en cadena mediante la cual diferentes tribus se empujaron entre sí, arrastrando a algunas de ellas hacia el interior del limes romano. Las autoridades imperiales no tendrían más remedio que admitir a muchos de estos pueblos bárbaros en su territorio y, dada la manifiesta escasez de tropas que por entonces presentaba Roma, no pocos de sus miembros pasarían a ser mercenarios a su servicio. El inconveniente vendría sobre todo cuando este fenómeno se generalizara y ya no se tratase de una única tribu que demandaba asilo y sustento a cambio de prestar servicio de armas. Fue en esos momentos cuando el imperio comenzó a tener un problema muy serio, con diferentes agrupaciones de bárbaros dentro de sus fronteras que sobre el papel servían a Roma, pero que en la práctica constituían entidades territoriales independientes. Esta farsa se prolongaría por espacio de más de medio siglo, con augustos que realmente no tenían ya poder alguno pero que seguirían portando la corona imperial. Y todavía más allá, una vez depuesto el último emperador de Occidente, los soberanos de los diferentes Estados bárbaros continuaban portando títulos rimbombantes de origen romano que afirmaban poseer por la gracia del emperador que todavía se sentaba en el trono de Constantinopla.

Ejemplos de estas migraciones encadenadas de diferentes etnias bárbaras no nos faltan. En el siglo III los desplazamientos realizados por burgundios y vándalos arrastrarían a los sajones a la desembocadura del río Elba, mientras que llevarían a los francos a aproximarse peligrosamente hacia los cursos inferior y medio del Rin y a los alamanes a las cercanías del alto Rin y el alto Danubio. Al mismo tiempo, los movimientos poblacionales de godos y hérulos empujaron también a carpos y sármatas yázigos en torno a este último río, lo que suponía un alto riesgo de ruptura de la frontera determinada por este accidente geográfico.

Es más, el caos generado durante el dramático siglo III facilitaría esta especie de reacción en cadena, por lo que en esos momentos tendría lugar una masiva penetración en profundidad de multitud de estas tribus bárbaras, e incluso la invasión de territorio romano por parte de las avanzadas civilizaciones extranjeras, como bien podrían ser el Imperio persa o el reino de Palmira.

Esta crisis fronteriza, que amenazaba la supervivencia del Imperio romano, únicamente podría ser superada con la llegada al trono de Diocleciano y Constantino, tal y como estudiamos en el capítulo 4. Sin embargo, esta recuperación tendría carácter momentáneo, dado que las invasiones se reactivarían con suma virulencia a partir último tercio del siglo IV. Es más, para que el imperio lograra sobreponerse a estos golpes se debería pagar un alto precio. Fue por ello por lo que los Campos Decumates y la Dacia serían vaciados de tropas, motivo por el cual el limes europeo retrocedería de manera definitiva hacia el Rin y Danubio y dejaría, por lo tanto, de localizarse más allá de los cursos de dichos ríos. Estos accidentes geográficos facilitaban la defensa de la frontera, pero el abandono de territorios como los

descritos respondía a nuevas estrategias militares, lo que hacía que este acto en sí mismo no resultase inoportuno.

No obstante, es preciso destacar que el principal problema relacionado con el retroceso de las fronteras y la penetración bárbara a lo largo de todo el siglo III fue la muestra de debilidad que exhibió desde entonces el Imperio romano, la primera vez que algo así ocurría en toda su historia. A su vez, esto provocaba que las tribus que protagonizaron dichas incursiones en suelo romano comenzaran a ser conscientes de su propio poder, en tiempos en los que el imperio se hallaba sometido a una incontenible presión en todas sus fronteras. Fue a partir de entonces cuando las relaciones entre romanos y bárbaros se vieron profundamente alteradas. Los bárbaros, especialmente los de etnia germana, empezaron a realizar incursiones más frecuentes, más violentas, más masivas y más dañinas. Esto daría cada vez más fuerza a los agresores, al tiempo que los agredidos veían mermada su capacidad de reacción, aunque debemos mencionar que no parecía ser deseo de estos pueblos bárbaros destruir el Imperio romano sino, más bien, poder disfrutar de las riquezas que generaba. Por ello, en cuanto se les ofrecía oro, campos de cultivo o incluso simplemente grano, estos invasores dejaban de destruir y matar, sobre todo si se pactaban alianzas para que sirvieran en el ejército romano —muy fructíferas para unas etnias cuyo único oficio era la guerra—. Sin embargo, con el tiempo el metal precioso se acabaría y ya no habría nada más que ceder a los bárbaros, motivo por el cual el Imperio romano podía darse ya por muerto.

Pero volviendo a la estrategia inicial, se aprovechaba además la falta de unidad entre las diferentes tribus invasoras para que unas se enfrentaran a otras, o incluso, como bien sabemos, que contingentes armados, por completo bárbaros, defendieran a las diferentes facciones romanas en pugna por el trono.

Con ello, poco a poco, el ejército romano se iba barbarizando al mismo ritmo al que los grupos de bárbaros federados —generalmente germanos— se romanizaban y, por lo tanto, iban alcanzando una mayor madurez organizativa, algo que les convertía día a día en aliados muy peligrosos, como analizaremos en el siguiente epígrafe.

GERMANOS. CÓMO DORMIR CON EL ENEMIGO EN CASA

La cultura que denominamos germánica surgió hacia el tercer milenio antes de Cristo en tierras de la actual Dinamarca. Alrededor del año 500 a. C. algunos miembros de este grupo étnico emprenderían un proceso migratorio hacia el sur que les acabaría llevando hasta el centro de Europa. Una vez allí, irían progresando por este territorio celta hasta que, alcanzada la segunda mitad del siglo I a. C., las campañas de Julio César en la Galia cortaron su avance. Fue en esos momentos cuando establecerían un contacto estrecho con los romanos, sobre todo de tipo comercial, lo que provocaría que experimentaran una leve romanización. Este proceso de sutil asimilación se vería

potenciado cuando poco después algunos germanos comenzaron a ser reclutados como auxiliares de las legiones, dado que por su naturaleza guerrera eran muy apreciados por los romanos como mercenarios.

Una vez que se produjeron los primeros contactos y que estos bárbaros conocieron el bienestar que les podía proporcionar vivir cerca de una avanzada civilización como la romana, muchos pueblos germánicos se irían desplazando hacia las proximidades del limes, dispuestos a disfrutar también de sus lujos y riquezas aunque solamente se tratara de una parte ínfima —mediante una paga por formar parte del ejército romano o incluso aventurándose en pequeñas incursiones en territorio imperial con el objeto de aprehender cierto botín—. Resulta muy lógico que las etnias germánicas actuaran de esta forma, dado que se trataba de tribus muy pobres que, si bien practicaban la agricultura sedentaria, tenían formas muy rudimentarias de trabajar la tierra, lo que se traducía en rendimientos muy bajos en una época en la que la principal fuente de riqueza la proporcionaba el campo. Como indica el medievalista Miguel Ángel Ladero, se trataba de un mundo primitivo, rural, casi analfabeto, sin verdadera organización estatal.



Recipientes romanos de vidrio, datados entre los siglos I y II (Museo Nacional de Arte Romano, Mérida). En frascos de vidrio como los de la imagen podían envasarse pequeñas cantidades de diferentes artículos de lujo, tales como perfumes o ungüentos para la piel, que constituyen una muestra del refinamiento de la sociedad romana.

Su organización político-social era, así mismo, muy simple, con una estructura que presentaba tres niveles y que se basaba en el carácter eminentemente guerrero de los germanos. En primer lugar se encontraban las diferentes familias, que componían una tribu —es decir, el segundo nivel—, posiblemente agrupadas en torno al recuerdo de un antepasado epónimo. En el tercer y último nivel se situaba el *gau* o pueblo, conjunto de tribus que compartían un líder. Ocasionalmente podía darse un cuarto

escalafón, que aportaba un cierto carácter de nación a estas etnias a pesar de su bajo nivel organizativo en este sentido, dado que carecían de una noción de Estado desarrollada. De este modo, eventualmente podemos hallar confederaciones formadas por la unión, temporal o no, de varios pueblos germánicos como aliados militares, liderados por el más poderoso de todos ellos.

El caudillo de un pueblo germánico era habitualmente elegido por una asamblea de guerreros, normalmente por sus buenas dotes militares, lo que aumentaba las opciones de lograr la victoria así como las posibilidades de obtener un buen botín. Este tipo de reuniones de la élite militar germánica hacía también las veces de juzgado y se ocupaba de tratar todos los asuntos relacionados con la guerra.

Estos guerreros por naturaleza poseían una cultura que únicamente podía ser transmitida de forma oral, ya que carecían de escritura. Habría que esperar hasta mediados del siglo IV para hallar el primer texto escrito en una lengua germánica, y ello gracias a su contacto con el imperio, dado que la obra en cuestión consistirá en una traducción al gótico de la Biblia, realizada por el obispo arriano Ulfilas una vez que los godos se habían convertido a esta religión practicada por los romanos.



Interior de la cúpula del baptisterio arriano de Rávena, Italia. Los ostrogodos arrianos que habitaban en la Rávena del siglo V recibían el sacramento del bautismo en este edificio religioso.

Debido a la ausencia de documentos escritos por los germanos en época más temprana, no podemos contar con fuentes fiables que puedan aportarnos más luz acerca de estas tribus, ya que los únicos escritos existentes son de origen romano y, debido a ello, no son objetivos. Es más, en estos textos no se emplean los verdaderos nombres de las diferentes etnias y únicamente se mencionan los apelativos que les eran impuestos por los romanos. Y, para aumentar todavía más la confusión, en no pocas ocasiones se agrupaba bajo una misma denominación a distintas tribus sin que las uniera ningún tipo de lazo étnico, solamente porque ocupaban la misma región geográfica, que podía llegar a ser de una gran extensión. Este será el caso de los conocidos como «alamanes», denominación dada por los romanos a un conjunto de hasta siete tribus germánicas distintas que únicamente tenían en común ocupar la ribera del Elba, un río de más de mil kilómetros de curso.

No obstante, todo lo descrito en el anterior párrafo no constituye el único ejemplo de la incertidumbre que rodea a la visión que los romanos poseían de los pueblos germánicos, único punto de vista sobre esta cultura, por cierto, que ha llegado hasta nuestros días. El hecho de que las tribus germánicas pudieran acoger en su seno a individuos con los que no poseían lazos de parentesco, siempre y cuando estos aceptaran sus tradiciones, costumbres, religión, leyes y, en definitiva, su forma de vida, generaba todavía más confusión entre los romanos y, por supuesto, también para la historiografía contemporánea. Sirva de ejemplo la integración de algunos alanos en el pueblo vándalo que pasó a África en el siglo IV, tal y como trataremos más adelante. Del mismo modo, cuando tenían lugar grandes movimientos poblacionales que afectaban a diferentes pueblos, podía producirse la fusión entre varios de ellos que coincidieran en un mismo lugar y que poseyeran intereses comunes, como por ejemplo enfrentarse a un mismo enemigo.

También es preciso señalar que puede resultar desconcertante y ambiguo el uso del término «Germania» tal y como lo concibió Julio César, es decir, para referirse a la amplia región situada más allá de las fronteras celtas, al este del río Rin, sobre todo si tenemos presente que con ello no hizo alusión alguna a la posible agrupación política o étnica que pudieran tener sus habitantes. El caso es que ni siquiera los llamados «germanos» utilizaron este nombre, ni ningún otro, para referirse a ellos mismos como conjunto de pueblos o nación, dado que probablemente no fueran conscientes de su pertenencia a una rama lingüística y étnica tan amplia.

Hasta aquí hemos analizado el origen de la ambigua entidad germánica y cómo se produjeron los primeros contactos entre germanos y romanos —o bien pacíficos o bien violentos, pero, eso sí, de escaso impacto y sin riesgo alguno para el imperio—.

No obstante, a partir de la segunda mitad del siglo II, nada más acceder al trono Marco Aurelio (161-180), tras casi medio siglo de ausencia de campañas militares romanas de cierta envergadura en el exterior, las tribus germánicas comenzaron a mostrarse más belicosas. Es más, aunque en época de Marco Aurelio las legiones romanas eran todavía poderosas, tras su fallecimiento y la coronación de su hijo

Cómodo (180-192) la cuestión se agravaría, dado que, a diferencia de su padre, este desarrolló una política exterior poco agresiva.

Ya conocemos que el Imperio romano fue acosado a lo largo de su historia casi continuamente por grupos invasores bárbaros, entre ellos los de etnia germánica, cuyo objetivo era amasar el mayor botín posible antes de regresar a casa. Pero el problema no pasó a ser mayor hasta que los germanos fueron conscientes de su fuerza y se produjeron los desórdenes civiles necesarios para que Roma llegara a ser vulnerable. Este cóctel explosivo se iría gestando en el período de cuarenta y dos años, que se sitúa entre los asesinatos de dos emperadores, el de Cómodo, en el 192, y el de Severo Alejandro, en el 235. Por todo lo descrito, ya en pleno siglo III y en medio de graves conflictos internos y de una crisis sin precedentes en el mundo romano, los pueblos germánicos habían comenzado ya a dar signos de virulencia.

Durante esa misma centuria tendría lugar un drástico incremento en la incorporación de mercenarios bárbaros a los ejércitos del imperio, en un tiempo en el que los numerosos conflictos civiles y las constantes agresiones exteriores provocaban que las diferentes facciones romanas enfrentadas estuvieran siempre escasas de efectivos militares. A dichos guerreros, en su mayoría germánicos, se les encomendaría también la misión de encargarse de la defensa de los límites exteriores del Imperio romano frente al acoso de otros bárbaros, de manera que hacia mediados del siglo IV fue frecuente que agrupaciones tribales completas de francos, alamanes o burgundios se instalaran bajo el liderazgo de sus propios caudillos a lo largo del limes renano, la frontera más acosada, mediante la firma de pactos de *foedus*. De igual forma, ya conocemos cómo los visigodos acabarían logrando también ser reconocidos como *foederati* cuando ocuparon buena parte de la Galia por esa misma época.

Para que el sustento de estas tropas federadas estuviera garantizado, sus pueblos serían además acogidos bajo soberanía imperial mediante el sistema de la *hospitalitas* —“hospitalidad”— romana, lo que suponía que podían disfrutar legalmente del usufructo de hasta un tercio de las tierras ocupadas. Si la *hospitalitas* no aportaba el sustento suficiente a las tropas germanas, existía también la reserva de trigo obtenida a partir del cobro de la anona. No obstante, es preciso señalar que en una época de escasez como fue la que se extiende desde el siglo III al V, cada vez les resultó más complicado a las autoridades romanas cumplir con los compromisos adquiridos con sus numerosos *foederati*, que se incrementaban exponencialmente con el paso del tiempo, de manera que en muchas ocasiones la falta de cereal sería el detonante para que estos germanos asentados en territorio imperial emprendieran acciones violentas. El ejemplo más virulento de una de estas revueltas contra el Imperio romano lo constituye la guerra gótica que condujo al desastre de Adrianópolis en el 378.

¿Cómo eran concretamente las tropas visigodas —el pueblo germánico más poderoso— que desafiaron el poder de la grandiosa Roma a finales del siglo IV? En Adrianópolis combatiría contra las últimas legiones romanas un ejército godo de caballería pesada, temibles lanceros que constituían su principal fuerza de choque,

equipados de la siguiente manera. Estos caballeros, denominados *optimates* y pertenecientes a la élite nobiliaria y militar goda, portaban yelmo de tipo *spangenhelm* —casco formado por placas metálicas, de origen asiático—, cota de malla o armadura de escamas, escudo redondo, lazo, *spatha* —espada tajante de cerca de un metro de longitud—, arco compuesto, *contus* —lanza larga— y jabalinas arrojadizas. Incluso los caballos, que se situaban en vanguardia, estaban protegidos por una armadura que los godos habían adquirido durante su deambular por las estepas eurasiáticas —es decir, eran catafractos al estilo persa—. Estos fieros guerreros estaban bien entrenados tanto para cargar con sus lanzas, a modo de caballería pesada, como para hostigar a distancia al enemigo lanzándole proyectiles, como jabalinas o flechas. Pero de ser necesario también podían llegar a desmontar de los caballos y luchar en formación cerrada. La gran variedad de tácticas militares descritas que dominaban los visigodos, junto con su variado armamento, hacía que sus soldados pudieran adaptarse a las múltiples situaciones que la acción bélica les impusiera. Todo ello, sin duda, los convertía en temibles adversarios.



Fíbulas aquiliformes visigodas halladas en Alovera, Guadalajara. Datadas en el siglo VI, broches de este tipo formaban parte habitualmente de la indumentaria de los *optimates* visigodos, dados a portar repujados objetos de orfebrería.

Sin embargo, no todos los godos disponían de la fortuna suficiente como para ser jinetes pesados. La mayoría de los visigodos no podían mantener un caballo, por lo que, si eran llamados a filas para ayudar a los *optimates*, debían luchar en su infantería como piqueros o arqueros, formando una línea de combate en la retaguardia como punto de referencia y apoyo de la caballería, y defendiendo su campamento o sus suministros desde donde partía la carga de los jinetes pesados. Tal y como indica el experto en historia militar Simon MacDowall, puesto que la infantería goda no constituía una fuerza de choque en sí misma, la potencia de este ejército residía en la carga de sus lanceros pesados. Esta era su principal táctica de combate aunque, al mismo tiempo, se convertía en su mayor defecto, dado que si la

carga de caballería fallaba, sus tropas podían resultar ser muy vulnerables. Esto podía ocurrir si los lanceros godos se enfrentaban a un enemigo que contara con una infantería que hiciera frente a su embestida de forma efectiva, sin perder la formación, o cuando jinetes ligeros los hostigaban a distancia sin que se llegara a producir el choque directo entre ambos cuerpos a caballo. Un combate similar a este último tendría precisamente lugar en el 711, cuando los visigodos sufrieron una estrepitosa derrota a mano de los musulmanes en la batalla de Guadalete, aunque no es menos cierto que este desastre tendría lugar, en buena medida, como consecuencia de la desunión que reinaba por entonces entre las filas visigodas y que se trataba de un mal endémico de este pueblo guerrero y del resto de sus parientes germanos.

En estos dos últimos párrafos hemos realizado una breve descripción de las tácticas de combate y la panoplia de uno de los pueblos germánicos más representativos, pero ¿cómo llegaron los romanos a integrar esta nueva forma de hacer la guerra en su propio ejército? Analicemos en el siguiente epígrafe cómo se produjo la barbarización, o germanización, del ejército romano.

SI NO PUEDES CON TU ENEMIGO... ¡BARBARÍZATE!

En el siglo V se redactó la *Notitia Dignitatum*, un documento oficial romano en el que se enumeran los cargos político-administrativos y las unidades militares existentes en los imperios de Oriente y Occidente por esa época. Según este texto, el número de efectivos de los ejércitos romanos ascendería en esos momentos a la nada despreciable cifra de seiscientos mil hombres.

¿Cómo era entonces posible que un imponente ejército como este no fuera capaz de hacer frente a pequeñas hordas de bárbaros? Es verdad que los reducidos contingentes bárbaros por entonces acosaban al Imperio romano a lo largo de todos sus límites, de forma que en conjunto podían resultar mucho más peligrosos de lo que *a priori* pudiera parecer, pero no es menos cierto que un ejército tan numeroso e históricamente tan disciplinado como el romano debería, cuando menos, haber podido hacer frente a estas pequeñas unidades militares que parecían recorrer el imperio de extremo a extremo con total impunidad. La pregunta en cuestión no tiene fácil respuesta, es más, tampoco existe una única explicación que dé solución a la misma, tal y como iremos desvelando.

En primer lugar, debemos volver a hacer hincapié en que ya no se trataba de simples hordas desorganizadas de bárbaros, puesto que el contacto de muchas de estas tribus con los civilizados persas y con pueblos de las estepas asiáticas, como es el caso ya analizado de la etnia goda, los había convertido en ejércitos de caballería pesada temibles, cuyos jinetes incluso podían contar con elementos innovadores, como los estribos. Así mismo, el encuentro con los romanos había dotado a estos guerreros de una cierta disciplina, al tiempo que habían comenzado a conocer las

tácticas romanas de combate. En pocas palabras, los bárbaros, especialmente los germanos, se habían romanizado. Y esto podía llegar a ser muy peligroso.

Por otro lado, cierto es que tras el paso por el trono de Diocleciano y Constantino el Imperio romano se transformó, y cuando en torno al siglo III todo parecía perdido y Roma condenada a su fin, se lograría superar esta crisis. No obstante, a la muerte de el Grande sus sucesores iniciarían de nuevo un turbulento período de guerras civiles que, unido a las invasiones exteriores, condujo a una nueva crisis de la cual ya el imperio jamás se recuperaría. Por entonces, en medio de un constante enfrentamiento entre las diferentes facciones que se disputaban el trono, los ejércitos regulares romanos no eran de fiar pues nunca se sabía a qué bando podían llegar a apoyar. Es más, con frecuencia traicionaban a su candidato inicial y se pasaban al bando rival, participaban en intrigas contra su líder o incluso en su asesinato. Debido a todo ello, los *potentiores* romanos —entre los que se encontraban los aspirantes a augusto— preferían hacer la guerra mediante el uso de sus contingentes militares privados, entre los que predominaban las unidades bárbaras y, en especial, germánicas, que por un módico precio resultaban ser más leales que el ejército imperial propiamente dicho. Esto se tradujo en que cada vez se le diera menos importancia a pagar al ejército regular, se le dejara de proporcionar su costoso armamento y, en la práctica, se abandonara el reclutamiento de nuevos efectivos. Los recursos así ahorrados podían ser empleados para armar a los ejércitos de mercenarios extranjeros descritos, menos numerosos que las tropas imperiales, pero muy especializados y fieles a la figura que les pagaba, comitivas que por entonces ejercían más como guardia personal o mesnada privada del potentado que los contrataba, al modo medieval, que como ejército regular. Todo esto, sin duda, restaría fuerza militar al imperio en su conjunto, ya que los intereses que defendían las nuevas fuerzas armadas presentes en el seno del Imperio romano eran de carácter individual.

No podemos dar una respuesta absoluta a la cuestión planteada al inicio de este epígrafe, pero es muy probable que debido a lo descrito en los dos párrafos anteriores las cifras que menciona la *Notitia Dignitatum* sean simple y llanamente números sobre un papel, por varios motivos. Puede que muchos de los miembros del ejército regular hubieran desertado como consecuencia de que no recibieran la correspondiente paga. O que, como *tenuiores* que eran, se hubieran unido a las revueltas populares de los bagaudas de la Galia e Hispania. O que el emperador legítimo no dispusiera de ellos por ser leales a un usurpador. O que, al no recibir armamento y equipamiento, no fueran efectivas. O que hubiera otros motivos que desconocemos. O que se dieran combinaciones de todo lo enumerado en este párrafo. Fuera como fuera, el caso es que, efectivamente, pequeños grupos aislados de tropas bárbaras recorrían el imperio a voluntad saqueando, matando y provocando el terror, sin que nadie les hiciera frente.



Casco de legionario romano del siglo II. En la fotografía pueden observarse perfectamente las grandes carrilleras que poseía este casco, así como la especie de visera con función defensiva y la amplia protección de la nuca.

Pero, al mismo tiempo, en una época en la que el ejército romano se hallaba — sobre todo tras la tragedia de Adrianópolis (378)— en proceso de descomposición, estos contingentes bárbaros eran necesarios para el imperio. Puede resultar paradójico, pero sí, los mismos bárbaros que estaban aprovechando las guerras civiles romanas para destruir los restos de su maltrecho imperio resultaban esenciales para la precaria supervivencia del mismo. Y no solamente se precisaba de los bárbaros como mercenarios, dado que eran también muy útiles a la hora de repoblar las áreas devastadas por las guerras y para suplir la carencia de mano de obra agrícola. En consecuencia, comenzaron a darse los primeros asentamientos definitivos de germanos aliados de los romanos, los *foederati*, que servían en el ejército imperial y trabajaban la tierra. Esta presencia bárbara en el imperio fue normalizándose y en consecuencia el ejército romano se fue barbarizando, dado que la única forma de frenar a los peligrosos germanos era luchar como ellos. Por este motivo, el ejército se transformaría profundamente al reclutar masivamente a germanos, adoptar sus armas y tácticas e incluso al nombrar generales a sus líderes.

¿Cómo era el ejército tradicional romano? ¿Cuáles eran sus armas, su equipamiento y sus tácticas de combate? ¿Cómo fue cambiando todo durante el período bajoimperial?

En época republicana, el tradicional ejército romano de levadas —que inicialmente combatía al modo macedónico, en formación de falange y con una pica como arma

principal— daría paso en el siglo II a. C. a la legión profesional, constituida por ciudadanos romanos voluntarios, normalmente los más pobres, que hasta entonces no habían podido formar parte de la milicia. A partir de entonces el Estado se haría cargo de la costosa panoplia, motivo por el cual todos los legionarios portarían *pilum*, *gladius*, escudo, armadura y casco de bronce. A estas legiones de infantería pesada las apoyaban unidades de infantería ligera y alas de caballería, ambos cuerpos formados por bárbaros, con un equipamiento también costado por Roma, pero diferente, como a continuación comentaremos.



Representación en bronce de un legionario romano de época republicana. De la estatua en cuestión destaca el gran escudo oval de origen itálico, del que posteriormente derivaría el clásico escudo rectangular, aproximadamente del mismo tamaño. El legionario de este período va además protegido, tal y como se puede observar en la figura, por un peto rígido en lugar de lorica.

En la panoplia de un legionario altoimperial la principal arma era sin duda el *pilum*, jabalina de unos dos metros de largo que debido a su elevado peso se lanzaba a corta distancia —a menos de treinta metros—, causaba graves heridas a los adversarios e inutilizaba sus escudos justo antes del combate cuerpo a cuerpo. El objetivo era que cada legionario arrojara varios *pila* hasta que se lograra desorganizar las líneas del enemigo, momento en el cual se daba fin al combate con el uso de las espadas. El *pilum* contaba con una punta y un astil de hierro, de cerca de medio metro de longitud, así como un asta de madera.

Existe la creencia de que en esta lanza uno de los dos anclajes entre el hierro y la madera se dejaba más flojo de manera intencionada, con el objeto de que las dos partes se separaran al ser utilizado el *pilum*, con lo que los *pila* arrojados no podían ser devueltos por el enemigo, al tiempo que las puntas sueltas clavadas en los escudos hacían que estos fueran inservibles. Sin embargo, hallazgos arqueológicos como los que podemos observar en La Almoina, en Valencia, muestran estas armas, usadas en la época de las guerras civiles republicanas previas a Julio César, en perfecto estado, con los dos remaches bien sujetos.

La función desempeñada por el *pilum* en cuanto a arma arrojadiza se refiere sería reemplazada hacia finales del siglo IV por el uso de dos jabalinas simples y *plumbatae*, cinco dardos cortos con contrapeso que cada infante llevaba adosados a su escudo. Puede que uno de los motivos de la utilización de los *plumbatae* fuera que, al ser más pequeños estos proyectiles, se pudieran llevar en mayor cantidad y con mayor facilidad, al tiempo que resultaba mucho más económica su fabricación.

Tal y como hemos comentado ya, tras varias salvas de *pila* entraban en acción en el combate cuerpo a cuerpo los *gladii*, armas con las que se decidía el resultado final de la batalla a base de estocadas. Los propios romanos reconocían el origen hispano de esta espada corta, de unos sesenta centímetros, adoptada por las legiones hacia la segunda guerra Púnica (siglo III a. C.) en sustitución de un estoque romano todavía más corto. A este nuevo modelo se le conoce como *gladius hispaniensis*, que fue a su vez reemplazado ya en época altoimperial por los *gladii* de tipo «Pompeya» y «Mainz», con una hoja de unos cuarenta o cincuenta centímetros.

En época bajoimperial —período en el que, como sabemos, se combatía preferentemente a caballo—, el corto gladio fue sustituido por una espada más larga, de casi un metro, la *spatha* de origen germano, con función tajante en lugar del uso punzante que se solía dar a la clásica arma blanca romana.

Estas eran las principales armas romanas, pero para los soldados imperiales también era muy importante ir equipados con buenas protecciones.

Los legionarios romanos clásicos se protegían tras un gran escudo rectangular de unos ciento veinte centímetros de largo con forma de teja, llamado *scutum*, que se había originado a partir de otro escudo oval de origen itálico. Este escudo tenía un peso de unos cuatro kilogramos y estaba hecho de madera, con cantoneras y umbo —o parte central—, ambos metálicos. Este escudo de gran tamaño cubría buena parte del cuerpo del legionario y también podía ser usado como arma ofensiva, para empujar al enemigo o golpearle con el duro umbo.

El uso del *scutum* descrito sería predominante en el imperio hasta que se alcanzó el siglo III, momento a partir del cual surgieron nuevos modelos de escudos planos, redondos u ovalados, similares a los empleados por los auxiliares germánicos, mucho más apropiados para combatir a caballo o para participar en pequeñas escaramuzas en las que no se luchaba en una formación tan cerrada como la que clásicamente empleaban las legiones romanas.

El uso del *scutum* en época altoimperial podía combinarse con el de una armadura de placas metálicas, conocida en época actual como *lorica segmentata*. Se trataba de diversas placas curvadas de hierro, engarzadas mediante bisagras, ganchos y tiras de cuero, que debían vestirse sobre una prenda acolchada y un pañuelo, llamado *focale*, para que con todo ello se evitaran las rozaduras. Esta armadura, que comenzó a emplearse en época de Augusto, confería una gran flexibilidad al legionario frente a la coraza de dos piezas rígidas de época republicana; era bastante ligera —menos de diez kilogramos— y aportaba una excelente protección contra cortes, estocadas y flechas. La única zona del torso que no cubría era el bajo vientre, motivo por el cual su uso se combinaba con las pteruges, tiras de cuero y metal que cubrían también los genitales. La fabricación de la *lorica segmentata* resultaba ser más económica y sencilla que la de la cota de malla, armadura de hierro que, sin embargo, acabó sustituyendo a la primera en el siglo III, cuando la barbarización del ejército romano provocó que este tipo de equipo militar típico de las unidades auxiliares germánicas se impusiera claramente.

La cota de malla —denominada por los romanos *lorica hamata*— fue adoptada por las legiones romanas ya en época republicana, a partir de los pueblos celtas. Durante el período altoimperial se empleaba junto con la *lorica segmentata*, aunque mientras esta última predominó entre los legionarios romanos, la primera era la que empleaban los auxiliares bárbaros junto con armaduras de escamas. Era también muy flexible, pero a diferencia de la armadura de placas era más pesada. Esta coraza resultaba también muy útil a la hora de proteger de los ataques de espadas afiladas, pero, por el contrario, era menos eficaz frente a estocadas y proyectiles de punta.



Relieve que representa a soldados pretorianos combatiendo (siglo II). En la escena puede observarse claramente que el pretoriano que hay en primer plano viste una *lorica hamata* o cota de malla. Es preciso destacar que la archiconocida *lorica segmentata* estaría en uso por un período de tiempo relativamente corto y siempre estuvo presente en combinación con esta otra

Otro elemento de protección básico para el legionario era el casco. En época republicana se empleaba un casco de bronce de una sola pieza con guardanuca, carrilleras, dos plumas y un gran penacho de crin, llamado actualmente modelo «Montefortino» o de «gorra de *jockey*».

En época altoimperial este casco acabaría dando lugar a otro, en el mismo período en el que surgió la *lorica segmentata*. Sería frecuentemente de hierro, con mayores guardanucas y carrilleras, y en el que apareció una protección adicional con forma de visera. Junto a estos elementos de protección surgirían también nuevos ornamentos, como las crestas. Las modificaciones descritas en el yelmo romano respondían a la aparición de nuevos enemigos de mayor estatura, como será el caso de los germanos, que utilizaban además largas espadas para dar tajos a los legionarios, más bajos y que, adicionalmente, solían combatir agachados, al abrigo de sus escudos. Con este nuevo casco el legionario quedaba mejor protegido.

El casco clásico altoimperial se vería desplazado durante los siglos III y IV por modelos de yelmos de origen bárbaro, más económicos y sencillos de fabricar. Tal será el caso del *spangenhelm* —utilizado por los sármatas y los dacios—, casco cónico de hasta seis piezas unidas entre sí, provisto de nasal, guardanucas y carrilleras. O el caso del casco de modelo Berkasovo, de influencia persa, muy utilizado también por los godos y los hunos, e igualmente formado por varias piezas unidas, con las mismas protecciones adicionales que el anterior y con un largo penacho de pelo a modo de adorno.

Haciendo uso de la panoplia tardorromana descrita, los ejércitos imperiales combatían empleando las siguientes tácticas de combate. En el caso de que tuviera lugar una batalla campal, la infantería romana se disponía en el centro, con un cuerpo de arqueros tras ella —cuyos miembros podían suponer una proporción de hasta un tercio del total de las fuerzas de a pie—. La distribución de tropas se completaba con la caballería, ubicada en los flancos. Con esta formación de combate, mientras las primeras filas debían aguantar la embestida enemiga, las siguientes arrojarían sus dardos y jabalinas sobre el enemigo, al igual que los arqueros dispararían flechas. Si la cosa se ponía fea y no lograban mantener a distancia al oponente, siempre les quedaba emplear sus largas *spathae* para defenderse. A pesar de todo esto, es preciso destacar que en el ocaso de su existencia —a lo largo del siglo V— es poco probable que la infantería romana desarrollara en combate algo más que funciones meramente defensivas. Para eso los romanos tenían a la caballería, muy similar a la descrita en el anterior epígrafe para el caso visigodo.



Equipo de protección de un legionario romano de la época de Trajano, expuesto en el Museo de la Civilización Romana (Roma). El maniquí de la imagen porta como protección los clásicos *scutum* y *lorica segmentata*, así como un casco derivado del «Montefortino» republicano.

Debemos señalar que durante el período que estamos tratando hubo escasos enfrentamientos entre ejércitos masivos en campo abierto. De hecho, la batalla de los Campos Cataláunicos, de la que en breve hablaremos, constituye una excepción; se trata de la última batalla de envergadura habida en el Imperio romano. En lugar de batallas campales entre grandes ejércitos, los enfrentamientos bélicos a lo largo del siglo V fueron más bien pequeñas escaramuzas protagonizadas por reducidos contingentes militares a caballo, o asedios a fortalezas, en un claro precedente de lo que será la guerra en la Edad Media. Esto se debe, en buena medida, a que no se disponía ya de grandes ejércitos, o incluso en el caso de poder contar con ellos su lealtad sería dudosa y, por lo tanto, resultarían poco eficaces. En el caso de que se llegara a preparar una campaña de gran envergadura, como en el ejemplo de la batalla de los Campos Cataláunicos, el ejército imperial podía estar formado por la comitiva privada de jinetes de uno o varios *potentiores*, contingentes de bárbaros federados y, llegado el caso, algún cuerpo regular del ejército romano, cada vez más escasos. No obstante, como bien sabemos, lo más probable es que a la hora de entrar en combate únicamente se pudiera contar con una hueste de caballería, eso sí, bien armada y

equipada, pagada además por su líder, una especie de «señor de la guerra». Otro motivo por el cual era poco probable que se llegara a reunir a un gran ejército, en un tiempo en el que resultaba tan costoso su reclutamiento y equipamiento, era que nadie deseaba exponerse a perderlo en una gran batalla.



Relieve que representa a dos soldados romanos de la época de Trajano. Muy probablemente se trata de dos portaestandartes, dado que visten sobre sus hombros pieles de animales como estos solían hacer. A su vez sujetan en su mano derecha, más que un *pilum*, lo que parece ser el extremo inferior del mástil de un estandarte. Este puesto honorífico era ocupado por soldados veteranos que destacaban por su valor en combate.

En este apartado hemos analizado el proceso de barbarización que experimentó el ejército romano, especialmente en el período bajoimperial. Esta barbarización permitió al Imperio romano disponer de una fuerza militar para sobrevivir hasta casi finalizar el siglo v. Veamos en el siguiente epígrafe cómo, sin embargo, estas tropas imperiales se mostrarían escasas a la hora de detener la gran oleada de invasiones que Occidente sufriría desde que el año 406 tocó a su fin.

¡INVASIÓN!

El último día del 406, grupos incontrolados de suevos, vándalos y alanos atravesaron el río Rin —tal y como ya mencionamos en el capítulo 5— y tras casi tres años depredando la Galia se encaminaron hacia Hispania. Por entonces, los pasos montañosos de los Pirineos se hallaban defendidos por contingentes privados pertenecientes a Dídimo y Veriniano, primos del emperador Honorio. Sin embargo, no fue este ejército el que se enfrentaría a los invasores, dado que sería previamente derrotado por tropas bárbaras leales al usurpador Constantino III, quien puso a su hijo, Constante, al frente. Ello facilitaría la entrada en la península ibérica de suevos, vándalos y alanos, ya que las indisciplinadas tropas de Constante no opondrían prácticamente resistencia, ocupadas como estaban en hacerse con el botín de su victoria sobre la hueste romana, y, es más, probablemente porque también se unieron a los invasores ante las nuevas expectativas de saqueo que se les presentaban.

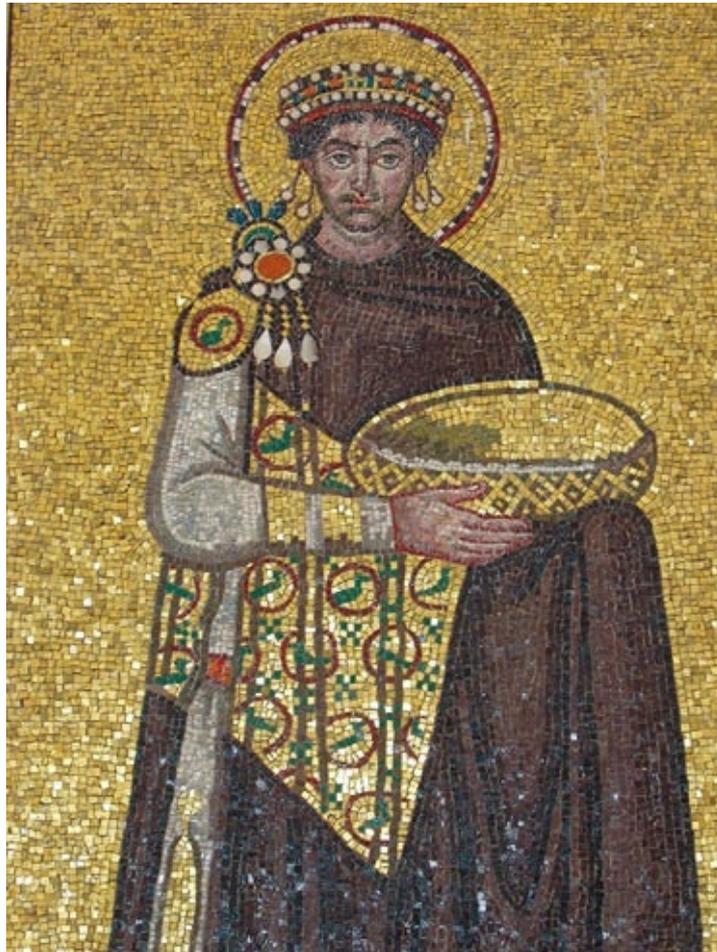
Ante esta oleada de destrucción pronto tendría lugar un nuevo alzamiento en Hispania, el del general Geroncio, hasta la fecha leal a Constantino III, que entraría también en escena. La anarquía se adueñaba en esos momentos de las provincias hispánicas y de Italia, recordemos que invadida por los visigodos, con lo que el avance de los bárbaros no sería detenido. Fue por ello por lo que podrían dedicarse a saquear a placer el territorio ocupado —toda la península ibérica— excepto la provincia de la Tarraconense, en el noreste. No obstante, hacia el 411 los bárbaros pactarían entre ellos el reparto de tierras, tras el cual suevos y asdingos, una tribu vándala, ocuparon el noroeste, los alanos se quedaron en el centro y los silingos, otra agrupación de vándalos, se trasladaron al sur. Estos asentamientos sedentarios no eran, sin embargo, incompatibles con nuevas correrías, motivo por el cual la Tarraconense continuaría sufriendo sus incursiones. En esta rica provincia romana todavía había afincados poderosos patricios, que vieron con buenos ojos cómo los visigodos, con su rey Walia al frente, cruzaban los Pirineos desde sus territorios de la Galia para enfrentarse a los molestos invasores. Walia iniciaría entonces una exitosa campaña militar entre el 416 y el 417 que, con sus *foederati* visigodos al servicio del imperio, pacificaría Hispania, arrinconando a los restos suevos y asdingos a Gallaecia, así como a silingos y alanos hacia el estrecho de Gibraltar.

En el 419 suevos y asdingos se enfrentarían entre ellos en la batalla de los montes Nerbasios como consecuencia de este confinamiento. Los suevos serían derrotados, pero la intervención del general romano Asterio lograría hacer huir a los peligrosos vándalos asdingos, que se unirían en el sur a sus parientes silingos y a los alanos. Todos ellos dirigidos por el rey silingo Gunderico se dedicarían de nuevo a saquear allí por donde pasaban, hasta que hacia el 421 un general romano, Castino, con un importante contingente visigodo, les haría frente. No obstante, el ejército romano sería derrotado como consecuencia de la traición de los visigodos, y nada detendría ya a los bárbaros. Solamente cuando la Lusitania, la Baética y la Cartaginense habían sido ya completamente arrasadas decidieron pasar al norte de África, invitados por las autoridades romanas para combatir a las tribus nómadas. En consecuencia, el nuevo

rey vándalo, Genserico, dirigiría en el 429 a sus súbditos, unas ochenta mil almas, hacia el granero de Roma.

Ya en África, los vándalos acabarían finalmente tomando su capital, Cartago, en el 439. Se trató de una conquista relativamente sencilla a pesar de que esta provincia resultaba clave para el abastecimiento de trigo de Italia, lo que muestra la patente descomposición del poder romano, incapaz de evitar la caída de tan importante territorio. Seguidamente, los vándalos —que habían logrado hacerse con una gran flota— invadirían todas las islas importantes del Mediterráneo occidental, con lo que pasaron a dominar completamente esta área marítima y cortaron cualquier tipo de suministro que precisara recibir la península itálica por esta vía. De esta manera, sus ciudades, totalmente dependientes de las exportaciones, pronto sufrirían escasez de víveres y de otras mercancías, lo que acabaría por hundir la economía imperial. Los actos de piratería vándalos les llevarían a saquear incluso la propia Roma en el 455.

Los vándalos eran un pueblo germánico muy poco romanizado, de religión arriana y extremadamente violento, que sometería a la población católica de los lugares ocupados a una dura persecución. Del mismo modo, se emplearon con saña en acabar con la burocracia romana y con las instituciones de gobierno imperial, que serían precariamente sustituidas por una administración muy básica e insuficiente para el correcto funcionamiento de un Estado. La barbarie vándala llevaría incluso a este pueblo germánico a no respetar el régimen romano de la *hospitalitas*, lo que provocó una ocupación masiva del territorio conquistado por parte de los vándalos, algo que nunca harían otros bárbaros como visigodos u ostrogodos. Por todo ello es sencillo comprender que el descontento de la mayoritaria población católica de África recibiera con buenos ojos a los bizantinos que, durante el reinado de Justiniano I (527-565), atacaron su reino y finalmente, tras ciento veintisiete años de protagonismo, borrarón a los vándalos de la historia para siempre.



Reproducción de la imagen del emperador Justiniano en el mosaico de la iglesia de San Vital, Rávena (Museo de la Civilización Romana, Roma). Justiniano fue un gobernante ilustrado, a diferencia de su antecesor en el trono, su tío Justino, que si bien fue un excelente militar, en cambio era analfabeto.

Mientras tanto, tras la migración vándala (hacia el 429), los dueños de la situación en Hispania eran los suevos, pues constituían la única fuerza militar ante la ausencia de cualquier tipo de autoridad imperial y también porque el centro del poder visigodo se hallaba en Toulouse. Sin embargo, esto no ponía en sus manos el control político efectivo de Hispania, buena parte de la cual, a escala local, se hallaba en poder de las oligarquías romanas. Los suevos, por el contrario, emplearían a sus guerreros para continuar depredando lo que pudiera quedar en la península ibérica, hasta que hacia mediados del siglo V su rey, Requiario, cometió el error de sumarse a la revuelta bagauda que tuvo lugar en la Tarraconense contra las autoridades romanas. Si bien los suevos llegarían a tomar de forma sangrienta Tarazona (Zaragoza) en el 449 junto con los rebeldes romanos, es preciso destacar que el hecho de que esta ciudad estuviera defendida por mercenarios visigodos provocaría que tanto estos *foederati* como las autoridades imperiales clamaran venganza. El momento propicio llegaría cuando los visigodos, tras vencer a los bagaudas en el 454, se enfrentaron dos años después, con su rey Teodorico II a la cabeza, a los suevos en su mismo centro de poder, establecido en Gallaecia. La batalla del río Órbigo permitiría a los visigodos arrinconar a sus enemigos definitivamente en el noroeste de Hispania y ejecutar a su

rey, Requiario. Teodorico II aprovecharía esto para establecer el dominio visigodo definitivo sobre el resto de la península ibérica y ejercerlo con independencia de las autoridades imperiales, dado que aprovecharía el caos generado tras la deposición del emperador Avito en el 456.

Para concluir este capítulo, hagamos una recapitulación de lo analizado en él hasta ahora. La migración hunna de finales del siglo IV provocaría la irrupción masiva de los godos en el imperio de Oriente. Esto condujo a la derrota romana de Adrianópolis, en el 378, lo que a su vez llevó a la invasión visigoda de los Balcanes en los años siguientes y al soborno de estos por parte del emperador oriental. Debido a ello, los visigodos se dirigieron hacia Occidente, saquearon Roma en el 410 y pasaron a ocupar buena parte de la Galia, que jamás volvería a estar bajo control romano. Previamente, en el 406, suevos, vándalos y alanos habían invadido también la Galia, arrastrados por el fenómeno migratorio hunno, y pasaron poco después a Hispania. Los visigodos entrarían también en Hispania para combatirlos en el 416, lo que se traduciría en el empuje de vándalos y alanos hacia África en el 429, y en el arrinconamiento de suevos en Gallaecia en el 456. Adicionalmente, federados burgundios y francos quedaban asentados respectivamente en el valle del Ródano y en el norte de la Galia. Todo ello se tradujo en que, alcanzada la segunda mitad del siglo V, los últimos emperadores de Occidente únicamente controlaban ya Italia, e incluso allí estaban sometidos por sus generales bárbaros y por los contingentes *foederati* que componían su único ejército disponible, por lo que tampoco podían ejercer un gobierno efectivo en estos dominios y se convertían en una especie de prisioneros en su propia corte. Es más, los golpes de Estado estaban a la orden del día y sentaban constantemente en el trono a efímeros usurpadores, a los que se les dio muy poco tiempo para tratar de solucionar el problema.

Estudiemos en el siguiente capítulo cómo estos últimos emperadores resistirían a duras penas en el trono, al tiempo que el Imperio romano de Oriente prosperaba y se iba gestando un nuevo orden en Occidente, protagonizado por los nuevos dueños de la situación: los pueblos germánicos.

La caída de Roma

LOS ÚLTIMOS ¿EMPERADORES? (423-476)

Cuando falleció Honorio en el 423, mientras diferentes bandas guerreras de germanos se repartían los despojos del imperio de Occidente, Juan, un funcionario imperial, se hizo con el trono gracias al apoyo de los generales Castino y Aecio. Pero por desgracia para Juan (423-425), un sobrino de Honorio de cuatro años de edad sería acogido en Constantinopla por Teodosio II, emperador de Oriente e hijo de Arcadio, quien le proclamaría augusto de Occidente con el nombre de Valentiniano III. La caída de Juan estaría próxima cuando, a partir de entonces, quedó totalmente aislado. Los católicos estaban en su contra debido a sus simpatías por el paganismo. Al mismo tiempo había sido traicionado por el conde de África, Bonifacio, lo que significaba que Italia no recibiría su trigo. Y por si lo anterior no fuera ya de por sí suficiente, Teodosio II puso un ejército al servicio de Valentiniano III para que pudiera recuperar el legítimo trono de su familia. Debido a todo lo anterior, Juan sería finalmente depuesto y ejecutado ese mismo año.

Durante el reinado de Valentiniano III (425-455), Gala Placidia, su madre, desempeñaría la regencia, aunque sus acciones estarían siempre mediatizadas por tres militares que se disputaban el poder efectivo entre sí: Aecio, Bonifacio y Félix. El primero de ellos se mantuvo entre la élite militar a pesar de haber sido uno de los principales soportes de Juan; de hecho, fue quien gobernó el imperio de Valentiniano, no sin que para ello pugnara duramente con sus otros dos rivales. Ejemplo de este litigio fue el pacto establecido por Bonifacio, a espaldas de la corte imperial y de Aecio, con el rey vándalo Genserico, a través del cual estos germanos pasaron a Mauritania en el 429 con el objeto de combatir a las incómodas tribus nómadas que acosaban las provincias norteafricanas. Pero pronto los vándalos —tal y como analizamos en el anterior capítulo— se revelarían como un ejército peligroso, que no hizo otra cosa que combatir en su propio beneficio, por lo que el desbordado Bonifacio llegaría a solicitar la ayuda de militar de Aecio. Sin embargo, esto no resultaría ser suficiente; en el 435 se debió ceder a los vándalos la posesión de Mauritania, y aún así, la paz duraría bien poco. En apenas cuatro años los vándalos conquistarían Cartago y en el 440 invadirían también Sicilia, convirtiendo su flota en la auténtica dueña del Mediterráneo occidental.

Ese mismo año, los problemas se acumulaban para Aecio también en Europa, donde debió reconocer el asentamiento de los burgundios en los Alpes.

Aunque, sin duda, el mayor peligro para el Imperio romano fue el que

representaban los hunos, cuyo nuevo rey, Atila, pasaría con sus hordas a territorio de Occidente cuando, tras una serie de campañas de saqueo en Oriente, en las cuales llegó incluso a poner sitio a Constantinopla, su emperador, Marciano, le entregó un tributo y le invitó a marcharse. El asunto para el Imperio romano de Occidente se complicaría aún más cuando Honoria, la hermana de Valentiniano III, se ofreció en matrimonio a Atila y dio así motivos al rey huno para reclamar como dote la Galia, región que había ocupado. Evidentemente, Valentiniano III no autorizaba este enlace, motivo por el cual Roma no tuvo más remedio que enfrentarse a los peligrosos hunos.

¿De qué ejército disponía por entonces el Imperio romano? Aecio reunió al ejército comitatense de élite, conocido como auxilia palatina, compuesto por tropas muy bien preparadas para el combate pero constituidas por un reducido número de efectivos. También debió contar, a buen seguro, con su comitiva de bucelarios. No obstante, el conjunto de estas tropas era a todas luces insuficiente para enfrentarse a la gran coalición bárbara liderada por Atila, a la que pertenecían principalmente hunos y sus vasallos ostrogodos, así como diversos contingentes de francos, burgundios, esciros, turingios, rugios y gépidos. Por este motivo, Aecio debió echar mano de sus dotes diplomáticas para pactar con los alanos y, sobre todo, con los visigodos, que por entonces habitaban la Galia y veían también cómo sus asentamientos eran seriamente amenazados por los hunos. El encuentro entre los dos ejércitos se produjo en algún lugar entre Chalons y Troyes en el 451, y fue conocido como la batalla de los Campos Cataláunicos.

Por suerte para Roma, Atila sería derrotado, aunque logró huir con los restos de su ejército. De hecho, al año siguiente atravesaría los Alpes e invadiría Italia, provocando la huida de Valentiniano III, aunque por suerte para este, Atila debió abandonar apresuradamente sus posiciones al conocer que sus dominios en el centro de Europa estaban siendo atacados por el emperador de Oriente, Marciano. Ya nunca Atila ni los hunos volverían a molestar al Imperio romano, dado que en el 453 este caudillo moría en extrañas circunstancias y su vasto reino quedó dividido.



Columna del emperador Marciano erigida en la ciudad de Constantinopla, actual Estambul (Turquía). El monumento en cuestión fue levantado en honor de este emperador y es probable que su capitel alojara una estatua suya de bronce. Se cree que dicha estatua fue trasladada durante el saqueo de Constantinopla de 1204 por parte de los caballeros de la Cuarta Cruzada y enviada a la ciudad de Barletta, en Italia, lugar en el que en la actualidad hay una efigie de bronce de estas características.

Una vez que Occidente se había librado del peligro huno, Valentiniano III debió considerar que el artífice de la gran victoria sobre Atila ya no era necesario, motivo por el cual él mismo asesinó a Aecio en el 454. No obstante, el emperador únicamente sobreviviría a su general unos meses, pues fue así mismo eliminado en el 455 mediante un complot urdido por partidarios de Aecio.

El senatorial Petronio Máximo, que posiblemente había participado en el magnicidio, fue proclamado entonces emperador. Consciente de su débil posición, Petronio contrajo matrimonio con la viuda de Valentiniano, Eudoxia, y casó a su hijo Palladio con Eudocia, hija de la anterior, que había sido prometida al vándalo Hunerico, vástago del rey Genserico. Este embrollo no hizo otra cosa que animar a los vándalos a invadir Italia, y en ese mismo año Roma fue saqueada. Petronio Máximo se encontraba en la ciudad y al intentar escapar, abandonado por todos, fue lapidado por la multitud.

A Petronio Máximo le sucedió otro senador, Avito (455-456), que fue proclamado agosto en la Galia al contar con el respaldo de los poderosos visigodos, incluido su

rey, Teodorico II. La buena sintonía entre el nuevo emperador y sus aliados quedaría demostrada cuando los visigodos se erigieran en su brazo armado, de forma que le proporcionarían un ejército con el que entrar en Italia para afianzar su poder. No obstante, el conflicto con los vándalos provocaría que Genserico sometiera a un estricto bloqueo naval a Italia, lo que acabaría provocando escasez de alimentos y que la plebe estuviera enfurecida con su soberano. Esto sería aprovechado por el hombre fuerte del momento, Ricimero, un general de origen suevo con el cargo de *magister militum*. El enfrentamiento definitivo entre Avito y Ricinero tendría lugar en la llanura del Po el 17 de octubre del 456. Avito, con sus fuerzas mermadas por la ausencia de los visigodos, que se hallaban combatiendo a los suevos en Hispania, sería derrotado.

A partir de entonces Ricimero —que no podía ceñirse la corona por ser germano y de credo arriano— depondría y entronizaría emperadores a voluntad, auténticos títeres manejados a su antojo, al tiempo que la anarquía generada sería aprovechada por las diferentes tribus germánicas invasoras para consolidar su poder. En un turbulento período en el que los últimos augustos habían permanecido en el trono por escaso tiempo, resultaba mucho más productivo gobernar en la sombra que portar realmente el cetro imperial y exponerse a ser asesinado. De este modo, Ricimero manejaría el destino del Imperio romano de Occidente hasta su fallecimiento en el 472.

Debido a todo lo descrito en el párrafo anterior, Ricimero acabaría entronizando a Mayoriano (457-461), un militar bajo cuyo reinado se lograrían establecer nuevos pactos con los burgundios y los visigodos, y, con la Galia e Hispania en calma, quedaba asegurada la retaguardia y esto le permitiría aventurarse en una nueva empresa militar. El objetivo no era otro que acabar de una vez por todas con la amenaza vándala, que mermaba la capacidad de la metrópoli para abastecerse. El encuentro entre las dos flotas se produciría en mayo del 461, con funesto resultado para las fuerzas imperiales. Esta derrota precipitaría la caída de Mayoriano, de cuya ejecución se encargaría Ricimero.

Libio Severo (461-465) se convertiría en el siguiente emperador coronado por Ricimero. Este soberano no contaba con más apoyos, lo que se tradujo en el progreso de los reinos federados burgundio y visigodo, con lo que en la práctica se perdería el control de la Galia e Hispania. Libio pasaría sin pena ni gloria por el trono y moriría en el 465, aunque la mediación del emperador de Oriente, León I, en la elección del nuevo soberano de Occidente privaría al poderoso Ricimero de imponer un nuevo candidato.



Basílica de Santa María la Mayor, en la ciudad de Roma. La construcción original de este imponente edificio religioso data de la quinta centuria, época en la que el poder político romano se iba apagando al tiempo que, en contraste, la fuerza y el prestigio de la Iglesia católica aumentaban.

El elegido, Antemio (467-472), llegaría a Italia en el 467 al frente de un ejército que le había procurado León. Aun así, la situación del imperio de Occidente era desesperada; visigodos, suevos y vándalos harían frente común contra Roma y derrotarían a Antemio en el 471 en Arlés, en la Galia. En medio de la incertidumbre generada por este fracaso militar, apenas un año después, Ricimero se aliaría con los vándalos para acabar con Antemio.

Como consecuencia, los vándalos asediarían Roma, su rey, Genserico, proclamaría emperador a Olibrio y Antemio sería asesinado. Olibrio fallecería unos meses después y, ante la ausencia de Ricimero —que también acababa de morir—, el sobrino de este último y rey de los burgundios, Gundebaldo, aprovecharía el vacío de poder para coronar a Glicerio (473-474). Mientras tanto, el emperador de Oriente, León I, designaba otro augusto para Occidente, Julio Nepote, *magister militum* de Dalmacia. Nepote pasaría con sus tropas a Italia, lo que llevó al atemorizado Glicerio a abdicar en su favor.

De esta forma, el Imperio romano de Occidente —o al menos lo poco que todavía quedaba de él— pasaría a manos de Julio Nepote (474-475), quien, no obstante, sería depuesto en el 475 por su nuevo *magister militum*, Orestes.

Orestes coronaría a su propio hijo, un adolescente llamado Rómulo. Por esos años únicamente permanecía bajo jurisdicción del emperador la península itálica, dado que Julio Nepote, exiliado en Dalmacia, controlaba este otro territorio. El resto de provincias —como bien sabemos— estaban controladas por bárbaros, excepto un pequeño reducto independiente en el norte de la Galia, gobernado por un general romano de nombre Siagrius. Pero incluso en Italia el poder estaba más bien en manos del ejército, cuyos mercenarios germanos actuaban a las órdenes de sus propios líderes. Es más, la ruina económica era un hecho consumado, motivo por el cual no

había fondos para pagar a los soldados, lo que día a día elevaba su descontento. Este hecho sería aprovechado por un caudillo germánico, el hérulo Odoacro, líder de los mercenarios acantonados en Italia, para acabar destronando a Rómulo el 23 de agosto del 476. Pero en lugar de continuar con la farsa de años atrás protagonizada por Ricimero, Odoacro se limitó a asumir plenos poderes en el área controlada por sus tropas en lugar de coronar a un nuevo títere, al tiempo que enviaba las insignias imperiales a Constantinopla, a la corte del nuevo emperador de Oriente, Zenón.

Ya no habría más emperadores en Occidente. Pero, por el contrario, el opulento imperio de Oriente continuaba prosperando.

CONSTANTINOPLA, LA AUTÉNTICA CIUDAD ETERNA

¿Cómo fue posible que tras la derrota de Adrianópolis en el 378 y con la muerte de su emperador en este combate, el Imperio romano de Oriente se recuperara de tal varapalo? Ciertamente es que, *a priori*, el panorama no parecía ser demasiado halagüeño para el Imperio romano, especialmente para su mitad oriental, que quedaba directamente expuesta a los godos, dado que la capital, Constantinopla, se hallaba a poco más de doscientos kilómetros de distancia del lugar donde se produjo la batalla. Sin embargo, como bien sabemos, los visigodos no tardarían en marcharse de Oriente, no sin antes haberse estrellado contra los imponentes muros de la ciudad fundada por Constantino y tras haber sido sobornados por su emperador, Arcadio.

Finalmente, sería esta otra mitad del Imperio romano la que sufriría principalmente las consecuencias de la derrota del ejército de Valente, dado que, como bien sabemos, a partir de este dramático hecho se encadenarían una serie de desastres que acabarían con diversas tribus germánicas establecidas permanentemente y con carácter autónomo a lo largo y ancho de su territorio.

¿Qué ocurriría durante ese fatídico siglo V en Oriente, mientras Occidente se desplomaba? Después de que la corte de Constantinopla invitara a Alarico y sus visigodos a tomar el camino del oeste, el Imperio romano de Oriente permanecería en paz y gracias a su economía, más saneada que la de su homólogo occidental, pudo reorganizar su ejército a la vez que iba reduciendo la presencia de bárbaros entre sus filas. Es por esto por lo que, a pesar de que el gobierno de los emperadores de Constantinopla todavía estuviera en buena medida en manos de sus generales germanos, muy pronto, tal y como analizaremos a continuación, esta grave amenaza para la integridad del imperio de Oriente sería eliminada.



La gran cadena del Cuerno de Oro, expuesta en el Museo Militar de Estambul. Cadenas similares a la de la fotografía cerraban el paso a embarcaciones enemigas que pretendieran entrar en el puerto natural de Bizancio o Constantinopla. Aunque esta estrategia todavía surtiría efecto en el siglo XV, no evitaría que las naves otomanas acabasen por ser trasladadas por tierra sobre rodillos y pasarelas de madera, e introducidas en el estuario gracias a los ingenieros turcos. Debido a ello, en parte, Constantinopla caería en poder de los otomanos en 1453, y esto pondría fin al Imperio romano de Oriente.

Arcadio sería sucedido por su hijo Teodosio II (408-450), emperador que, a pesar de no demostrar mejores dotes políticas que su padre, pudo sustentar su gobierno gracias al apoyo de su hermana mayor, Pulqueria, que fue la auténtica soberana en la sombra. Una vez muerto Teodosio II, Pulqueria se perpetuaría en el poder casándose con un general de nombre Marciano (450-457), que sería coronado emperador.

Pulqueria murió finalmente en el 453 y Marciano cuatro años después. En esos momentos el hombre más poderoso de Oriente era Aspar, general de origen germánico y de credo arriano. Por este motivo, Aspar no podía reinar, pero al igual que hizo Ricimero en Occidente ese mismo año 457, buscó a un romano católico para que fuera su emperador títere. Pero eligió mal, ya que entronizó a uno de sus oficiales, un tracio llamado León, que resultó ser mucho más enérgico e independiente de lo que Aspar esperaba.

León pronto decidió dejar de depender de los mercenarios bárbaros y se deshizo de ellos, incluido su mentor, Aspar. Para esto, León I (457-474) creó una nueva guardia imperial, el cuerpo de los excubitores, reclutados en las montañas de Isauria—región de Asia Menor poco romanizada—, pero cuyos habitantes eran aguerridos guerreros de ciudadanía romana. De esta forma, la corte de Constantinopla, a diferencia de lo que ocurría por entonces en la capital de Occidente, dejaba de depender de federados bárbaros a la hora de reclutar a soldados que la defendieran. La fidelidad de la guardia isauria hacia la figura de su emperador llegaría a ser tal que León casaría a su hija, Ariadna, con su capitán, Tarasicodissa.

León I murió en el 474 y fue sucedido por su nieto, León II, pero al fallecer este también ese mismo año, acabaría siendo coronado Tarasicodissa, que era al mismo tiempo padre del joven emperador y que reinaría con el nombre de Zenón (474-491).

Tras el golpe de Estado de Odoacro en Occidente, en el 476 Zenón se convertiría en el único emperador romano legítimo, y así lo fue a ojos de los diferentes reinos germánicos, tal y como demuestra el hecho de que el líder de los *foederati* de Italia enviara a la corte de Constantinopla las insignias pertenecientes al depuesto Rómulo. De hecho, Zenón otorgó el título de patricio a Odoacro, de forma que sobre el papel este gobernaba la península itálica en nombre del emperador.

Esta aparente buena sintonía entre Zenón y Odoacro muy pronto quedaría finiquitada cuando el emperador vio la menor oportunidad de librarse del germano y su contingente de hérulos. Para ello, Zenón se serviría de los ostrogodos, que por entonces representaban una amenaza para el imperio de Oriente; nuevamente un emperador de Constantinopla sobornaba a un caudillo bárbaro para alejarlo de sus tierras y enviarlo directamente a Occidente. Así, en el 487 Zenón mostraba el camino de Italia a los ostrogodos para que lucharan contra los hérulos, y los primeros acabarían expulsando a los segundos y ocupando su lugar.

Cuando Zenón murió en el 491 sin sucesor, su viuda, Ariadna, contrajo matrimonio con un funcionario palatino, un anciano llamado Anastasio. Anastasio (491-518) subió entonces al trono, y su reinado se caracterizó principalmente por su excelente gestión financiera, de forma que al morir legaría a su sucesor, Justino (518-527), una saneada tesorería que permitiría a su sobrino Justiniano (527-565) lanzarse con éxito a la reconquista de buena parte de Occidente una vez que recibió el imperio. Pero esto constituye ya otra historia, la del conocido como Imperio bizantino, que prolongaría su existencia a lo largo de toda la Edad Media.



Ancla bizantina. El comercio de artículos de lujo desarrollado por el Imperio romano de Oriente se prolongaría en el Imperio bizantino, que sobreviviría a la desaparición de su homólogo Occidental en el siglo V. Es por ello por lo que en los siglos VI y VII, época en la que está datada el ancla de la fotografía, continuaba siendo frecuente que naves romanas fueran cargadas con preciadas mercancías procedentes del Lejano Oriente.

Las claves para la supervivencia del Imperio romano de Oriente serían principalmente cuatro. El progresivo hundimiento de Occidente, que se convertiría en la diana principal de los bárbaros invasores, sobre todo cuando los emperadores de Oriente pagaban un tributo a estas hordas señalándoles el camino hacia el oeste. La riqueza de la que disfrutaba el imperio de Constantinopla, con una tesorería más saneada que la de su homólogo occidental y una potente economía basada en el comercio de lujo con Oriente. La expulsión de los *foederati* bárbaros de la corte y su sustitución por un ejército romano. Y la estratégica ubicación de Constantinopla, así como la inexpugnabilidad que le otorgaban sus triples murallas.



Casco del caudillo otomano Orján. El líder tribal turco Osmán (1290-1324), que da nombre a la dinastía osmanlí u otomana, llegaría a construir un poderoso Estado a partir de las posesiones bizantinas en Asia Menor. Su sucesor, su hijo Orján (1326-1362), hizo que sus tropas entraran por primera vez en Europa para ya no abandonarla jamás.

Durante el reinado de Teodosio II, el perímetro amurallado de Constantinopla sería ampliado. Esto se aprovechó para proporcionar a la ciudad un mejor sistema defensivo en aquellos tiempos difíciles en los que incluso Roma, la ciudad eterna, había podido ser saqueada con relativa facilidad. El objetivo principal de la nueva construcción defensiva era hacer prácticamente impenetrable la parte terrestre de la muralla de Constantinopla, de forma que con una poderosa flota que la defendiera del bloqueo naval enemigo resultara muy difícil provocar su caída. Constantinopla gozaba, además, de una localización geográfica excepcional, dado que se trataba de una península triangular en la zona europea de entrada al Bósforo, es decir, a las puertas de Asia, y con un puerto natural fácilmente defendible conocido como Cuerno de Oro. Los dos lados de esta especie de triángulo que estaban bañados por las aguas, el Cuerno de Oro y la costa del mar de Mármara, estaban defendidos por una muralla muy próxima a la línea de costa, lo que dificultaba en extremo cualquier intento de desembarco enemigo. Esto se completaba con una gran cadena que cerraba el paso de embarcaciones enemigas en el estuario del Cuerno de Oro, donde se alojaba la flota romana. El tercer lado de la península, es decir, su parte terrestre, que a la vez era la más vulnerable, sería defendida por la nueva muralla construida bajo el

reinado de Teodosio II. En esta zona, si el enemigo deseaba entrar en Constantinopla, primero debía superar un foso de cerca de dieciocho metros de ancho, a continuación un parapeto almenado, después un espacio de unos quince metros, defendido ya por soldados, seguido de una muralla de siete metros de alto, otro espacio de hasta dieciocho metros y, finalmente, un gran muro de doce metros de altura. El entramado se completaba con torres defensivas colocadas en la muralla exterior y grandes torreones situados en la muralla principal que se intercalaban con las anteriores. Esta compleja obra tardaría en ejecutarse más de treinta años, pero merecería la pena emplear tantos recursos en su construcción, ya que en buena medida gracias a ella el Imperio romano de Oriente no se hundió como su vecino occidental y únicamente sucumbiría de manera definitiva ante la acometida otomana de 1453, cuando desapareció definitivamente.

Pero mientras tanto, en Occidente desde el siglo IV se venía gestando la sustitución del poder romano por un enjambre de entidades territoriales germánicas. ¿Cómo funcionaría el nuevo orden establecido?

EL NUEVO ORDEN

¿Cómo pudo llegar a desaparecer un imperio tan poderoso como el romano? ¿Caería como consecuencia de las acometidas germánicas?

Tal y como ya hemos hecho mención, los diferentes pueblos germánicos no disponían de los medios ni de los conocimientos necesarios para poder asaltar grandes fortalezas, por lo que durante la oleada de invasiones que tuvo lugar entre los siglos IV y V únicamente someterían a sitio a ciudades amuralladas que podían rendirse por hambre o pequeños núcleos de población mal defendidos, aunque, en la mayoría de los casos, solo se dedicarían a saquear y devastar las áreas de cultivo y las aldeas. Debido a ello, el daño que estas incursiones debieron provocar —perpetradas, como bien conocemos, por grupos reducidos de guerreros— no justifica por sí solo la desaparición de un imperio tan organizado como el romano.

Incluso podemos afirmar que la fortaleza real de dichos invasores residía más en su oportunismo a la hora de ir sustituyendo de forma paulatina en Occidente la estructura militar y política romana que en su número de efectivos militares, aunque es preciso destacar que la ocasión para que estos bárbaros pudieran llevar a cabo dicho relevo les sería servida en bandeja por los propios romanos cuando, debilitados como consecuencia de sus enfrentamientos civiles, buscaron suplir sus propias carencias militares y poblacionales, permitiendo el establecimiento en el interior del limes de aquellas tribus que precisamente lo habían atravesado de manera violenta. De esta manera, el imperio podía contar con nuevos habitantes que ocuparan las tierras deshabitadas como consecuencia de las guerras, las hambrunas y las epidemias, al tiempo que disponían de aguerridos soldados, muy útiles en las

múltiples guerras entre romanos o a la hora de enfrentarlos a otros bárbaros.

Sin embargo, esta estrategia se acabaría volviendo en contra del Imperio romano. Con el devenir del tiempo, estos contingentes de mercenarios extranjeros acabaron siendo el único ejército que operaba dentro del limes, dirigido, además, por sus propios caudillos, únicos generales en la práctica que acabaron existiendo en Occidente. Por entonces, el reemplazo militar y político era ya un hecho, aunque aquella especie de pantomima a través de la cual los bárbaros eran representantes del poder imperial continuaría dándose.

Debemos destacar que, con esta sustitución y fusión progresiva, en la práctica nada cambió cuando el 4 de septiembre del 476 Rómulo Augusto fue destronado y ningún emperador romano se sentó ya en el trono de Occidente. De hecho, ya desde principios del siglo V la mayor parte del Imperio romano de Occidente se había ido convirtiendo en múltiples entidades políticas independientes entre sí y emancipadas de la autoridad imperial, con gobiernos autónomos y ejércitos propios.

Precisamente ahora que hablamos del ejército es necesario que hagamos mención al hecho de que, cuando indicamos sustitución de «lo romano» por «lo germánico», nos referimos especialmente a la cuestión militar, único elemento que reemplazaría totalmente a su preexistente romano, aunque, eso sí, esto venía dándose desde el siglo III.

Estas sociedades guerreras, según nos informa Miguel Ángel Ladero, introdujeron un concepto nuevo en tierras del Imperio romano: el de la realeza germánica. El rey germano era, ante todo, un jefe guerrero, pero al mismo tiempo era también juez. Los reyes germánicos podían haber sido elegidos por su valía o haber heredado el trono, pero, en cualquier caso, estos eran personajes carismáticos ante los ojos de sus súbditos. La sucesión de los reyes germánicos, aunque se basaba en el derecho de la estirpe, no poseía una norma hereditaria concreta. Para muchos pueblos germánicos —el caso franco es el más representativo— la concepción de Estado estaba poco desarrollada, motivo por el que consideraban que el reino formaba parte del patrimonio personal del rey, lo que significa que el territorio que lo componía podía ser dividido en herencia y ser otorgadas dichas partes a diferentes miembros de la familia del monarca.

En otros casos, como el visigodo, la monarquía poseía carácter electivo, al igual que ocurría con los primeros reyes de los pueblos germánicos, cuando elegían a su soberano con carácter extraordinario ante necesidades militares especiales que así lo aconsejaban. No obstante, esta costumbre visigoda provocaba que su rey fuera un mero instrumento en manos de las distintas facciones nobiliarias con derecho a la elección.

Sea como sea, se trate de monarquía hereditaria o electiva, en ambos casos los reinos germánicos mostraban una noción de Estado poco desarrollada, en concordancia con su nula creencia en lo público. Por el contrario, poseían sólidas convicciones relacionadas con los aspectos privados de la realeza y sus súbditos,

como el patrimonio personal. Nos encontramos pues en estos reinos con una especie de negación del principio romano de Estado que los emperadores de Constantinopla habían conseguido preservar en su trono de Oriente.

En estas nuevas entidades territoriales —a las que cuesta llamar Estados en el sentido contemporáneo del término— la religión se erigiría como un importante elemento de cohesión, con lo que en los siglos VI y VII hallamos al clero tratando de aportar la conciencia de unidad de la que los pueblos germánicos carecían. Sin embargo, la Iglesia actuaba de esta forma únicamente en busca de su propio beneficio, en un intento por lograr el apoyo de las nuevas autoridades laicas. Se erigía con ello en entidad de prestigio, encargada de velar por el seguimiento correcto del camino de la fe realizado por sus creyentes, sobre todo de los reyes en los que se respaldaban.

Las cortes de estos monarcas germánicos se caracterizaron por estar instaladas en lugares de escasa tradición urbanística o, cuando menos, se trataba de ciudades que se hallaban en un estado deplorable tras largos años de crisis. Normalmente, estos reyes se instalaban en torno a núcleos rurales reducidos, similares a los utilizados también por otros poderosos nobles, donde contaban con contingentes privados de bucelarios, que poco cambiaban con respecto a los que habían surgido en tiempos romanos, y donde incluso podían acoger bajo su protección a aristócratas de inferior rango de la misma forma que en el imperio se encomendaban diferentes ciudadanos libres a través de relaciones de patrocinio con los *potentiores*.

Al mismo tiempo, esta fragmentación de la fuerza militar en múltiples núcleos dentro de un reino favorecería la migración de ciertas funciones públicas, en principio regias, que acabaron por llegar a manos de la aristocracia, lo que produjo una fuerte descentralización del poder, tendencia que también venía produciéndose en el Imperio romano.

Estas inclinaciones de los nuevos reinos hacia su ruralización y la privatización de funciones *a priori* públicas, unidas a la escasa noción de Estado que poseían los pueblos germánicos, constituyen manifestaciones de la realidad político-social típica del Occidente medieval que conocemos como «feudalismo».

Este Occidente medieval se caracterizará a su vez, a lo largo del período que va del siglo V al XI, por la existencia efímera de sus reinos y la fragilidad e inestabilidad extremas de los mismos. Es por ello por lo que reinos como el vándalo y el ostrogodo no tardarían demasiado tiempo en ser borrados del mapa. Serían destruidos en el 533 y el 552, respectivamente, ambos conquistados por el Imperio bizantino —denominación que para ese período solemos emplear a la hora de referirnos al Imperio romano de Oriente—. Otro ejemplo es el de los burgundios, cuyo reino sería absorbido por el de los francos en el 532, al igual que ocurría con el reino suevo, sometido por su poderoso vecino visigodo en el 585. Pero ni siquiera este último se libraría de su hundimiento definitivo, a pesar de que tuviera lugar unos siglos después, en el 711, cuando los musulmanes conquistaron la antigua Hispania. Por su

parte, los reinos fundados por sajones, anglos y jutos en la antigua provincia romana de Britania serían destruidos en el 1066 por la invasión normanda. Por entonces, de todos los pueblos germánicos que invadieron Occidente estando el Imperio romano en pie, únicamente el reino de los francos continuaría existiendo, y se prolongaría incluso en el reino de Francia.

EL LEGADO DE ROMA

En el anterior epígrafe hemos analizado el nuevo orden político que se fue gestando en Occidente mientras, paralelamente, el Imperio romano se iba extinguiendo poco a poco. Pero fijémonos en un pequeño detalle de la frase anterior; empleamos el adjetivo «nuevo» para referirnos a los modelos de gobierno de las entidades territoriales creadas por los pueblos germánicos en el solar romano, pero poco más podría calificarse como tal en las antiguas tierras que antaño formaron parte del imperio, dado que no mucho más cambiaría.

Por otro lado, el Alto Imperio poco tenía que ver con los reinos germánicos de los siglos V a IX, pero no se parecía mucho más a su homólogo el Bajo Imperio, que surgiría tras superarse la crisis del siglo III, a partir del cual la civilización romana vendría experimentando profundas transformaciones. Esta metamorfosis se vería acelerada al producirse el estrecho contacto de los romanos con las diferentes tribus germánicas que vivían en las proximidades del limes, las cuales influirían profundamente en los cambios que se estaban gestando en el imperio.

Sin embargo, cuando se produjo la desaparición definitiva del Imperio romano de Occidente en el siglo V, debemos destacar —tal y como ya hemos indicado en el primer párrafo de este punto— que únicamente se vino abajo su gobierno y no así el resto de buena parte de sus elementos distintivos, aunque estos, tal y como hemos comentado, habían ido cambiando desde hacía dos centurias. Esta es la razón por la que la religión del Bajo Imperio, parte de su administración central —como el sistema de recaudación de impuestos—, sus estructuras sociales, el derecho romano, el sistema monetario —la libra de plata y el sólido de oro— o incluso el idioma fueran transmitidos a los nuevos reinos germánicos surgidos del desmembramiento del Imperio de Occidente. Roma se convertiría en el modelo a seguir por dichas entidades territoriales, inspiradas a su vez en el ejemplo que les continuaba ofreciendo la mitad de su imperio que había sobrevivido, es decir, el ahora llamado Imperio bizantino. Este sería, por lo tanto, el legado de Roma a la nueva Europa bárbara.

¿Cómo se produjo la sustitución del poder político romano y la conservación de buena parte de todo lo demás en las antiguas tierras del imperio de Occidente?

Cuando tuvo lugar la gran oleada de invasiones de los siglos IV y V, el *modus*

operandi de las tribus germánicas no consistió en desposeer sistemáticamente a los romanos de sus tierras, apartarlos de la administración pública o de las actividades económicas, sino que se produjo una progresiva fusión entre ambas sociedades, más que una sustitución de la segunda por la primera. Con la posterior conversión de los invasores al catolicismo y el rechazo al paganismo, en casos como el franco, o al arrianismo —como ocurriría con los visigodos—, se produciría un decisivo avance hacia la integración racial. Con ello, las diferencias étnicas se irían diluyendo, motivo por el cual el sistema dual legislativo, sobre el cual hablaremos a continuación, se atenuaría, llegando a desaparecer como en el caso del reino franco.



Corona votiva de Recesvinto. Este rey católico visigodo del siglo VII donaría como ofrenda religiosa la corona votiva de la fotografía. Este tipo de exvotos serían muy frecuentes entre la monarquía y la aristocracia visigoda. Son muy importantes las ofrendas votivas conocidas como el tesoro de Guarrazar, al que pertenece la corona de Recesvinto, así como el tesoro de Torredonjimeno.

Sin embargo, estos nuevos territorios estaban dominados política y militarmente por una minoría germánica, élite guerrera nobiliaria que subyugaba a una población mayoritariamente romana o, cuando menos, romanizada. En este aspecto, los germanos invasores ejercían el control sobre el grueso de los ocupantes de las antiguas provincias imperiales, aunque es preciso destacar que se aplicaban leyes distintas para estos dos tipos de habitantes, según fueran romanos o bárbaros. En consecuencia, existían leyes germanas basadas en sus antiguas costumbres no escritas y aplicables a los miembros de su etnia, al tiempo que todavía tenía vigencia para los

ciudadanos no bárbaros el derecho romano. Esta dualidad legislativa provocaba que los reyes germánicos únicamente emplearan su título regio para presentarse como monarcas de la población de su misma etnia, a pesar de que, como bien sabemos, los ciudadanos romanos estaban también sometidos a ellos desde el punto de vista político. Es por ello por lo que, en los tres reinos germánicos más importantes que surgieron hacia el siglo VI, no hallamos por entonces a un rey de Hispania, de Italia o de la Galia, sino que los soberanos de los pueblos bárbaros conquistadores se intitularon como «rey de los visigodos», «rey de los ostrogodos» o «rey de los francos».

Pero como bien sabemos, estos monarcas gobernaron a la totalidad de la población, que controlaban de forma efectiva mediante sus clientelas de bucelarios. Sin embargo, cabe destacar que no siempre todo el territorio bajo su teórico dominio permanecía ocupado de manera constante por estos reducidos contingentes militares bárbaros, como fue el caso de la cornisa cantábrica por parte de los visigodos, o de la Bretaña francesa cuando hablamos de los francos.

En buena medida, los reyes germanos buscaban consolidar su poder con sólidos apoyos, para lo cual trataron de obtener el respaldo de la antigua nobleza romana, así como de la Iglesia católica. Para alcanzar el sostén del clero, los soberanos germanos no hallarían mejor fórmula que convertirse a su religión, como será el caso franco y visigodo. Esto acabaría por asimilar a unos súbditos con otros, dado que todos eran ya católicos, y las diferencias legislativas se atenuarían y, con el devenir del tiempo, llegarían a desaparecer. Tanto es así que ambas aristocracias podrían ya establecer alianzas matrimoniales —antes no se podían casar, al practicar religiones distintas— y, debido a ello, se acabarían fusionando. Lo mismo ocurriría con el resto de la población, aunque en este caso es preciso destacar que la mezcla racial tardaría más tiempo en producirse.

Entre las etnias bárbaras que eran arrianas destacan los visigodos, los ostrogodos y los vándalos. El caso visigodo resulta peculiar, dado que tras unos dos siglos y medio practicando el cristianismo arriano se acabarían convirtiendo al catolicismo en el 589. Pero lo cierto es que ningún pueblo germánico se haría católico con un carácter tan inmediato y directo como los francos, pues su rey, Clodoveo, fue bautizado junto con sus nobles a finales del siglo V y abandonó con ello el ancestral paganismo de su pueblo. En el polo opuesto hallamos a ostrogodos y vándalos, cuyos reinos fueron siempre arrianos, aunque es preciso destacar que tal vez no tuvieron tiempo de convertirse al credo de Nicea —como sí harían visigodos y francos— puesto que serían borrados de la historia demasiado pronto.

La fusión étnica mencionada provocaría que las élites guerreras germánicas y los *potentiores* romanos acabaran constituyendo la nueva nobleza medieval, al tiempo que la totalidad del campesinado jurídicamente libre quedaría integrado en el sistema de explotación de la tierra mediante la utilización de colonos, o lo que en la Edad Media se conoce como «régimen señorial». Esto constituye una muestra del legado

de Roma en cuanto a aspectos sociales se refiere.

Aparte de hacer uso del derecho romano, de la religión oficial del imperio, y servirse del colonato aparcerero, los monarcas germánicos tampoco dudaron a la hora de utilizar muchas de las antiguas instituciones de la burocracia romana ante la escasez manifiesta de estructuras administrativas maduras en los nuevos reinos bárbaros.

Que la administración germánica estuviera basada en su predecesora romana provocaba que el latín fuera, a su vez, el idioma empleado por los funcionarios, a lo que también contribuiría el hecho de que las lenguas germánicas carecieran de escritura. Pero, es más, los reinos germánicos continuaron en su mayoría usando el latín a lo largo de toda su existencia debido a que su población era minoritaria en comparación con los habitantes romanos o romanizados. En este sentido, la arqueología parece confirmar lo reducidos que eran estos grupos invasores. Sirva de ejemplo la estimación que se realiza acerca del número de visigodos asentados en Hispania, que no superarían los cien mil individuos, aun a pesar de que era este uno de los mayores pueblos germánicos. Del mismo modo, los datos arqueológicos parecen confirmar que no más de doce mil guerreros ostrogodos ocupaban Italia. El ilustre medievalista Julio Valdeón opina que la proporción de las poblaciones germánicas invasoras con respecto del total de habitantes romanos o romanizados no debía pasar del cinco por ciento. Esta sería una de las causas por las que el latín no desaparecería como lengua.



Foro imperial de Augusto, en la ciudad de Roma. El foro constituía el centro neurálgico de las ciudades romanas, dado que en esta plaza se hallaban los principales templos y edificios institucionales, así como tenían lugar los negocios y los intercambios comerciales. El foro original de Roma experimentaría sucesivas ampliaciones hacia época altoimperial, llevadas a cabo por los diferentes emperadores.

¿Por qué cayó Roma?

En época actual existe una gran controversia sobre lo que rodea a lo que conocemos como «caída del Imperio romano». Los diferentes autores se dividen, a grandes rasgos, entre los que opinan que tras sufrir una larga decadencia el imperio desaparecería y aquellos para los que este nunca se extinguió y tendría continuidad, ya no solamente en el Imperio bizantino, sino en los propios reinos germánicos surgidos en sus antiguas tierras.

Entre el primer grupo destaca la figura de todo un clásico como es Edward Gibbon, historiador británico del siglo XVIII, para quien el Bajo Imperio era una versión decadente de la Roma clásica, que entraría en una profunda crisis como consecuencia de la pérdida de los valores que habían caracterizado a su civilización y al régimen de la república. Esta forma de pensar daría lugar a la formación de un séquito de seguidores, y Gibbon crearía una corriente relacionada con el declive y la caída de Roma. No obstante, hoy en día se impone una visión menos catastrófica con respecto al tema en cuestión, aunque aún continúan empleándose postulados basados en las ideas de Gibbon. Uno de los más importantes representantes de esta escuela en la actualidad es el historiador británico Bryan Ward-Perkins, quien utiliza sólidos argumentos historiográficos y arqueológicos para reforzar sus tesis, que en absoluto dan la impresión de basarse en ideas anacrónicas, como en ocasiones pudiera llegar a pensarse.

En el segundo grupo de historiadores, es decir, aquellos que podríamos denominar «continuistas», hallamos como pionero al francés Fustel de Coulanges, autor del siglo XIX, para quien las tribus germánicas favorecieron la evolución de un complejo proceso de cambio que se había iniciado en el Imperio romano muchos siglos antes, al tiempo que afirma que estos bárbaros no provocaron hundimiento alguno y darían continuidad a esta civilización surgida en la Antigüedad. Historiadores actuales, como los irlandeses Peter Heather o Peter Brown, comparten esta misma óptica. Peter Heather trata de acabar en sus obras con los estereotipos relacionados con la existencia de un mundo muy avanzado como el romano y su antítesis bárbara, y huye del mito de las brutales invasiones germánicas. En su lugar analiza los complejos movimientos migratorios realizados por estos pueblos, que si bien acabaron con la unidad política del imperio, en cambio no erradicaron la cultura romana.

Pertenezcan a la corriente que pertenezcan, en la actualidad los historiadores suelen coincidir a la hora de establecer que el movimiento migratorio huno de finales del siglo IV fue el desencadenante de una serie de desgraciados acontecimientos,

descritos en el capítulo 6, que culminarían con la toma de Cartago por parte de los vándalos en el 429. Esta oleada de invasiones, en absoluto pacíficas, acabarían con la fuerza militar propiamente romana —sobre todo tras el desastre de Adrianópolis (378)—, y los pueblos bárbaros que habían entrado en el imperio ya no saldrían de él y acabarían estableciendo asentamientos permanentes que poseían carácter plenamente autónomo.



Ajuar médico, Museo Nacional de Arte Romano (Mérida). Por la época en la que está datado el instrumental de la fotografía (siglo I), así como en las siguientes centurias, ninguna de las civilizaciones que habitaban en las proximidades del limes, exceptuando Persia, disponía de los conocimientos científicos de los que gozaba el Imperio romano. Esto constituye un ejemplo de lo avanzado que era el mundo romano en contraposición con el bárbaro.

Esta quiebra militar y política para algunos autores causaría, al mismo tiempo, la muerte de la civilización romana y condenaría a Europa occidental a una «Edad Oscura» de la que ya no se recuperaría hasta los albores del siglo IX. Este período temporal iniciado en el siglo III coincide con lo que se conoce como «Antigüedad tardía», un concepto surgido en los años setenta del siglo XX de la mano de Peter Brown, tesis muy discutida, a su vez, por Ward-Perkins. Hasta entonces, la escuela de Gibbon venía refiriéndose a este período como «decadente», y se pasó a calificar esta Antigüedad tardía como una época de transición entre la Edad Antigua y el Medievo, tiempos de profundos cambios a partir de los cuales la civilización romana se perpetuaría en la nueva Europa germánica.

Habiendo realizado esta breve exposición acerca de las diferentes posturas existentes a la hora de enfocar la caída del Imperio romano nos disponemos a continuación a enumerar, y posteriormente desarrollar, las principales teorías que usualmente se han relacionado con este hecho. Las teorías que hemos considerado en esta obra son:

1. Las invasiones bárbaras
2. Las guerras civiles
3. Epidemias y hambrunas
4. La detención de las conquistas
5. El freno económico
6. El excesivo tamaño del imperio
7. El excesivo gasto militar
8. La elevada tasa de desempleo entre la plebe
9. El excesivo poder del ejército
10. La barbarización del ejército
11. La descentralización del poder
12. La corrupción política y administrativa
13. La separación de Oriente y Occidente
14. La supervivencia y prosperidad de Oriente, que supuso el sacrificio de Occidente
15. El enfrentamiento entre caballeros y senatoriales
16. El enfrentamiento entre el emperador y el Senado
17. El cristianismo y la pérdida de valores tradicionales

LAS INVASIONES BÁRBARAS

Tradicionalmente se ha culpado a las invasiones bárbaras, especialmente a las protagonizadas por pueblos germánicos, de ser responsables de la caída del Imperio romano de Occidente. Sin embargo, en época reciente se ha descargado de buena parte de culpa a las mismas. La tendencia actual es considerar estos actos como movimientos migratorios, en lugar de invasiones violentas, al tiempo que se habla de la integración de estos bárbaros más que de una ocupación forzada.

Aun así, existen autores —como Walter Goffart— que, a pesar de abogar por este enfoque, reconocen que aunque la norma fuera que los bárbaros se integraran con carácter pacífico en el ejército romano y ocuparan sus tierras normalmente respetando las leyes romanas —como la *hospitalitas*—, esto no quiere decir que nunca fueran violentos. Recordemos precisamente que en el caso vándalo, a diferencia de sus homólogos francos o godos, no se mantendrían en absoluto los pactos de ocupación del territorio ni se respetaría la religión de los romanos.

Autores como Ward-Perkins se muestran, en cambio, mucho más tajantes al respecto. Para este arqueólogo la idea que últimamente transmiten algunos historiadores de que la mayor parte del territorio romano se cedió formalmente a los bárbaros en el contexto de tratados amistosos es sencillamente falsa, dado que se alcanzaron como fruto de la coacción. Debido a ello, los romanos solían ceder ante

los invasores en una especie de rendición, ante su amenaza de emplear la fuerza. Mediante este *modus operandi*, siempre según este historiador, los germanos obtuvieron tratados como el que los visigodos signaron en el 418, que reconocía por parte de las autoridades romanas su asentamiento en torno a Toulouse, en la Galia, en calidad de aliados federados, con lo que oficialmente sus guerreros servían al imperio. Ello les permitiría, poco a poco y mediante el uso de la fuerza, ampliar su área de influencia, que se extendería prácticamente por toda la Galia e Hispania, territorios que fueron arrancados ya para siempre del control de Roma.

LAS GUERRAS CIVILES

Para autores como André Aymard, profesor de Historia Antigua en la Universidad de la Sorbona a mediados del siglo xx, si bien las invasiones bárbaras sin duda tuvieron serias repercusiones en el destino del Imperio romano, en cambio no fueron la causa principal de su desaparición. Este historiador hace alusión al «peligro externo» a la hora de hablar de las violaciones del limes, al tiempo que se refiere a las guerras civiles entre romanos como «peligro interno». En opinión de Aymard, este último peligro constituyó la principal amenaza a la que se enfrentaría el Bajo Imperio y la que, en último término, acabaría provocando la desaparición del poder político y militar romano en Occidente. Los ataques exteriores sin duda generaron un desconcierto en el imperio de tal magnitud que propiciaron un ambiente anárquico en el que las usurpaciones y las rebeliones habidas en el seno del ejército romano no cesaban de surgir por doquier. Sin embargo, a su vez, estos conflictos civiles habían sido en primera instancia la causa y no la consecuencia de estas entradas masivas de bárbaros, es decir, produjeron el debilitamiento de las fronteras para permitir estas invasiones y los bárbaros fueron invitados por alguna de las facciones romanas en liza para entrar a sangre y fuego y así poder enfrentarlos a sus opositores, igualmente romanos.



Ánfora romana de vino (siglo I). En época altoimperial, el transporte de ánforas de vino como la de la imagen debió ser muy frecuente tal y como nos confirman los datos arqueológicos, que sitúan este tipo de mercancías en lugares muy alejados de donde se producían. Esto constituye un ejemplo del carácter globalizado que adquirió el comercio en el mundo romano. Del mismo modo, al señalar que esta clase de artículos no eran considerados de lujo, sino que incluso en no pocas ocasiones eran costeados por el Estado para que todos los pudieran consumir, comprenderemos el grado de sofisticación que debió adquirir la civilización romana.

Las invasiones que tuvieron lugar a principios del siglo V —es decir, las protagonizadas por godos, suevos, vándalos y alanos— provocarían un gran desconcierto en Occidente. Todo ello conduciría a que el control romano efectivo sobre buena parte de la Galia e Hispania se esfumara, y se produciría la pérdida definitiva de Britania y de las provincias africanas. Pero el emperador Honorio, en lugar de hacer frente a los invasores, dedicaría todas sus energías a enfrentarse a los múltiples usurpadores que irían surgiendo, alentados por el descontento generalizado del pueblo, que observaba impotente cómo las autoridades romanas se veían desbordadas a la hora de detener a los bárbaros. Fue por ello por lo que prestigiosos mandos militares como Constantino III, al frente de las tropas de Britania, serían proclamados emperadores con la esperanza de que contuvieran a las hordas extranjeras mediante el traslado de sus ejércitos a la Galia, principal diana de los bárbaros. Estas guerras civiles que enfrentarían a Honorio contra el resto de aspirantes al trono posibilitarían el impune avance de los bárbaros, y tuvieron como resultado la pérdida de los territorios ya mencionada. A su vez, todo ello condujo a la ruina económica de Occidente, pues se dejaría de recaudar los impuestos de estas áreas en un momento en el que estos resultaban ser esenciales a la hora de armar un

ejército, y el comercio marítimo —así como el suministro de grano y de otras mercancías— prácticamente se detendría como consecuencia del predominio vándalo en el mar Mediterráneo.

EPIDEMIAS Y HAMBRUNAS

¿Fueron las epidemias y las hambrunas surgidas a partir del siglo III las causantes del debilitamiento y la caída del Imperio romano? Sin duda hubo múltiples y mortíferas enfermedades, junto con una acusada carencia de alimentos para el grueso de la población romana, acostumbrada a depender del suministro de las provincias productoras de cereal, localizadas en el norte de África. Todo ello se tradujo en un notorio descenso de la población, aunque estas epidemias y hambrunas eran un daño colateral provocado por las invasiones y las guerras civiles, motivo por el cual no podemos considerarlas por sí mismas como causa principal de la desaparición del Imperio romano. La alta concentración de soldados en el campo de batalla, unida a unas deficientes medidas higiénicas y a la presencia de los cadáveres de los caídos en combate, facilitarían la transmisión de enfermedades, principalmente la peste. Del mismo modo, la caída en picado de la economía romana como consecuencia de las invasiones y de los conflictos internos, la muerte de los campesinos y el abandono de los campos por parte de estos debido a la violencia de las actuaciones armadas y la interrupción del comercio y del transporte de alimentos básicos ocasionada por la pérdida del control de los mares y de las provincias productoras se traduciría en una notable escasez de alimentos. Todo esto no puede cuestionarse que, en buena medida, tendría su contribución a la hora de debilitar aún más al Imperio romano.



Anclas romanas del siglo I o II halladas en el cabo de Palos (Murcia). Si bien en el período del que datan las anclas de la fotografía se podría considerar que el Mediterráneo era una especie de «lago» romano, en cambio hacia mediados del siglo V sus aguas serían peligrosas, pues estaban dominadas, al menos en su mitad occidental, por la flota vándala, que haría caer en picado al comercio marítimo.

DETENCIÓN DE LAS CONQUISTAS

Los peligros endógenos de Roma no se resumían solamente en guerras civiles, epidemias y hambrunas. Existían otros problemas internos que eran estructurales y tenían su origen en época altoimperial. Cuando en el siglo II, en tiempos de Trajano, las conquistas se detuvieron, la maquinaria imperial que daba sentido a todo el entramado romano —ejército, conquistas, botín para pagar al ejército, nuevas conquistas— se pararía en seco y a partir de entonces empezarían a vislumbrarse los primeros indicios de crisis interna. Los siguientes reinados, aunque resultarían ser pacíficos en el exterior y, lo que es más importante, en el interior, acabarían dando lugar, en los albores del siglo III, a un gran período de recesión que no concluiría hasta que se sentara en el trono Diocleciano (285-305). Todo ello se debió, en buena medida, a la detención de las conquistas, auténtico motor que había hecho al Imperio romano poderoso y rico y que, a su vez, había mostrado a sus enemigos exteriores la fortaleza de su ejército, que a ojos de los bárbaros era invencible. Una vez finalizadas estas conquistas se activaría el freno económico que provocaría que Roma comenzara a perder su prestigio frente al enemigo y nunca volviera a ser el imperio que fue.

EL FRENO ECONÓMICO

Si las conquistas continuaban sin producirse se dejaba de obtener botín de guerra y esclavos. Del mismo modo, ya no se disponía de un continuo aporte de tierras de cultivo, nuevas minas y, en definitiva, más recursos que poder transformar en bienes de consumo por parte de la industria romana. A su vez, si se obtenía una nueva conquista quedaba abierto un mercado más en el que colocar productos manufacturados. En definitiva, las conquistas generaban riqueza de manera inmediata, al tiempo que permitían obtener nuevos ingresos a medio plazo. Pero esta economía que podemos llamar «de conquista» era muy voraz y requería de la ocupación constante de nuevos territorios para continuar funcionando.

Debido a ello, cuando se produjo la última gran conquista exterior, es decir, la toma de la Dacia por parte de Trajano, el resultado no fue otro que el estancamiento financiero. Pero a largo plazo el asunto podía empeorar todavía más, dado que una sociedad como la romana —que basaba su fuerza de trabajo en el uso de esclavos—

con el fin de las conquistas veía también cerrada la principal vía de obtención de esta fuente de mano de obra. Por ello la economía romana, de base esclavista, caería todavía más y debería transformarse; hacia el siglo IV podemos observar ya que los principales trabajadores en el Imperio romano eran colonos libres y no siervos. Esto permitiría el nacimiento de una nueva economía, la economía bajoimperial, aunque esta nunca llegaría a hacer sombra a la del Alto Imperio y sería una de las causas de la caída de Roma, o de la transformación de su imperio, según se mire.

EL EXCESIVO TAMAÑO DEL IMPERIO

En época de Trajano el Imperio romano alcanzaría su máxima extensión. Era enorme, dado que al norte tenía como límite Britania, al sur Egipto, al este Mesopotamia y al oeste Hispania. Es probable que fuera demasiado grande como para poder ser gobernado de forma efectiva por un solo príncipe, pero precisamente la tendencia hacia el siglo IV fue a dividirlo entre varios emperadores que actuaban, en principio, de forma mancomunada y, finalmente, a partir de Honorio y Arcadio, como soberanos de Estados independientes. Esto sin duda funcionó, al menos para salvar la mitad oriental, por lo que el excesivo tamaño del imperio no se erige como argumento de peso a la hora de provocar el hundimiento de Occidente. Es más, es preciso destacar que el Imperio romano tenía ya prácticamente la misma extensión en tiempos de Augusto, dado que, de manera aproximada, únicamente debemos quitar al principado de Trajano las provincias de Britania, Dacia y Mesopotamia para que sus territorios tengan una superficie similar a los del primer emperador.

EL EXCESIVO GASTO MILITAR

Roma era una potencia militar que poseía un poderoso ejército profesional, creado en época republicana y formado por disciplinados soldados a los que había que pagar y dotar con un costoso equipamiento y armamento. Las continuas campañas de conquista requerían de una recaudación constante de numerario para poder sufragar los cuantiosos gastos militares derivados. Ya conocemos que buena parte de estos costes podían ser absorbidos precisamente por las nuevas incorporaciones territoriales. Pero, como ya hemos indicado, a partir del siglo II la ausencia de campañas militares exteriores de envergadura acabaría derivando en una aguda crisis económica, que tocaría fondo en el siglo III. La crisis financiera se traduciría en el estallido de conflictos internos, en los que las revueltas y las usurpaciones del trono estuvieron a la orden del día. Las guerras civiles aumentaban irremediabilmente la necesidad de efectivos militares. El reclutamiento de nuevos ejércitos incrementaba

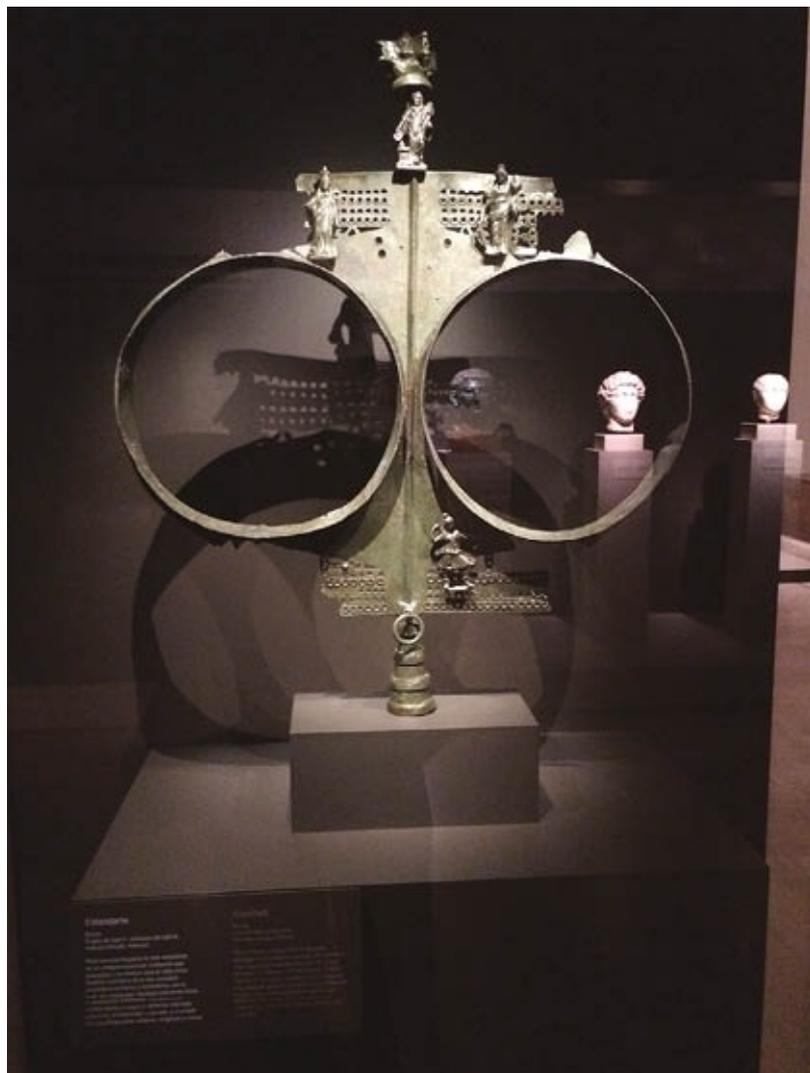
sustancialmente el gasto de esta importantísima partida presupuestaria del imperio. Con ello se entraba en un círculo vicioso de crecimiento exponencial del que, como tal, era muy complicado salir. El Bajo Imperio romano, de hecho, llegaría a necesitar de un ejército con el doble de efectivos que en época altoimperial, motivo por el cual podemos calificar el gasto militar tardorromano como excesivo. Evidentemente, este elevado sobrecoste por sí solo no tumbó al poder romano en Occidente, pero, sin embargo, sí contribuyó a ello.

LA ELEVADA TASA DE DESEMPLEO ENTRE LA PLEBE

Hacia el final del Alto Imperio los campos estaban en buena medida despoblados, mientras que los esclavos escaseaban y, en consecuencia, resultaban cada vez más caros. La población romana era numerosa, pero en lugar de dedicarse a trabajar la tierra, la plebe prefería vivir hacinada en los suburbios de las grandes ciudades a costa de los programas públicos de distribución de alimentos o de la caridad de ciertos potentados. El índice de paro era elevado pero, en un sistema de explotación de la tierra como el romano, que basaba su funcionamiento en el uso de mano de obra esclava, no se fomentaba el empleo de ciudadanos libres asalariados. Esto suponía un serio problema que muy probablemente contribuiría al estancamiento económico, el cual condujo a su vez a la gran crisis del siglo III, aunque, por sí sola, la elevada tasa de desempleo entre el populacho romano no debería constituir la razón principal de la desaparición del poder Imperial en Occidente.

EL EXCESIVO PODER DEL EJÉRCITO

Sin ningún género de dudas, el ejército romano gozaba de un gran poder pues, como bien sabemos, esta institución era el pilar fundamental sobre el que se sustentaba la economía imperial de conquista. De los tres poderes sobre los que se asentaba el Estado romano —es decir, ejército, Senado y pueblo—, capaces todos ellos de llegar a coronar emperadores, el primero nunca perdería su fortaleza, es más, esta se incrementaría de forma sustancial durante el período de guerras civiles, cuando se alzaría como el principal sostén a la hora de sentar en el trono al soberano. Por este motivo, el ejército llegaría incluso a someter a la corona a su autoridad, pues si un candidato al trono quería llegar a ser emperador debía comprar su apoyo, y este respaldo podía llegar a pagarse muy caro. Tanto es así que el ejército era capaz de entronizar a un soberano con la misma facilidad con la que, al poco tiempo, negociaba con otro aspirante su reemplazo, la mayoría de las veces quitándose de en medio al molesto emperador a través del asesinato.



Estandarte romano de bronce. Este emblema imperial, de finales siglo II o principios del III, fue hallado en 1926 en la ciudad romana de Pollentia, en la actual localidad de Alcudia (Mallorca).

El poder adquirido por los militares llegaría a ser tal que, aunque los emperadores adoptaron ciertas medidas para contrarrestarlo, todas ellas, tarde o temprano, se mostrarían estériles. De poco sirvió que Diocleciano separara las atribuciones civiles y militares que estaban en poder de los gobernadores provinciales para evitar que contaran con poderosas tropas con las que alzarse contra la corona. Fue por ello por lo que si Constantino el Grande disolvió a la poderosa guardia pretoriana, famosa por perpetrar el asesinato de no pocos emperadores, su sustituto —el cuerpo de comitantenses de élite llamado *auxilia palatina* y frecuentemente integrado por mercenarios bárbaros— acabaría teniendo, igualmente, el poder de decidir quién se debía sentar en el trono. Debido a todo lo expuesto en los dos anteriores párrafos, no resulta en absoluto descabellado admitir que el inmenso poder que atesoraba el ejército le permitía llegar a vender el trono al mejor postor, lo que acabaría fomentando las guerras civiles y la anarquía, conflictos que muy probablemente fueron la principal causa de la desaparición del Imperio romano de Occidente.

LA BARBARIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Para colmo de males, si no resultaba ya de por sí suficiente para el Imperio romano que su ejército gozara de un excesivo poder, a partir del siglo III esta institución iría barbarizándose a pasos agigantados, tal y como hemos analizado a lo largo de esta obra. Hay quien afirma que esta barbarización —o germanización, para ser más exactos— constituye la causa principal de la caída de Roma, dado que los mercenarios extranjeros desde dentro de las fronteras imperiales lograron tumbar su entramado político con relativa facilidad, tal y como hicieron con el último emperador de Occidente, Rómulo Augusto, destronado en el 476 por su propia guardia de corps. No obstante, es preciso destacar que, gracias precisamente a esta barbarización, el Imperio romano pudo contar con un ejército en el siglo V con el que poder hacer frente a las incursiones de otras hordas extranjeras, de modo que, de no haber sido así, no hubiera logrado sobrevivir un siglo entero más. Recordemos que tras la derrota de Adrianópolis el ejército romano fue destruido y que, de no haber reclutado a mercenarios foráneos, el imperio no hubiera soportado las acometidas de godos, suevos, vándalos, alanos y hunos.

LA DESCENTRALIZACIÓN DEL PODER

Estas oleadas de invasiones provocarían que el Imperio romano, como consecuencia de su gran tamaño, se viera en serias dificultades a la hora de enfrentarse a los múltiples enemigos. La ubicuidad de estos asaltos al limes hacía muy difícil que un único soberano pudiera atender los múltiples frentes abiertos; es más, el asunto también podía complicarse cuando surgían usurpadores que contaban con apoyo militar.

Debido a ello, una buena forma de combatir a todos estos enemigos sería dividir el imperio entre dos soberanos, uno para Oriente y otro para Occidente. Pero ante el agravamiento de la situación política y económica del imperio llegaría un momento en el que esto no resultaría ser suficiente y los emperadores debieron ceder parcelas de poder público a manos privadas. Ante la ausencia de un gobierno central consolidado, la única manera efectiva de administrar y defender un territorio era la descrita. Un caso típico sería el de un terrateniente que cuenta con numerosos colonos que trabajan sus campos y que son su fuente de riqueza, motivo por el cual defiende a estos trabajadores encomendados. Este propietario latifundista vive, además, en una villa rústica —en ocasiones defendida por una muralla— y a buen seguro tiene contratada una hueste de bucelarios. Resulta evidente que este *potentior* estaba en condiciones más favorables a la hora de defender su señorío frente a un ataque bárbaro que el ejército imperial, el cual, en el caso de que fuera funcional, sin duda preferiría centrarse en servir a su emperador más como guardia personal que como

ejército al servicio del Estado.

Con el tiempo, algunos monopolios del gobierno central —como la recaudación de impuestos o la acuñación de moneda— pasarían incluso a manos de estas entidades autónomas, dado que las autoridades imperiales no podían por sí mismas hacer uso de estos privilegios. Es más, los habitantes de dicho señorío verían con buenos ojos que su líder se encargara de cobrarles impuestos para invertirlos en su propio territorio en lugar de satisfacer las tasas imperiales, de las que muy probablemente no recibirían beneficio alguno.

Un buen ejemplo de territorio romano independiente de la corte imperial lo constituye el señorío de Siagrio, en el norte de la Galia, territorio emancipado a mediados del siglo V que sobrevivió hasta el 486, año en el que caería en manos de los francos de Clodoveo.

Hasta aquí las ventajas que aportaban a un territorio independizarse del gobierno central, pero esto conllevaba también ciertas desventajas. Una de ellas era la desunión entre los diferentes entes autónomos surgidos y el poder central, dado que no compartirían sus políticas entre sí. Sirva de ejemplo que en ocasiones uno de estos potentados podía pactar a título individual con los invasores, perjudicando con ello al teórico poder central o a otro ente autónomo. Con ello el imperio no paraba de fragmentarse cada vez más, facilitando así la sustitución del poder romano por el dominio germánico.

LA CORRUPCIÓN POLÍTICA Y ADMINISTRATIVA

Se puede decir que la corrupción formaba parte de la vida cotidiana de los poderosos en la Antigua Roma, tanto en época republicana como imperial, dado que era frecuente entre su sistema administrativo y de gobierno central y provincial, donde los funcionarios públicos, los mandos militares, los gobernadores provinciales, los senadores y hasta incluso el propio emperador hacían uso del tráfico de influencias, los abusos de poder, el cobro de comisiones ilegales y otras herramientas similares, que se empleaban con el único objetivo de aumentar el patrimonio personal de las partes implicadas. A medida que se iría incrementando el número de territorios incorporados bajo la égida del imperio, las riquezas derivadas de estas conquistas harían que el pastel de la corrupción creciera, de manera que todos los personajes que participaban en estas actividades deshonestas, pero altamente lucrativas, fueran capaces de asumir cada vez mayores riesgos para llevarse un buen pedazo del mismo.



Sarcófago romano. En la fotografía podemos apreciar la repujada tumba de un niño romano, que sin duda pertenecía a una familia pudiente. Es evidente que no todos los ciudadanos del imperio podían costearse un entierro similar, y mucho menos a partir del siglo III —época en la que está datado este sarcófago—, dado que a partir de entonces las desigualdades económicas y sociales se agravarían.

Todo esto provocaba que unos pocos se enriquecieran a costa del Estado y la plebe, de manera que con ello Roma se debilitaba y su pueblo era cada vez más pobre. La corrupción sería, en buena medida, parte del origen de las grandes fortunas de los terratenientes romanos, y tendría cierta responsabilidad en el gran abismo entre pobres y ricos durante el período bajoimperial.

Sin duda, esto debilitaría al Imperio romano en una época en la que, finalizadas las conquistas, cada vez había menos que repartir y, a su vez, la poca fuente de riqueza que quedaba, es decir, la tierra, estaba en manos de unos pocos. En esos momentos, en lugar de redistribuirse los bienes obtenidos por el Estado entre los ciudadanos romanos, devolviéndoselos en forma de alimentos para los más necesitados o de servicios públicos necesarios, estos se los quedaban unos pocos privilegiados, algo que, en parte, seguro que afectaría negativamente a la economía Imperial y a la extinción del poder romano en Occidente.

LA SEPARACIÓN DE ORIENTE Y OCCIDENTE

Cuando el Imperio romano se escindió en sus mitades oriental y occidental en el 395, dos mundos quedaron separados. Ambos territorios habían padecido, y todavía sufrirían, las invasiones bárbaras, pero mientras Oriente pudo resistir estas embestidas, desviando a los enemigos a otro lugar, en cambio Occidente se llevaría la

peor parte. Es más, sería precisamente la dirección de Occidente la que tomarían los enemigos que eran rechazados por su homólogo del este. A partir del año señalado, los dos imperios serían ya totalmente independientes, seguirían políticas diferentes y sus soberanos ya no actuarían de manera mancomunada, por lo que sus gobiernos podían resultar ser antagonistas, y de hecho lo fueron. Esto sin duda hacía que el más débil de los dos —es decir, el Imperio romano de Occidente— acabara sufriendo las consecuencias de esta separación y no pudiera sobrevivir por sí solo, dado que no era tan rico ni estaba tan bien defendido como el Imperio de Constantinopla.



Puerta Dorada en las murallas de Constantinopla, en la actual Estambul (Turquía). Durante siglos los emperadores bizantinos hacían su entrada triunfal en la capital a través de la puerta de la fotografía, la cual daba acceso a la conocida como «avenida triunfal», que iba conectando con los diferentes foros romanos hasta llegar al palacio imperial.

El Imperio romano de Oriente llegaría incluso a librarse a través de su emperador, León I, de los mercenarios bárbaros asentados en su capital, y con ello alejaba el peligro de un golpe de Estado orquestado por esta guardia extranjera al tiempo que acababa con la intervención de los generales foráneos en la política romana, lo que le permitiría recuperar plenamente su estabilidad económica y de gobierno.

Mientras esto ocurría en el este, Occidente se iba hundiendo. Es más, el simple hecho de mantener alejados a los invasores de su territorio permitiría a Constantinopla evitar la mayor parte de las guerras civiles, que surgían, en buena medida, como consecuencia del descontento provocado por las agresiones externas.

LA SUPERVIVENCIA Y PROSPERIDAD DE ORIENTE, QUE SUPUSO EL SACRIFICIO DE OCCIDENTE

La separación entre Oriente y Occidente probablemente libraría al primero de ellos del lastre que suponía el segundo, mitad que acabaría siendo sacrificada para que su homólogo del este pudiera salvarse. De no haber existido el Imperio romano de Occidente, la corte oriental no podría haber desviado a los bárbaros que, en primera instancia, se dirigían a la rica Constantinopla y las ciudades de su entorno. Occidente resultaba ser una presa mucho más fácil, y los guerreros bárbaros evitaban con ello tener que estrellarse contra las imponentes murallas de Constantinopla. Debido a ello, Occidente se convertiría en la principal diana para los bárbaros y su imperio sufriría todas las consecuencias de las invasiones.

Los principales protagonistas de estas incursiones fueron, como sabemos, los germanos, que asentados en torno al Rin y el Danubio asaltarían estos limes europeos. Todas las provincias romanas de Europa —ya fueran estas orientales u occidentales— quedaban, por lo tanto, directamente expuestas a estas acometidas extranjeras, pero el hecho de que la mitad del este contara con una capital inexpugnable y con opulentos territorios en Asia y Egipto, inaccesibles para los germanos al carecer estos de flota, libraría al imperio de Constantinopla de estas depredaciones.



Murallas de Teodosio II en la antigua Constantinopla, actual Estambul (Turquía). Las conocidas como triples murallas presentan en la actualidad, a lo largo de sus amplios siete kilómetros de longitud, tramos reconstruidos junto a tramos que no han sido restaurados pero que todavía a día de hoy se conservan en un estado bastante aceptable, lo que se debe en buena medida a la solidez de su construcción.

Occidente, en cambio, sería recorrido a voluntad por los germanos, e incluso las

provincias africanas, aunque tardarían un tiempo en ser ocupadas, no se librarían de su azote a pesar de estar separadas de Europa por mar, dado que, como sabemos, los vándalos acabarían cruzando el estrecho de Gibraltar.

Con una economía más saneada, unas decisiones políticas más acertadas y una capital inexpugnable, Oriente sobreviviría a las incursiones bárbaras mientras que Occidente acabaría sucumbiendo, incapaz de sobreponerse a ellas. Puede que esto se debiera en cierta medida a la relativa debilidad del Imperio romano de Occidente, que se convertiría en la víctima principal de los bárbaros.

EL ENFRENTAMIENTO ENTRE CABALLEROS Y SENATORIALES

Tradicionalmente, las dos clases sociales privilegiadas de la antigua Roma —los denominados orden senatorial y ecuestre— estuvieron enfrentadas entre sí debido a sus rivalidades a la hora de copar las principales esferas de poder en el Estado.

Los primeros formaban parte de la antigua nobleza romana de sangre, la aristocracia hereditaria descendiente de las tribus originales de la ciudad de Roma. Eran los ciudadanos romanos privilegiados por excelencia, dado que solamente ellos podían en un principio acceder al *cursus honorum*, es decir, realizar carrera política, y copaban con ello las más altas magistraturas del Estado. A su vez, detentaban el alto mando de las legiones y desempeñaban el gobierno de las provincias. Únicamente las familias senatoriales ocuparon el trono imperial, hasta que se alcanzó el siglo III y esto comenzó a cambiar.



Cabeza de bronce de un magistrado romano. A buen seguro que el hombre representado en la estatua de la imagen, fechada en el siglo I y hallada en Tielmes (Soria), era un senatorial, único orden social al que se permitía por la época acceder a las altas magistraturas del Estado así como al alto mando de las legiones.

Los caballeros, en cambio, dependían de su fortuna personal a la hora de quedar integrados en este orden social. Habían sido tradicionalmente aquellos ciudadanos romanos que poseían el suficiente nivel adquisitivo como para costearse un caballo y equiparse para combatir con él en la milicia de la República. Con la creación de la legión profesionalizada, aunque sus miembros ya no tuvieran que formar parte de la caballería militar romana, la pertenencia a su clase social quedaría todavía ligada a la posesión de un cierto patrimonio económico. Debido a ello, aquellos ciudadanos romanos libres que hicieran fortuna podían llegar a alcanzar el honor de formar parte del Ordo equestre, así como disfrutar de sus privilegios de clase. Y así ocurrió, por ejemplo, con muchos comerciantes y con aquellos romanos que se dedicaban a las lucrativas actividades financieras. Ahora bien, aunque los *equites* podían poseer una inmensa fortuna, lo que les permitía tener acceso a la mayor fuente de riqueza de la Antigüedad, es decir, la posesión de la tierra —que podía llegar a ser mayor incluso que el de muchos senadores—, ello no significaba que los caballeros disfrutaran de las mismas prerrogativas que la vieja nobleza romana. Esto sin duda provocaba recelos entre esta clase social y los senatoriales, y las querellas entre ambos, ya en época republicana, estuvieron a la orden del día.

En el período imperial, los soberanos trataron de mediar en esta turbulenta cuestión asignando a los caballeros una serie de competencias estatales, muchas de

ellas con carácter exclusivo —lo que sin duda no gustó a sus rivales senatoriales—, al tiempo que se les fue dando cada vez un mayor poder. Estas funciones serían, básicamente, la ocupación de importantes prefecturas, la participación en la burocracia imperial y el ejercicio de los mandos intermedios en la legión. Debido a ello, los únicos que ocuparían el cargo de prefecto del pretorio serían los caballeros, lo que ponía en sus manos el control del único ejército que podía entrar legalmente en Roma —la guardia pretoriana—, así como les facultaba para administrar la capital. Llegado el tiempo, el prefecto del pretorio se erigiría en la máxima autoridad en materia judicial y se convertiría en favorito del emperador, una especie de primer ministro. Otra de las más importantes prefecturas, la que representaba el prefecto de Egipto, pasaría a constituir un privilegio más de los *equites*, al ser también los únicos que podrían ocupar tal cargo, lo que les concedía el gobierno de esta rica y estratégica provincia y les otorgaba, a su vez, el control del más importante de los «graneros» de Roma.

Pero a pesar de que a partir de Adriano los *equites* comenzaron incluso a tener todavía más peso en la administración imperial, desplazando para ello a los antiguos funcionarios de origen liberto, los senatoriales aún disfrutaban del privilegio del control del Senado, del mando de las legiones y del gobierno de las principales provincias, por lo que las tensiones entre ambos estamentos continuaban dándose. No obstante, por esa época, el Senado se había convertido en un órgano político desfasado, que poseía únicamente carácter consultivo pues era el emperador quien realmente tomaba las decisiones políticas. Ello, unido al peso específico que adquirirían cada vez con más fuerza los caballeros, sin duda restaría fortaleza a los senatoriales.

Es más, durante el período de crisis del siglo III, el enorme poder del ejército haría que las legiones, dirigidas por senadores, y la guardia pretoriana, comandada por su prefecto del orden de los *equites*, se disputaran el privilegio de deponer y coronar emperadores a gran velocidad.

En muchas ocasiones, las guerras civiles para ocupar el trono se convertirían en una auténtica lucha entre estas dos clases, con alternancia de sus candidatos a emperador, tal y como ocurriría cuando, superado el primer cuarto del siglo III, ecuestres como Maximino el Tracio y Filipo el Árabe, o senatoriales como Pupieno, Balbino y los Gordianos, fueron sustituyéndose en el trono. Conocemos hasta qué punto estos conflictos civiles contribuyeron a la hora de debilitar en extremo al Imperio romano y acabar con su control político y militar sobre Occidente, motivo por el cual no debemos despreciar el peso que el enfrentamiento entre caballeros y senatoriales tuvo en todo esto.

EL ENFRENTAMIENTO ENTRE EL EMPERADOR Y EL SENADO

Este conflicto sería una constante desde prácticamente el primero hasta el último de los emperadores. Hubo augustos en buena sintonía con el Senado, como por ejemplo Trajano, Marco Aurelio o Decio, pero en numerosas ocasiones fue al contrario, caso de Adriano, Septimio Severo o Galieno. El desplazamiento de la clase senatorial del mando del ejército, del gobierno e incluso en ocasiones —a partir del siglo III— del trono llevó a que los caballeros ocuparan su lugar en estos prestigiosos puestos y que la influencia y la fortaleza política de los senatoriales mermara, aunque no así su nivel económico. Debido a esto, aun a pesar de que en el ocaso de la existencia del Imperio romano no ocuparan puesto político de relevancia alguna y de que fueran apartados totalmente del ejército imperial, su alto poder adquisitivo como grandes terratenientes hizo que en la práctica continuaran teniendo mucho que decir a la hora de deponer emperadores, de sentar en el trono a otros nuevos o de armar contingentes privados de mercenarios, todo esto de suma importancia en los siglos finales de existencia del Imperio romano. Es por esta razón por la que no podemos negar el enfrentamiento entre Senado y emperador, y que este fue dañino para la salud del Imperio romano, pero esta pugna no sería un factor determinante a la hora de acabar con el poder militar y político de la antigua Roma.

EL CRISTIANISMO Y LA PÉRDIDA DE VALORES TRADICIONALES

La antigua Roma vivía desde hacía muchos siglos anclada en sus ancestrales costumbres, que abarcaban múltiples aspectos, religiosos, políticos o sociales, entre otros. El problema es que durante el Bajo Imperio los tiempos estaban cambiando y debido a ello también estos valores tradicionales se vieron sometidos a una profunda renovación o, en los casos más extremos, una sustitución.



Frontón de la iglesia de Santa Pudenciana, en la ciudad de Roma. Este templo sería la primera basílica cristiana construida. La iglesia data de principios del siglo V y aunque ha sufrido numerosas reconstrucciones a lo largo de la historia, todavía conserva en su interior los impresionantes mosaicos paleocristianos del edificio original.

Por entonces, el auge del cristianismo, así como el apoyo brindado a esta religión por la mayoría de los emperadores a partir de Constantino el Grande, acabaría relegando los ancestrales cultos paganos romanos a un segundo plano e, incluso, llegado el momento, estos últimos serían ilegalizados y no tardarían mucho tiempo en desaparecer. Hasta entonces, dentro de la religión pagana el culto al emperador había constituido una importante parte de las creencias romanas; el soberano, además de *pontifex maximus*, era considerado un dios viviente. Pero tras la irrupción del cristianismo, esta adoración de la figura imperial perdería todo su valor. La entrada de la nueva religión en la vida cotidiana romana, junto con la creciente barbarización y la profunda crisis en la que estaba sumido el imperio, provocarían que los valores tradicionales de esta antigua cultura se fueran perdiendo. Debido a ello, el Senado no detentaba ya poder alguno, pertenecer al orden senatorial era una simple cuestión honorífica, el emperador era un mero títere en manos de sus generales germanos, las legiones habían desaparecido y su lugar era ocupado por jinetes mercenarios de origen bárbaro e incluso cualquier persona libre que habitara en el seno del imperio podía poseer la ciudadanía romana desde tiempos de Caracalla, sin importar para ello que estuviera o no romanizada. Edward Gibbon afirmaba que esta pérdida de los valores tradicionales acabaría sentenciando a Roma a muerte, pero sin embargo ¿cómo hubiera sobrevivido el Alto Imperio si no se hubiera renovado y dado lugar al Bajo Imperio? Muy probablemente hubiera colapsado ya en el siglo III, o poco después, en el IV, sin haber llegado a existir como entidad política hasta casi la sexta centuria.

Bibliografía

- ANDERSON, P. *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*. Madrid: Siglo XXI, 1979.
- ASIMOV, I. *El Imperio romano*. Madrid: Alianza, 2005.
- La República romana*. Madrid: Alianza, 2006.
- AYMARD, A. y AUBOYER, J. *Roma y su imperio*. Tomo II. Barcelona: Destinolibro, 1980.
- AZZARA, C. *Las invasiones bárbaras*. Universidad de Granada y Universidad de Valencia, 2004.
- BAJO, F. *Constantino y sus sucesores. La conversión del imperio*. Madrid: Akal, 1990.
- BALARD, M., GENET, J. P. y ROUCHE, M. *De los bárbaros al renacimiento*. Madrid: Akal, 1994.
- BARBERO, A. *Adrianópolis: el fin del Imperio romano*. Barcelona: Ariel, 2014.
- BARRERAS, D. y DURÁN, C. *Breve historia del Imperio bizantino*. Madrid: Nowtilus, 2010.
- Breve historia del feudalismo*. Madrid: Nowtilus, 2013.
- BIRLEY, A. *Adriano. La biografía de un emperador que cambió el curso de la historia*. Barcelona: Península, 2005.
- Marco Aurelio. El retrato de un emperador humano y justo*. Barcelona: Gredos, 2009.
- Septimio Severo. El emperador africano*. Barcelona: Gredos, 2012.
- BLÁZQUEZ, J. M. *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio*. Madrid: Akal, 1991.
- BRAVO, G. *Diocleciano y las reformas administrativas del imperio*. Madrid: Akal, 1991.
- El colonato bajoimperial*. Madrid: Akal, 1991.
- Revueles internas y penetraciones bárbaras en el imperio*. Madrid: Akal, 1991.
- Teodosio: último emperador de Roma, primer emperador católico*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2010.

- BROWN, P. *El mundo de la Antigüedad tardía (de Marco Aurelio a Mahoma)*. Barcelona: Gredos, 2012.
- CARCOPINO, J. *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del imperio*. Madrid: Temas de Hoy, 2001.
- CHIC, G. *La dinastía de los Antoninos*. Madrid: Akal, 1990.
- CHRISTOL, M. y NONY, D. *De los orígenes de Roma a las invasiones bárbaras*. Madrid: Akal, 1991.
- CLARAMUNT, S., PORTELA, E., GONZÁLEZ, M. y MITRE, E. *Historia de la Edad Media*. Barcelona: Ariel, 1992.
- CLAUSS, M. *Constantino el Grande*. Madrid: Acento, 2001.
- DE COULANGES, F. *La ciudad antigua*. Ciudad de México: Porrúa, 2005.
- DE MARTINO, F. *Historia económica de la Roma antigua*. Madrid: Akal, 1985.
- DEPEYROT, G. *Crisis e inflación entre la antigüedad y la Edad Media*. Barcelona: Crelona, 1996.
- DÍAZ, A. *Estudios sobre Diocleciano*. Madrid: Dykinson, 2010.
- ESPINOSA, U. «El reinado de Commodo: subjetividad y objetividad en la antigua historiografía». En: *Gerión. Revista de Historia Antigua*. nº 2: 113-150.
- Los Severos*. Madrid: Akal, 1991.
- Administración y control territorial en el Imperio romano*. La Rioja: Universidad de la Rioja, 2006.
- FERNÁNDEZ, J. *El Imperio romano bajo la anarquía militar*. Madrid: Akal, 1990.
- FERRILL, A. *La caída del Imperio romano*. Madrid: Edaf, 1989.
- FOSSIER, R. *La formación del mundo medieval (350-950)*. Barcelona: Crelona, 1988.
- GARCÍA, J. A. y VALDEÓN, J. *Manual de historia universal. Edad Media*. Madrid: Ediciones Universitarias Nájera, 1987.
- GIBBON, E. *Decadencia y caída del Imperio romano*. Girona: Atalanta, 2012.
- GIGON, O. *La cultura antigua y el cristianismo*. Madrid: Gredos, 1970.
- GONZÁLEZ, J. *Marco Ulpio Trajano. Emperador de Roma: documentos y fuentes para el estudio de su reinado*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2005.
- GRIMAL, P. *El Imperio romano*. Barcelona: Crelona, 2000.

- HEATHER, P. *La caída del Imperio romano*. Barcelona: Crelona, 2008.
- HOMO, L. *El Imperio romano*. Barcelona: Espasa, 1980.
- JIMÉNEZ, A. *La desintegración del Imperio romano de Occidente*. Madrid: Akal, 1990.
- LADERO, M. *Historia universal. Edad Media*. Vol. II. Barcelona: Vicens-Vives, 1994.
- LE GOFF, J. *¿Nació Europa en la Edad Media?* Barcelona: Crelona, 2003.
- MACDOWALL, S. *Germanic Warrior AD 236-568*. Oxford: Osprey Publishing, 1996.
- MAIER, G. *Las transformaciones del mundo Mediterráneo. Siglos III-VIII*. Madrid: Siglo XXI, 1990.
- MENÉNDEZ, A. R. *El ejército romano en campaña. De Septimio Severo a Diocleciano (193-305)*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2011.
- MOSSÉ, C. *El trabajo en Grecia y Roma*. Madrid: Akal, 1980.
- MÚÑIZ, J. *Las finanzas públicas del estado romano en el Alto Imperio*. Madrid: Akal, 1990.
- PETIT, P. *La paz romana*. Barcelona: Labor, 1969.
- PFLAUM, H. G. *Roma, el mundo romano 2*. Barcelona: Espasa, 1991.
- PIRENNE, H. *Historia de Europa: desde las invasiones al siglo XVI*. Madrid: Fondo de cultura económica de España, 2007.
- QUESADA, F. *Armas de Grecia y Roma*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2014.
- REMONDON, R. *La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio*. Barcelona: Labor, 1984.
- RIU, M. *La Alta Edad Media. Del siglo V al siglo XII*. Esplugues de Llobregat: Montesinos, 1985.
- ROLDÁN, M., BLÁZQUEZ, J. M. y DEL CASTILLO, A. *El Imperio romano*. Madrid: Cátedra, 1995.
- ROSTOVTEFF, M. *Historia social y económica del Imperio romano*. Barcelona: Espasa Calpe, 1937.
- RUZÉ, F. y AMOURETTI, M. C. *El mundo griego antiguo*. Madrid: Akal, 1987.
- SANTOS, H. *Historia verdadera del emperador Constantino El Magno*. Madrid: Imprenta de don Manuel Marte, 1767.

- SAYAS, J. J. y GARCÍA, L. A. *Historia de España. Tomo II, Romanismo y germanismo: el despertar de los pueblos hispánicos (siglos IV-X)*. Barcelona: Labor, 1981.
- TALBOT, D. *La Alta Edad Media*. Madrid: Alianza, 1988.
- TEJA, R. *La época de los Valentinianos y de Teodosio*. Madrid: Akal, 1991.
- El cristianismo primitivo en la sociedad romana*. Madrid: Akal, 1995.
- UBIÑA, J. F. *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*. Madrid: Akal, 1989.
- VV. AA. *El modo de producción esclavista*. Madrid: Akal, 1978.
- VV. AA. *Historia Universal. Roma. La Edad Media. Tomo 2*. Madrid: Sarpe, 1988.
- VV. AA. «*La caída de Roma*». En: *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, 2010; n.º 1.
- VALDEÓN, J. *El feudalismo*. Madrid: Alba libros, 2005.
- La Alta Edad Media*. Madrid: Anaya, 2005.
- WALBANK, F. W. *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio romano de Occidente*. Madrid: Alianza, 1996.
- WARD-PERKINS, B. *La caída de Roma y el fin de la civilización*. Barcelona: Espasa libros, 2007.
- WEBER, M. *Historia agraria romana*. Madrid: Akal, 1982.